BEATA CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

DE LAS VIRTUDES Y DE LOS VICIOS

Una guía básica para avanzar en el camino de la santidad

Oremos por las ánimas del purgatorio

ORATORIO CARMELITANO
www.OratorioCarmelitano.com
OratorioCarmelitano.com ···· OratorioCarmelitano.blogspot.com

2019

Beata María Concepción Cabrera de Armida

4 - V - 2019

Ora pro nobis

+

Beata* Concepción Cabrera de Armida

TRATADO PRÁCTICO

DE LAS VIRTUDES Y DE LOS VICIOS

Una guía básica para avanzar en el camino de la santidad

ORATORIO CARMELITANO

2019

Del original de marzo de 1921, con prólogo introductorio y figuras, del
Ven. P. Félix de Jesús Rougier

Adaptada de la 4° edición impresa de 1981
Edición y recopilación virtual

Oratorio Carmelitano

noviembre de 2018

*** Actualización: junio de 2019**

+

IMPRIMATUR
Maximus, Episc. Derbensis
Vic Gen – Aux. Archiep. Mexican
Die 15 martii 1921

Tratado práctico
de las virtudes y de los vicios
Beata Concepción Cabrera de Armida

Notas de la presente edición:

El texto de "Las virtudes y los vicios" de la venerable Concepción Cabrera de Armida, es un libro bastante difícil de encontrar y, además, ciertamente desconocido. Desde el Oratorio Carmelitano hemos decidido revisar completamente los textos disponibles para, como solemos hacer, volver a repasar íntegramente el manuscrito, y mejorar o actualizar en lo posible contenido que haya quedado desprovisto de significado o cuya terminología no sea ya usada, algo muy importante al tratarse, en este caso, de un manuscrito tan antiguo.

Este libro que tienes ante ti es fruto, por tanto, de una labor continuada de muchos meses, en donde se ha tratado de conseguir una actualización de la obra de Cabrera de Armida a nuestros días. No obstante, hemos seguido fielmente el original, y esta edición, aunque "modernizada", sigue estrictamente los libros o tratados anteriores. Con ello queremos que el lector disfrute de una lectura más cómoda y, a la vez, logre profundizar con más soltura y conocimiento en las explicaciones de la Venerable. Confiamos en haberlo conseguido.

Os rogamos un Avemaría por nuestra labor.

Oratorio Carmelitano, *'mes de ánimas '*del año 2018

Nota del editor en la edición original:

Los textos contenidos en el presente "Tratado de las virtudes y de los vicios", fueron extraídos de escritos inéditos de la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida, arreglados en orden sistemático y mandados a imprimir por el padre Félix de Jesús Rougier, el año 1921, en edición privada.
Este libro es una reedición de aquella, con levísimas correcciones que dejan intacto el texto tal como lo entregaron las manos y el corazón de ambos siervos de Dios.
[Se añadieron las citas en sus lugares correspondientes para facilitar el recurso a los escritos originales].[1]

México, D. F., enero de 1976.

Actualización

***'Mes del Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo'* del año 2019.**

Rindiendo devota celebración de la ***beatificación de la bienaventurada Concepción Cabrera***, (Dada en México **4-V-2019**) a cuya solícita y fiel obediencia al Sagrado Corazón debemos estas páginas; sirvan para alumbrar, con la gracia de Dios, el crecimiento y la perseverancia constante del cristiano lector en la práctica sincera de las virtudes y la mortificación, mitigación y combate de los vicios, siguiendo fiel y amorosamente el Camino al cielo: **Jn 14.6-7**

*Rogamos un Avemaría por **la conversión** de los pecadores y por **la unidad** de la Santa Iglesia*

[1] En el impreso de la 4° edición de 1981. En la edición virtual se han omitido para facilitar la lectura.

(2017) Capilla con la Imagen milagrosa de Jesús Misericordioso y la tumba de Santa Faustina Kowalska, Cracovia, Polonia [www.faustyna.pl]

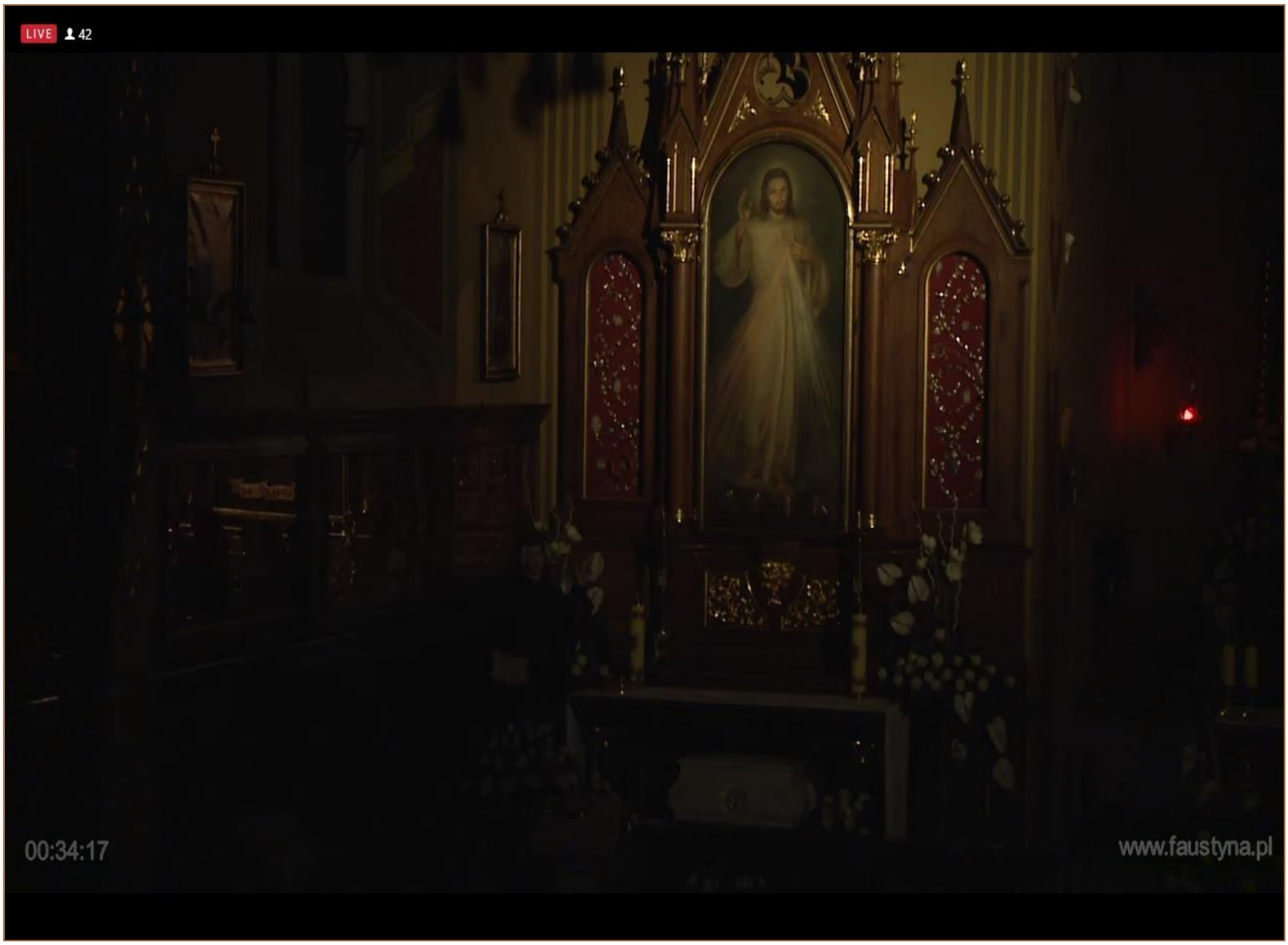
"Misericordioso Corazón de Jesús ¡En vos confío!"

+

A.M.G.D. et B.V.M.H

Junio de 2019

Mes del Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo



Advertencias preliminares

1-. Este libro fue escrito por la Sierva de Dios ***Concepción Cabrera de Armida***[2], la mayor parte durante el año 1900, durante los seis meses que pasó a la cabecera de la cama de su hija, gravemente enferma, con todas las interrupciones que esto supone. Solo pocos trozos son de años anteriores. *El orden sistemático se debe totalmente al (Venerable) Siervo de Dios Félix de Jesús Rougier*, quien lo extractó de los escritos inéditos de la sierva de Dios.

2-. La forma de redacción es como un dictado de Nuestro Señor Jesucristo, para lo cual hay que tener en cuenta los diversos modos de comunicación del Señor a su sierva. No es ciertamente como el dictado de un maestro a sus alumnos, o de un abogado a su secretaria. (Cr. Ignacio Navarro, "Itinerario espiritual", apéndice 1, p 111 y ss.).

3-. Si en los autores de los libros bíblicos que escriben bajo la inspiración del Espíritu Santo, queda la huella de la personalidad de cada uno, su temperamento, su ambiente, su cultura, su época y demás influencias a las que estuvo sujeto, con mayor razón en cualquier otro tipo de escritos, aun cuando sean de origen divino, deja muy palpablemente su huella el instrumento humano.

4-. El lenguaje de la sierva de Dios no es un lenguaje técnico de teólogo, sino el lenguaje natural, no siempre muy preciso, que usamos en nuestra conversación ordinaria. Por ejemplo, cuando dice: "puede convertirse en vicio y hasta pecado", un teólogo lo diría de otra manera.

5-. Conchita escribe con suma sencillez, no como una maestra que enseña sino como una madre que escribe a sus hijos, y así hay que leerla. En realidad, todas estas páginas tenían como destinatarias inmediatas a sus hijas del Oasis, y a los futuros Sacerdotes de la Cruz.

6-. El objetivo de estas páginas es ayudar a progresar en la vida espiritual a las almas deseosas de tender seriamente a la perfección, descubriendo las insidias, disfraces y tácticas del enemigo para engañarlas, y al mismo tiempo mostrándoles los remedios más a propósito para combatir los vicios, pecados y defectos, y los medios más eficaces para adelantar en las virtudes.

A primera vista este conjunto de esquemas parece complicado por el sinnúmero de detalles a los que desciende. Pero la última familia de virtudes perfectas (la duodécima) nos permite ver la unidad y sencillez de la vida espiritual, centrada en la caridad y en las virtudes teologales, y cómo todo el resto está encaminado a quitar obstáculos en el camino del amor, o a proporcionar medios que a la luz de la fe en la cruz de Cristo adquieren una divina eficacia.

No es de extrañar por lo tanto el lenguaje a veces muy severo con el que se condenan algunos vicios, pecados o imperfecciones, pues en realidad son muy serios obstáculos para progresar en el camino del espíritu. Sería un error muy serio que daría lugar a escrúpulos o desaliento, o falta de aprecio a la doctrina aquí contenida, si se tomaran estos avisos de perfección en un nivel simplemente jurídico o moralista de lícito o ilícito, cuando *se trata de la gran delicadeza necesaria para elevarse hacia la santidad, camino en el que se hila muy delgado*.

[2] El **4 –V-2019** fue celebrada la **beatificación** de la bienaventurada Concepción Cabrera. Síguese que, en cada caso en que es mencionada en este texto con la dignidad de '*Venerable Sierva de Dios*', debe leerse **BEATA.** Fuente: [http://www.causesanti.va/content/causadeisanti/it/beati/beatificazioni-di-papa-francesco.html] Actualizado al 10 de junio de 2019

PRÓLOGO

A los Novicios Misioneros del Espíritu Santo.

"Aprended dónde está la virtud". (Baruch, 3, 14).

Hijos míos, muy amados en Jesús:

En la primera parte de la segunda división de la Summa, (Cuestión 55) Santo Tomás nos presenta un doble tratado de las Virtudes y de los Vicios, considerados de una manera general.

El Santo Doctor trata de la esencia de las virtudes, de sus divisiones, de sus causas, de su conexión, de su igualdad, (Cuestión 55 a 60). Después estudia los vicios (Cuestión 61 a 89) en su naturaleza, los distingue, los compara y se extiende más sobre sus causas.

Sigue el estudio importantísimo de las virtudes en particular, hasta la Cuestión 122 y el Santo Doctor trata, con su profunda ciencia y su genio incomparable, lo más arduo, teológicamente, de la Ciencia de las Virtudes.

El Tratado de Vicios y Virtudes que vais a estudiar durante vuestro noviciado es de muy distinta índole. Va todo, directamente, esencialmente, a la práctica, y toda esta enseñanza tan preciosa está enteramente impregnada del espíritu de la Cruz, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que este trabajo se extractó, palabra por palabra, de nuestros manuscritos (n. m.) los que llamo en las conferencias: "los manuscritos de la fundación".

Las Virtudes y los Vicios vienen sin orden en los "papeles". Los sacamos con suma paciencia, amor e interés, juzgando que serían de suma utilidad para los novicios de las dos Congregaciones.

Viendo la semejanza de muchas virtudes, las dividimos en familias y resultaron doce sin habernos propuesto de antemano este número. Luego pensamos en estas palabras del Apocalipsis:

"Su asedio de la ciudad, y en ambas riberas florecía el árbol de la vida, brindando sus doce frutos, correspondientes los doce meses del año". (Apoc. 22, 2).

Después de este primer trabajo sobre las virtudes, nos fijamos en que los vicios opuestos a las virtudes, podían también formar doce familias de vicios, opuestas a las doce familias de virtudes.

Y así se arregló el tratado que os ofrezco ahora y que os será explicado detenidamente y de un modo práctico durante vuestro noviciado.

Se facilitará, pues, durante el noviciado, el estudio en cada mes, de una de las doce familias de virtudes y de los vicios contrarios.

En cuanto al orden que hemos escogido para cultivar las diferentes virtudes, pensamos que se debe empezar por las "Virtudes Generales". (San Francisco de Sales, Introducción a la Vida Devota, 3' parte, Cap. I.) es decir, las que son de uso más frecuente, y cuya influencia tiene más acción sobre el conjunto de conducta. Parece, en efecto, de toda evidencia, que se ha de comenzar por las virtudes que ocupan un puesto más preponderante en la vida.

De hecho, son las más prácticas y por lo mismo las más importantes y las que debemos anhelar.

Nos ha parecido natural, pues, y lógico, empezar por las virtudes del Sacrificio que, más que otras, son del "querido color".

Habéis venido aquí a quitar vicios y a plantar virtudes.

Para que os aprovechéis mejor de este estudio, creo necesario recordar brevemente algunos datos teológicos sobre virtudes y vicios. Procuraré ser claro. Veamos, en primer lugar:

1- ¿Qué es Virtud?

2- ¿Qué se entiende por acto de virtud?

3- ¿Cómo se cultivan las virtudes?

Estudiemos ahora brevemente las cuestiones arriba indicadas y, en primer lugar: ¿qué es virtud?

En los libros de moralistas, y de los autores espirituales, *virtus* significa:

- Sea la práctica del bien en general: así se dice que un hombre practica la virtud cuando hace el bien bajo todas las formas.

- Sea la práctica de una de las formas particulares del bien, y en este sentido, enteramente objetivo, se distinguen varias virtudes distintas: fe, esperanza, caridad, y otras.

- Sea por fin, en un sentido todo subjetivo una u otra de las virtudes o de las fuerzas personales con las cuales podemos hacer el bien.

Esta última significación de la palabra virtud, corresponde a su etimología. Virtud viene de la palabra latina "*virtus*" que significa fuerza.

De hecho, toda virtud es una fuerza.

Pero no toda fuerza se puede llamar virtud.

El uso ha reservado esta palabra a las fuerzas espirituales y permanentes que hacen al hombre capaz de ejecutar el bien.

Digo "fuerzas espirituales" porque la virtud hace fuertes, no a los cuerpos, sino a las almas. La virtud es una fuerza moral.

Digo "fuerzas permanentes" porque esas fuerzas no se agotan en ninguno de los actos que producen: sobreviven a todos, y se quedan con la capacidad de producir otros nuevos. Es lo que se llama en el sentido filosófico, un hábito. (Ami du Clergé 1920, p. 33).

Digo por fin: fuerzas que hacen al hombre capaz de ejecutar el bien: tal es, en efecto, el objeto de la virtud... La virtud es lo contrario al vicio.

Son dos hábitos contrarios, opuesto uno a otro, enemigos uno de otro.

"De todas las divisiones que pueden afectar al hábito, dice el P. Thomás Pegues, O. P. en su último luminoso Comentario de la Suma de Santo Tomás (Tomo VII, pág. 2), la más esencial es la que los distingue en hábitos buenos y hábitos malos".

Es que, en efecto, es la esencia del hábito ser una disposición relacionada a lo que conviene o no conviene a tal naturaleza; y toda disposición a lo que conviene, es buena, como toda disposición a lo que no conviene es mala.

De ahí se sigue que debiendo estudiar los hábitos según sus dos especies, buenos y malos, el tratado contenido en nuestros manuscritos debía naturalmente comprender dos grandes divisiones.

- Los hábitos buenos que llevan el nombre de virtudes;

- Los hábitos malos, que llevan el nombre de vicios.

Santo Tomás trata primero de las virtudes, y luego de los vicios.

El presente tratado pone como frente a frente las virtudes y los vicios, resultando así más de relieve la oposición entre ellos.

El Espíritu Santo nos recomienda que "aprendamos donde está la virtud". Aprender donde está la virtud es comprender en qué consiste, de dónde viene, ver cómo se pone en obra, y qué ventajas nos ofrece.

Hay dos clases de Virtudes:

1-. Las Virtudes naturales, y

2-. Las Virtudes sobrenaturales.

Las Virtudes naturales son virtudes puramente humanas. El hombre las recibe a veces al nacer, o, con más frecuencia, las adquiere por sus propios esfuerzos. Por este motivo los teólogos las designan con el nombre de virtudes adquiridas. La razón les sirve de norma.

Las virtudes sobrenaturales pertenecen al orden de la gracia. Nadie las trae al nacer, nadie tampoco las adquiere por su trabajo, Dios las da hechas; de ahí su nombre de virtudes infusas: "La virtud, dice San Agustín, es una obra de Dios en nosotros. *Virtus est bona qualitas quam Deus in nobis operatur*". (Lib. II. De lib. arbitrio).

La gracia santificante nos une a Dios, nos asocia a su vida, lo hace vivir en nosotros: "Si alguno me ama, mi Padre lo amará, y vendremos a él y viviremos en él".

Toda vida posee un organismo, es decir, un conjunto de órganos o de facultades, por las cuales puede manifestarse fuera de sí misma y producir actos.

Las virtudes sobrenaturales son los órganos o las facultades activas propias de esta vida divina y humana que debemos a la gracia.

Ellas constituyen el modo, la forma, bajo la cual las fuerzas de Dios, diré, nos son comunicadas.

Las obras en las cuales empleamos esas virtudes sobrenaturales son como la indicación de la vida de Dios en nosotros.

Son actos divinos al par que actos humanos, y como tales, poseen un valor tan grande que Dios sólo puede ser su recompensa.

Se comprende mejor, por estas consideraciones, cómo las virtudes sobrenaturales, en razón de su carácter, de su origen, de su poder, se elevan muy por encima de las virtudes naturales.

La serie de las virtudes naturales, y la serie de las virtudes sobrenaturales corresponden una con otra.

En otros términos, toda virtud sobrenatural responde a una virtud natural, a la cual se presupone y que completa o transforma.

Representa una energía divina que viene a trabajar de concierto con una energía humana.

Esas dos virtudes que se corresponden llevan un mismo nombre.

Existen así dos humildades, dos prudencias, dos templanzas: la de arriba y la de abajo, y así de las otras virtudes.

Resulta de allí que se puede practicar y que se practica con frecuencia dos virtudes correspondientes.

La gracia santificante es un principio de vida.

Las virtudes sobrenaturales sirven de organismo a ese principio de vida.

Están, pues íntimamente unidas a la gracia santificante y no se pueden separar de ella.

Se reciben esas virtudes cuando se recibe la gracia santificante. Se conservan mientras se conserva la gracia. Se pierden si se pierde la gracia santificante, es decir, si el alma comete un pecado mortal.

Las virtudes de fe y de esperanza son las únicas que pueden permanecer en el alma muerta a la vida de la gracia. Y aún las perderán también si cae en la incredulidad y en la desesperación.

Dios puede devolver a los pecadores las virtudes que han perdido, y se las devuelve, en efecto, con la gracia santificante, cuando reciben su perdón.

Es de notar que las virtudes naturales no mueren por el pecado, como las virtudes sobrenaturales.

Evidentemente, todo acto malo las disminuye, como todo acto bueno las refuerza. Sin embargo, el pecado no las destruye.

Las virtudes sobrenaturales, crecen al crecer la unión con Dios.

Todo lo que puede estrechar esa unión (oración, comuniones, etc.) provoca como consecuencia el aumento de las virtudes.

El medio práctico más eficaz de crecer en las virtudes consiste sin embargo en el ejercicio enérgico y habitual de las que se quieren adquirir en toda su perfección.

Mientras más practicamos esas virtudes, más actividad desplegamos en ellas y más las robustecemos.

Son muy distintas las fuerzas naturales y las fuerzas sobrenaturales.

Las primeras se agotan si abusamos de ellas; las segundas se fortalecen con el trabajo. Las virtudes naturales son accesibles al cansancio, las virtudes sobrenaturales no se cansan.

Veamos ahora puestas en acto las virtudes sobrenaturales, y después de haber dado una idea sumaria de lo que es la virtud, digamos en pocas palabras lo que es el acto de virtud.

Se llama acto de virtud el que pone la virtud en práctica.

La iniciativa de un acto de virtud natural pertenece a la razón.

La razón concibe los motivos del acto, las propone al espíritu, y así despierta las exigencias de la conciencia, y determina las resoluciones de la voluntad.

Esos motivos son siempre naturales, y por lo mismo, el hombre, los puede descubrir por sus propias luces.

La iniciativa del acto de virtud, cuando se trata de virtudes sobrenaturales, viene de Dios y no de nosotros.

Dios nos da la idea del acto de virtud por sus inspiraciones, y toma parte en la realización del acto, por lo que llamamos la gracia actual.

Esas inspiraciones y ese concurso de origen divino, proponen siempre un fin de orden sobrenatural al acto de virtud.

Las ocasiones de hacer actos de virtud no faltan nunca, y se renuevan constantemente por medio de los deberes de estado, de los quehaceres de cada día, de las penas de la vida, de las relaciones con el prójimo, de las tentaciones, y sobre toda por la acción del Espíritu Santo en el alma.

Esa multiplicidad de actos de virtudes que se ofrecen, debe llenarnos de alegría, porque de los actos de virtud nace el mérito, que se define como El derecho a una recompensa.

El trabajo del obrero, merece su salario. Los éxitos del estudiante merecen laureles. Así todo acto de una virtud sobrenatural merece una recompensa.

Ese "derecho" resulta de las promesas de Dios y también de la excelencia de ese acto en sí mismo.

Ese acto es un acto de orden divino y por consiguiente de valor divino.

El mérito de un acto de virtud puede ser más o menos grande.

Las circunstancias en las cuales se ejecutan pueden aumentar su valor. Entre las circunstancias que avaloran el mérito señalaré:

- Las dificultades que se tuvieron que vencer.

- El grado de gracia más elevado que posee la persona que practica el acto de virtud.

- Los ardores de su amor hacia Dios.

- La excelencia de sus intenciones.

Si alguien me preguntara lo que tiene uno que hacer para que un acto de virtud sea sobrenatural y dé lugar al mérito, le contestaré que "la aplicación", digamos, la puesta en obra de las virtudes sobrenaturales se efectúa por la intención. El que posee las virtudes sobrenaturales y quiere usar de ellas, usa de ellas por el mismo hecho.

Es explícita cuando se propone uno, en términos formales, practicar tal o cual virtud sobrenatural.

Es implícita, cuando, sin formar esa intención en términos expresos se cumplen con advertencia estos actos sobrenaturales, como actos religiosos; o cuando menos se ofrecen a Dios actos de orden profano como el trabajo, los sufrimientos, etc.

Con esto bastará para daros a entender cuánto importa adquirir muchos méritos por la práctica de las virtudes sobrenaturales.

El mérito es la moneda con la cual se compran los favores y las recompensas divinas.

El mérito fecunda la existencia y la hace producir frutos.

El mérito nos da crédito ante Dios.

Él nos confirma el derecho a sus gracias y a la gloria del cielo.

Sin mérito se puede decir que no hay salvación.

Basta, pues, queridos hijos, con haberos explicado, según el consejo de la Sagrada Escritura "dónde está la virtud" y las ventajas que procura el acto de virtud para inspiraros el más vivo deseo de estudiar las Virtudes con el fin de adquirirlas más fácilmente.

Cuando sabe uno dónde está la virtud, dice el Espíritu Santo, sabe por lo mismo "dónde está la paz del corazón, la luz de los ojos y la garantía de la vida eterna". (Bar. 3,14).

Para más claridad, para ayudar la memoria para repasar más fácilmente y darse cuenta del conjunto de cada familia, he formado un cuadro sinóptico de cada familia que encabeza el texto.

Fíjense mucho en las notas que acompañan el primer cuadro (Virtudes de Sacrificio) y que son necesarias para su comprensión y la de los otros cuadros que se publicarán después.

De los vicios tengo poco que deciros aquí. Explicándolos en las conferencias tendré ocasión de hablar largo de cada uno.

En el estudio de los vicios, más tal vez que en el de las virtudes, tendréis ocasión de conoceros bien a fondo.

Hay en cada párrafo una psicología profunda, un conocimiento completo del pobre corazón humano, de sus miserias, de sus debilidades y de su malicia incomparable.

Del estudio de los vicios resultará para nosotros, mis amados hijos, un horror extremo para todo lo malo, una gran desconfianza de las propias fuerzas y una sagacidad más avisada para descubrir y ponerse en guardia contra las tentaciones del demonio.

Del estudio de las virtudes, tan hermosas, tan celestiales, reflejos vivísimos de Jesús en su humanidad santísima, sacaréis las más enérgicas resoluciones de adquirir esos hábitos buenos tan preciosos. Practicando las virtudes sólidas: obediencia, caridad, humildad, sacrificio, etc., encontraréis el verdadero camino de la perfección y de la santidad.

No perdáis de vista, amados hijos, la adquisición de esa preciosa "atención amorosa a Dios" de la cual os he hablado mil veces, y que es la misma vida contemplativa". Ella os ayudará a practicar las más encumbradas virtudes, haciéndoos vivir en unión con Jesús y Santa María dentro de la Voluntad santísima del Padre y bajo las divinas mociones del Espíritu Santo, amadísimo de vuestras almas.

En el estudio paralelo de las virtudes y de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, a la cual os dedicáis cada día, durante dos años, veréis cómo en nuestro amadísimo modelo, se han encontrado esas virtudes en su grado más perfecto.

Así por medio de ese estudio, uniréis en vuestro corazón la teoría y la práctica, la enseñanza técnica y el ejemplo más perfecto, y llegaréis a conseguir el "color querido" del perfecta Misionero del Espíritu Santo.

Sabe, cada uno, que debe, por tantos motivos que se le han explicado verbalmente, entrar en la intimidad de Jesús, para que ese Divino Rey viva y reine y derroche sus gracias en el corazón de sus hijos de predilección.

Vuestro padre, que de veras los quiere santos, y que suplica a Jesús, por el Corazón dolorosísimo de Santa María, que los haga tales corno Él los quiere.

Noviciado del Espirito Santo, y del Corazón de María.
Tlálpam, viernes 18 de marzo de 1921. Fiesta de los Dolores de la Santísima Virgen

Félix de Jesús Rougier
Presbítero. Maestro de novicios.

INDICE

Advertencias preliminares 1
PRÓLOGO del Venerable siervo de Dios Félix de Jesús Rougier (marzo de 1921) 3
ÍNDICE 9

TRATADO PRÁCTICO DE LAS VIRTUDES Y DE LOS VICIOS

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LAS VIRTUDES 16
INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LOS VICIOS. Mundo, demonio y carne 18

PRIMERA FAMILIA

VIRTUDES DE SACRIFICIO 21
[1] Sacrificio 21
[2] Pobreza 21
[3] Pobreza espiritual perfecta 22
[4] Penitencia 22
[5] Penitencia espiritual perfecta 22
[6-7-8] Sufrimiento. Sufrimiento espiritual perfecto y padecimiento 23
[9] Mortificación 24
[10] Abnegación 25
[11] Persecución 25

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE SACRIFICIO 27
[1] Inmortificación 27
[2] Molicie 28
[3] Delicadeza 29
[4] Comodidad 30
[5] Gula 32
[6] Gula espiritual 32
Figura 1 – **Primera familia** - Virtudes de **Sacrificio** y vicios opuestos 35

SEGUNDA FAMILIA

VIRTUDES DE HUMILDAD 36
[1] Humildad 36
[2] Docilidad 37
[3] Modestia 37
[4] Modestia espiritual 37
[5] Pudor 38
[6] Pudor espiritual 38
[7] Buena voluntad 39
[8] Mansedumbre 39
[9] Bondad 39
[10] Amabilidad 40
[11] Benignidad 40
[12] Dulzura 40
[13] Condescendencia 41
[14] Delicadeza 42
[15] Delicadeza espiritual 42

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE HUMILDAD 43
[1] Soberbia 43
[2] Soberbia espiritual 45
[3] Ira 46
[4] Desconfianza 48
[5] Susceptibilidad 49
[6] Susceptibilidad espiritual 50
[7] Orgullo 51
[8] Amor propio 53
[9] Indiferencia culpable 55
[10] Obstinación 56
[11] Cólera 57
[12] Altivez 58
[13] Vana complacencia 58
[14] Respeto humano 60
[15] Afectación 62
[16-17-18] Pretensión, Presunción y Pedantería. 62
[19] Vanidad 63
[20] Vanagloria 65
Figura 2 – **Segunda familia** - Virtudes de **Humildad** y vicios opuestos 67

TERCERA FAMILIA

VIRTUDES DE RECOGIMIENTO 68
[1] Silencio 68
[2] Recogimiento 70
[3] Soledad espiritual 71
[4] Meditación 73
[5] Oración 76
[6] Contemplación 77

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE RECOGIMIENTO 80
[1] Curiosidad 80
[2] Disipación 81
[3] Frivolidad 84
[4] Imaginación 85
Figura 3 – **Tercera familia** - Virtudes de **Recogimiento** y vicios opuestos 88

CUARTA FAMILIA

VIRTUDES DE SENCILLEZ 90
[1] Sencillez 90
[2] Claridad de conocimiento 90
[3] Simplicidad 90
[4] Llaneza 91

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE SENCILLEZ 92
[1] Mentira 92
[2] Falsedad 92
[3] Doblez 93
[4] Exageración 93
[5] Hipocresía 94
[6] Fingimiento 95
[7] Excusa 97
[8] Afectación 98
[9] Adulación 99
Figura 4 – **Cuarta familia** - Virtudes de **Sencillez** y vicios opuestos 101

QUINTA FAMILIA

VIRTUDES DE PUREZA **102**
[1] Pureza 102
[2] Castidad 103
[3] Inocencia 103
[4] Candor 104
[5] Limpieza de corazón 105
[6] Claridad 106

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE PUREZA **108**
[1] Inmodestia 108
[2] Sensualidad 110
[3] Malicia 112
REMEDIOS A ESTOS HORRIBLES VICIOS 114
Figura 5 – **Quinta familia** - Virtudes de **Pureza** y vicios opuestos 115

SEXTA FAMILIA

VIRTUDES DE CARIDAD **116**
[1] Caridad 116
[2] Liberalidad 116
[3] Consejo 116
[4] Limosna 117
[5] Consuelo 118
[6] Enseñanza 118
[7] Corrección 120

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE CARIDAD **121**
[1] Envidia 121
[2] Calumnia 122
[3] Murmuración 124
[4] Celos 131
[5] Odio 133
[6] Rencor 134
[7] Acritud 136
[8] Venganza 136
[9] Ruindad 137
[10] Bajeza 138
[11] Vileza 139
[12] Perfidia 139
[13] Traición 140
[14] Burla 142
[15] Sarcasmo 143
[16] Escándalo 144
[17] Dureza de corazón 145
[18] Avaricia 146
[19] Premeditación 149
Figura 6 – **Sexta familia** - Virtudes de **Caridad** y vicios opuestos 151

SÉPTIMA FAMILIA

VIRTUDES DE PAZ **152**
[1] Paz 152
[2] Reposo 152
[3] Serenidad 152
[4] Tranquilidad 153
[5] Discreción 153
[6] Madurez 153

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE PAZ 155
[1] Turbación 155
[2] Perturbación 155
[3] Inquietud 155
[4] Escrúpulos 156
[5] Duda 157
Figura 7 – **Séptima familia** - Virtudes de **Paz** y vicios opuestos 158

OCTAVA FAMILIA

VIRTUDES DE VENCIMIENTO 159
[1] Vencimiento 159
[2] Obediencia 159
[3] Contrición 161
[4] Trabajo 162
[5] Dominio 163
[6] Renunciamiento 164
[7] Desprecio propio 164
[8] Renunciamiento propio 165
[9] Perdón 166
[10] Sujeción 167
[11] Paciencia 168
[12] Templanza 169
[13] Indiferencia 169
[14] Conformidad y Resignación 169

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE VENCIMIENTO 170
[1] Pereza 170
[2] Ociosidad 171
[3] Fastidio 172
[4] Cansancio 172
[5] Tibieza, frialdad, desaliento 173
[6] Cobardía 175
[7] Debilidad 176
[8] Flaqueza 177
[9] Condescendencia 178
Figura 8 – **Octava familia** - Virtudes de **Vencimiento** y vicios opuestos 181

NOVENA FAMILIA

VIRTUDES GUERRERAS (Vgr. Militantes) 182
[1] Fortaleza 182
[2] Firmeza 182
[3] Entereza 182
[4] Lucha 183
[5] Energía 184
[6] Amor activo 184
[7] Actividad 185
[8] Diligencia 185
[9] Celo 186
[10] Solicitud 187
[11] Libertad de espíritu 187

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES GUERRERAS 188
[1] Vacilación 188
[2] Indecisión 188
[3] Veleidad 188
[4] Inestabilidad 189
[5] Superficialidad 189
[6] Fragilidad 190

Figura 9 – **Novena familia** - Virtudes **Guerreras** y vicios opuestos 191

DÉCIMA FAMILIA

VIRTUDES DE CORRESPONDENCIA 192
[1] Correspondencia 192
[2] Constancia 192
[3] Fidelidad 193
[4] Perseverancia 194

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE CORRESPONDENCIA 195
[1] Inconstancia 195
[2] Infidelidad 196
[3] Ingratitud 199
[4] Sordera 201
[5] Indiferencia 203
Figura 10 – **Décima familia** - Virtudes de **Correspondencia** y vicios opuestos 206

UNDÉCIMA FAMILIA

VIRTUDES DE ORDEN 207
[1] Rectitud 207
[2] Pureza de intención 207
[3] Oportunidad 208
[4] Prudencia 208
[5] Justicia 208
[6] Discreción 209
[7] Mansedumbre 209
[8] Liberalidad 209
[9] Previsión 209

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE ORDEN 210
[1] Desorden 210
[2] Imprecaución 210
[3] Imprevisión 211
[4] Previsión infame 211
[5] Precipitación 211
[6] Imprudencia 212
[7] Indiscreción 213
[8] Exageración 215
Figura 11 – **Undécima familia** - Virtudes de **Orden** y vicios opuestos 216

DUODÉCIMA FAMILIA

VIRTUDES PERFECTAS 217
[1] Fe 217
[2] Esperanza 218
[3] Caridad 219
[4] Gracia 222
[5] Santidad 222
[6] Unión 222
[7] Presencia 223
[8] Voluntad de Dios 225
[9] Perfección 227

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES PERFECTAS 229
[1] Injusticia 229
[2] Dureza de juicio 230
[3] Desobediencia 231

[4] Libertad 233
[5] Sensibilismo 234
[6] Impenitencia final 236
Figura 12 – **Duodécima familia** - Virtudes **Perfectas** y vicios opuestos 240

CONCLUSIÓN 241

«Ustedes son la luz del mundo
[…] *no se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa. Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el Cielo. No piensen que vine a abolir la Ley o los Profetas: Yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento.*
Les aseguro que ***no desaparecerá ni una i ni una coma de la Ley****, antes de que desaparezcan el cielo y la tierra, hasta que todo se realice. El que no cumpla el más pequeño de estos mandamientos, y enseñe a los otros a hacer lo mismo, será considerado el menor en el Reino de los Cielos. En cambio, el que los cumpla y enseñe, será considerado grande en el Reino de los Cielos.*
Les aseguro que si la justicia de ustedes no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos.»

Mt. 5. 14, 15-20

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LAS VIRTUDES

Verdaderamente es el Señor admirable en sus obras, pero en este campo infinito del espíritu ¡No hay palabras con que expresar su Poder, su Sabiduría, su ternura y su Amor! Existe una perfecta unión en todas las virtudes, que como en una cadena, se van uniendo sus eslabones sin romperse, hasta llegar al cielo.

¡Bendito mil veces el Señor que en este campo interno en el cual, como en todas las cosas (aunque ahí de una manera particular) da la vida y se comunica, fundándose siempre con el soplo divino de su Santo Espíritu! CC 13, 5.

¡Es tan hermoso el campo de las virtudes! ¡Se contemplan con tan deslumbradoras luces, con tan variados colores, que el alma se encanta maravillada, alabando al Señor que vive entre ellas gozándose en sus distintos aromas! Y no se crea que esto es como de fantasmagoría, ilusión y ensueño, no; es una encantadora realidad, que al tocarse enciende el pecho en el santo fuego del Divino Amor.

¡Ahí sí que hay paz, quietud, tranquilidad y bienestar! ¡Queda este campo o lugar tan lejos del ruido y bullicio del mundo y de las criaturas! ¡Tan interna es esta morada donde vive el Espíritu Santo, que nadie la encontraría, si El mismo no llevara al alma, a por Sí mismo ahí la introdujera!

El campo de las virtudes se riega con la Sangre de Jesús, por eso es tan fecundo y sus flores y sus frutos inmortales; la sombra de la cruz lo cobija, por eso es tan fértil y la gracia en él abunda.

Ahí en ese divino campo, siembra el Espíritu Santo, la Sencillez, la Inocencia, el Sacrificio, el Recogimiento, la Humildad, la Obediencia, la Mortificación, la Constancia, el Dolor y las mil y mil preciosas virtudes.

El Espíritu Santo las produce, las alimenta y las hace crecer, desarrollarse y fructificar... Aquí, es en donde se cosechan esos frutos de la Caridad, Gozo espiritual, Paz, Paciencia, etc., etc.... Aquí es el lugar donde regala a las almas sus preciosos dones. Aquí, en fin, en donde han de conocer las riquezas de la Cruz, los tesoros del padecer, el inapreciable valor del Sacrificio oculto y desinteresado... En este campo donde habita y mora el Espíritu Santo, es en donde el alma escondida y pura; escucha sus delicados gemidos, su dulcísima voz... En este lugar es en donde se deleitan Jesús y el alma: en el armonioso conjunto de todas las virtudes: en donde reina el silencio interior que nada turba..., la quietud del alma vacía de todo propio querer, que no piensa ya, ni puede pensar, sino en amar y sacrificarse por el Amado... Aquí es muy viva, penetrante y profunda la Presencia de Dios en altísimos grados..., aquí se respira modestia, soledad, recogimiento..., todo interno, todo bello, todo lleno de paz como que lo cobija, alienta y da vida el Espíritu Santo.

En esta quietud tranquila del campo divino de las Virtudes, es donde el alma, repito, vacía de todo lo que no es Dios, tiende a Él y se une íntimamente con Él: es en donde ese divino Espíritu se hace sentir, escuchar y tocar, con el purísimo contacto de las almas vírgenes, de las almas cándidas. En este oscuro silencio del alma pura, es donde se encienden y crecen los divinos amores... Aquí es el santuario de las comunicaciones divinas, de lo más alto y crecido de la Unión... Aquí concluye el Yo; y el alma, por medio de la santificación del amor, ni respira ni aspira, sino Dios y sólo Dios. En estas alturas, el Espíritu Santo ¡oh bondad incomparable!, uniéndose al alma pura y adornada de todas las virtudes, con un estrechamiento, hace que esta, ni piense, ni oiga, ni sienta, ni hable sino del Amado, con el Amado, por el Amado y dentro del Amado... No pudiendo tener más movimiento ni voluntad que la del Amado... Aquí el alma, absorbida por el Espíritu Santo comienza a ver ante su atónita mirada, otro campo infinito de secretos admirables, encerrados en la Cruz... Se descorren ante ella los velos de los

Sagrados Misterios, contempla anonadada la Esencia Divina, la Generación eterna, la felicidad de Dios, la comunicación del Amor, en el amor mismo. Su entendimiento se llena de luz, su memoria se suspende, su voluntad..., ¡oh, su voluntad ya no le pertenece, está precipitada, enajenada, confundida dentro de aquel eterno foco de Caridad, Omnipotencia y Bondad! ¿Y aquí concluyen estos divinos favores, cuyos escalones para alcanzarlos son las virtudes? ¡Oh, no!, que Dios es infinito, y sus tesoros siempre nuevos e inagotables.

Al alma pura y crucificada, adornada de todas las virtudes, repito, y llena de gracia, la introduce el Espíritu Santo a unas regiones o moradas muy internas, que llegan a ser las antesalas del cielo: parece que ahí contempla a la Divinidad misma, sólo con un velo más o menos denso; que siente su calor, sus miradas, comprendiendo la verdadera vida. Ahí la misma Divinidad, es la que calienta al alma con sus esplendores eternos... Ahí se cree, se espera, y se ama con crecidos quilates aunque generalmente de estas tres virtudes teologales, sólo queda, diré o absorbe a las otras la Caridad, el Amor... Ama, ama al alma sin saber hacer más que amar; amar, anhelando, engolfada en aquel piélago de amor, nada más que amar, y más amar, sin cansarse, ni hartarse..., y sin embargo, satisfaciendo los vehementísimos ardores de la unión, del estrechamiento, de la similitud con su Dios y su todo...

Hasta allá conduce el hermoso campo de las virtudes, a las almas profundamente humildes, sacrificadas, puras, desinteresadas, ocultas y obedientes.

Entre las virtudes, unas arrastran el alma hacia Dios; otras atraen a Dios hacia el alma pura... Algunas también, tienen como dos caras o aplicaciones opuestas, como la Condescendencia santa y la culpable, la Enseñanza y otras muchas.

Se dividen en grupos, en familias, en colores, diré, pero el Amor, la Pureza, y el Sacrificio, constituyen la sustancia y los matices divinos de todas.

Esa pureza se levanta majestuosa entre todas sus compañeras, reclinándose en aquel Lirio purísimo, en la Azucena divina, de donde toma su fragancia especial, la cual comunica, embalsamando, a todas las demás virtudes. CC 13, 5.

El Dolor, la Cruz, esta riqueza desconocida viene impregnando a todas las virtudes, y dándoles valor y vida sobrenatural. Sin la Cruz, no puede existir ninguna virtud: es la divina sustancia de todas ellas; es la atmósfera del alma santa, es la escala para el cielo, y el lazo de unión más apretado que puede existir entre Dios y el alma pura. Nos hizo felices Jesús por el Dolor, pero Dolor en la Inocencia misma, Dolor en la virginal Pureza, Dolor santo e inmaculado, que todos debemos imitar y que se imita en la constante práctica de las Virtudes.

¿Y el amor? Con este amor que abarca al inmenso campo de las Virtudes en toda su extensión, que les da el ser y la vida, se abrasa el pecho divino de Jesús, obrando prodigios de humillación y de sacrificios hasta la locura en favor del hombre. Su purísima alma es el foco del amor activo y sacrificado. Es el Amor, el antídoto de todo pecado, de todo vicio, de toda desordenada pasión.

El alma que ama, se transforma en todas las virtudes y las posee, identificándose con ellas: el alma que ama, anhela aniquilarse, humillarse, ocultarse, morir a todo para vivir en Dios y para Dios.

A este punto culminante de la perfección, lleva al alma la práctica constante de las Virtudes, identificando su voluntad con la divina, que es el fin de este tratado: La gloria de Dios y la salvación de las almas.

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LOS VICIOS

Mundo, demonio y carne

El Mundo es uno de los enemigos capitales del alma, que lleva consigo a muchos y muy grandes vicios.

El Mundo, el Demonio y la Carne, tienen monopolizados, diré, a todos los vicios, tentaciones y pecados con que se me ofende; y, aunque Satanás es el jefe de estos enemigos, tiene dividido el campo del alma como en secciones, dándole su parte al Mundo y a la Carne.

El que maneja el Demonio, también tiene sus estratagemas, traiciones y emboscadas, para dirigirlas, hacia ahí, por ser el más odioso y aquilatado en malicia de los tres, el campo de la Carne o Impureza.

Y el de la Carne misma tiende sus redes y lazos para también atraer hacia sí a las almas, presas en los otros campos del Demonio y del Mundo.

Poderosísimos enemigos son éstos, que forman la campaña contra Mí, haciendo la guerra el campo divino de las Virtudes.

Sus armas ya las han visto, cada uno las tiene muy aguzadas y filosas, y con mil secretos ocultos y traidores. Disparan tiros certeros a las almas, tiros que ni ruido a veces hacen y aun van envueltos en hermosos y codiciados colores... Infame astucia la del campo de Satanás que hoy vengo a descubrir al mundo espiritual, tan lastimosamente engañado en muchas y graves cosas.

El Mundo lleva consigo para matar a las almas o cuando menos desmembrarlas, entretenerlas y desviarles las gracias, quitándoles a ellas la perfección y a Mí lo gloria, los vicios siguientes:

Sensualidad, Disipación, Escándalo, Ligereza, Molicie, Comodidad, Delicadeza, Calumnia, Murmuración, Difamación, Respeto humano, Vanidad, Fragilidad, Flaqueza, Debilidad, Condescendencia, Adulación, Exageración, Curiosidad, Precipitación, Imprudencia, Frivolidad, Imprevisión, Sensibilismo, Susceptibilidad, Inconstancia, Instabilidad, Infidelidad, Indiscreción, Veleidad, Injusticia.

El Demonio se atribuye más directamente, diré, el manejo de estos otros Vicios:

Soberbia, Envidia, Astucia, Escrúpulos, Turbación, Perturbación, Inquietud, Duda, Vacilación, Indecisión, Hipocresía, Egoísmo, Mentira, Doblez, Falsedad, Bajeza, Pereza, Ociosidad, Cansancio, Ira, Cólera, Venganza, Rencor, Odio, Traición, Perfidia, Orgullo, Amor propio, Pretensión, Presunción, Pedantería, Altivez, Afectación, Cobardía, Excusa, Vileza, Ocultamiento, Premeditación, Burla, Sarcasmo, Fingimiento, Ingratitud, Inmortificación, Impaciencia, Acritud, Dureza, Ruindad, Desobediencia, Imaginación.

La Carne se refina en estos otros Vicios:

Lujuria, Impureza, Malicia, Voluptuosidad, Inmodestia, Libertad con sus consecuencias. Obstinación, Ofuscación, Sordera, Ceguera, Duda, Ilusión, Engaño, Frialdad, Tibieza, Indiferencia, Desaliento, Impenitencia.

El vicio del Desorden abarca todos los otros, pues habita en el seno mismo de Satanás, autor de todos.

Cada enemigo capital, sin embargo, no se concreta tan sólo a cultivar su campo, sino que

todos tres, separados y unidos, trabajan a una, y con un mismo fin, que es perder a las almas y quitarme gloria. Saben las consecuencias, que cada uno de estos vicios acarrea a los corazones; y en su sección especial, cuántos y cuántos lleva el Mundo. Él tiene tendido su campo con las redes vistosas de mil cambiantes colores y ya saben cómo coge a las almas incautas, cómo las seduce y emponzoña haciéndolas suyas.

El campo del Demonio y de la Carne, aunque distintos, repito, en su forma, van ambos a un mismo punto y a un mismo pérfido fin, el cual ya he explicado, y las almas lo conocerán para su bien.

Felices los corazones si se preservan de tantos males y abandonando los Vicios se pasan al campo hermosísimo y puro de las Virtudes que está a la sombra del Sacrificio, del Dolor, es decir, de la Cruz preciosa que esconde en su centro la dulzura y las delicias más grandes que pueda desear el corazón humano.

FAMILIAS
DE LAS VIRTUDES
Y DE LOS VICIOS
QUE SE LES OPONEN

PRIMERA FAMILIA

VIRTUDES DE SACRIFICIO

1. Sacrificio

El Sacrificio y el Dolor nacen sólo del AMOR de DIOS; y en él viven, y dentro de él crecen y fructifican, llenando el alma de inmensos bienes.

2. Pobreza

La Pobreza es muy semejante a la Santa Obediencia y a la hermosa humildad. El despojo total de la Pobreza se efectúa en no tener, el cual es hermano del no pertenecerse.

Me doy, digan los Religiosos, me entrego, me vacío, me nulifico, todo lo entrego: de todo me despojo: entrego todas las personas, todos los afectos; devuelvo al Señor todo cuanto de El he recibido, con todos sus dones, y gracias: doy mi cuerpo, mi alma, mi vida, mis sentidos y mis potencias, mis sentimientos y palpitaciones y hasta mi eternidad. Esto es el despojo de la Pobreza. Y al despojarse se siente una gran hambre de más pobreza; porque las virtudes participan de aquella hambre y sed insaciable de Dios, que nunca se satisface, siempre anhelando el alma aquel inmenso y Eterno Bien. Las virtudes son unas emanaciones del mismo Dios y tienen la misma propiedad de ser infinitas.

La Pobreza, no sólo la exterior y actual, sino la interior del Espíritu debe ser el vestido del Religioso. Mi corazón ama mucho esa virtud, la cual practiqué toda mi vida hasta el último momento de mi paso sobre la tierra.

El religioso con vanidad es muy pobre a mis ojos, y el pobre en su espíritu y cuerpo es rico en el cielo. Quiero a mis cruces muy pobres: desprecien todo adorno y comodidad; hasta despreciarse a sí mismas: estén desnudos de todo olor mundano; y vestidos sólo de Jesús. Cada día encontrarán más riquezas, más encantos en la Pobreza.

Vistan con mucha modestia: y sus alhajas sean las que me adornaron a Mí; ya que, a mi cuerpo, en mi muerte, sólo le tocaba exteriormente el leño de la Cruz, el hierro de los clavos y las punzantes espinas.

Estúdienme, y sean un fiel retrato en el desasimiento perfecto de todo lo terreno, de todo lo divino, en Dios y por Dios.

La pobreza y la obediencia tienen un color y un aroma muy parecidos. Este aroma embalsama cuanto toca, y da valor a los actos de la criatura, hasta un punto que yo solo sé. Estas virtudes huelen a divino: las dos nacieron en mi Corazón, y son mis amadas.

La pobreza es una reina cubierta de harapos: a la vista espanta a la naturaleza, pero en abrazándose a ella tiene un aroma delicioso; se disfruta de una paz y dicha, desconocidas por el mundo.

A unas manos vacías llena el Señor, al cual le agrada dar al que no tiene y reconoce que lo que tiene es de Él y se lo devuelve.

Este recibir y devolver hace crecer el tesoro que el Señor derrama en el alma pobre; y mientras más recibe más devuelve, gozándome el Señor en este comercio santo; pero ¡ay del alma que se queda con sus gracias como propias! Yo llevo conmigo mis tesoros: y quien me tiene a Mí

todo lo tiene; pero no en sí, sino en Mí mismo. El alma unida a Dios es rica con sus riquezas y totalmente vacía o pobre en sí misma, es decir, todo lo tiene sin tenerlo, y se queda con su pobreza, aunque esté vestida de perlas. Por aquí se ve la necesidad de este despojo de sí mismo, si se quiere emprender con fruto la vida espiritual perfecta.

3. Pobreza espiritual perfecta

La Pobreza espiritual perfecta está alabada por Mí mismo en la primera Bienaventuranza e indico el premio a que es acreedora el alma que la posee.

El reino de los cielos es más de los pobres de espíritu y mil veces más que de los pobres del cuerpo. Los pobres de espíritu son los que devuelven los dones al Dador de ellos, los que es renuncian totalmente: los que mueren a su propia voluntad, para vivir tan sólo de la Mía.

De todos éstos es el Reino de los cielos. También es el Reino de los cielos de los obedientes, porque los Obedientes triunfarán desde el momento que se doblegan.

Los obedientes cantarán victoria: mas, ¿en dónde? En su Reino, en el Reino eterno de los cielos.

La pobreza espiritual perfecta y la Obediencia espiritual perfecta son hermanas y de ambas es el Reino de los cielos. ¡Bienaventuradas las almas que las poseen!

Y esto no es más que un acto de mi justicia porque el que se renuncia a sí, me tiene a Mí; y el que todo lo da, también me posee a Mí; y el que muere a sí mismo, resucita en Mí; y el que nada tiene lo tiene Todo.

Este Todo soy yo mismo. Mi libertad es muy grande; ya que por un poco de tierra doy un cielo. Al alma criada, que se da, se le da a ella un Dios increado. Y ¿quién podrá medir la distancia que hay entre Dios y la criatura? Si comparan la dádiva, su asombro crecerá y llegará la admiración a su colmo, si pudieran solamente entrever lo que es el eterno premio de mi Reino infinito.

¡Feliz el alma que llega a poseer estas virtudes espirituales perfectas! No sabe el Oasis de los tesoros que tiene a su disposición. El mundo ignora esta última perfección, la cual es practicable y que escala el cielo, hasta llegar a poseerlo.

4. Penitencia

La Penitencia es el fuego que conserva las virtudes y les da savia para su desarrollo.

De ella nace el propio desprecio; de ella se produce el ansia de padecer; el hambre de crucifixión.

La humildad produce esta grande virtud, conserva sus actos; más la desarrolla el amor divino.

La Penitencia es muy agradable a Dios y tiene muchos visos, y alcanza diversas gracias para las almas, y para la misma alma que la practica.

La Penitencia atrae a la ternura y el Corazón de Dios y tiene las cualidades de expiar y merecer.

La Penitencia brota de la humildad.

5. Penitencia Espiritual Perfecta

La Penitencia exterior tiene la facultad o virtud de purificar el cuerpo y el alma, pero existe otra clase de penitencia: la penitencia espiritual perfecta.

Esta penitencia es de un valor inmenso, y como lo dice su nombre, toca directamente al espíritu, aunque sus efectos se dejan también sentir en el cuerpo.

Esta purificación no está en manera alguna en la voluntad humana, sino que depende totalmente de la voluntad divina. Esta voluntad divina, o por sí, o valiéndose de otro espíritu, hace pasar al alma por el vivo fuego del crisol de la purificación más intensa y atormentando al alma, la deja capaz para recibir las gracias del cielo. Este es un fuego que en un instante consume hasta las más pequeñas imperfecciones, y acerca al espíritu, así purificado.

Esta purificación deja en el alma varios santos afectos: es decir, le da luz, fortaleza y unión; estas tres gracias, además de otras, son las principales con que Dios regala al alma feliz que lleva por estos caminos.

Esta penitencia es una de las virtudes internas perfectas de que venimos hablando, y solamente un especial beneficio de Dios y un don puramente gratuito. Es un favor del cielo con el cual Dios purifica a las almas, las limpia para subirlas a la alteza incomprensible de la unión.

Son estas desolaciones, que van a lo más hondo del espíritu, un don gratuito, sin que nadie sea capaz, ni de quitarlas, ni de disminuirlas, pero se puede inclinar a mi Corazón a concederlas, practicando los tres grados de perfección de la Religión de la Cruz.

La Penitencia es de gran valor y procura al alma innumerables bienes. El cuerpo es como un pedernal y la penitencia el eslabón con que se produce el fuego santo que purifica el alma y la abraza en el divino amor.

La penitencia es una poderosa arma contra muchos vicios; es espuela contra la molicie y ataca directamente a todos los pecados capitales. Es el cerco de la castidad, la despertadora del espíritu y el antídoto contra el fuego del Purgatorio, es la llave de las gracias y la que detiene la justicia del mismo Dios, es una mina que atesora para el cielo.

La penitencia abre las puertas de la contemplación y los tesoros celestiales. Sin embargo, hasta su nombre causa horror; pero, ¡si se gustasen sus frutos, este delicado sabor que en el mundo no se encuentra...! La Penitencia inclina al hombre a la mortificación, al propio desprecio, a la Caridad del prójimo y a la unión con Dios.

6, 7 y 8. Sufrimiento, Sufrimiento Espiritual Perfecto y Padecimiento

La virtud del sufrimiento es una parte esencial del Dolor. El sufrimiento cristiano que se acompaña siempre de la resignación y de la Paciencia, es hijo de mi Corazón, nacido y santificado en El.

En mi Corazón se santificó el Dolor interno, del sufrimiento de mi Corazón tomó su virtud y fortaleza.

El sufrimiento es mayor que el Padecimiento, porque éste toca al cuerpo y aquél al alma, y tanto le aventaja cuanto es la diferencia de lo material a lo espiritual.

El Padecimiento cristiano es también una virtud, y muy grande y de riquísimo e imponderable valor a los ojos de Dios, sobre todo cuando parte de un cuerpo puro, con un alma santificada.

Uno de los mayores medios para la santificación de un alma es el padecimiento físico causado por las enfermedades; sin embargo, el Padecimiento es hijo del Sufrimiento y la mayor parte de las veces andan juntos. Mas ahora no trato aquí de un Sufrimiento puramente moral, aunque en mucho lo estimo y valorizo; hablo del Sufrimiento espiritual perfecto, que anega al alma en las amarguras más crueles.

Esta clase de sufrimiento interno fue el que desgarró a mi amantísimo Corazón, desde el instante mismo de mi Encarnación hasta que entregué mi Espíritu en manos de mi Padre. En este sufrimiento se complacen las miradas del Padre; y él es el que, partiendo de un alma pura,

alcanza más gracias celestiales. Todo Padecimiento y todo Sufrimiento es Cruz, y constituyen el camino derecho para el cielo.

Ellos preparan al alma para la Contemplación y la conservan: ellos son indispensables apoyos para la Oración, y su alimento y su vida.

A la medida del Dolor descienden las gracias para el alma y para las almas.

El Dolor es el Arca Santa de los divinos favores.

Sin dolor no hay alegría, es decir, no hay Oración, ni Contemplación, ni sólida virtud, esto es: sin sufrimiento no existe sencillamente la vida espiritual.

La palanca de la vida espiritual es el Dolor manifestado en las diferentes formas de Sufrimiento y Padecimiento.

Muy grande y encumbrada es esta virtud brotada de mi Corazón Santísimo.

El Sufrimiento espiritual perfecto consiste en recibir, buscar y gozarse en el Sufrimiento, Padecimiento y toda clase de mortificación voluntaria o impuesta, ya directamente por Mí mismo, ya por parte del prójimo o ya proporcionada por la misma alma.

Esta definición encierra un campo vastísimo de crueles y terribles martirios. Con sólo esto llegaría cualquiera alma que pasase por este camino a la más alta perfección.

Los enemigos del Sufrimiento y del padecimiento son muchos y combaten en favor del Mundo, Demonio y Carne.

La Comodidad y el placer hacen inmensos esfuerzos para derrotar el sufrimiento y el padecimiento.

La Delicadeza afina y pone en juego todas sus armas, la Flaqueza y Debilidad los hacen tropezar y hasta llegar a caer.

Pero el Dominio propio, la Firmeza, la Energía y la Constancia son sus apoyos y las armas también con las cuales alcanza la victoria. ¡Felices mil veces las almas vencedoras!

9. Mortificación

El Sufrimiento y la mortificación van más al interior del alma. La Penitencia y el padecimiento se refieren más al cuerpo.

La Mortificación es el constante quebrantamiento de todo propio querer. Sólo está incluido en el total sacrificio de la Obediencia: sin embargo, puede el alma actuarse en todas sus operaciones, ya que la virtud de la Mortificación es el incienso del alma.

Esta virtud es muy amada de mi Corazón, la cual se desarrolla y crece practicándola. Es una hija predilecta del Espíritu Santo y su misión es purificar a las almas por el sacrificio; y su perfección consiste en que este sacrificio sacudido de todo propio interés, suba al cielo por el solo y puro amor. Este puro amor tiene muchos grados y extensión.

La Mortificación es una grande virtud hija del sufrimiento y hermana del Padecimiento. Es la mortificación la sal con la cual sazonan todas las virtudes: ellas son desabridas sin esta sal indispensable para su sabor.

La Mortificación, aunque es también hija del Sufrimiento, es mayor que su hermano el Padecimiento y más parecida a su padre en el sentido de que va al interior del alma a practicar su misión.

La misión de la Mortificación es divina y su práctica lleva al alma a un alto grado de perfección.

El alma mortificada, es pura, obediente, humilde, penitente, y la acompañan todas o la mayor parte de las virtudes. La Mortificación tiene la virtud especial de levantar el alma de las cosas de la tierra y de atraer por su medio la Presencia de Dios.

La Mortificación es la leña o combustible con que se enciende el alma en divino fuego.

La Mortificación es una virtud secreta que, en el ocultamiento y oscuridad, hace grandes progresos.

Es la Mortificación enemiga del ruido; y en un profundo silencio se ejercita y crece. Tiene su asiento en el alma pura o purificada.

Es la Mortificación una virtud gigante, y aun cuando se muestre en la pequeñez de la humildad, o con su vestidura, ella derroca a enemigos muy capitales del alma.

Es virtud guerrera que consigo lleva a la lucha y la espada y no descansa en su misión, proporcionando al alma que la posee, infinitos medios y modos de merecer.

La mortificación domina a los sentidos y pone a raya a las pasiones del hombre: se interna hasta en las potencias del alma, y pasa aún más allá, esto es, al campo vastísimo interno dentro del cual también impera ejerciendo ahí su dominio y su influencia más perfecta.

Es virtud tan fuerte, que derroca a la voluntad humana, la pisa, y hace de ella su asiento: la rinde totalmente con su trabajo y esfuerzo; y de tal manera llega a sujetarla, que aquel feliz y mil veces feliz espíritu que la tiene por su Reina llega a vivir y a respirar dentro de ella y por ella misma.

Esta virtud tiene infinitas recompensas celestiales para el alma que la practica, no sólo en la eternidad, sino aún en el tiempo.

Sus enemigos son los mismos que los del Sufrimiento y padecimiento; pero esta virtud como aborrece de muerte a la Comodidad, a la Delicadeza y al Placer, esgrime heroicamente todas sus armas para defenderse, apoyándose en la Humildad y en la Constancia.

10. Abnegación

La Abnegación es una hermosísima virtud: es hija del Sacrificio y de la Mortificación.

Su apoyo es Jesús, que es a la vez su modelo y su fuerza. Su campo es extensísimo: su misión es constante. Esta virtud es, la mayor parte de las veces oculta a los ojos humanos, recreando los ojos divinos que la contemplan. Pasa generalmente desapercibida por el mundo: se quema en el holocausto del propio dominio, y se embellece en la oscuridad, cumpliendo su misión.

Quebranta la ira del hombre, y atrae las gracias del cielo al alma feliz que la posee.

El aroma de esta virtud encanta a Mi Corazón divino. Satanás la odia y le hace encarnizada guerra.

Los enemigos principales que se levantan contra la abnegación son: el Orgullo, el cansancio, la tristeza, y el desfallecimiento.

11. Persecución

La persecución es una de las gracias Mías con que obsequio a las almas predilectas de mi Corazón.

Existen persecuciones desenmascaradas que hacen sufrir terriblemente al alma; existen otras que son peores, sordas y ocultas, las cuales hacen más daño que las anteriores, y en su oscuridad y silencio despedazan al alma contra quien van dirigidas.

Existe la persecución de los buenos: Yo la permito, y ésta sí, es el verdadero crisol en el que el alma se purifica.

Es la Persecución un palenque sobre el cual el alma se exprime, dejando ahí los humores emponzoñados o malos que la dañaban.

La Persecución sobre todo de la inocencia; o la que es arrojada, diré, sobre una alma víctima y pura, es la más dolorosa y cruel y desgarradora; pero también es la más llena de celestiales recompensas. "Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos".

Pero no crean que todos aquellos a quienes persigue la justicia humana sean míos, o los llame Yo míos; o les regale mi Reino, no. Trato solamente de los que son inculpables e inocentes, y, sin embargo, son perseguidos y calumniados y despreciados, o bien por la ofuscación o malicia humana, o por permisión divina, a fin de probar sus virtudes y aumentar sus merecimientos.

Aquí encontrarán el fruto riquísimo del Desprecio ajeno. Mas tampoco crean que alcancen mi Reino con sólo ser inocentemente perseguidos, que muchos así lo son; sino que exijo del alma inocente y víctima de la persecución el silencio en su dolor, el perdón para sus enemigos, y el gozo en el sufrimiento; por mi amor, por mi puro amor.

Aquí está el fruto de la Persecución y al que Yo otorgo mi propio Reino.

El alma feliz que practica el Silencio, el Perdón, y el Gozo en la Persecución, llega a lo más encumbrado de las virtudes ¿Habrán entendido la Persecución así?

Con la Persecución no se compra el cielo: Yo lo doy, pero con las condiciones que llevo dichas. Hay persecuciones en el orden de la gracia también terribles, la vida extraordinaria generalmente las lleva consigo, y de éstos principalmente es el Reino de los cielos.

El mundo y los mundanos siempre van en oposición a Mí, y a lo que es mío, si no abiertamente, lo cuál sería menos malo, sí con disimulaciones falsas, hipocresías y aún con aberraciones cubiertas con capa de virtudes.

Toda alma que se da a Mí, pasa, en más o menos escala, por esta indispensable persecución que purifica. A la vez que la persecución es una gracia muy grande en la vida del hombre y en la vida del espíritu, es un tropiezo en el cual sucumben generalmente las almas débiles.

En las vocaciones religiosas sucumben muchas almas débiles, por la persecución; y Satanás obtiene grandes triunfos.

El apoyo del alma en las luchas de la Persecución, ¿saben cuál es? María y la virtud sublime de la CONSTANCIA, que se alcanza por la intercesión de aquella que es "Auxilio de los cristianos" y de las almas religiosas.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE SACRIFICIO

1. Inmortificación

La Inmortificación procede de la Sensualidad y del Amor propio principalmente.

La Comodidad y la Delicadeza lo alimentan y hacen crecer, ayudándole además a que llegue a su completo desarrollo, por medio de la Molicie.

La vida espiritual subsiste y crece con la savia de la Mortificación; esta virtud la vigoriza y prepara el alma para grandes gracias.

En cambio, la Inmortificación mata esta vida del alma, o cuando menos la hiela y seca, enervándola para todo bien; porque hay que desengañarse: la vida del espíritu, nace, crece y se desarrolla solamente en el campo doloroso de la Mortificación voluntaria, o sea de la Cruz: no existe otra vereda para llegar a ella, sino la estrechísima del Dolor.

La Mortificación es la escala que más pronto y directamente lleva al cielo por las virtudes, ella es la perla del corazón que me ama. En cambio, no existe declive más inclinado, que haga descender al corazón por toda clase de vicios, como la Inmortificación.

El alma que se deja llevar de ella, pronto caerá en el pecado.

- Dí, Señor ¿en qué cosas se debe uno mortificar y cuándo?

- Siempre y en todas partes, especialmente cuando siente el alma alguna afición desordenada aún en lo más santo; cuanto más en cualquier determinado vicio. En todo lo que no sea recto debe el alma mortificarse, enderezando sus actos e intenciones hacia Mí solamente, y con el único fin de agradarme.

En lo ilícito siempre hay que mortificarse por deber y en lo lícito, por amor Mío.

La Mortificación debe ser el pan cotidiano del alma: ella es el crisol en donde constantemente debe purificarse, y el agua en que debe lavarse.

Es un maná la mortificación que contiene muchos sabores y siempre nuevos en los cuales el alma se llega a embriagar de tal manera, que pasa a constituir su felicidad en la tierra, siéndole penoso vivir sin Dolor, y solamente con el fin sobrenatural de darme gusto y complacerme.

Progresos muy grandes en la perfección, hace un alma mortificada; en cambio la que se deja llevar de sus gustos e inclinaciones se mancha, se abaja y retrocede, poniéndose en peligro de perder el calor y la vida espiritual del alma.

La Inmortificación, sin embargo, reina hoy en el mundo y desgraciadamente invade también a las Religiones.

La nieve de los claustros es la Inmortificación: ella destruye el calor y del amor divino y congela a las almas con su contacto.

Es, además, la Inmortificación, la destructora de la Oración; infiltra en el alma la Disipación y el Fastidio, las Distracciones y el cansancio, poniéndose como poderoso obstáculo entre Dios y el alma.

La inmortificación deseca las fuentes de las inspiraciones divinas y cierra las puertas a las comunicaciones del Espíritu Santo. Grande mal es la Inmortificación, y uno de los venenos con

que Satanás mata a las Congregaciones religiosas.

¡Desgraciadas las Religiones sin la Mortificación como reina y Señora! Ellas vendrán por tierra más o menos tarde, porque una de las más poderosas palancas que la sostienen, es la mortificación.

Un alma fría, generalmente, es un alma Inmortificada. Un alma con frecuentes recaídas, tiene también por causa de su debilidad la Inmortificación. Un alma que no avanza en los caminos de la perfección, es decir, de las virtudes y de la Cruz, es también sin duda, inmortificada. Un alma que no adelanta en la oración no vacilen en afirmar que le falta el indispensable apoyo de la Mortificación, la llave con la cual se abren esas divinas puertas que ponen al espíritu en comunicación directa con Dios.

La Mortificación debe acompañar a todos los actos del hombre tanto interiores como exteriores en sus potencias y sentidos. ¡Oh y qué bella es la Mortificación interna y espiritual! En ella se complace el Espíritu Santo.

Y de la misma manera que existe Mortificación interna, de la cual se produce la externa, igualmente hay Inmortificación interna más refinada, y de la que se produce la externa. No existe la una sin la otra puesto que del corazón parte el bien y el mal, y ahí se elaboran tanto las virtudes como los vicios; pero, existen unos vicios internos, que tocan con especialidad los puntos más íntimos del alma, creciendo con esto su daño y malicia. La Inmortificación interna, por ejemplo, pasa a dejar desarrollarse los pecados secretos, sin oponer resistencia: ella patrocina a los vicios espirituales, y a los vicios espirituales perfectos, y da rienda suelta a la Libertad culpable de las pasiones todas.

Grandes y estupendos males causan esta clase de Inmortificación y sólo se cura con la santa Rectitud, Penitencia, Mortificación, y Pureza de intención.

2. Molicie

La molicie es la hija de la Pereza, y muy íntima compañera del Cansancio y del Desaliento. La Molicie es la Comodidad en su más alto grado, y depuración de la Sensualidad.

Aborrezco a este defecto tan contrario a mi doctrina y a mi Cruz, y todo cristiano debiera aborrecerla igualmente.

La molicie embota los sentimientos del alma para todo lo bueno, santo y espiritual, y adormece el corazón debilitando además su energía y valor para el sacrificio. El alma de quien se apodera la Molicie, va sustrayéndose a los actos de piedad y a la práctica de los Sacramentos, concluye por abandonarlos por completo y perderse.

La vida espiritual está en una completa contraposición con la Molicie porque la vida espiritual lleva consigo en sus venas a la Actividad y al Sacrificio.

El Dolor, es también antagonista de la Molicie, pues este defecto que raya en vicio, descansa en mullido lecho de olorosas flores. ¡Desgraciada el alma de quién hacen su presa! Ella pagará muy caro la vida regalada y deliciosa que en el mundo usa.

La molicie es un vicio que va contra Dios por la gloria que le quita; contra el prójimo y el pobre por el bien que le deja de hacer, y contra el alma misma que la lleva consigo, por el daño funesto que le produce. La molicie es enemiga acérrima de la Cruz, y su misión es ahuyentar del alma las virtudes y la vida interior que tantos bienes le produce.

La Penitencia y la Mortificación la hacen estremecer: el Sacrificio, la Abnegación, el Sufrimiento y el Padecimiento voluntario, son letra muerta para la Molicie, y aún de su sombra huye.

El remedio único para este pegajoso vicio, consiste en el Trabajo y Desprecio propio, unido con la Constancia, el Vencimiento y la Generosidad.

El alma que no se sacude valerosamente y con presteza de tan dulces y magnéticos brazos vivirá una vida floja, egoísta e inútil cuando menos, y se quemará largo tiempo en el voraz fuego de un terrible Purgatorio.

3. Delicadeza

La Delicadeza es hija de la Molicie. Esta Delicadeza no es aquella Delicadeza pura y espiritual que busca la limpieza del alma, y se lastima con el menor polvo que la empaña. Consiste, al contrario, en un pulido refinamiento de exagerada sensualidad.

Los pretextos y los mimos forman un séquito; aún el aire que esta delicadeza funesta respira, tiene que ir embalsamado de suaves perfumes. Parece que hasta la luz lastima a este adelgazamiento satánico de la Delicadeza.

El amor propio, es decir, el enamoramiento y cuidado de sí mismo reina en la Delicadeza, en su mayor extensión.

Las almas y los cuerpos a quienes guarda el nicho dorado de la Delicadeza, merecen el Purgatorio, ¡y aún se exponen muchas veces al infierno!

Y, sin embargo, el mundo y aún algunas religiones están llenas de tan pernicioso mal. Esta maldita delicadeza es tan fina, que no respeta lugar en donde suavísimamente no se introduzca.

¡Ay de las almas que de ella se dejan coger! Pueden contarse por desgraciadas, porque todo cuanto aleja de mi Cruz, aleja de Mí mismo; y el que de Mí se aleja, se pierde sin remedio.

Aborrezco a este lazo de Satanás cuanto soy capaz, es decir, infinitamente, pues sólo Yo puedo medir los daños sin número que causa en las almas.

La Delicadeza no existe en la vida espiritual. La razón es sencillamente porque allí no puede existir; es decir, no puede haber vida espiritual en donde ella reside: la una es enemiga de la otra y jamás pueden juntarse.

La Delicadeza huye de la Cruz, y la vida espiritual se abraza de ella; la Delicadeza aborrece al Dolor en todas sus formas y la vida espiritual concreta en el Dolor su mayor dicha.

La Delicadeza se goza en los más finos placeres; la vida espiritual los odia y se aleja de ellos; la Delicadeza ama el Descanso y la inacción, la vida espiritual arde y se abraza en el vivo fuego del Amor activo, que nunca busca ni acepta descanso, porque su descanso está EN NO DESCANSAR. Ya verán si hay completa oposición en la Delicadeza, comodona y emponzoñada y en la hermosa vida de amor y de sacrificio.

El remedio contra la delicadeza consiste en la total transformación del alma por medio de la propia crucifixión.

Aquí se necesita el completo escuadrón de las virtudes guerreras para matar toda propia condescendencia y debilidad del alma para consigo misma.

Solamente con este heroico valor y con la potencia formidable de semejantes virtudes, se podrá derrocar y destruir este suavísimo y edulcorado vicio que a tantas almas hunde en la eterna perdición.

Que las almas abran los ojos y contemplen en la Delicadeza el camino derecho para su eterna ruina, y en la Cruz el sendero recto para la eterna salvación.

El Dolor viene hoy a destruir a la Delicadeza, a arrojarla de su trono, a desenmascarar a Satanás, y a dar el grito de ¡alerta! a tantos miles y miles de almas engañadas y adormecidas con el embriagador licor de la Delicadeza.

4. Comodidad

La Comodidad es hija de la Delicadeza, y corre por sus venas la sangre de la Pereza.

Es compañera de la Molicie, y siempre lleva consigo la Ociosidad.

La Comodidad es ahora la reina del mundo, extendiéndose su influencia de uno a otro polo.

Las Religiosas también, ¡ay!, la tienen muy arraigada: y por esto a la mayor parte de las mismas las envuelve tanta tibieza.

La Molicie espanta hasta cierto punto a las almas que se llaman espirituales: pero Satanás le da a la Comodidad mil clases de colores y hace que la reciban en sus corazones sin el menor escrúpulo.

¡Cuántos hay de estos engaños en las Religiones!

La Comodidad es uno de los puntos más deleznables de las comunidades religiosas, punto por donde Satanás mina a las mismas para debilitar su espíritu y hacerlas caer en la tibieza.

Comienza el demonio con vil astucia a poner en las Religiones lo superfluo como necesario y la tolerancia por cosa indispensable.

De esta culpable Comodidad a la Delicadeza hay solamente un paso; Satanás sabe muy bien urdir mil imaginarios pretextos para arrastrar insensiblemente a los Religiosos al reinado de la Comodidad. Ponderando la necesidad de la salud, se pasa con suma facilidad a la Sensualidad.

¡Cuán resbaloso es este camino de astucias satánicas que conducen a la Comodidad y de ésta a muchos males!

La Condescendencia culpable extiende gran parte de su reinado en la Comodidad. El *Amor-propio* es su brazo derecho; y aún el Egoísmo tiene en la Comodidad parte de su campo.

En todos los actos de la vida del hombre, en más o menos escala, se introduce este dañino mal, que los desvirtúa y aún los envenena.

Esta serpiente de la Comodidad se introduce hasta en lo más Santo. Se le encuentra en el Templo y en la Oración, en el cuerpo y aun en el alma.

La Comodidad del cuerpo se deja ver en el dormir, en el comer, en el descanso, y en las ocupaciones que pueden satisfacerle, mas el mérito de la virtud está en encontrarla. Cuando el espíritu domina a la materia y llega a postergarla, a fuerza de contrariarla y vencerla, entonces el hombre está en su punto correspondiendo al fin para el que lo creé.

La Comodidad en el espíritu camina unida con la del cuerpo: a la medida que se le conceda la comodidad al cuerpo se introduce en el espíritu.

"Aquel que me quiere seguir", debe tener muy a raya el cuerpo. El negarse a sí mismo consiste en oponerse absolutamente a que el alma y el cuerpo reciban Comodidad.

La Comodidad del alma consiste en buscar en las oraciones, obras de piedad y de misericordia, penitencias, etc., todo lo que pueda satisfacerle.

La Comodidad del espíritu está en el buscarse a sí, y no a Mí.

Esto, como se ve, está muy lejos de la Pureza de intención: la cual absorbe los actos de la criatura, santificándolos, y dándoles valor en esos actos buscando solamente a Mí.

¿Ven hasta qué punto sube la dañina Comodidad, invadiendo también la vida del espíritu al desplegar sus alas en la vida material y ordinaria?

Casi nadie en el mundo lo comprende así, corriendo este vicio sin que nadie se ocupe de interceptarle el paso. ¡Oh! ¡Sólo Yo sé el mal tan abrumador que la Comodidad causa en las almas y en la vida espiritual!

¡Muchos, muchísimos de los que se llaman míos están abrazados, unidos y pegados a tan pernicioso mal!

No sólo con fútiles pretextos admiten a la Comodidad, sino más aún, corren a buscarla, y no pueden, no, vivir sin ella. ¡Y los que tal hacen se llaman cristianos y se llaman míos! ¡Engaño funesto!

"El que quiera venir en pos de Mí", que deje la Comodidad, que se niegue a sí mismo, que en nada se busque a sí, y que me siga.

¡Yo en mi paso por la tierra no tuve una piedra en donde reclinar mi cabeza, y millones de hombres se mecen en la más refinada y desdejada Comodidad! Y ¿éstos me siguen? No, no; son más de palabra, más en la práctica de los hechos, al tratarse de crucifixión, reniegan de mi doctrina, y con las obras, prueban cuán lejos se hallan de Mí. ¡Desgraciados!, van contra la Cruz, por más que con la lengua la encumbren. Desengañarse y desengáñenlos: el único camino que conduce a Mí, es el camino de la Cruz, es decir, el del aplastamiento y destrucción de toda propia comodidad.

El mundo no entiende de esto; mas que tampoco en las Religiones se haga algo sobre el particular, esto me duele, y al mismo tiempo hiere a mi Justicia y la irrita.

Se deja sin obstáculos pasar a la Comodidad y una vez estando ya dentro, Satanás se encarga de hacerla fructificar para su cosecha.

La Comodidad es un gran mal, un espantoso mal para la vida espiritual recta y santa; nadie comprende, repito, el veneno que consigo lleva, veneno lento, pero que acaba por matar los vuelos del alma para el sacrificio, infundiéndole una espantosa inercia.

La Comodidad también concluye por embotar los santos ímpetus del alma hacia la Cruz, y ¡no se conoce a serpiente tan fiera y astuta que, con sus redes de seda, caza a miles de almas para arrojarlas al infierno!

Hay que desinfectar esta atmósfera venenosa de la Comodidad que se respira en todas partes: ¿y saben cómo? Con la Cruz: con el reinado del Dolor.

El mundo se hunde por la comodidad: la Iglesia resiente dolorosamente este defecto Capital en sus hijos.

El único remedio para tan contagioso mal es el Sacrificio, es el Dolor, es la Cruz.

Que sacuda el alma con violencia este sopor que la envuelve; que se renuncie a sí, y que me busque a Mí, por el camino del propio desprecio y se librará, Yo se lo prometo, de tan grande mal, el cual puede acarrearle funestas consecuencias para la eternidad.

Que las Religiosas se esfuercen, y haciéndose violencia, con toda valentía y constancia, arrojen lejos de sí a la Comodidad.

Mas, si dicen que no la conocen, es porque no oran y porque no me aman.

La Oración y el Amor son los anteojos por donde se ve, se conoce y se mide a la propia Comodidad.

El alma que por estos vidrios de aumento se asoma a su interior, ve lo que jamás imaginaba, y horrorizada entonces del fuego en que estaba envuelta, se levanta y arroja lejos de sí, interior y exteriormente, a la serpiente de la Comodidad, rompiendo las redes en que estaba presa.

¡Feliz el alma que tal haga: ella ha dado un gran paso hacia la perfección!

5. Gula

La Gula es un vicio capital que reina en el mundo y es señor de todo él.

La Gula entra también en los claustros e invade las mesas más humildes, haciendo inconcebibles daños en todas las escalas que recorre.

La Gula hace también estragos en los corazones y también en los cuerpos de miles de personas.

Ella lleva consigo una clase de armas venenosas que tiene el desorden: es la Gula hija del Desorden, y por lo mismo es hija de Satanás. Orilla a muchos otros vicios y es de terribilísimas consecuencias para el alma.

Consiste la Gula en un desorden material que arrastra al apetito a traspasar los límites de la discreción y de la prudencia en el comer y en el beber.

Este vicio a veces domina de tal manera al hombre, que lo absorbe y precipita su espíritu en muchos y muy graves males.

La Gula es el puñal de la vida del espíritu: ella enerva las fuerzas del alma y es muy propia para producir la Tibieza, la Frialdad y el Desaliento.

Este vicio estragador es más temible de lo que parece a primera vista.

La Gula es una pasión baja y desenfrenada que se reviste con muchos colores y fases. Es desenvuelta en el mundo, en las personas piadosas, y solapada y más temible en los que se llaman míos. Es un vicio que comúnmente se cubre con la Hipocresía y la más fina Soberbia. El Respeto humano con mucha frecuencia acompaña a la Gula.

La Gula hace la guerra ¡y cuánto!, a la vida espiritual, haciendo que la materia predomine sobre el espíritu, debiendo ser todo lo contrario; pues "no sólo de pan vive el hombre".

Toda alma que se venciera sobre lo particular Yo le prometo la hartura de mis gracias con aquella feliz hambre y sed insaciable y amorosa de Mí mismo.

Que los que se llaman míos preserven generosamente en la lucha, sacrificando su natural apetito, el cual, desordenado, se convertiría en vicio y veneno para el alma.

La Gula lleva con mucha facilidad el corazón al nefasto vicio de la Impureza. De la Gula a la impureza hay sólo un paso, el cual a toda costa se debe evitar.

La embriaguez, de una manera particular, casi siempre lleva consigo a este maldito vicio de la Impureza; y por ser este vicio el que prefiere Satanás, lo favorece de muchos medios, siendo la Gula muy principal instrumento para conducir al alma a la Impureza.

6. Gula Espiritual

Existe también la Gula espiritual que viene de la Envidia, en gran parte, y consiste en un desordenado deseo de santidad, el cual se aparta del Abandono a la voluntad divina.

La Perfección consiste en la moderación prudente de todo justo medio.

Este aviso que doy es de mucha importancia en la vida espiritual y material: pues muy fácil es a la naturaleza del hombre el desordenarse.

En lo bueno como en lo malo, el apetito sensitivo busca su propia satisfacción, y tanto en lo uno como en lo otro, la Rectitud debe ser la balanza de sus operaciones.

Hay personas que pasan la vida pensando cómo darán gusto a su paladar. Aún más: en muchas ocasiones el pensamiento de los manjares quita de los corazones el recuerdo divino de mi Persona. ¡Oh, aberración espantosa! ¡Parece mentira que la bajeza de la naturaleza corrompida posponga a un pedazo de pan al Rey del cielo y tierra! ¡Guerra al apetito desordenado de la Gula!

La templanza virtud hermosísima, y el Vencimiento propio son el contrapeso de este vicio.

El aborrecimiento propio es muy útil para sujetar la materia a la razón y al espíritu, ayudado de la Prudencia y Moderación. A medida que la carne se vence, el espíritu, es decir, el Orden crece, y supera, y llega a reinar.

El Dominio propio, en esta materia, es de mucha importancia, ya que él viene a equilibrar las cosas, poniéndolas en su verdadero punto, y en el orden en que Yo las creé, es decir, que el espíritu sea el Rey de la materia.

La razón y la Fe deben dominar todo levantamiento de cualquier apetito viciado y desordenado. ¡Oh, si ésta comprendieran y practicaran los hombres!

Para la ayuda de este dominio de la carne están la Penitencia y la Mortificación, las cuales son armas con que se triunfa de la Gula y de otras muchas pasiones.

Miren el funesto campo de los vicios, y den el alerta a tantas almas que sólo viven de la materia, sin ni siquiera vislumbrar las riquezas, los tesoros y los infinitos bienes que se encuentran en el vencimiento de las viles pasiones, y en la lucha terrible contra sí mismo, la cual alcanza la victoria contra el enemigo.

En el Orden se encuentra la felicidad; en equilibrar lo que el maldito Desorden destruye, se halla la verdadera dicha.

Cuanto más se quite a la carne, mayor será la ganancia para el espíritu.

Todo lo que el hombre voluntariamente se quita a sí mismo, por amor mío, lo encontrará duplicado en el desarrollo interior de su espíritu.

El Espíritu Santo recompensa toda maceración de la carne con la abundancia de gracias.

Toda propia crucifixión o dolor, sea interno o externo, que el hombre se procure por Mí, será recompensado con creces.

¡Cuán grande es la vida del espíritu y cuán postergado está su reinado en el mundo! ¡Cuán postergado se ve con frecuencia aún en las Religiones!

El hombre vive de materia, de fingidas vanidades y fugitivos placeres, que dejan lacerado el corazón: y no hace caso, no, del santuario interno que dentro de sí lleva, en donde debiera constantemente ofrecer incienso a su Dios y Señor, quemando sus vicios, ruindades y viles pasiones en aras del sacrificio amoroso. Mas esto no se conoce y mucho menos se practica.

Vengo atraído por mi gran Misericordia a dar una alerta al mundo: a despertar de su letargo a tantas almas ilusionadas, engañadas y sordas; vengo hoy con indecible abajamiento a llamarlas a mi Corazón para salvarlas.

No se asombren, no, de tanta bondad: quiero en los últimos tiempos olvidar los pecados del

mundo y salvar las almas que viven ciegas en sus culpas e inculpables errores.

Vengo, a dar un mentís a Satanás, a levantar mi Cruz y hacer reinar el Dolor.

No quiero ya falsa piedad, ni virtudes fingidas, ni vicios solapados y traidores; tiempo es ya de quitar la careta a Satanás, y de hacer patente al mundo sus infames maquinaciones.

Quiero que reine la Pureza, la Cruz, el Dolor, y la verdadera Santidad.

Quiero solidez en los corazones; necesito almas que me consuelen y aplaquen Conmigo a la divina Justicia.

El mundo se hunde por la sensualidad, y la Tibieza lleva el campo del universo entero... ¡Ayúdenme! ¡Préstense!

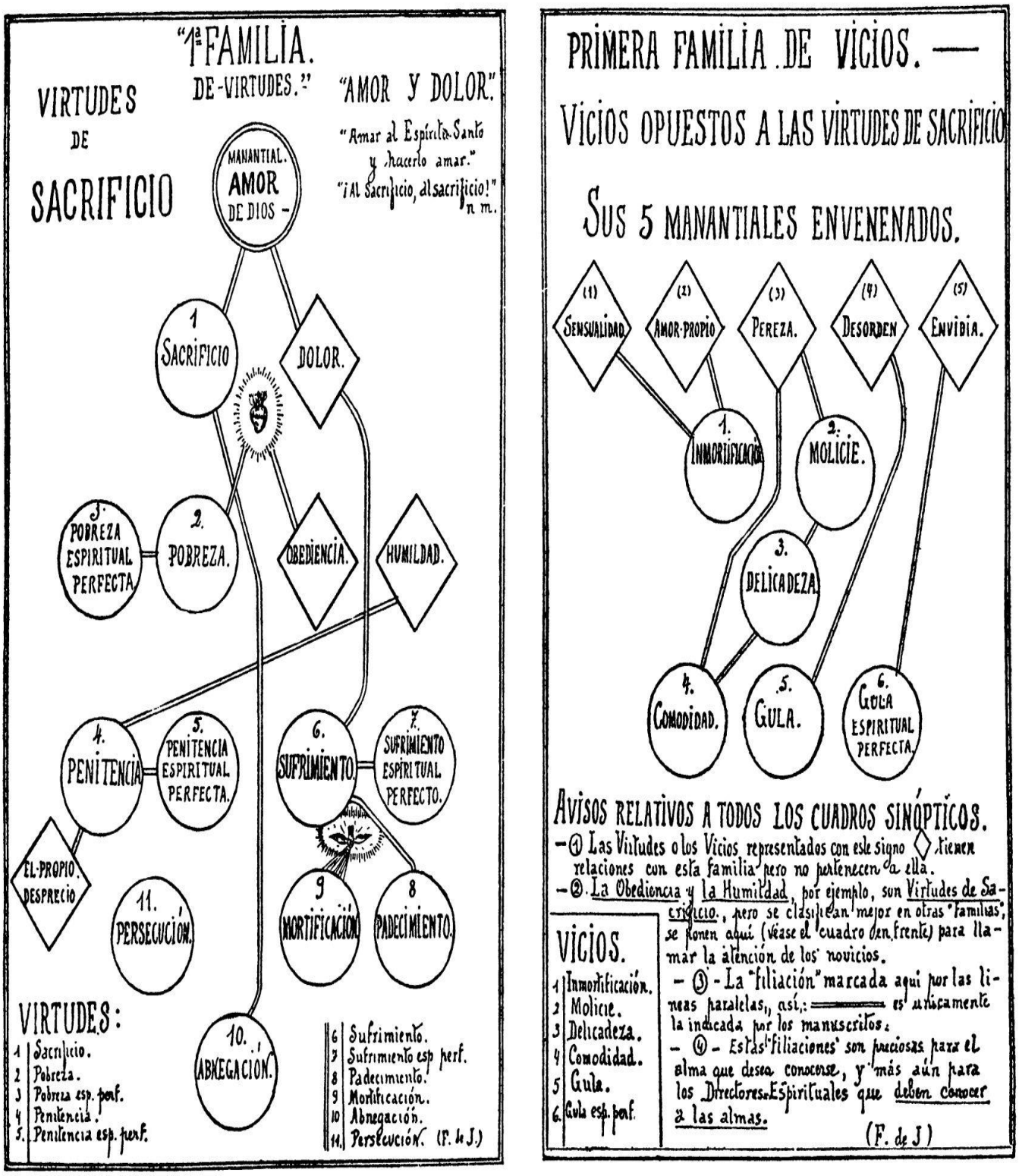


Figura 1
PRIMERA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes de Sacrificio** (izq.) y **Vicios opuestos** (der.)

SEGUNDA FAMILIA

VIRTUDES DE HUMILDAD

- "*Donde hay HUMILDAD, allí también hay sabiduría*". Pr 11, 2.

- "*Miró (Dios) la bajeza de SU ESCLAVA*". Lc. 1, 48.

- "*Nada hagáis por porfía, ni por vanagloria, sino con HUMILDAD, teniendo cada uno por superior a los otros*". Flp 2, 3.

- "*Y todos inspiraos la HUMILDAD los unos a los otros, porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes*". I P 5, 5.

1. Humildad

La humildad es el cimiento, el fundamento de todas las virtudes, la sal y la vida de ellas: la tierra en donde todas se producen, el agua que las fertiliza y el sol que las hace crecer y reproducirse. Sin humildad no puede haber Obediencia... Pobreza..., ni Pureza que no caiga. No acostumbro dar a ninguna alma estas joyas, sin el sólido fundamento de la Humildad, madre de todas ellas.

La obediencia tiene muchos grados, pero no existe verdadera obediencia sin la humildad. La pobreza, tampoco es efectiva o real, sin humildad, mucho menos sin la humildad espiritual perfecta; y la Pureza no se conserva, sino que se marchita y muere sin este como invernadero de la humildad que, como planta delicada, la guarda debajo de sus cristales.

La humildad es la vida de todo acto puro, de todo movimiento santo del alma.

Sólo sobre ella arroja las perlas de sus dones el Espíritu Santo: sólo sobre ella la Divina Paloma edifica y forma su nido... Sólo con la humildad trabaja en las almas, y no descansa, sino que continuamente se les comunica, hasta concluir por poseerlas... Donde no está la humildad, tampoco estoy yo.

La Pobreza y la Obediencia tienen un color y un aroma muy parecido que embalsaman cuanto tocan, y aquilatan los actos de la criatura hasta un punto que yo sólo sé: huelen a divino; las dos son muy amadas de mi Corazón y de él nacidas.

La Humildad es hija del Verbo. Nació, por decirlo así, en el purísimo seno de María, cuando la Encarnación; y se desarrolló en su totalidad durante el curso de la vida de Jesús. María, más que nadie, recibió los frutos inapreciables de la Humildad.

Juntas con la virtud de la Humildad vinieron la Pobreza y la Obediencia.

Nació la Humildad, produciendo al mismo tiempo la Obediencia, porque la Obediencia y la Humillación del Verbo fueron en un sólo acto... Acto sublime para la Redención, que el hombre no puede ni entender, ni apreciar en su justo valor. Los mismos cielos quedaron pasmados de profunda admiración, adorando reverentes los ocultos juicios del Omnipotente. Se empleó la Omnipotencia para tan gran paso... En aquel momento sublime del ofrecimiento del Verbo para devolver la gloria al Eterno Padre y salvar al pobre hombre, en aquel instante, brotaron estas virtudes del Verbo hecho carne.

Por eso llevan en sí la propiedad que yo les comuniqué de salvar a las almas. Ningún humilde, ningún obediente se pierde... Y de estas dos grandiosas virtudes, divinizadas por mi Corazón sediento de padecer por el hombre y enseñarle el camino del cielo en el portal de Belén.

Allí me esperaba esta virtud, que también divinicé luego al practicarla, y no la separé de mí en todo mi paso por la tierra. No pudo mi Corazón separarse de estas tres virtudes tan queridas. ¡Las amo tanto que aún me están acompañando constantemente en los altares, en el Sacramento del amor, en la Eucaristía...! Allí muestro más que en ninguna parte estas virtudes que me acompañarán hasta el fin de los siglos, mientras haya un alma a quien salvar, y por quien sufrir. *Humilde, Obediente y Pobre*, encerrado, en mi inmensidad, en el más pequeño fragmento de una Hostia consagrada, este es el más grande de los milagros de mi omnipotencia, al cual la obligó el amor, el amor y sólo el amor.

2. Docilidad

La Docilidad es hija de la Humildad y hermana de la Diligencia. Es de suma importancia para la vida del espíritu. El campo vastísimo que recorre es el de la Obediencia ciega, y la tengo, como predilecta, muy cerquita de Mí: es una virtud muy amada de mi Corazón, y es el cimiento de muy grandes virtudes y el recipiente de muchas gracias. El Espíritu Santo la busca para comunicarle sus santas inspiraciones, porque esta virtud, se presta luego a escucharlas y a practicarlas.

Su escollo es una imprudente dirección espiritual.

El alma dócil escala el cielo sin comprenderlo, y asciende sin sentirlo...

Esta es la virtud que se deja hacer, y el alma que la posee, posee un tesoro que no tiene precio. Su campo es muy extenso, casi infinito, en la vida del espíritu ordinaria, y aún más en la extraordinaria. Ahí tiene su completo desarrollo a la sombra del Espíritu Santo, en la comunicación de éste con el alma. Su apoyo es el conocimiento profundo de su nada. Su fortaleza, el propio desprecio; su misión, la santidad.

Los enemigos que más la acosan son la Soberbia, el Amor propio, la Sordera espiritual nacida de la Pereza.

3. Modestia

La Modestia es hija de la Pureza y de la Humildad; y la verdadera Modestia, no consiste tan sólo en un exterior recogido, sino que muy especialmente tiene su morada en el fondo del alma que la posee: de lo que hay en el interior, brota al exterior de la criatura naturalmente.

No es una virtud que llevan solamente los pequeños, o por naturaleza cortos o encogidos; no es tampoco una virtud de melindres, sino gallarda y hermosa, aunque en la oscuridad de su ocultamiento.

Es virtud que se esconde especialmente en los corazones puros. Es virtud altísima que llevan, en verdad, tan sólo las almas grandes y que valen para Mí.

También es cualidad natural esta virtud en algunos corazones, apreciable, por cierto, pero sin ningún valor para el cielo.

4. Modestia Espiritual

La modestia sobrenatural es la que se llama virtud, y esta Modestia llega a su último grado en la perfección de un alma; pues hay la Modestia espiritual perfecta que va muy arriba, a pesar de caminar debajo del más profundo ocultamiento. Se abriga esta modestia santa en los corazones despegados de la tierra y de sí mismos, en los que, además de pisar y despreciar todo honor mundano, se desprecian, se pisan y se renuncian totalmente a sí mismos. En esto

consiste la Modestia espiritual perfecta. No tan sólo en el exterior humilde de lo que dentro del corazón está; sino en el ocultamiento interno de todo lo que pueda atraerle la más pequeña alabanza ajena, cuidándose mucho también de la propia. (Esto no va con el Director, naturalmente, porque muy especialmente para con él debe ser la virtud de la claridad, de la cual hablaré).

¡Cuánto me agrado Yo en el alma que de veras posee esta virtud bendita, con el alma que se oculta a todas las miradas que pudiera atraerle alguna alabanza, de todo lo que pudiera encumbrarla! Y pasa aún más allá esta virtud perfecta nacida de la Humildad: pasa en su segundo grado, a procurar altísimamente los desprecios ajenos, y a formar de ellos su preferido y grato alimento.

Este es el segundo grado de la Modestia espiritual perfecta: el buscar *ocultísimamente* los desprecios ajenos ¡Oh, bella virtud que diviniza el alma que te posee! Estas virtudes escondidas, que sólo son perceptibles para Mí, no se imaginan cómo las premio.

La Modestia tiene un perfume especial que trasciende, y mientras más se oculta, más aumenta el aroma con que recrea mi Corazón. La Modestia fingida o la pantomima de Modestia que corre generalmente por el mundo, no tiene perfume, porque es falsa: la Hipocresía es la capa con que se cubre; el apoyo de la Modestia verdadera se encuentra en el desprecio propio; su gozo en las humillaciones, su fisonomía es la de su madre la Humildad, y su centro en donde vive feliz está en la oscuridad y en el ocultamiento.

Sus enemigos, que furiosamente la acechan son la Vanagloria y la Hipocresía, la Soberbia y la Disipación.

Santa María es el amparo de esta virtud, pues ella es la Modestia misma por excelencia, como es también el arca divina que contiene en sí todas las virtudes, gracias, dones y frutos del Espíritu Santo.

5. Pudor

El Pudor es hijo de la Pureza y de la Modestia y hermano de la Inocencia y del Candor. Es muy amado de mi Corazón divino.

El Pudor existe en las mujeres principalmente, pero este es el Pudor natural, cuyo color es más vivo en ellas y espontáneo en su sexo. Pero no es de este Pudor del que voy a hablar, aunque es bueno, y ¡ay de la criatura que lo pierda!, pues es una cualidad especial que puse Yo en ella al criarla, para su defensa contra el enemigo, cualidad de la cual me ha de dar cuenta a la hora de su muerte. Voy a hablar de otro Pudor que existe en el alma, Pudor sobrenatural, del cual propiamente se forma la Virtud del Pudor.

6. Pudor Espiritual

El Pudor del alma consiste en un vergonzoso rubor que le causa la santidad que en si lleva, es decir, la posesión completa en más o menos escala de las virtudes todas, que es lo mismo; y este Pudor, es el que atrae sobre el alma mis miradas de complacencia amorosa y tierna.

En este Pudor en el alma, una vergüenza santa que causa produce en ella la Modestia y la Humildad profundísima, y llega esta virtud sublime a unirse de tal manera al alma que la posee, que lo que es sobrenatural y mucho, llega a aparecer como natural en ella, por el nuevo ser que le ha comunicado esta misma virtud.

Este grado eminente y sublime de las virtudes de Modestia y Humildad que producen en el alma el Pudor santo, sólo el Espíritu Santo lo regala y comunica, y tan sólo a muy escogidas almas. Yo no me desposo jamás, sino con las almas pudorosas, y ¿saben cuáles son éstas? Las que, teniendo mis riquezas, son como si no las poseyeran..., las que, escuchando mis ternuras, se esconden, y levantándolas Yo, se abajan. Estas son las almas que Yo escojo para

llamarlas mías.

Los enemigos del Pudor exterior son muchos. Una vez desatados hacen terribles estragos en las almas; pero el Pudor espiritual e interno, de que he hablado, no tiene enemigos, porque existe en unas regiones tan íntimas en las que sólo Yo me comunico, que ningún enemigo puede entrar a perturbarlo. En mi reino, Satanás no entra: en lo que es mío, él no tiene ni puede tener parte.

Al Pudor del alma pura, también lo acompaña siempre la Presencia divina, y ella es su centro, su vida y su envoltura; porque en el pudor del alma, todo es divino, y la naturaleza no penetra ahí. El alma con Dios, y Dios con el alma escogida, sin testigos, se introduce dentro de aquellas Regias Cámaras donde vive el Esposo.

Este santo Pudor del alma ruborizó a María en la Anunciación. La vergüenza de verse tan pura y descubierta a los ojos del Altísimo, la turbó y tuvo unos momentos de vacilación, en que la vergüenza de lo divino campeaba... Ella era llena de gracia, pero al escuchar los oídos de su alma, más que los de su cuerpo purísimo, el saludo del Ángel, sufre, al sentirse descubierta ante su Dios y Señor.

Este Pudor santo sonrojó a María más que a ninguna otra criatura, porque su profundísima Humildad y Modestia también eran inmensamente mayores que las de cualquiera otra. Mas Yo precisamente buscaba este Pudor virginal para gozarme en él y formar ahí mi descanso.

Luego que María, en sus excelentes virtudes, se rindió al peso de las Bondades divinas, y hundida más y más, en el vergonzoso Pudor de su Humildad incomparable, (pero superando en ella sólo una cosa, porque sólo ésta debe superar al Santo Pudor del alma), superando, digo, la voluntad divina, que era para ella y debe ser para cualquiera alma que me ame su todo, confundida respondió: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra".

¡Yo me gozo en la vergüenza de las almas puras...! Yo me gozo en sus luchas y congojas, y las sigue y las persigue mi purísima mirada hasta los ocultos senos en donde se esconden. ¡Si supieran cuánto amo Yo esos suplicios de las virtudes, esos despojamientos sublimes de lo Mío, de la Pobreza espiritual perfecta de estas almas que llegan al *avergonzamiento* pudoroso de mis Gracias y de mis Dones...! Porque es fruto muy escogido en el mundo.

7. Buena Voluntad

La Buena Voluntad es una gracia que encierra muchas virtudes; lleva consigo la presteza en el divino sacrificio, la abnegación, la humildad, el renunciamiento propio, el sacrificio continuado con el deseo constante de agradarme. Es lo que pido y deseo de los corazones, esa buena voluntad sencilla y fuerte que se aparta del mal y se une al Sumo Bien dejándose hacer...

Esa buena voluntad humana es la que se une estrechísimamente con la divina, alcanzando con esto la más grande perfección que en la tierra puede existir. Esa buena voluntad es la atmósfera en donde el justo vive; es una riqueza, un tesoro con el cual se compra el cielo. Es el mismo Espíritu Santo comunicado al alma, poseyéndola y guiándola.

8. Mansedumbre

La Mansedumbre es hija de la Rectitud y don del Espíritu Santo. Es muy indispensable esta virtud en la vida del hombre sobre la tierra: es muy rica en frutos para el alma.

9. Bondad

La Bondad es hija de la Santidad y fruto del Espíritu Santo.

Se alimenta de todas las virtudes y nunca anda sin ellas. La Humildad es su vida, la Obediencia, su centro; la Pureza, su atmósfera; la Pobreza, su delicia; la Penitencia, su aliento;

la Presencia de Dios, su ser, la Oración, la savia con que se desarrolla; el Sacrificio, su delicia; Dios y sólo el Amor divino, su todo... ¡El Espíritu Santo la produce, le da vida y la embellece!

Tiene esta hermosa virtud, altísima y divina, muchísimos enemigos. Todos los vicios la rodean corno fieras hambrientas que espían el momento para devorarla. La Soberbia, la Hipocresía, la Fatuidad, la Vanidad, la Impureza, el Mundo, la Comodidad, el Juicio propio, y otros muchos la acechan constantemente, de día y de noche, sin dejarle momento de descanso.

Sus armas con las cuales se defiende y triunfa, son el Propio conocimiento, y el Apoyo divino, o sea la Humildad y la Confianza.

10. Amabilidad

La Amabilidad es hija de la Bondad. La amabilidad verdadera tiene por base el vencimiento propio, pues esta virtud no está solamente en las almas sin hiel, puesto que es tan sólo entonces una cualidad natural, nacida en un temperamento pacífico, sino que es una virtud adquirida en el sacrificio del dominio propio.

Alcanza esta virtud muchas conquistas, y el campo que recorre es de muchos colores, es decir, en el trato cotidiano de diversos caracteres. Conservar en toda ocasión la amabilidad en el rostro y en el corazón sobrenaturaliza esta cualidad natural elevándola a virtud; alcanza muchos méritos y atrae sobre sí y sobre otros las bendiciones del Cielo. Es de mucha importancia esta virtud en el trato de las almas: ejerce una misión de grandes triunfos copiosísimos en los prójimos para gloria de Dios. Sus enemigos capitales son la Cólera, la Falsedad, la Doblez y el Engarzo. La Hipocresía también la acecha. Su defensa está en la Sencillez, la Rectitud, la Simplicidad y la Prudencia.

11. Benignidad

La Benignidad es hija de la santidad, y fruto del Espíritu Santo en una alma limpia.

No se alberga esta virtud en los corazones soberbios, inquietos y veleidosos: su nido está en la paz y su apoyo en la paciencia.

Su campo está en el trato con el prójimo, y allí se derrama como un perfume suavísimo, haciendo mucho bien a las almas.

Quebranta sin ruido muchas iras, soberbias y otras pasiones... Satanás le teme por la guerra secreta que le hace y las victorias que contra él alcanza.

Se funda esta virtud celestial en una humildad profundísima.

Sus enemigos capitales son la Debilidad, la Imprudencia, la Hipocresía y la Soberbia.

12. Dulzura

La Dulzura es hija de la Paz, ¡bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios!

Y no digo o hablo de los pacíficos por naturaleza, sino de la Dulzura y de la Paz adquiridas en la continuada lucha y práctica de todas las virtudes: hablo de los que, habiendo luchado con sus pasiones desordenadas y vicios o hábitos viciosos han triunfado, con la gracia, de sí mismos, y alcanzado la dulzura y la paz en su alma, para ellos y para cuantos los rodean.

Esta dulzura es la que hace a los hijos de Dios y a los herederos del cielo.

No es, ciertamente, la dulzura natural de un buen carácter, ni la dulzura falsa que cubre la hipocresía del corazón, de la cual hay mucha en el mundo y en los claustros; también en los

que se llaman míos... Muy lejos de semejante vicio está la dulzura que trae consigo la paz del Espíritu Santo, esa paz bendita que en el constante vencimiento propio se alcanza, se conserva y crece y que, purificando a los corazones, los asemeja a su Padre que está en los cielos, haciéndolos verdaderamente hijos de Dios.

No está la Dulzura verdadera en las palabras melosas y amorosas, no; el mundo se engaña, y esta moneda falsa circula más de lo que parece a primera vista, y aún hay más: las personas que usan con exceso de este modo en su trato, muchas hay de ellas, con el cuño, no de Dios, por cierto, sino del Demonio con una soberbia solapada y traidora.

Mucho mal hace esta dulzura falsa en la vida del espíritu, más de lo que se cree.

La Dulzura recta y santa, repito, no es afectada, no rebuscada, sino que es sencilla, llana, franca, natural y producida en el corazón por su madre la Paz del Espíritu Santo.

El alma que posee esta paz, es dulce sin conocerlo ni procurarlo... Brota la Dulzura santa y pacífica siempre de un corazón puro o purificado, que hay mucha diferencia, si bien se nota, en estas dos palabras. Hay esta dulzura en los corazones cándidos, en donde Dios mismo ha puesto la Paz, y existe también en los corazones que han luchado con sus vicios y pasiones, como son los de muchos Santos, que han llegado a adquirirla como premio de sus victorias internas.

Estas dos clases de Dulzuras son las mías, y no hay que fiarse de otras dulzuras si no llevan este cuño santo, como lo dejo explicado.

La Dulzura es compañera del Reposo y de la Serenidad y nunca se les separan. Su apoyo es la Rectitud, y su vida el Vencimiento propio: su descanso, la Claridad de conciencia.

Sus enemigos capitales: la Hipocresía, la Doblez y el Juicio propio.

13. Condescendencia

La Condescendencia es una virtud a la vez que un vicio.

La Condescendencia que nace de la Abnegación prudente, es la virtud, la cual tiene por fin conservar o dar la Paz. Además de prudente tiene que ser oportuna, para llenar su misión debidamente y evitar los males.

Es esta una virtud muy difícil de comprender y practicar, pues se ejerce en una pendiente y muy resbaladiza.

Su vida es el Sacrificio propio, pues casi siempre una condescendencia cuesta violencia al corazón.

Tocante al espíritu o la vida interior, es más difícil aún, aunque en poquísimos casos se puede y se debe usar de ella...

Su escollo es la comodidad. Su fin evitar los males.

Su apoyo, la Rectitud; y sus enemigos principales, la debilidad y la imprudencia. En ciertos casos, aunque pocos, la Condescendencia es indispensable; en otros es tolerable, y en los más es peligrosa.

La balanza en que se deben pesar estos casos debe ser en los platillos de la Prudencia, y de la Oportunidad: pero el fiel de esta balanza debe ser la oración. La Condescendencia que lleva en sí estos caracteres, que cruza antes por estas vías, es segura y santa.

Es una gran virtud: Yo la ejercité en mi paso por la tierra, ¡y cuántas veces!

14. Delicadeza

La Delicadeza, es una cualidad y una hermosa y fina virtud.

Es hija de la Limpieza y del Amor de Dios.

Tiene sus escollos como cualidad, y también como virtud.

El escollo de la Delicadeza, como cualidad, es el Amor propio; y el escollo de la virtud consiste en los escrúpulos. Ambos son de fatales consecuencias.

15. Delicadeza Espiritual

La Delicadeza espiritual es una como pureza en el alma, que hace que lastime a la conciencia el menor polvo de falta cualquiera, aún sin llegar a pecado.

Es una virtud muy útil y eficaz para conservar el alma limpia y pura a los ojos de Dios. Esta delicadeza, trae consigo la luz divina para conocer y detestar las faltas y es un don especial del Espíritu Santo con que regala a las almas predilectas.

No puede esta delicadeza conservar, ni siquiera admitir sin pena, la más ligera mancha en el alma.

¡Qué grande y qué útil para el espíritu es esta virtud angélica y bendita! La Delicadeza hace que sienta el alma la pena del pecado en un grado extraordinario, y en la Delicadeza espiritual perfecta, esta pena interior, ese miedo de haber desagradado a Dios, se cambia en dolor sobrenatural.

No tan sólo sufre por verse manchada; sufre mucho más aún por creer que ella misma ha ofendido a su Dios y Señor. Esta pena mata y no descansa hasta hacer completamente efectiva la contrición, que en realidad ya experimenta.

La Delicadeza es compañera de la contrición, porque nace en el alma pura por medio del amor de Dios.

Es gracia singular del Espíritu Santo.

El alma delicada no peca, y el alma que no peca se salva. Cuando llega a faltar, luego se arrepiente, y se humilla, y llora su pecado o falta; y no por cierto sobrepuja en ella el amor propio al verse fea y manchada, sino que el amor de Dios purísimo siempre es su norte, y por eso sufre y por su infidelidad se muere de pena al considerar la Bondad infinita de Dios.

Gracias y merecimientos muchos alcanza esta virtud de la delicadeza para el alma feliz que la lleva consigo.

Sus enemigos son el mundo, la vanidad y los escrúpulos. Sus únicos apoyos son la humildad y la pureza.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE HUMILDAD

- No morará en medio de mi casa el que obra con soberbia. Sal 100, 7.

- En donde hubiere soberbia, allí habrá también deshonra. Pr 14, 3.

- La Soberbia es aborrecible a Dios y a los hombres. Si 10, 7.

- El principio de todo pecado es la soberbia: quien la tuviere será lleno de maldición, y al cabo le transformará. Si 10, 15.

1. Soberbia

¡Qué solo se encuentra Jesús en medio de los hombres! ¡Cuánto humo y cuánta paja...!

Lo más consiste en exterioridades vanas y Soberbia crecida que todo lo abarca: este maldito vicio de la Soberbia lo veo claramente reinar en el mundo, en la Iglesia, (digo en sus Ministros, en las Religiones, en las familias, en las almas que se reputan por santas).

Cunde esta Soberbia más o menos fina y espiritual, y la veo introducirse con mucha sutileza, ¡ay!, aún en donde menos se creyera. Ella es la sal con que se sazona el reino de las almas.

¡Qué desgracia, Dios mío, y qué estragos hace aún sin advertirlo; es un veneno oculto que mata al alma, si no se pone a tiempo el antídoto de la humildad!

Es el Vicio rey, el Vicio capital que arrastra a todos los vicios, y hunde a tantas almas en el infierno.

No parece exageración decir que, en muchas personas, la mayor parte de sus palabras, de sus acciones, y aún de sus devociones y obras piadosas, llevan este sello falso, que las inutiliza para el cielo y esto aún dado el caso de que no entrañen pecado.

La Soberbia es hija de Satanás, nacida de su mismo ser, y madre general de todos los vicios: a todos ellos los engendra y lleva en su seno... Todos llevan el germen de Satanás y la fisonomía y parecido de su madre. De la Soberbia se deriva, como causa natural, todo desorden en las operaciones del alma, y aun los mismos desórdenes materiales. Ella envenena los actos del espíritu y es la principal destructora de toda virtud y de toda santidad.

Torres muy altas de santidad ha derribado y hundido la perniciosa y maldita Soberbia. Todo pecado la lleva consigo en más o menos escala y es una epidemia universal.

Se introduce e infiltra en lo más secreto del corazón del hombre, y cual sirena engañadora, con infernal malicia lo adormece con la capa de la hipocresía y de la falsa piedad. Mucho hay de esto en el mundo, y el despertar de estas pobres almas, tan vilmente seducidas y engañadas por la Soberbia es terrible y espantoso, cuando ya no tienen remedio, en la eternidad...

Hay muchas clases de Soberbia y es moneda de muchos cuños: casi no existe alma que no la lleve consigo en más o menos escala y de uno u otro colorido; ella se esconde en los más ocultos pliegues del corazón y de tal manera que, a no ser con la luz esplendorosa de la gracia, jamás se la descubriera.

Casi en la mayor parte de los actos de la vida se le encuentra, si con esta luz del Espíritu Santo se le busca... Se amolda, diré, con todos los estados, caracteres y puestos. De una manera se presenta con los grandes y de otra con los pequeños; con los pobres y con los ricos, con los malos y con los buenos, con los espirituales y con los mundanos.

Lleva la Soberbia, por compañera inseparable a la Impureza, al Rencor, a la Venganza, a la Envidia, a la Ira, a las Celos, a la Hipocresía, al Orgullo, a la Obstinación y a otros muchos en más o menos escala o más o menos solapados: pero estos vicios principalmente forman su Corte.

Tiene otros vicios, horribles también, aunque de segundo orden que, como satélites, continuamente la siguen sin separársele jamás.

La Murmuración, el Respeto humano, el Amor propio, la Vanagloria, la Doblez, el Engaño, la Mentira, el Egoísmo, la Presunción, la Astucia, la Falsedad, la Afectación, y otros muchos forman este segundo cuadro en que la Soberbia vive y se recrea.

La Incredulidad, Pedantería, Riquezas, Adulación y Honores, son sus armas favoritas, teniendo, además, otras mil que sabe empuñar con destreza admirable. Con esto este conjunto de viles pasiones, de las cuales es la Reina, y que forman su campo, lucha incansablemente contra las Virtudes, tratando de hundir a las almas, por cuantos medios están a su alcance, en la eterna perdición.

El Odio hacia Mí, que lucha en Satanás contra su convencimiento de mi Poder y Grandeza, porque no se le puede ocultar lo digno que soy de todo amor y de toda alabanza, aun de él mismo, causa su tormento mayor.

El modo para desquitarse, o vengarse, es arrebatar de las almas este convencimiento de que yo soy EL TODO, innato en la criatura y levantarla a ella en falsos pedestales de secreta Soberbia, para después hacerla su presa, hundiéndola en el infierno. Como su ser es la misma Soberbia, no puede soportar mi reinado y mis alabanzas; siendo todo su afán quitarme la gloria, aun cuando me reconozca acreedor a ella, como no puede menos, a su pesar.

Satanás no me puede amar, y este es su martirio constante y, como no me puede amar, me aborrece por esto mismo, y busca la ofuscación de la Soberbia para quitarse esta pena eterna..., sin conseguirlo.

Este es el tormento esencial del infierno que lleva consigo el Ángel rebelde.

Satanás conserva sus cualidades corno espíritu, y su entendimiento es de una extensión que el hombre no puede alcanzar ni medir.

Tiene en sus manos medios desconocidos para la inteligencia humana y es tan sutil, tan vivo y tan ligero, como el hombre está muy lejos de imaginar. También Satanás prevé y tiende sus lazos a las almas para hacerlas caer. El futuro no lo conoce, pero lo vislumbra. El Campo espiritual es el más codiciado para él, porque es el que más gloria reporta a Mí.

También en los vicios, como en las Virtudes, hay comunes y ordinarios, espirituales y espirituales-perfectos; pues su manía es imitar y hacer contrapeso con los cuños falsos a todo lo santo y perfecto que pueda reportarme gloria.

Su eterna venganza contra Mi es quitarme el amor y las alabanzas, ya que él no puede dármelas.

En su negro corazón lucha el Odio con el Amor, y como para éste último ha cerrado en él toda fuente, lo carcome la venganza contra Mí, y todo lo que debía ser amor, lo reconcentra en el Odio y el Aborrecimiento.

Todo lo creado, todo cuanto de las manos divinas de la Omnipotencia infinita ha salido, tiende a la gratitud, al amor, a la alabanza hacia el Creador; y Satanás, más que nadie, comprende y experimenta en sí mismo esta necesidad ineludible; mas, como la alabanza, la gratitud y el amor están segadas para él, brama y se desespera, y comunica esta pena a todo el infierno y a los condenados... Y de esta manera, sin embargo, me dan gloria todos ellos a su pesar; porque la esencia de su desesperación es esto mismo que le impide a su inclinación natural tender

hacia Mí, para quien fueron creados...

Este tormento es lo que constituye el infierno en su esencia, aparte de los otros especiales, en los que se queman las almas ahora, y las almas con los cuerpos después, eternamente... Y esto no es injusticia, porque en Dios no puede existir ni sombra de ella. Es este tormento eterno la gloria de la Justicia ultrajada y el castigo de la Soberbia.

Ya se verá si es grande la Soberbia, que fue la que hizo a la Omnipotencia infinita crear el infierno para castigarla debidamente...

Y tanto cuanto amo a la Humildad, que es mucho, de la misma manera aborrezco a la Soberbia en todas sus fases y colores y formas. Nada me da tanto en rostro como la Soberbia: es una peste tan repugnante para Mí, que dejo el campo del alma en que se posa, y me retiro. Ella entra por una puerta del alma y Yo salgo por otra.

2. Soberbia Espiritual

Existe una Soberbia clara, (en cuanto a ella se le puede aplicar esta palabra), que es la menos dañosa y más fácil de quitar.

Otra hay, espiritual, la cual es la ponzoña de las Religiones y la destrucción de ellas. ¡Oh!, ¡y cuántos daños hace y cuántas almas engaña y precipita a la ruina sin que apenas ellas lo conozcan!

Pero la más perjudicial, la que roe los corazones *ocultísimamente*, la que mata y sin embargo pasa desapercibida en su mayor parte, es la Soberbia espiritual perfecta, así la llamaremos, porque es tan fina y delicada, cuanto venenosa y dañosa... Esta es la que sólo reina en las almas que se llaman Mías... Allá está escondida en los más ocultos pliegues del entendimiento, memoria y voluntad. No se conoce, si con luz divina no se le busca, ¡tan disfrazada está!... Generalmente las almas en que tiene su nido, pasan por santas, a los ojos del mundo.

Ellas mismas no se dan cuenta que la llevan en sí, y aun cuando se ven descubiertas por una gracia muy especial, lo dudan, se turban, rechazan semejante calumnia, (a su parecer, aun cuando no lo manifiesten así), y precisamente éstas que así les duele, dan ellas mismas la señal de que existe la llaga y que sangra... Mucho tiempo tardarán estas almas en convencerse de su error y no tienen más remedio, que una profunda y sólida vida de humillación hasta volver a tomar el camino verdadero y ordinario por el cual serán conducidas a otras moradas, reales y verdaderas, a las cuales se llega únicamente por el camino de la sólida humildad.

Los peligros de la Soberbia son siempre temibles, si una gracia y Don especial del Espíritu Santo no envuelve y defiende a las almas.

En la vida extraordinaria falsa, reina como Señora desde el principio hasta el fin.

En la vida extraordinaria verdadera, puede entrar a veces y salir derrotada: puede engañar disfrazándose por algún tiempo, pero más o menos tarde será descubierta y echada.

En la vida extraordinaria interna y perfecta, en la que el Espíritu Santo tiene su asiento, si el alma es fiel, como lleva en sí como Don a su enemigo mortal, la Humildad, ahí no tiene entrada, sino que se estrella y se ve rechazada siempre.

Pero ésta es una gracia especialísima que otorga el Espíritu Santo a muy pocas almas. Por tanto, no hay que fiar ni descansar en la lucha contra ese enemigo capital que infecciona con su impuro aliento los actos del alma y de la vida entera de la criatura.

Hay que dar el alerta para la vida interior: la mayor parte de las almas yacen adormecidas entre

las finas redes de la Soberbia espiritual, y espiritual perfecta. Ellas pasan la vida tranquilas en sus laureles, sin escudriñar lo que hay debajo de ellas, la Serpiente infernal que las adormece... Ellas se forman a su derredor una atmósfera de propia satisfacción, muy interna, y ningún viento es capaz de sacarlas de aquel aire suavísimo y embalsamado que respiran. Ellas se forman un hábito de prácticas exteriores de Humildad, y creen que con ellas están a salvo de la Soberbia, cuando en esto mismo asoma la cola serpentina este maldito vicio.

Ellas se forman hábitos de penitencias, de mortificaciones comunes y aún privadas que, cumpliendo (lo entienden así) con sus Reglas y aún con Dios, les dejan la paz del cumplimiento y aun de la generosidad, por lo cual interiormente se relamen y pavonean de su modo de obrar.

Muy secretamente les viene a estas almas el sentimiento de su grandeza, que valen más que otras, de que son las preferidas de Dios y, aun cuando al perecer rechazan estos pensamientos como tentaciones, les dejan un gozo especial de sabrosa duda, que las entretiene y hace felices... Pero esto, allá, muy en lo interior, sin que el aire siquiera les dé y las desvirtúe. ¡Pobres almas ilusionadas! Lo que ellas creen que son tentaciones, son aromas que brotan del incienso propio que dentro de ellas está.

Esas almas se examinan, y se encuentran santas a sus ojos, aun cuando se llamen pecadoras; no encuentran, realmente, a su ofuscada vista, nada que pueda hacerlas bajar del trono en que se tienen: las faltas y los pecados muy lejos están de ellas, y no saben que las separa una pequeña línea de caer en ellos, y no saben que precisamente el Demonio hace su cosecha de otra manera en ellas, poniéndolas en un pedestal y haciéndolas que muy secretamente se adoren a sí mismas.

¡Cuánto, cuánto hay de esto en las Religiones!

El Dolor viene a destruir la Soberbia; la Cruz, y sólo la Cruz, con su acción divina, aleja a Satanás y destruye sus maquinaciones. Él sabe dar consuelos y dulzuras engañosas, que en la miel llevan el veneno, a las almas incautas y superficiales. La solidez está en el sacrificio vivo, en la destrucción del hombre viejo, en la práctica sólida de las virtudes morales. La Cruz desenmascara a la Soberbia en todas sus fases, el Dolor impulsa grandemente a la vida espiritual: aclara los caminos extraordinarios falsos, tan llenos de mieles y de peligros satánicos.

Mucho hay en las Religiones de mundo y sensualidad: la Cruz está postergada y apenas hay quien dé un paso para clavarse en ella.

Se hunden las Religiones, porque les falta la Cruz.

Se ha hecho reinar la Comodidad y se hace necesario, al contrario, que el Dolor ocupe su asiento. Tiempo es ya de que las almas despierten y vivan de la Cruz y para gloria de Dios. La Cruz, el Dolor vienen a destruir a la Soberbia.

Estas son las armas que la vencen y llegan a matarla en las almas. A éstas son a las que el Demonio más teme, porque son mortales para los vicios.

¡Feliz el alma que se abrace a la Cruz y se clave en ella! La cubrirá para su defensa el mejor escudo contra la Soberbia y sus secuaces y será bendita con la abundancia de los Dones y gracias del Espíritu Santo.

3. Ira

La Ira es hija de Satanás, y lleva en su ser la soberbia más refinada. Es la Ira una pasión ciega que en sus desenfrenadas manifestaciones ofusca la razón y la turba.

Este horrible vicio de la Ira siempre es vehemente y aturdido: muy lejos de él, ciertamente, se encuentra la paz del Espíritu Santo y el Reposo, la Serenidad, Prudencia, Justicia, Dominio propio, Humildad y otra multitud de virtudes.

En el alma iracunda, habita Satanás, y la Ira, repito, procede directamente del foco de la soberbia y del orgullo que es él; y ese vicio entraña el ardor vivo y emponzoñado de la venganza. La ira es una pasión de fuego que incendia el corazón, alborotando las potencias del alma y envenenando sus actos.

Es la ira el fruto de la sensualidad y del deleite; y toda alma que vive a sus anchas, la lleva consigo. La Penitencia y la Mortificación, es decir, el propio quebrantamiento, la domina y aun llega a extinguir en el alma esta pasión maldita, que trae tantos y tan grandes males a la pobre criatura.

No se imaginan los pecados terribles y los crímenes espantosos que se registran causados por la dominante pasión de la Ira. Un alma poseída de tan tremenda pasión es capaz de perpetuar las más horribles acciones, cegada por la venda espesísima del furor que trae este vicio consigo.

La Ira altera los sentidos del hombre y lo iguala con los brutos que carecen de razón. Nada es capaz de detener en su furia el corazón iracundo cuando se desborda: es entonces un torrente impetuoso que arrolla cuanto encuentra a su paso, y no se detiene hasta consumar su venganza.

La Ira es una pasión que destruye el Orden y pone al alma en el más completo y lamentable desnivel en sus operaciones todas. El alma iracunda que no llega a dominarse totalmente, no entrará por los caminos del espíritu que son de paz, de quietud y de tranquilidad.

La ira existe en todos los rangos y condiciones sociales: en todos los estados y ocupaciones, pero es un fruto, repito, que crece y se desarrolla en los corazones incultos que jamás se ocupan de arrancar sus abrojos, de dominarse a sí mismos y de adquirir las virtudes.

Se encuentra también aún en los santos, cuando por su temperamento colérico están inclinados a la Ira; pero ellos, sin embargo, emplean para su bien ese modo de ser y luchan y se vencen a sí mismos, y alcanzan grandes conquistas, con cuyos merecimientos labran su eterna corona en el cielo.

La Ira, pues, es propiamente una pasión que el corazón culpable transforma en vicio, dejándola crecer, desarrollar y desbordarse.

El alma espiritual le pone dique y domina el vicio, pero el alma que vive de la sensualidad, da rienda suelta a la Ira y ese vicio, sin freno entonces, domina al espíritu, lo avasalla, lo pone a sus pies y lo pisa.

¡Oh desorden inaudito, un alma dominada por las pasiones, teniendo los medios suficientes con la gracia para quebrantarlas y pisotearlas, y no haciéndolo!

¡Cuánto de esto hay en el mundo! La mayor parte de las almas viven a sus anchas y esclavas de los vicios de quienes debieran ser señoras.

Y, ¿de dónde tanto mal? De la sensualidad, de la falta de crucifixión, del abandono total de la Cruz.

La Ira siempre busca a quien herir, y si no puede por obra, la palabra, con la Murmuración, le ayuda grandemente, pues la Murmuración es el brazo derecho de la Ira.

La Ira común y la ordinaria en los mundanos, ya se deja ver, y la he explicado bastante.

La Ira espiritual también existe, y consiste en un secreto reproche del alma hacia Mí mismo; en un interno fingimiento de Paciencia, pero amasado con la pasión de la Ira, queriendo no lo que Yo determino y les duele, sino la realización de sus propios quereres y voluntades.

Esta Ira va solapada con la capa de la hipocresía más tina, pero Yo la conozco y la defino, y el

alma que la lleva consigo, a veces la ve clara, y otras no la conoce, tan secreta está; pero se traduce por un malestar interior de pena y hondo remordimiento que esta pasión le proporciona.

La Ira espiritual perfecta consiste en una muy interior especie de pesadumbre que excita al alma, irritándola muy finamente, contra la divina voluntad. La soberbia más delicada y envuelta está aquí, haciendo al alma pensar que es acreedora a lo que no le doy, y con esto, siente revolverse contra Mí, retando hasta cierto punto a mi Justicia, pero todo esto con mil capas de fingida resignación astutamente puesta en el espíritu por el mismo Satanás.

Aquella alma que lleva consigo a la Ira espiritual perfecta, siente un escozor interno y muy escondido contra Dios, en el sentido que dejo dicho; pero Satanás aún en eso mismo, que en sí es malo y debe rechazarse con actos de purísima resignación y santo abandono, aún en eso mismo digo, pone visos de grande virtud, presentando lo que es esa Ira espiritual como laudable hambre y sed de crecida perfección.

Aquí tienen el mal espíritu descubierto, metiendo la Ira espiritual perfecta en las almas buenas, turbándolas muy internamente y manchándolas con la asquerosa baba de su ponzoña infernal.

Generalmente usa el demonio de la Ira espiritual perfecta, en las Oraciones de sequedad, de aridez y de rechazamiento, y aún la esgrime en el campo de las desolaciones y de los desamparos.

Los remedios contra la Ira común y ordinaria, vicio que aborrezco cuanto soy capaz de aborrecer y de odiar por ir en contraposición total con la Mansedumbre y la Dulzura de mi Corazón, están en ejercitar el dominio propio con todo su séquito de virtudes morales. Está también en la Paciencia y en la Humildad, que principalmente deben ser las grandes palancas que lo ayuden a derrocar.

Las virtudes guerreras de la Firmeza, Energía, y Constancia tienen también aquí un vasto campo en donde ponerse en juego.

La Ira espiritual se cura con el propio desprecio, basado en una muy profunda humildad sólida y verdadera, reconociendo como grande el más pequeño don o gracia recibida, y considerándose el alma de todo punto indigna de mayores favores.

La Ira espiritual perfecta encontrará su remedio en el abandono total y completo a la voluntad divina, muriendo el alma a sí misma, a sus gustos y quereres, sacrificándose enteramente a mí con todos sus sentidos y potencias, queriendo solamente lo que Yo quiero darle o no darle, con la santa y perfecta indiferencia de una alma pura y crucificada por puro amor.

Las almas que tal hagan, serán felices y Satanás tendrá mucha dificultad para cogerlas. Con estas armas poderosas se le vence y se le expulsa. Jamás puede él traspasar las trincheras de la Humildad y de la Cruz.

4. Desconfianza

La desconfianza es el pecado que más aborrezco, que más me ofende, y que casi no perdono.

Es la Desconfianza un signo de reprobación: el corazón impuro está en vuelto en ella. Es la Desconfianza una tenebrosa oscuridad de la cual pocas almas salen, a no ser que una gracia muy singular y poderosa les vuelva la luz.

La Desconfianza, ya no como pecado, sino como simple defecto, en la vida espiritual, detiene las gracias del cielo; y a medida que aquella crece, éstas se alejan.

Si es peligrosísima esta Desconfianza en la vida del pecador, no lo es menos, (aunque en diferente escala), en la vida espiritual.

¿Quieren segar la fuente de las gracias? Desconfíen. No existe ponzoña más mortal para el alma, que la Desconfianza: es hija de Satanás y hermana de la Soberbia, de la cual es inseparable. En el alma en que hay desconfianza, no duden en afirmar que también hay soberbia. Muchos de los males internos del espíritu reconocen esta causa: pasan como virtudes en capas de humildad, los que no son sino horribles vicios.

El pecador que desconfía arroja lodo a la Misericordia de Dios, y este pecado no se perdona.

Óiganlo bien, todos se perdonan, pero este no, como que tira el guante contra la Bondad infinita, y con semejante crimen el pecador se cierra las puertas del perdón, las puertas del cielo.[3]

El desgraciado pecador que desconfía, desprecia la Sangre de su Señor, y no admite su inmenso, su infinito valor; vive pecando contra la Esperanza y no puede salvarse.

La Desconfianza, pues, es el signo más seguro de la impenitencia final.

5. Susceptibilidad

La Susceptibilidad es hija de la soberbia y de la delicadeza. Satanás la introduce en las almas muy finamente para arrojarlas más tarde, por su medio, a otros vicios.

La Susceptibilidad es la reina del amor propio, y la imaginación tiene la misión de alimentarla, desarrollarla y darle mil formas en su crecimiento.

En las almas sensuales reina este odioso vicio y hace estragos en ellas.

Toda alma soberbia es susceptible: no se le puede tocar el pelo de la ropa, diré, sin que se estremezca y ponga el grito en el cielo; por más delicadamente que se lleguen a tocar las fibras de esta alma, resuenan luego en estrepitoso estruendo azorando a cuantos la rodean. Son almas que tienen eco, pero eco de amor propio y sensibilísimo, que repercute a mucha distancia y por mucho tiempo.

El orgullo más refinado es el asiento de la Susceptibilidad: y ésta consiste en un dolor interior que lastima al alma con sólo imaginarse olvidada y despreciada. Las preferencias son la causa principal de la Susceptibilidad, y cuando la imaginación, haciendo su oficio, la hiere con el puñal agudo del amor propio y del desprecio u olvido ajeno, el alma desgraciada que la lleva consigo, salta como energúmeno, dejándose arrebatar, interior y aun exteriormente, por las avasalladoras pasiones de la cólera, ira, venganza, odio y rencor.

De todas estas fieras, indómitas en multitud de ocasiones, se derivan miles y miles de pecados con los que diariamente se ofende a mi Corazón, todo humildad y mansedumbre.

La susceptibilidad es una chispa eléctrica que enciende el corazón instantáneamente con el fuego de mil pasiones culpables a cuál más dominante.

Cuántos pecados se cometen por este maldito vicio de la susceptibilidad, cuando menos en el fuero interno del corazón. Es un vicio o pasión ésta, que irrita al alma, la escuece haciéndola

[3] *Leemos en el Evangelio de San Mateo: "Todo pecado o blasfemia se perdonará a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no se perdonará. Y a cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero el que hablare contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro". (Cap. 12 versículos 31 y 32.) "Aunque absolutamente no hay pecado alguno irremisible, con todo eso, dice Jesucristo que éste no se perdonará, para dar a entender que se perdonará con más dificultad que los otros, porque se opone directamente a la fuente de las gracias. (San Juan Crisóstomo. -Homilía 32 sobre S. Mateo.)*

gritar, diré, murmurar, revolverse, y también despedazar al prójimo, (de quien, aún sin pensarlo aquel, tal vez se sintió herida), de una manera vergonzosa y ruin.

No pueden vivir tranquilas las amas susceptibles; a cada paso se sienten mortalmente heridas, y llevan una existencia llena de negros nubarrones y dolorosas penas. Es tan fino el amor propio con que se miran, que el menor polvo del más insignificante desprecio les duele: en las miradas, en las palabras, en las sonrisas y aún en el mismo silencio, encuentran materia para sentirse sangradas. Son cristales falsos que se lastiman hasta con el reflejo de la misma luz. Parecen de azúcar, pues se derriten y deshacen al menor contacto de una gota de agua. Son, en fin, la viva soberbia personificada, aquilatada, que hace a las almas intratables y a los corazones desgraciados y podridos.

¡Verdaderamente triste e infeliz es la vida del alma susceptible! La molicie, comodidad, pereza y sensualidad, agigantan la susceptibilidad y sensualidad, en las almas que llevan consigo una secreta adoración interna de sí mismas, con la cual tienen bastante para no ocuparse ni pensar más que en sí propias.

Muy lejos estoy Yo de estas almas incensadas constantemente por sí mismas: y es tan fino el vicio de la Susceptibilidad que consigo llevan infiltrado, que tenga de desenvoltura hasta hacerlas susceptibles conmigo mismo. No puedo enviarles la menor cruz sin que murmuren, se quejen y aún lleguen infamemente a blasfemar de Mí, ofendiéndome.

Muchos pecados contra la fe fermentan estas almas que se consideran acreedoras a que Yo mismo me abaje a contemplarlas. ¡Miserable Satanás, hasta dónde llega tu maldita soberbia y astucia!

6. Susceptibilidad Espiritual

En la vida espiritual y trato conmigo, también introduce Satanás muy delicadamente este vicio horrible de la Susceptibilidad en las almas soberbias. Llegan a formarse éstas muy secretamente un alto concepto de sí mismas, y ¡oh pasmo para los mismos ángeles!, se creen interiormente, (aunque sus palabras manifiesten lo contrario), acreedoras a mis favores y a mis gracias, mas, como esto mismo hace que éstas se alejen, y mucho, les viene la ira espiritual perfecta contra Mí, ofendiéndome, ¡y cuánto!

Estas santidades falsificadas hacen a las almas, repito, susceptibles hasta conmigo mismo, y si no las consuelo cuando ellas se imaginan que debiera hacerlo, si no les doy fervores sensibles, si me les escondo en la oración, luego respiran por la herida del más fino amor propio, volviéndose contra Mí, y aun en su interior echándome en cara mí, a su ver, injusto proceder.

¡Son almas miserables y desgraciadas, cogidas por Satanás por el más delicado lazo de la soberbia espiritual perfecta!

Sobre la particular, o en este campo de la Susceptibilidad espiritual, tiende Satanás las redes de las ilusiones y engaños espirituales transformándose en ángel de luz, cumpliendo los antojos de las almas susceptibles y soberbias, y aun superándolos con creces por el lado más vulnerable; subiéndolas al trono, admirándose hipócritamente de sus virtudes, enmendándolas con suavidades sensibles, embriagándolas con el delicioso licor del amor propio satisfecho, comunicándoles diabólicos y crecidos favores, raptos y como revelaciones; envolviéndolas por fin en las mil capas de fingidas visiones y contemplaciones, concluyendo por hacerlas caer en tan altos pedestales a la eterna ruina... ¡Oh almas soberbias y susceptibles, cuánto os compadezco!

Que esas almas se detengan, que abran los ojos y contemplando sus errores, caigan de rodillas ante Mí, y con la frente en el polvo profundamente humilladas pidan perdón y comience el A, B, C, de la vida espiritual por medio de la obediencia ciega a sus superiores y a un sabio y santo Director.

Todas las santidades que están en pedestal a la vista de otros, o a la propia con secreta

complacencia o con humor de susceptibilidad, son falsas y peligrosísimas.

Los verdaderos santos jamás se tienen por tales. Viven como enterrados y su nivel es la tierra misma que los cubre aún a sus propios ojos: ahí dentro viven y se perfeccionan ciegos y sin aspiraciones más que las de agradarme únicamente a Mí; no son susceptibles, porque no tienen más pretensiones que las de verse despreciados, y se desprecian a sí mismos con todo su corazón.

El remedio contra el grande mal de la Susceptibilidad es el profundísimo desprecio propio por medio de la meditación continuada de la nada y miseria del hombre.

Aquí sólo triunfarán las virtudes guerreras; porque, como es tan gigantesco enemigo, necesita para derrocarlo un escuadrón entero compuesto del dominio propio, renunciamiento, trabajo, vencimiento, firmeza, energía, lucha, generosidad y constancia. ¡Felices las almas que sepan poner en práctica estas virtudes!

7. Orgullo

El Orgullo es el padre del Escándalo y la Soberbia es la madre del Orgullo.

Este vicio o pasión del Orgullo lleva consigo infinitos males, y miles de pecados se derivan de él.

Es el Orgullo el aliento de Satanás y su propia substancia: todo su espíritu, es decir, todo él se compone de esta substancia de Orgullo.

Es el Orgullo un levantamiento constante del corazón que busca las alturas, pavoneándose en ellas, y viendo a los demás, desde ese pedestal, bajos, indignos y despreciables.

El Orgullo es un denso humo que levanta y envuelve la imaginación entre vanos y ficticios nubarrones que en las alturas se disuelven.

Es el Orgullo una pasión que ofusca la razón del hombre, hinchándola de soberbia vana.

Es el Orgullo el vicio horrible que aleja del pobre, del desvalido y del débil, y va directamente atacando a la caridad.

Desprecio al Orgullo y al orgulloso, porque el corazón que lo lleva consigo, lleva consigo a Satanás.

El corazón del orgulloso no está limpio, y casi siempre el Orgullo se acompaña de la Impureza.

El foco del Orgullo es Satanás y de este centro abominable parte, inundando millones de corazones...

El orgulloso es altivo, vano, ruin e iracundo, avaro, envidioso, fatuo y muchas veces hipócrita; la Sensualidad lo arrastra, la Humildad le da en rostro; la Mortificación le repugna, el contacto con el pobre lo quema; es doble, falso, egoísta, murmurador, colérico, vengativo, rencoroso y hasta pérfido.

Todos los vicios y pasiones repercuten, con más o menos eco, en el corazón del orgulloso: La Frialdad lo hiela; la Molicie lo arrastra, la Comodidad y la más refinada Delicadeza hacen de él su presa. El Cansancio espiritual, el Fastidio por las cosas divinas y el Desaliento lo embargan.

La Sordera espiritual en él mora, porque el repercutir de las pasiones no lo deja escuchar la suavísima voz de mi Santo Espíritu.

El corazón del orgulloso vive siempre agitado y en una continua angustia por no verse ensalzado de los demás, a lo menos hasta el punto que él tiene la convicción de merecer.

El corazón del orgulloso no tiene Paz, ni Tranquilidad, ni Reposo: con el constante anhelo de verse encumbrado e incensado se hace desgraciado.

Es el corazón del orgulloso, delicado y susceptible, y con cualquier viento se enfurece y desespera: siempre está dispuesto a incendiarse, con la menor chispa, de los Celos y de la Envidia que consigo mismo lleva; y las tempestades que estas pasiones levantan en su interior son furiosas, desencadenadas y temibles, capaces de su desenfrenada furia, hasta de privar al hombre de sus sentidos, y, a veces hasta de la razón.

Muy desgraciada es el alma que a tan poderoso monstruo lleva consigo, y si no lo degüella y mata, continuará haciéndola infeliz por toda la eternidad, en el antro espantoso de un infierno creado expresamente para castigo del Orgullo.

Es el Orgullo el adversario de la Humildad: es la Soberbia disfrazada con colores más vivos, pues el orgulloso vive y respira a la Soberbia misma. Muy lejos del orgulloso se encuentra la hermosa virtud de la Paciencia: en las contrariedades, desencantos y decepciones de la vida llega a su colmo la desesperación; porque como vive de vanas imaginaciones y ficticios castillos de humo, al tocar las realidades, cae de alturas muy grandes, haciéndose terribles daños.

Y es tan corrosiva esta pasión maldita del Orgullo, que no sólo invade el trato exterior del hombre, sino que pasa aún a su trato interior conmigo, por poco y mermado que éste sea. Se impregna de tal manera en el modo de ser, y aún en el mismo ser del hombre, que todo él respira Orgullo y Soberbia. Cuando envío alguna pena o dolor, para su bien, él también contra Mí se enfurece, más o menos abiertamente, y de aquí proceden las miles y miles de blasfemias horribles que mis oídos santísimos escuchan. ¡Cuánto y cuánto ofende a Dios el corazón del orgulloso!

Es un encadenamiento de pecados el que lleva consigo el Orgullo, que casi nunca llega a contarse sus eslabones. Es una cadena de hierro que Satanás pone al cuello del orgulloso, la cual lo arrastra a la perdición eterna. ¡Cuántas cadenas de esta clase existen en el mundo material y aun espiritual, porque el Orgullo, es fruto de todos los climas y mueble de todas las estancias! En los palacios y en las chozas, en los salones y en los claustros, en el orden exterior y en el interno fondo del alma, se encuentra esta serpiente infernal llena de emponzoñado veneno.

En la vida espiritual hace también su nido; en la vida ordinaria y común, y aún en la extraordinaria, se introduce este maldito vicio, aborrecido especialmente de Dios por los males infinitos que causa en las almas. ¡Oh vicio abominable del Orgullo, porque hizo caer al Ángel de su trono, y por el cual el mundo está inundado de males y de pecados! ¡Vicio aborrecido de Dios como Satanás -su Autor miserable- que desesperado se revuelca delirante y lleno de furor en su propia obra!

¡La Cruz lo aplastará porque ella es el aguijón del Orgullo y la pesadilla de Satanás!

El remedio del Orgulloso está en la Cruz, porque de la Cruz brota la Humildad, y esta bendita virtud es el contraveneno del Orgulloso. El alma que desee curarse de este gangrenoso mal, que recurra al desprecio, al renunciamiento total de su voluntad en brazos de la Obediencia: que se abrace de las humillaciones más profundas y repugnantes; del Trabajo, del Vencimiento, de la Sujeción y Paciencia, con Energía, Firmeza, Constancia y Generosidad. Que se clave en la Cruz; y en esta voluntaria y constante crucifixión encontrará todas estas hermosas virtudes, y aun la Fortaleza para ponerlas en práctica.

Dentro de la Cruz se encuentran todas estas riquezas preciosas con que se derrocan los vicios, y se compra el cielo.

La enemiga mortal de Satanás es la Cruz. A nadie odia, excepto a María, tanto como a la Cruz, porque sabe muy bien que en ella están vinculadas todas las riquezas espirituales. No ignora que ella es la puerta por donde se entra al cielo.

La Cruz es la puerta del Paraíso.

Cristo Crucificado es la llave divina de esa puerta ensangrentada... Concluyó su vida clavado en ella, para que las almas, con tan divina llave, abrieran la puerta de la Jerusalén celestial. Con sus méritos infinitos, las almas, teñidas con su Sangre y cooperando con las virtudes que se encuentran en esa Cruz, entrarán triunfantes en el cielo.

En la Cruz se estrella todo Orgullo: en el fruto bendito de ese árbol santo, que es Cristo, se deshace, desbarata, y disuelve toda soberbia del corazón. Ante el Cordero sin mancha crucificado, caerán los más orgullosos corazones, embotándose en la Cruz los emponzoñados levantamientos del alma soberbia. En la sombra de la Cruz se desvanecen todos esos humos fantásticos de vanidad mundana y encumbradas aspiraciones del Orgullo: ahí se quebranta la Soberbia, se calienta el corazón frío o tibio; se calma todo ruido mundano; se depone todo Odio, Rencor y Venganza y se encuentra la Paz, la Tranquilidad, la Serenidad y el Reposo; y con su divino contacto, comenzará el corazón a gustar el suavísimo sabor de la Humildad profundísima, de la Pureza inmaculada, curando totalmente todos los males.

En la Cruz está el remedio del Orgullo.

En la Cruz se estrella toda mala pasión, rompiéndose en mil pedazos; en la Cruz nace, crece y se desarrolla la vida del espíritu, vida purísima ya crucificada, que hará feliz al hombre en el tiempo y en la eternidad.

8. Amor Propio

El Amor propio es digno hijo de la Soberbia y del Orgullo, e íntimo amigo, familiar y constante amador de la Hipocresía.

Lleva en su seno todas las malas cualidades de sus padres, refinadas y escondidas, sin dejar casi punto sano en el corazón del hombre infectado de esa peste.

Espantosos son los males innumerables que este infame vicio cubierto con mil disfraces de brillantes colores hace en el corazón del hombre. Procede de la fuente de todo mal es decir de Satanás mismo, en sí lleva su fisonomía y parecido.

El Amor propio, consiste en una refinada y delicadísima Soberbia, que lleva siempre consigo las capas de la Discreción, de la Prudencia, de la necesidad, del honor ofendido y de otros mil pretextos y suposiciones con que endulzan su veneno.

Entra con igual libertad y descaro en el corazón del santo como en el del perverso. Es una moneda de muchos cuños, que corre y circula por todas partes y direcciones: excepto María, que no tuvo jamás la menor mancha, casi no ha existido hombre en la tierra en donde más o menos no se haya introducido este vicio hipócrita y traidor.

El Amor propio, es una miasma fétida que corrompe las acciones del hombre y aún los actos internos con que se vuelve hacia Mí, y de meritorios e inocentes, los cambia en ofensivos y dignos de reprobación y de castigo.

El Amor propio es el gusano roedor que destruye las obras del hombre y echa abajo a torres de santidad, minando sus cimientos.

Muchos apóstatas, muchas almas grandes que habían subido a la empinada cuesta de la perfección, cayeron después en el más profundo abismo de los vicios por el Amor propio, que fue principio de tan lamentables daños.

Esta maldita Soberbia disfrazada ha ido poco a poco destruyendo el edificio, hasta echarlo por tierra y convertirlo en ruinas y leña seca para el infierno.

El Amor propio es un mal que a la vista parece pequeño, y sin embargo, es un monstruo que

devora a millares y miles de corazones.

Es el Amor propio un ladrón que roba al alma sus merecimientos, desvirtuando sus actos y valores; es el veneno que emponzoña los frutos del espíritu; es el que desdora a las virtudes más encumbradas; es la plaga que inunda los campos de la vida espiritual, destruyendo cuanto toca, o cuando menos, manchándolo, para causarle daño; es el vicio que echa abajo las comunidades; es el fin, el enemigo y adversario de la humildad, del Sacrificio, de la Abnegación y del Dolor.

El amor propio detesta a la Pobreza, Mortificación y Penitencia, y huye de toda pena, Sufrimiento y Cruz.

El amor propio huye de la Cruz, es decir, del Crucificado, y con esto de todo bien; porque el alma que se aleja de la Cruz y la rechaza, se aleja de Jesús y lo rechaza.

El amor propio busca, instintivamente, satisfacer su sed en todas las formas y maneras posibles; no le importan medios con tal de cumplir su constante anhelo.

El Amor propio es insaciable en sus aspiraciones, y mientras más el alma con él condesciende, más desenfrenadamente se le impone, llegando esta fiera a dominarla por completo, estableciendo en ella su reinado.

La Comodidad, la Molicie, la Pereza y la Delicadeza, son frutos de este árbol podrido del Amor propio.

La Sensualidad es su asiento, y en ella crece, se desarrolla y se impone, concluyendo por reinar abiertamente con la crecida Soberbia que lleva consigo.

El Amor propio hace estragos incalculables en el hombre: desgraciada del alma que se deja coger por este monstruo disfrazado, en las cosas pequeñas, porque él se sobrepondrá con sus rugidos, más tarde; y sin una gracia muy especial y grande, será impotente para dominarlo y destruirlo.

El Amor propio es un mar tempestuoso y desencadenado en el mundo, y en la vida espiritual es un mar en calma, pero siempre mar..., y aun cuando en su superficie aparezca la tranquilidad, ésta es fingida y aparente, porque en su fondo, rugen y se estrellan las olas de mil encontradas pasiones hipócritamente ocultas.

Su codiciado campo es el de la vida espiritual y ahí recoge sus mejores frutos y más delicadas cosechas.

Las almas que se buscan a sí mismas lo llevan consigo, lo mismo que las que no se renuncien totalmente.

Las que hipócritamente se llaman indignas, viles y miserables; las que se detienen interiormente a contemplar sus triunfos y conquistas; las ve con mirada tierna y cariñosa se miran con cierta dulce satisfacción; las que allá en lo muy recóndito de sus corazones se han formado un trono en el cual suben de cuando en cuando a contemplarse, y a complacerse en sí mismas, aunque esto *ocultísimamente*: todas estas llevan muy hondo una falange de falsas perfecciones y santidades que Satanás ha metido dentro de ellas con el más refinado Amor propio.

Toda alma que de verdad no muere a sí misma, sin volverse a tomar, ni siquiera a buscarse; que no se entierre y se corrompa a sus mismos ojos, que al encontrarse en su camino se desprecie y huya hasta de su sombra, lleva al Amor propio consigo.

El alma que no se determine con Firmeza, Energía y Constancia, a luchar y a morir antes que dejarse vencer, tomando estas tres armas poderosas, que hieren y sangran al empuñarlas, se

quedará envuelta en su Amor propio y nunca podrá subir a la cumbre altísima de la perfección.

El profundo Desprecio propio y la crucifixión constante, dominando en su nacimiento a todo levantamiento del alma por pequeño que éste sea, aplastando siempre su Soberbia y Orgullo, degollando inmediatamente que aparezca cualquier acto de propia complacencia, adelantándose aún a prevenir el menor viento del corazón por medio del propio conocimiento y continua guardia, todo esto derroca y destruye el Amor propio; y si aparece de vez en cuando en el alma así de esta manera crucificada, es tan débil, que lejos de hacerle daño, le sirve para humillarse más y más, y vivir en continua vela para no ser sorprendida y derrotada.

Estos son los remedios del Amor propio, pero remedios que duelen e implican un decidido combate en almas valientes, generosas y activas.

Las almas flojas y perezosas se quedarán sumergidas en el amor propio, y continuarán su vida de interminables caídas en el mar profundo de la Soberbia.

Es de tal importancia acabar con el Amor propio, que en destruyéndolo o debilitándolo, se triunfa de muchos y multiplicados vicios:

todos ellos lo llevan consigo, en más o menos grados, pero no existe uno solo, en donde este conjunto odiosísimo de Soberbia, Orgullo y Amor propio no se encuentre. Terno aborrecible que inunda al mundo, inficionando a las almas con su emponzoñado aliento.

La Cruz destruye el Amor propio y lo aplasta. El Amor activo. incendiado por el Dolor le hace la guerra, purificando a las almas y derrocándolo de su trono.

El Dolor da a Cristo la gloria que Satanás le quita: destruye el reinado del Amor propio; porque el Dolor hace que el alma le busque y le ame; y el alma que le ama de veras, se aborrece, y en este feliz aborrecimiento y odio santo de sí mismo está la muerte del Amor propio.

En la Cruz está su completa derrota. Feliz el alma que de ella se abrace, y que, clavada en ella, muera a sí misma para resucitar en Mí y vivir tan sólo la vida divina de la gracia. Esta alma dichosa que tal haga, comenzará en la tierra una vida de amor purísimo y santo que continuará después en la eternidad.

9. Indiferencia culpable

La Indiferencia procede de la disipación y de la soberbia. La frialdad y la tibieza forman su atmósfera. Llega la Indiferencia a helar a tal grado el corazón, que nada es capaz de volverlo a la vida de la gracia.

Este horrible vicio acrecienta a la infidelidad y a la inconstancia y su sello es la ingratitud.

Un alma pecadora tiene remedio; una indiferente, no lo tiene. La indiferencia culpable es la reina de los vicios y lleva al alma a la impenitencia final, y de ésta al infierno.

Las almas pecadoras y aún obstinadas llegan a convertirse con un golpe de la gracia; pero las indiferentes llevan en su seno la sordera total, esa fatal insensibilidad para todo lo divino, que le cierra por completo las puertas del arrepentimiento y de la gracia.

Llegan las almas a esa letal indiferencia, cúspide que corona a todos los vicios, por la misma escala que ellos le proporcionan.

Satanás va conduciendo de la mano a esas desgraciadas almas hasta hacerlas tocar la cumbre maldita de la indiferencia. A ella llegan por la soberbia, lujuria e impureza con más prontitud que por otros vicios, pues estos principalmente hielan las almas y las sumergen en esa emponzoñada fuente de la glacial indiferencia.

La indiferencia mata los sentimientos santos en el alma, le quita la vida de la gracia y la hunde

en una atmósfera tan especial cuanto venenosa de la cual jamás la deja salir.

No es ésta por cierto, la indiferencia santa que hace al alma pura entregarse totalmente a la voluntad divina: todo lo contrario, es la indiferencia maligna, nacida en un corazón infame y como injertado con todos los vicios.

A esta indiferencia la produce el pecado y él la alimenta, la hace crecer y desarrollarse para con ella dar muerte al alma infeliz que la lleva consigo.

A las almas indiferentes nada les conmueve en la vida espiritual. Ven los sacramentos santos y todo lo divino por los anteojos ahumados de la indiferencia. Ni se aterrorizan con las verdades eternas, ni se conmueven y derriten con la suavidad de mis ternuras y sacrificios por ellas mismas.

La soberbia las ha penetrado a tal grado que, sentadas en su trono, el mismo Dios que viniera a sus pies no las movería de su sitio. ¡Qué grande desorden existe dentro de esta glacial indiferencia que nada es capaz de disolver! ¡Cuánto debieran las almas librarse de ella! Y no se crea que de un golpe toma posesión del alma, no, va minándola poco a poco por los vicios que se llaman pequeños, y no lo son: por los respetos humanos, por la comodidad, molicie y delicadeza, por la debilidad y fragilidad, por la inconstancia y la cobardía, por la ociosidad y el fastidio, por la excusa y la mentira, por el cansancio y la susceptibilidad, por el fingimiento. hipocresía y disipación y, por fin, por el sensualismo completo y todos los otros vicios crecidos en malicia e intensidad.

Esta es la escala maldita por la cual el alma desgraciada sube a la indiferencia. ¡Y cuánta, cuánta existe en el mundo! Conduce a crímenes innumerables y el infierno se goza al ver cundiendo en las almas el indiferentismo religioso.

No tiene remedio la indiferencia sino es una total reforma interior de las almas, cosa bien difícil, por cierto, si un torrente de especiales gracias no viene del cielo a conmoverlas.

10. Obstinación

La Obstinación nace de la malicia infame y lleva en sus venas el veneno de la impureza, de la lujuria y, sobre todo, de la soberbia más crecida.

Lleva el germen del mismo infierno; y generalmente, a no ser que una gracia muy especial la quebrante, la impenitencia final y la condenación es su fin.

Es la obstinación vicio del corazón impuro y orgulloso.

No ve ese Vicio porque no tiene luz; y no la tiene, porque vive envuelto en la negrura de los pecados que más ciegan el entendimiento y que cortan toda gracia sobrenatural para el alma, puesto que la apartan de Dios, dándole la muerte con la culpa mortal. La gracia jamás ilumina al corazón obstinado.

La obstinación es un vicio horrible que apaga la luz de la fe sin volver a vislumbrarla el alma.

Hay incrédulos que llegan a humillarse y con esto, a salvarse; pero el alma obstinada jamás se humilla, sino que, perseverando en su pecado, levanta la cerviz contra su Dios y Señor y al fin muere aplastada con la ceguera más espantosa, pasando luego a otra tenebrosa noche del infierno.

Y esta obstinación es un castigo más bien que un vicio, castigo terribilísimo de mi Justicia para con las almas impuras, maliciosas y soberbias.

También hay obstinación en la vida espiritual, por la cual las almas igualmente se condenan. Esta obstinación tiene parecido con la de los pecadores, porque se apoya también en la soberbia, aunque en diversos puntos. El alma que se obstina en su juicio propio, que no se

detiene en el mal camino de los embustes de Satanás y que no hace caso de los avisos que la gracia particular y oportuna le ha enviado, y que por su dureza y capricho continúa en su torcida carrera, aun cuando se le enseñe la luz, esta alma, se perderá y se hundirá más tarde en espantosos vicios.

Que se detengan las almas, que miren bien el terreno que pisan, examinando detenidamente su marcha para que no caigan.

Humildad profundísima, obediencia ciega, pureza angelical y crucifixión: estos son los puntos cardinales de toda vida espiritual sólida y las palancas potentes que deben sostenerla bajo mi sombra. Que examinen estos puntos las almas religiosas que, si sobre ellas giran, estarán muy lejos de la Ofuscación y de la Obstinación.

11. Cólera

La Cólera, es hija de la ira y descendiente de la Soberbia, y por tanto, del mismo Satanás. Lleva en sus venas a todas las cualidades de su madre, en su más completo desarrollo. Ella estalla como la pólvora en sus manifestaciones, incendiándose con el vivo fuego de la espantosa Ira.

La Cólera es también ciega y precipitada y en sus exposiciones de crecido furor, deja al alma con mil manchas de pecados, muchas veces de grandes consecuencias y funestos daños.

La Cólera es el espejo en que Satanás se mira: esta pasión de la Cólera es aturdida, precipitada y desordenada.

La Obstinación, muchas veces, y la Ofuscación siempre, la acompañan. ¡Ay del alma infeliz en la cual hace su nido esta desenfrenada pasión que detesto!

La vehemencia de ese vicio hace tal violencia a los actos del hombre que lo precipita a muchos males de graves consecuencias y lamentables desenlaces, de los cuales siempre tiene que arrepentirse.

La Cólera es una Pasión atronadora que llena los sentidos de ruido y de agitación y hace su nido en el corazón del orgulloso y del soberbio.

La Cólera es una chispa volcánica que en un instante enciende el corazón del hombre con la pasión espantosa de la Ira.

En donde está la Cólera no existe la Paz, centro del Espíritu Santo; y ese vicio aleja todas las santas inspiraciones del alma que la posee. El alma colérica es soberbia y vive continuamente dentro de unas polvaredas que no la dejan ver mi divina imagen. Llenan los oídos del alma en donde la cólera es ordinaria, de tal ruido, que jamás pueden escuchar la suavísima voz del Espíritu Santo. Estos oídos no están dispuestos y son sordos a las inspiraciones de la gracia.

El alma colérica ve con doble anteojos de oculta soberbia cuanto la rodea; y por tanto, la realidad huye, y lo que no se aparece siempre en su camino, torciéndolo y engañándola. Todos los sentidos se desordenan con esta pasión terrible de la Cólera, y ¡ay del alma que llega a ser su presa! Vivirá desgraciada y si no se detiene, tal vez los pecados a que pueda conducirla sean ocasión de su perdición eterna.

¡Oh Satanás, cuántas conquistas haces con este maldito vicio que oscurece la razón del hombre!

La cólera, sin embargo, como principio o germen activo en el corazón del hombre, es una fuerza buena y de grandes provechos, puesto que, bien ordenada, proporciona a las almas grandes merecimientos; pero el mal del temperamento ardiente del colérico, consiste en el desordenado uso de tal pasión, y en que lejos de refrenar sus ímpetus, le da rienda suelta, dejándola crecer y desarrollarse y dominar a la razón y a la voluntad.

El remedio para este mal consiste en el Dominio propio, y tanto para la madre como para la hija, es decir, para la Ira como para la Cólera, su antídoto está en el Sacramento del Altar, en la recepción continua de aquel Corazón todo Dulzura Paciencia, Mansedumbre y Humildad. Este es el remedio de los remedios, la fortaleza del alma, el contraveneno para todos los vicios, la fuente inagotable de todo lo bueno, santo y perfecto. Ahí está el foco eterno de las virtudes, el Amor más grande y el Dolor más sublime por los cuales desciende todo bien a las almas que lo buscan con avidez y constancia. Esa Carne purísima e inmaculada y ese Vino que engendra Vírgenes, son la curación, y también el preservativo de todos los vicios.

12. Altivez

La Altivez es hija del Orgullo y de la Soberbia; y el Amor propio en su más alto grado de refinamiento la acompaña siempre. Es un vicio muy odioso que levanta al corazón humano sobre los demás y hace que desprecie a su hermano. Va también en contra de la Caridad y acarrea al alma grandes males de todo género.

La Altivez del corazón aleja al Espíritu Santo con su gracia, y al alma que le falta la gracia, se despeña por los vicios arrojándose en su precipitada corriente.

Al alma altiva le parece todo pequeño e indigno de ella. Se confunden en el mundo la nobleza con la altivez, siendo ambas cosas muy distintas; hablo de la nobleza de sentimientos y no de la sangre, que entre ambas existe también mucha diferencia, pues hay nobles de títulos sin nobleza de corazón, (aun cuando muchas veces en estos casos, la una acompaña a la otra) y hay gentes o personas sin títulos, que llevan engendrada la nobleza de los más finos y delicados sentimientos en sus almas. La nobleza verdadera se encuentra en las virtudes. Un alma que las practique y lleve consigo, lleva consigo a la misma nobleza.

La nobleza, en ese sentido, es una virtud; y la Altivez, en cualquier rango o posición que aparezca, es un vicio, y vicio aborrecible que lleva en sus venas la sangre del Orgullo y de la Soberbia. El corazón altivo será humillado, y el corazón humilde será levantado y llenado de gracias y dones.

La Altivez es aborrecida de Dios, a quien enamora la Humildad, la Bondad y la Benignidad. Se acerca a las almas que nunca temen abajarse demasiado y que jamás se imaginan que algo valen. A ésas Jesús las busca, las ama y con ellas se comunica.

La Altivez se cura con la práctica constante de las más bajas y repugnantes humillaciones ejercitadas por el Dominio propio en un alma valiente y deseosa de servirme y de santificarse. Las fuerzas para la aplicación de este remedio, se encuentran en la Oración.

13. Vana Complacencia

La Soberbia produce la Vana complacencia en todas sus formas.

La Vana complacencia espiritual, especialmente, es un defecto muy fino, el cual llega a posesionarse a tal grado del alma, que concluye por ser vicio.

La Vana complacencia consiste en un contentamiento secreto con que el alma se recrea en sus propias virtudes, alterándolas y dañándolas.

Es la Vana complacencia un veneno que infecciona hasta los actos más santos, apagando y eclipsando su brillo. Es una rémora para las gracias del Espíritu Santo.

Es una culpable detención del alma contemplándose a sí misma e incensándose. Es una recreación interna en la cual Satanás se complace y los ángeles se entristecen.

Muy fina es la Vana complacencia y en todas las almas existen en más o menos escala. Sólo una criatura estuvo exenta de ella, María, aquella blancura que jamás se empañó ni con la sombra de ningún vicio ni defecto.

La Vana complacencia es un enemigo a quien no se teme, y sin embargo, sólo Yo puedo medir los estragos que hace en la vida espiritual.

¡Cuántas almas, aun en las religiones, pasan la vida contemplándose a sí mismas y admirando sus cualidades y virtudes internamente!

En esas oraciones llenas de paz, suavidad y dulzura, generalmente existe mucho de vana complacencia, y quien lo examine, se convencerá de ello.

Indudablemente en esas almas que jamás tienen luchas y gozan de una tranquilidad sospechosa, (porque la vida espiritual es vida de una continuada guerra), existe una atmósfera embalsamada de Vana complacencia, dentro de la cual respira feliz el alma tan finamente engañada.

¡A cuántas virtudes desfigura y hace irreconocibles la Vana complacencia!; ¡y cómo transmuta, y con qué refinada malicia, el oro en cobre vil!

El alma soberbia que en todo se busca a sí misma y no se renuncia y aborrece, caerá en tan grande mal.

Más allá todavía pasa la vana complacencia, llega más adelante, buscando de cuantas maneras puede, aunque solapada e hipócritamente, las alabanzas, en las cuales se goza y se encuentra feliz. En su soledad el alma las mastica y saborea muy detenidamente, hinchándose con su recuerdo, y recreando también no sólo su paladar, diré, sino su oído con tan agradable melodía...

Sobre todo, en el trato espiritual de confesores, directores y superiores con sus súbditos, son muy frecuentes y muy dañosos los efectos de la complacencia propia que dejo dichos.

Estas almas, acostumbradas a vivir en el éter de sus cualidades y relevantes prendas, no pueden soportar la menor humillación de parte de los hombres, y mucho menos ocultamente buscársela para sí mismas. Les repugna todo lo que les quita mérito ante el mundo y ante sí mismas. El día en que se ven desenmascaradas por favor de Dios, sufren terriblemente porque respiran en una atmósfera muy distinta.

¡Cuántos engaños de Satanás se infiltran por esta puerta de la vana complacencia! Ella hace a las almas débiles y flacas quitándoles el vigor y el día que les falta el incienso ajeno, se entristecen y llenan de pena; están acostumbradas a nadar en el mar del amor propio satisfecho, y cuando esto no está a su alcance, se consideran desgraciadas.

Estas almas creen vivir de mi espíritu, y viven de sí mismas; creen que el Espíritu Santo se les comunica, y es Satanás envuelto en la finísima capa de la soberbia, al que llevan consigo. Muy lejos se encuentra el Espíritu Santo de los corazones amadores de sí mismos y llenos de su propia adoración, pues El no desciende más que al vacío total de las almas puras o purificadas.

¡Y existe tanto de esto en la vida espiritual y en tantos y tantos que se llaman míos! ¡Qué falsos, sin embargo, son los amores de estas almas para conmigo! Todo aquel que no se renuncie a sí mismo, no puede, no, seguir mis huellas. El alma que más se aborrezca a sí misma, será la que más me ame a Mí.

Muy difícil es que las almas acostumbradas a vivir entre la atmósfera de la complacencia propia y vana lleguen a comprender su error. La dureza de juicio las envuelve y truecan las hermosas virtudes de la dulzura, condescendencia, generosidad, benignidad y suavidad, aplicándolas para sí mismas.

El remedio para la vana complacencia se encuentra en el renunciamiento y aborrecimiento propio sostenidos por la gracia, con la firmeza, energía y fortaleza divina.

Dichosa el alma que se venza a sí misma dejándose hacer sin volverse a tomar,

despreciándose y aborreciéndose. Dichosa mil veces la que, negándose del todo, tome su cruz y no viva más que de Mí, siguiendo mis huellas ensangrentadas. Ella recibirá un gran premio y será, aún en la tierra, muy amada de mi Corazón.

14. Respeto Humano

El respeto humano es hijo del amor propio y de la debilidad.

Es un vicio que inunda al mundo espiritual y lo sumerge en el fondo de mil miserias ahogando a las almas dentro de sus aguas pútridas.

Es un vicio infame que hace a los corazones avergonzarse de Mí mismo y de las cosas que debieran honrarlos.

Es el tropiezo de las almas débiles, cobardes y que no me aman de veras. En ese vicio caen millares de personas al parecer piadosas, pero que en realidad llevan un cuño falso en el corazón, y amándome tan sólo con la boca, sucumben a la menor prueba cuando se trata de confesar mi nombre; y es porque en su corazón no estoy Yo.

Estas almas tibias, de religión ficticia, que no tienen valor para sostener su fe delante del mundo y de mis enemigos, y yo las miro con lástima, porque caerán en grandes males.

¡Ay del que se avergüence de pertenecerme! ¡Ay del que no me proclame su Rey delante del mundo! ¡Ay del que, escondiéndose, no tenga valor para llamarse mío! ¡Yo no le reconoceré en el día de mis victorias!

¡Ay del que por el maldito respeto humano que detesto, reniegue de su fe y prescinda de los sacramentos y actos de verdadera piedad!

Yo tengo un especial castigo para el respeto humano, y Satanás arroja en un fuego voraz a las almas que en el mundo arrebató de mis brazos haciéndolas que, eliminándose de mi Corazón, se avergonzasen de pertenecerme, comenzando por el respeto humano y concluyendo por refinado odio y malicia contra Mí.

¡Oh infame Satanás, y con qué redes tan finas de respeto humano pesca miles y miles de corazones que condescienden a la menor tentación y que debieran ser míos! El miserable haciéndolos caer en el primer escollo, los lleva después de precipicio en precipicio hasta despeñarlos en la duda, en la desesperación y en el infierno.

El respeto humano es un imán satánico que atrae a las almas para arrojarlas al infierno.

El respeto humano es en la vida espiritual una muralla impenetrable que rodeando al alma le impide las comunicaciones divinas.

El respeto humano es el escollo de la falsa piedad y la piedra de toque de la santidad.

El respeto humano es el palenque en donde se prueba el verdadero amor.

Es el crisol en donde se distingue el oro del oropel; lo que vale de lo que es basura; el amor sólido del amor falso.

El respeto humano tiene dos caras o visos a cual más odioso y lleno de dañinos males. Por él se ejecutan multitud de actos pecaminosos, cuando el alma no tiene suficiente fuerza para resistir al mal ante la faz del mundo corrompido, cuando es débil en su fe, cuando no me conoce ni me estudia ni me ama, y se deja llevar por las precipitadas corrientes de ese maldito vicio.

El respeto humano es causa de que se dejen de hacer una multitud de buenas y santas obras que debiendo ejecutarse no se ejecutan; que debiéndome dar gloria no me la dan, y que

deteniendo con mano de hierro al alma para que no me siga, la aleja de mis brazos, y por tanto, de mis favores y gracias.

Ataca el respeto humano lo bueno, y hace al alma también condescender con lo malo... ¡Oh infame respeto humano, instrumento de Satanás que llevas en tus venas la sangre de la soberbia y de la debilidad, causada por la falsedad de las virtudes! Yo te detesto y abomino infinitamente, porque sólo Yo sé hasta dónde alcanzan tus miserables traiciones.

Incalculable para el hombre es el daño que el respeto humano hace y la astucia infernal con que Satanás lo maneja. Es una de las redes más finas que posee y arroja en el campo espiritual.

Que las almas superficiales, vanas y mundanas lo lleven consigo, no es de extrañarse, puesto que viven en la atmósfera helada de la falsa piedad; mas ¡oh dolor!, también se encuentra este enemigo de mi gloria reinando en las religiones y en las almas que se titulan mías... La más pequeña falta sobre el particular de estas almas predilectas me duele tanto como no puede suponerse ni imaginarse siquiera. Son, estas faltas de respeto humano, en los religiosos y sacerdotes, como puñaladas que desgarran mi Corazón divino.

¡Ingratitud humana, hasta dónde llegas!

¿¡Avergonzarte, hombre, de quien ha derramado toda su sangre por ti...!? ¿¡De quien ha bajado del cielo a la tierra para salvarte y morir en una cruz para darte la vida…!?

¡Avergonzarte de este Redentor que tanto te ha amado! ¡Avergonzarte de este finísimo amante, que, por no dejarte, se ha quedado hasta la consumación de los siglos en los altares!; ¡que, mientras exista un hombre en la tierra, se encontrará en una Hostia consagrada para acompañarlo y salvarlo! ¿De este Dios te avergüenzas, repito, y no osas pronunciar su nombre ante un puñado de viles y miserables criaturas que son hoy y mañana desaparecen?

¡Oh soberbia del corazón! ¡Oh amor propio! ¡Oh debilidad culpable! ¡No se atreve el hombre a doblar en público las rodillas ante Mí, y se inclina y se posterga y se humilla hasta el punto más bajo y degradante, ante una vil pasión! ¡Qué contrastes y aberraciones!

"No a '*Ese*' sino a Barrabás" gritaba ya un día, frenético, todo un pueblo, y un pueblo escogido; y aún repercute ese grito en miles de corazones que se avergüenzan de pronunciar el nombre de cristianos que los ennoblece, y se llena la boca con algún título hueco y vacío, de honra vana; rechazan a Jesucristo y a la virtud porque no son capaces ni de confesarlo ni de practicarla.

¡Oh mundo, oh mundo!, que te precipitas en la eterna perdición, si no te detiene en su vertiginosa carrera la cruz que sólo puede salvarte. El respeto humano te envolverá mientras no te crucifiques, mientras prefieras a Barrabás, mientras no te entregues y proclames en alta voz que Jesucristo es tu Rey y tú su vasallo; que es tu Señor y tú su esclavo, que es tu Criador y tú su criatura, que es tu Padre y tú su hijo; que es tu Dios y tú la hechura de sus divinas manos, dispuesto a servirle, a amarlo y a confesar públicamente su santo Nombre, y el título de pertenecerle con el honor de servirle, con el deseo de amarle, con el ansia de corresponderle en cuanto posible sea.

¡Oh! Si los hombres pusieran esto en práctica, se destruiría el reinado del respeto humano en el mundo, que es el reinado de Satanás y de sus vicios: la Cruz viene a destruirlos.

El remedio para el Respeto humano es el vencimiento propio producido por la oración mental constante, que enciende el fuego del amor divino en el corazón.

El alma que me ama, no se avergüenza de confesar mi Nombre ni de pertenecerme ante la faz del mundo impío. Soporta las burlas miserables que se le proporciona, con entereza y gozo, porque su dicha es ser mía y darme pruebas de su amor, pasando feliz por toda clase de crucifixión y de dolorosas humillaciones.

La falange gloriosa de los Mártires, de las Vírgenes y de los Confesores dan y han dado pruebas de su amor y de su fe, pisando y venciendo a todo respeto humano.

Y no se crea que a todos estos santos y a los que son míos, no les haya puesto Satanás, ¡y con cuánta fuerza e insistencia!, esta tentación del respeto humano; claro está que sí pero, pasando por encima de él, con la fortaleza del amor divino, lo pisaron, lo destruyeron en sus corazones con el dominio y el vencimiento, triunfando del demonio y de sí mismos, dándome honra y gloria.

Tengo también un premio especial para los vencedores del respeto humano. Yo los llenaré de recompensas, los reconoceré como míos el día grande de mis victorias, y aún en el mundo los llenaré de gracias y bienes espirituales.

15. Afectación

La Afectación es hija del Amor propio y de la Hipocresía.

Es un vicio ridículo y odioso, propio tan sólo de los cortos entendimientos y de las almas hipócritas.

Es la Afectación compañera inseparable, más aún, parienta muy cercana de aquel terno de la Presunción, Pedantería y Pretensión. Todos llevan la misma sangre de la Soberbia y del Orgullo, pero la Afectación los supera, porque siempre está unida a la Hipocresía más refinada.

Muy lejos del alma que lleva consigo a la Afectación, se encuentran las virtudes hermosísimas de la Simplicidad, Sencillez y Franqueza. La Llaneza, la Sinceridad y la Claridad, jamás llegan a sus puertas.

La Afectación tiene su comercio y trato con la Falsedad, la Doblez y la Mentira. La Afectación me da en rostro y jamás inclino mis ojos al alma hipócrita y afectada.

La vida espiritual no puede existir en un alma que lleva en su ser la afectación, porque la vida espiritual va en contraposición completa con lo falso, engañoso e hipócrita.

Uno de los fundamentos para la vida espiritual es la Sencillez unida a la Obediencia ciega; y la Afectación, ni es sencilla ni es Obediente, sino todo lo contrario.

La afectación lleva consigo a la Soberbia, totalmente opuesta a la Obediencia, y a la Hipocresía, antagonista de la Sencillez. ¡Cuánto me choca un alma llena de afectación! ¡Amo tanto a la Simplicidad, a la Sencillez, y a la Claridad!

El remedio para la Afectación está en la meditación constante de la miseria del hombre y de su nada, y en la práctica continua de la Humildad.

Necesita el alma que desee sacudirse de tan odioso vicio, descubrir su pecho con valor, enseñar todos sus pliegues y dobleces, por más asquerosas que sean las llagas que en ellos se encuentran, a un Confesor espiritual y sano. El Vencimiento propio debe campear aquí destruyendo el hábito de la Afectación, con las virtudes de la Sinceridad, Claridad, Llaneza y Sencillez.

16, 17 y 18. Pretensión, Presunción y Pedantería

La Pretensión es hija del amor propio, lo mismo que la Pedantería y la Presunción, es un terno éste que camina de la mano siempre junto, llenando de humo el corazón del hombre.

La Pretensión lo levanta muy arriba de sus propias fuerzas; la Pedantería lo sostiene en tan alto puesto desde el cual, todo lo ve bajo, indigno de él y degradante, haciendo que, creyéndose más que otros, los desprecie; y la Presunción viene a completar el cuadro,

sosteniendo el falso pedestal del orgullo, y haciendo al hombre creerse capaz de las mayores empresas y de las más grandes virtudes, sin contar con el apoyo divino ni con el auxilio humano.

¡Oh soberbia inaudita de Satanás, cuyo fin inicuo es la perdición del hombre por medio del engaño más vil producido por el orgullo y el amor propio!

De estos tres vicios están llenos los corazones, rebosan en las almas de tal manera y a tal grado, que llegan a cegarlas por completo alejando a la hermosa virtud de la humildad a muy grande distancia.

Todo corazón que lleva consigo la Soberbia, alberga a estos vicios engendrados por ella misma; Vicios que llevan en sí la sangre y las propiedades todas de su horrible madre.

¡Oh miserable Pretensión de la pobre y limitada naturaleza humana tan sin fundamento!

¡Oh Pedantería loca y desatinada, que no tienes en qué apoyarte, sino en la podredumbre y polvo de que el hombre está formado!

¡Oh vil presunción, humo vano, fuego fatuo, que aparece y nada es, nube que se disipa!, ¿en qué te fundas para ensoberbecer al pobre corazón humano? Y sin embargo, el hombre se hincha con este viento de la vanidad mundana; vive disimulando su engaño, y al parecer, satisfecho y contento con lo que no es y entre las ficticias ilusiones que en su crecida soberbia se forja. ¡Ay! ¡Sólo en los umbrales de la eternidad se abrirán sus ojos y tocará entonces vivas realidades!

Las riquezas y los honores con todos sus peligros, que son muchos, sirven de pábulo a estos tres vicios que crecen y se desarrollan ofuscando a la razón y alejando al alma de su Dios.

El remedio para estos vicios de locas ilusiones, pero que ensoberbecen tanto al corazón del hombre, ya se deja ver: en la humildad con el propio desprecio, pero, ¿en dónde se encuentran las almas que bajen por mi amor de tan altos pedestales y se abracen de la pobreza, de la humillación y del abatimiento propio? Muy contadas son, por desgracia, y muy de tarde en tarde aparecen para consolar mi Corazón.

En la vida espiritual también existen estos vicios de la pretensión, pedantería y presunción; porque a donde penetra la soberbia, se introduce también su corte. Ellos detienen las comunicaciones divinas, las cuales no se conceden sino al corazón humilde que nada presume y de nada se cree digno ni capaz.

Jamás el Espíritu Santo desciende al corazón pretencioso y altivo, sino al corazón manso y humilde.

19. Vanidad

La Vanidad es hija de la Soberbia y del Amor propio; su reinado existe en todos los corazones, sobre todo mujeriles. Es un vicio que nace con el hombre, y crece y se desarrolla en más o menos escala, según los medios que se le proporcionan.

La vanidad es un vicio que levanta al alma de la tierra en alas de fantásticas imaginaciones y locas quimeras que presto pasan y se desvanecen como el humo.

La mujer principalmente la lleva infiltrada dentro de su propio ser, y antes muere ella, diré, que la vanidad que lleva consigo.

Si le da pábulo con la Sensualidad, crecerá, crecerá de una manera gigantesca, arrastrando el alma hasta su perdición. Si la pone a raya y la domina con el espíritu y la razón, la debilitará, la encadenará, aunque jamás podrá destronarla por completo.

La Vanidad es una pasión terriblemente tenaz.

Mientras viva el hombre, deberá durar la lucha contra ella y la guerra para derrocarla.

Es la Vanidad una serpiente de siete cabezas: cuando se le aplasta una levanta otras.

Es tan sutil la Vanidad que, en compañía del amor propio, de donde procede, se introduce en todo corazón; en lo humano y en lo divino; en lo material y en lo espiritual; en lo sano y en lo perverso; en el teatro y en el Templo; debajo de la seda y debajo del sayal; de los mantos reales y de los hábitos más pobres y humildes. Llega a tal grado su descaro, que corrompe hasta los actos de la más acendrada piedad y santa devoción; y se introduce, ¡horror!, hasta el fondo mismo de las virtudes, emponzoñándolas.

Igualmente se encuentra en los bailes que en los entierros: es un vicio maldito que aún en los sepulcros existe, no contentándose con llegar hasta los umbrales de la muerte.

La mujer está amasada, diré, con la Vanidad.

La lleva consigo como una segunda naturaleza. En sus pensamientos, deseos, movimientos, aspiraciones y respiraciones se encuentra; en sus potencias y sentidos, y aún en el fondo de su espíritu aparece.

Doble arma necesita la mujer para derrocar a tan horrible vicio; y es un gran triunfo para ella el poderlo dominar y en parte vencer, porque es un monstruo con muchas vidas y es necesario apuñalarlo sin descansar jamás.

Es indispensable, para emprender con fruto la vida espiritual, derrocar la vanidad y ponerla encadenada debajo de los pies.

El primer escalón de este camino del espíritu aquí se encuentra: sobre todo, si es mujer la que intenta llegar a la Perfección. Sin pasar por este escalón la vida espiritual será ilusoria, pues no puede existir en un alma en que domina la Vanidad.

Es la Vanidad en la vida espiritual un dique poderoso que detiene las comunicaciones divinas.

En el acto mismo en que el alma se siente hinchada con las gracias, atribuyéndolas a sus propios méritos, éstas se retirarán y la abandonan.

No hay cosa que más rechace al Espíritu Santo como la Soberbia y todos los vicios que de ella se derivan.

Es la vanidad un secreto levantamiento del corazón, un humo ilusorio que ilumina los actos de la criatura a sus propios ojos con arreboles que pasan, dejándole después los esqueletos y desencantos de las tristes realidades.

Es la vanidad la quimérica fantasía que se desvanece y pasa dejando a su dorado tránsito por el alma punzantes remordimientos. Es un viento que envuelve al corazón, hinchándolo momentáneamente, dejándolo después triste y empolvado.

Es la Vanidad la locura universal del corazón humano: es la humareda espesa con que Satanás ofusca al entendimiento, levantándolo para dejarlo caer después de las alturas. Es la polvareda que en las almas ligeras levanta Satanás, llenándolas de tierra y de basura.

Las riquezas dan a la Vanidad un impulso extraordinario, y los honores y los altos puestos en el mundo y aún en las religiones, la hacen agigantarse.

En la vida espiritual, además de ser un dique, es una plaga que desvirtúa los actos más santos contaminándolos con su contacto. Un alma vanidosa lleva consigo a otros vicios inseparables de la Vanidad, como son la Soberbia, el Orgullo, la Presunción, Pedantería, Fatuidad,

(hermana de ella misma), la Pretensión y el Amor propio. ¡Desgraciada el alma que se deja coger con tan finas redes!

El remedio contra la Vanidad es muy arduo, implica grande fuerza de voluntad acompañada del propio desprecio.

Está en el quebrantamiento constante de todo interno levantamiento, con actos de humillación profunda.

Está en el ir siempre en contraposición directa con todas las inclinaciones que a ella conduzcan.

Está en el estudio y en la meditación de tal vicio para llegar a dominarlo y a vencerlo.

Más aún; se necesita recurrir a la fuente de toda gracia, por medio de la Oración, para alcanzar la Victoria contra este vicio que llega a enseñorearse de las obras, palabras y hasta de los pensamientos de la criatura.

La vanidad llega a formar una segunda naturaleza en el hombre a tal grado que, inficionando los actos del alma, llega este emponzoñado vicio hasta ser como natural en todas sus operaciones.

Muy fina es la vanidad y hasta en los más secretos repliegues del alma se introduce.

Se tiene Vanidad en el hablar y en el callar; en el andar y en el sentarse; en la elegancia y en la pobreza; en los movimientos, palabras, escritos y pensamientos; oraciones y devociones; en el comer y en la sobriedad.

En el aire que respira el hombre, se encuentra.

En las Religiones, existe la Vanidad en grandísima escala y hay conventos que son focos del Amor propio y de la Vanidad.

El alma que abrazada de la Cruz se renuncia alcanzará doblegar a la Vanidad, y tendrá suficientes fuerzas para tenerla encadenada a sus pies. ¡Feliz el alma que venza la vanidad! Se elevará a un grado muy alto de perfección.

20. Vanagloria

La Vanagloria se deriva de la vanidad, y viene, producida por ella misma, a levantar al corazón del hombre en nubes de humo que con el menor viento se disipan.

Es tan ficticia la vanagloria como su nombre mismo; y sin embargo, el corazón humano corre tras ella y paga con puñados de oro un poco de ese polvo vil que se lleva el viento, y, ¡qué digo con oro!, con la propia conciencia compra una loca alabanza que no pasa de los labios de quien la pronuncia.

¡Oh locura inconcebible del corazón humano que se vende a tan vil precio!

La meditación constante de las propias miserias y de las verdades y postrimerías curan la vanagloria, y hacen al corazón del hombre conocerse y conocerme; amarme y aborrecerse.

Cuando la meditación enciende en el alma el fuego de la caridad, entonces se mata el germen de la vanagloria, comenzando el hombre por humillarse, esconderse y despreciarse, hasta llegar a la perfección.

Al corazón que busca, que desea, que ama la vanagloria y se paga de ella, no desciende la luz del Espíritu Santo ni sus dones ni sus gracias.

Al que rechazándola varonilmente huye de ella, la aborrece y la detesta, es al que escoge Dios para derramar sus tesoros divinos; porque, no en vasos frágiles y quebradizos pone el Espíritu Santo el suavísimo licor de sus favores, sino en los de oro purísimo, que guardan herméticamente encerrados sus perfumes.

La vanagloria es el trono de Satanás, trono movible y ficticio al cual encumbra a las almas que se le entregan. ¡Falso, engañoso y traidor eres, Satanás! Es tiempo ya de cortar tu vuelo, de que cesen tus ruines engaños y falaces victorias.

La luz brillará por medio de la Cruz en los oscurecidos entendimientos humanos y caerá a mis pies la venda de soberbia con que los ciega tu infamia, derrocando tus viles maquinaciones y venciéndote.

¡Huye, Satanás, que la Cruz va a triunfar y a derrocar los vicios en que has sumergido al mundo: escóndete en los antros del averno si no quieres verte aplastado por su enorme peso!

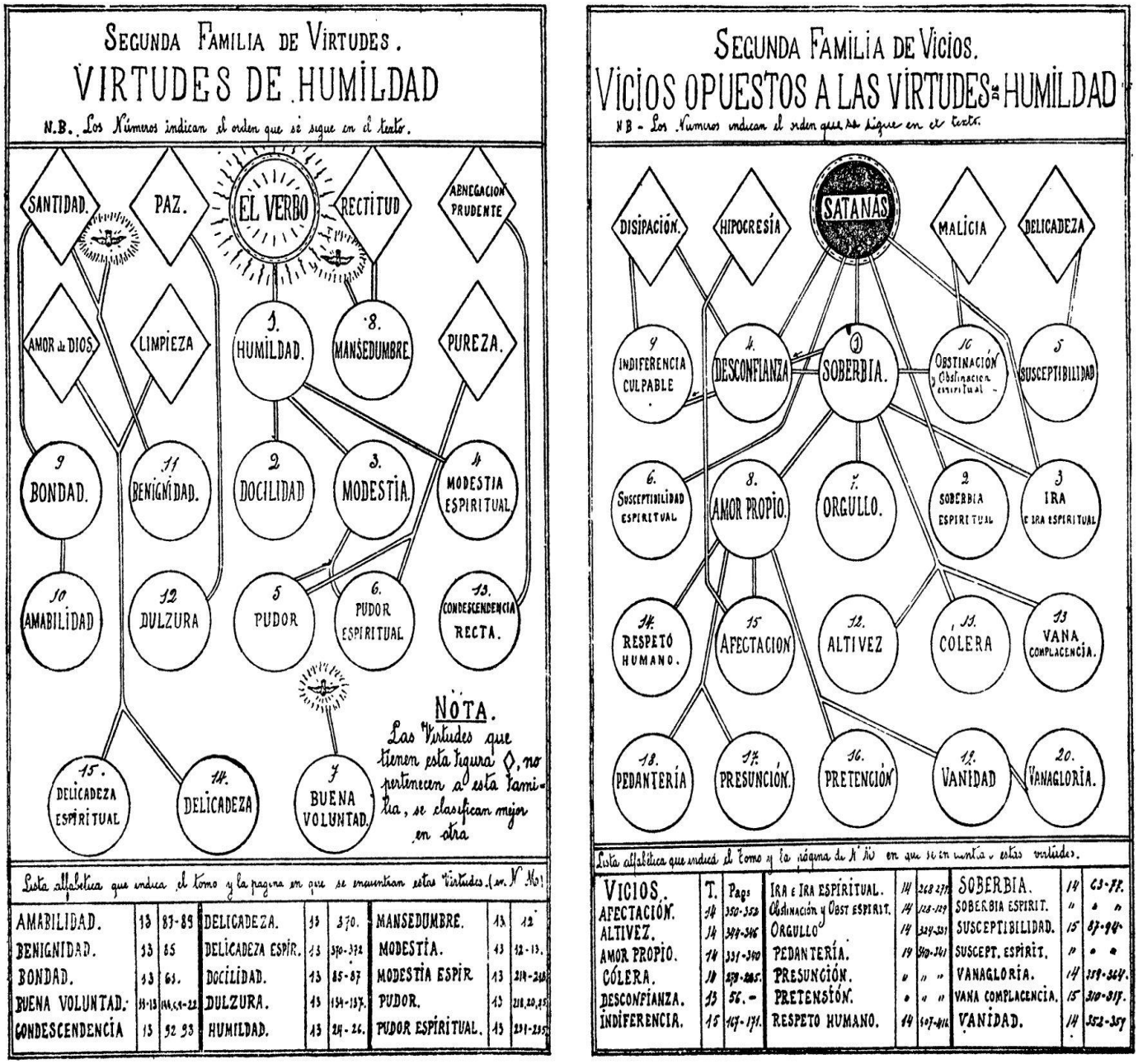


Figura 2
SEGUNDA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes de Humildad** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

TERCERA FAMILIA

VIRTUDES DE RECOGIMIENTO

1. Silencio

El Silencio nace de la Humildad, crece con el Sacrificio, y se desarrolla, florece y se conserva con la Presencia de Dios.

El Silencio es una virtud de mucha importancia, que atrae al alma muy grandes bienes, espirituales sobre todo, y evita males de pecados de la lengua.

El Silencio interior es indispensable para ir al sólido fondo de las virtudes.

El Silencio interno espiritual perfecto es una constante quietud del alma que no se ocupa ni piensa sino en Dios, y en hacer el bien sólo porque le ama.

El Silencio es el lenguaje del alma que es toda de Dios, porque ¿de qué sirve que los labios callen, si el corazón está murmurando, revolviendo, opinando, envidiando, y... Muchas cosas más?

¿Contentará a Dios ese Silencio exterior si no lo acompaña el interior?

El exterior es bueno y necesario, sobre todo en la vida religiosa; pero, no es ése, no, el que Dios principalmente exige para comunicarse con el alma.

El silencio interior es el que le gusta al Espíritu Santo y lo necesita para hablar con el alma y para encontrar oídos dispuestos.

Es cierto que el Silencio exterior, bien guardado, y como se debe, prepara o es un escalón para llegar a este Silencio interior, en el cual solamente se perciben los gemidos de la Palomita querida... Sus arrullos..., y las palpitaciones amorosas y dolorosas del Corazón de Jesús...

En este Silencio se escucha la voz de Jesús..., y sus enseñanzas..., y sus amores...

En él descansa la Paz, la Tranquilidad y todas las virtudes, pues es el Silencio el descanso de las virtudes.

Su apoyo es el vacío del alma: su vida, el Conocimiento propio... Su fisonomía y todos sus movimientos vitales están encerrados dentro de la Humildad. Su fin es la santificación propia y ajena.

Este santo Silencio no está ocioso jamás: es un Silencio activo, pues excita constantemente al alma que lo posee a conocerme y conocerse, a amarme y aborrecerse, y en esto emplea a muchas virtudes sus compañeras y cuantos medios están a su alcance, siendo este Silencio, además, muy amigo del Sacrificio y de la Abnegación.

Este Silencio interno raya en Oración.

Yo practiqué este Silencio interno toda mi vida, aún en el tiempo de mi Predicación, porque ésta no impide aquel.

Este Silencio interno fue la virtud favorita de María, con él reposaba en su interior y guardaba

dentro de su Corazón, como preciosas perlas, todos los hechos y palabras de mi vida.

El alma feliz que posee este Silencio interno lleva en sí la Santa Libertad de Espíritu, puesto que esta Libertad siempre se encuentra dentro de él.

Es tan grande y tan necesaria esta virtud en la vida espiritual que nadie llega a comprender el valor que tiene.

El Silencio es un remedio eficaz contra la murmuración.

Es también un escalón para alcanzar el Amor divino.

Oro y muy aquilatado es el Silencio. Callar siempre, y hablar tan sólo cuando conviene a la gloria de Dios y al provecho del prójimo, es de santos. La lengua es lo más difícil de dominar para el hombre.

Es tan fácil hablar y hablar mal, deslizándose en la Murmuración, que lo más prudente y acertado, en muchas ocasiones, es callar.

De haber guardado Silencio, jamás o en muy raras ocasiones se arrepiente el hombre, y de haber hablado mucho siempre tiene que arrepentirse.

El Silencio no tan sólo impide la Murmuración en el hombre que suele deslizarse en ella, sino detiene también y corta la de otros.

En el Silencio se estrella toda murmuración, pero se trata del Silencio sincero, total y completo, no sólo de la boca, sino también del corazón.

Existe también un Silencio provocativo (hasta allá llega la satánica malicia), y hay mucha variedad en estas clases de Silencios, pero se entiende que no se refiere sino al Silencio sincero, que busca la virtud y quebranta al vicio.

¡Feliz el alma que sabe callar! Ella se librará de infinitos males.

Muchas virtudes y muy heroicas traen consigo el Silencio de la lengua; y no atarla corto y dejarla desbordarse en las palabras causa al hombre daños incalculables.

El alma que no se refrena en las palabras se atrae infinitos males.

El "pulso del espíritu" es la lengua, y a la medida que esta se ata, toma vuelo el alma, internándose en los secretos divinos.

Cuando los oídos escuchan, y mientras calla, más se afinan los oídos del espíritu para escuchar las inspiraciones divinas. Pone tal estruendo en el corazón la lengua, que con su ruido el alma no puede escuchar la suavísima voz del Espíritu Santo.

El Silencio conduce a la perfección, y en la vida espiritual, es indispensable.

Sin embargo, la regla para que el Silencio sea recto y ordenado, es acompañarlo siempre con la virtud rarísima de la Oportunidad. Hablar cuando convenga y callar lo mismo, es de varones perfectos, y muy experimentados en tan arduas tareas.

Pero, generalmente, salvo raros casos, lo más perfecto, y lo que también más cuesta al hombre, es callar: callar siempre, callar no sólo con la boca, sino también con el corazón. Callar cuando el hombre se ve injuriado, befado, calumniado y vilipendiado, es virtud de santos y muy rara en el mundo actual. Y, cuánto merece este Silencio en semejantes casos.

El Silencio tiene su especial premio.

Con el Silencio se ejercitan muchas virtudes, y la Caridad, en él encuentra innumerables veces su asiento.

Callar los defectos del prójimo es gran virtud, y cuando se tenga obligación de descubrirlos, que entonces sea con sencillez, con caridad y con verdadera pena interna por tener esta obligación.

2. Recogimiento

El Recogimiento es hijo del Silencio y de la Modestia. Es indispensable en la vida espiritual.

El Recogimiento es una virtud interior del alma, y el recogimiento exterior brota o nace del interno que existe en el fondo del espíritu.

Una persona que muestra un exterior compuesto y recogido, si no nace esta compostura y recogimiento del que existe en el fondo del alma, es recogimiento falso y tal vez brotado de la Soberbia.

El Recogimiento interno es inseparable de la Presencia de Dios: no puede andar la una sin el otro, porque en el alma disipada no descansa jamás el Espíritu Santo.

El Recogimiento interno es el centinela o guarda del Silencio interno: como si el Silencio fuera la celda o el aposento, y el Recogimiento la puerta de ellos.

Es también la llave de la Oración, porque sin esta llave preciosa del Recogimiento, no se puede entrar en ella, a no ser que Dios, de una manera extraordinaria, meta al alma sin que ésta entre por la puerta común.

Y no tan sólo el Recogimiento lleva a la Oración, sino que conserva al alma en ella...

¡Qué rica es esta virtud interior, que el mundo no conoce sino de nombre!

Si las almas comprendieran su inmenso valor, ¡cuántas trabajarían por adquirirla! Porque el Recogimiento es una virtud que se adquiere con el Trabajo y la Constancia, ayudados por supuesto con la divina gracia; es preciso saber también que para conseguir todo lo sobrenatural no bastan las fuerzas humanas, se necesitan también las divinas.

El alma recogida tiene que ser alma de Oración, y el alma de Oración escala el cielo, y abre los Tesoros de las Misericordias divinas.

El Recogimiento fue la atmósfera en donde vivió María.

¡Qué bella es, a los ojos de Dios, un alma verdaderamente poseída de este santo Recogimiento! Ella atrae sobre sí las miradas del Espíritu Santo.

¡Es preciso amar mucho a esta virtud bendita!

En ella o dentro de ella habita también la santa Libertad del alma.

No perdamos nunca, aun en medio del mundo, este santo Recogimiento que nos llevará de la mano a la divina Presencia.

Es un recurso divino para el alma enamorada este santo Recogimiento interno: ella vive en él y dentro de él, sin salir jamás de su seno.

Muy bien puede comunicar esta alma feliz con las criaturas, sin perderme de vista, sin dejar de mirar al Amado de su alma.

En esta virtud bendita se encuentra "la mirada a solo Jesús".

Y no crea que el Recogimiento, o esa virtud es tan sólo para las Comunidades; esto es un error. Es cierto que en las comunidades debe tener principalmente su reinado y su asiento, pero el Recogimiento es de toda alma que ama a Dios: porque el que ama, piensa en el Amado, y si en la soledad material o exterior es donde se piensa mejor y con más libertad, también existe una soledad espiritual, en la que, con creces y seguridad, se goza de esta felicidad incomparable.

No quiere decir que la soledad material sea mala o menos necesaria y perfecta en cierto grado; lo que quiero indicar es que, en estas virtudes, existe mucha exterioridad que a veces hasta las nulifica.

Yo voy al fondo de la perfección de las virtudes que es lo que me satisface y lo que alcanza merecimientos.

La Soledad y el Recogimiento exteriores solamente son medios o escalones para llegar al fin de la virtud interna, que es la que santifica.

A este fin va dirigido el conocimiento de estas virtudes prácticas en la verdadera solidez de que están formadas.

En la Soledad externa solamente, o en el Recogimiento exterior solamente, nunca el Señor se comunica.

Busca para derramar sus gracias el Espíritu Santo, la Soledad, el Recogimiento y el Silencio interno: en esa quietud tranquila es donde el Espíritu Santo se deja sentir..., y escuchar..., y tocar... Sólo se escucha, sólo se deja tocar en el silencioso Recogimiento santo. Y éste es el privilegio del alma pudorosa.

Nunca un alma que ha tenido malicia goza de esta gracia del vergonzoso pudor en los favores divinos.

En el Silencio y en el Recogimiento del alma es en donde se encienden y crecen los divinos amores. Ya verás si es necesario este Recogimiento para la vida espiritual y como más aún para la extraordinaria.

Hay que guardar el alma dentro de este santuario interno de las comunicaciones divinas. Tocar la tierra como si no se tocara, tratar a las criaturas, pero con el corazón muy dentro de nuestro Dios y Señor, sin derramarlo en las exterioridades y sin salir de este santo Recogimiento.

Los enemigos del santo Recogimiento son el Mando, la Disipación, la Condescendencia, la Veleidad, la Precipitación y la Infidelidad a la gracia. Este último es el veneno que mata el Recogimiento, por lo que Dios es muy delicado en este punto, y más cuando ha encumbrado al alma a estas alturas: entonces exige de ella una Fidelidad a toda prueba.

3. Soledad Espiritual

La Soledad espiritual es la antesala de la Oración.

Esta Soledad interna o espiritual es hija del Recogimiento y de él inseparable.

Para la comunicación divina, se necesita que esta Soledad vaya acompañada del Silencio, pues no es lo mismo Soledad que Silencio.

Estas dos virtudes tienen sus cualidades propias, aunque su misión es muy parecida.

Puede haber Soledad con ruido exterior e interior; pero el Silencio no admite ruido, y unido a la Soledad forma el nido del Espíritu Santo.

La Soledad interior, no es otra cosa sino el vacío del alma pura o purificada: ella forma con este vacío y prepara la morada o Nido del Espíritu Santo en el corazón.

Este vacío es indispensable para la comunicación divina, y sólo existe en la Soledad interna de un alma limpia, en la cual solamente tiene su asiento.

La Soledad es Madre de este vacío, que el Espíritu Santo ahonda en las almas; porque ese divino y Santo Espíritu, no desciende jamás a las almas llenas de vanidad, de Soberbia, de vicios y de sí mismas...

El vacío santo de la Soledad, destruye esos impedimentos, y el alma limpia, que se ha renunciado, que ha muerto para sí, que nada ha dejado en su corazón en pie, esta alma así vacía, ha comenzado ya a vivir en su lugar...

¡Oh feliz vacío de la Soledad del alma pura! ¡Si los hombres, si aun los que se llaman míos, comprendieran su valor, que no es comparable por cierto con nada de la tierra, todos se sacrificarían gozosos, esforzándose por alcanzarlo! El alma que vive en esta Soledad, muy cerca vive de Jesús, y no tardará mucho en escuchar su Voz y las ternuras purísimas de su Corazón amante.

Las almas vacías son las que alcanzan esos favores, viviendo en la Soledad interior de sus corazones.

Las almas que viven dentro de esta Soledad espiritual perfecta, respiran en una atmósfera que no es de la tierra. Viven ya en las altas regiones de la vida espiritual.

Cuando el Espíritu Santo baja a estas almas vacías, su ocupación, diré, es llenarlas y adornarlas de todas las virtudes, santificando sus espíritus; porque el Espíritu Santo produce y forma con las virtudes, dones y gracias, santos espíritus.

Muy altas, muy encumbradas son todas estas virtudes internas, espirituales perfectas, pero no inaccesibles para la criatura.

Una alma amante se vacía por medio del Sacrificio: y el vacío atrae las virtudes, y en las virtudes descansa Jesús...

Sí, Jesús descansa solamente en la Soledad de las almas puras que se han crucificado para alcanzarla.

En estas pocas palabras se encierra el Oasis: aquí está el Amor y el Dolor, en la Soledad y el Vacío...

¡Oh si las almas buscaran esta Soledad perfecta por medio del Sacrificio! Ellas legarían entonces sin dificultad al Silencio interno por la puerta del Recogimiento, y ahí escucharían las ternuras y los amores divinos...

Mas, qué pocas, desgraciadamente, andan por estos caminos interiores que pongo ante la vista de un mundo materializado y corrompido.

Todos los hombres, casi, corren a lo exterior, ¡aún muchos de los que parecen como espirituales sin serlo, pues que se quedan en la corteza de las virtudes, sin penetrar al dulcísimo fondo sólido, santo y sublime de ellas!

Muchísimos enemigos tiene esta Soledad y vacío del alma, y de día y de noche esgrimen sus armas contra ella.

El mundo, el ruido, el bullicio, el alboroto, la turbación, la inquietud y la precipitación; el desorden, la curiosidad, la imaginación y otros vicios constantemente la asedian y llegan a vulnerarla: pero ella también tiene un escuadrón de virtudes a su alrededor que la defienden.

La Firmeza, la Tranquilidad, el Recogimiento, la Energía, con la Paz y la Presencia de Dios, la guardan.

¡Cuánto debernos amar a esta Soledad interna, que lleva en sí el vacío de un alma pura, limpia y crucificada! No consiste esta Soledad en la quietud perezosa del alma y del cuerpo pues el vacío que forma esta Soledad lleva en sí el arduo trabajo del sacrificio y la práctica constante de muchísimas virtudes.

¡Trabajemos por alcanzar la perfección de la Soledad espiritual!

4. Meditación

La meditación es hija de la Soledad del alma, y a medida que crece el vacío en ésta, por el despojamiento de las pasiones, (para lo cual es una arma poderosa la misma Meditación), el alma va adquiriendo luz y conocimiento más y más claro para conocerse a sí..., y conocerme a Mí...

Es muy útil la meditación para todo hombre que vive sobre la tierra, y para la vida espiritual es indispensable. En ella bebe el alma la luz, la fuerza, la energía, la constancia, la humildad, la obediencia y todas las demás virtudes, adquiriendo además el conocimiento de ellas, para su fruto y provecho.

El mundo se pierde porque no medita.

La Meditación es la puerta que conduce a la santidad y la escala para llegar a la Oración.

El hombre que medita, se salva, porque la Meditación es el pararrayos del pecado, y el hombre que no peca es mío, y yo le premiaré como a tal.

Toda la vida del hombre debiera constituirse en la Meditación, porque de la Meditación nace la alabanza, y el hombre a su paso por la tierra no debiera hacer otra cosa que alabarme, y constantemente alabarme.

Con este altísimo fin lo crié y puse en su camino tan incontables bienes, para que todo le sirviera para ir a Mí por medio de la Meditación y de la alabanza que de ella procede. Ningún hombre puede meditar, sin que de sus labios y de su corazón conmovido broten espontáneamente alabanzas hacia Mí, ya de gratitud, ya de admiración o ya de profunda reverencia amorosa.

Yo soy el único digno de la alabanza y del amor de todos los corazones, y todo el que se aparta de este Objeto único, que soy Yo, yerra y se desordena.

La Meditación arrastra al hombre a la práctica de una vida cristiana, recta y ordenada.

La Meditación no impide la vida activa: antes la prepara, vigoriza y hace al alma sobrenaturalizarla.

¡Cuántos males incalculables se evitarían con la práctica santa de la Meditación! ¡En ella está la fuente de las enseñanzas divinas!

La Meditación es la puerta que conduce a los divinos favores, y la Oración es la llave de esa puerta de oro.

Satanás aborrece la Meditación, porque es la gran arma con la cual el alma se defiende de sus asechanzas y astucias.

El alimento precioso de la fe es la Meditación, que descubre al alma humilde y limpia los campos infinitos de las Verdades eternas.

La Meditación continuada arranca innumerables luces para el alma y descubre ante su vista, en cuanto es posible en esta vida, el velo de los santos y divinos Misterios.

Por la Meditación recibe el alma innumerables gracias. Ella conduce al hombre con paso firme al profundo conocimiento de su nada.., ella le enseña de dónde viene..., y a dónde va... Ella quita de su camino los tropiezos del pecado y le señala su último fin; desata sus dificultades, refrena sus vicios y pasiones, endereza en su espíritu lo que está torcido, y cual una madre amorosa, lo lleva en sus brazos librándolo de infinitos males.

Ella prepara al alma para la perfección, y su misión en la vida espiritual es muy alta, elevada y de copiosísimos frutos.

Ella es la escoba que barre la basura de las almas; es el agua que las purifica con la contrición, haciéndoles ver, tocar y aborrecer sus pecados y faltas: es la luz que ilumina las tinieblas que envuelven el camino del hombre sobre la tierra. Por ella descubre el alma las redes de Satanás y se libra de sus traidoras acechanzas.

Es tan importante y laboriosa la misión que la Meditación tiene que desempeñar en el hombre que no hay criatura que pueda medir su extensión.

Es una virtud activa que no descansa en el alma que la lleva consigo. Ningún santo ha dejado de llevarla por querida y amada compañera, y ha sido el alimento, el descanso y la perfección de muchas almas.

La Meditación es el taller donde se arreglan las virtudes en la forma y medida necesaria para cada alma.

Es el expendio donde estas virtudes se compran.

Ella es, en fin, un tesoro escondido que hace rico y poderoso a quien lo posee.

La Meditación es una lente de aumento que descubre a la mirada del espíritu, con claridad asombrosa, los secretos divinos; es la puerta que conduce a la purificación del alma y a la limpieza del corazón.

No hay palabras humanas con que encarecerla.

Un alma que no medita no puede emprender el camino espiritual, sencillamente porque no tiene luz para ver y lavar sus manchas; y como la vida o camino espiritual exige la pureza del alma para emprenderse, el alma que no medita y que por consiguiente no se purifica no puede entrar en él debidamente.

Es un error creer que el camino espiritual se puede emprender sin la previa purificación del alma, y por esto hay tanto engaño en esta materia.

El verdadero camino del espíritu no lo pueden cruzar sino las almas limpias y sacrificadas. ¿Por qué? Porque lleva consigo muchas espinas..., y muchos primores..., y ambas cosas exigen la pureza de un corazón sacrificado, amante y abnegado.

La Meditación contiene muchos grados y escalones: son de una variedad asombrosa y llevan en su fisonomía diferentes colores. Tiene la Meditación la propiedad, corno la Oración, de acomodarse a todos los entendimientos y corazones, produciendo siempre en las almas dispuestas abundantes frutos para su santificación.

De todas las cosas criadas se sirve ella, en el corazón del hombre, para conducirlo hacia Mí, su principio, su fin y su todo. Nada existe en el orden natural, y aún divino, de que ella no pueda servirse para el mismo objeto.

El mundo se pierde, repito, porque no se detiene a considerar su ruina... La fría disipación lo

envuelve, la soberbia ofusca su mente, la adulación lo adormece, y la cobardía y el respeto humano lo precipitan en la vacilación, en la duda y en la oscuridad tenebrosa de mil pasiones que lo hunden en el espantoso fango de todos los vicios. Las almas se pierden porque falta la Meditación, y también el Sacrificio que con ella anda sin separársele jamás.

La Meditación de los Misterios y de mi santísima vida es de mucho fruto para las almas; pero la Meditación de mi Pasión debiera ser el pan cotidiano del hombre.

Esta Meditación de mi Pasión y de mis dolores tiene o lleva en sí la virtud de encender a las almas en el fuego de mi amor y en el sacrificio.

Las almas que con frecuencia meditan mi Pasión no tardarán mucho, si están limpias, en arder en el divino fuego.

No existe en la tierra combustible más a propósito para encender los corazones en el amor santo, que la meditación continuada de mis dolores por el hombre.

La Meditación que alcanza a mis dolores internos raya en Oración, por los divinos frutos que ella trae a las almas.

¡Felices las almas que llegan a internarse por la llaga de mi Costado hasta el fondo de mi Corazón divino!

Ahí, en esa fuente de dolor y de amor, es donde todo amor propio se ahoga y muere, y el alma, entonces, comienza a vivir de sólo Cristo...

La Meditación hace cruzar al alma por la vía Purgativa e Iluminativa; ésta última se encuentra muy principalmente en mi Corazón divino.

Ahí es donde se conoce el alma y me conoce, se aborrece el alma y me ama; muere a sí para comenzar a vivir en Mí, y por Mí, y para Mí...

Ahí es donde toma vuelo para llegar a la Unión con el Espíritu Santo.

Ahí comienza para ella la más fina y pura crucifixión; ahí se sumerje en el crisol más ardiente de otra clase de purificación interior y se prepara a los dolores internos..., y a los divinos amores.

Ahí dentro aprende y practica, o comienza a practicar, las hermosas virtudes espirituales perfectas. ¿Ves, hijo mío, hasta donde lleva la Meditación al alma feliz que la práctica?

Propiamente la Meditación y la Oración no son virtudes, sino unas escaleras misteriosas y divinas que llevan hasta el cielo por medio de las virtudes, facilitándolas, a las almas intrépidas que por ellas suben.

Los enemigos de la Meditación son los escuadrones enteros de Satanás, multiplicados; los cuales, por cuantos medios están a su alcance, impiden al alma dedicarse a ese espiritual ejercicio.

Es terrible la guerra que estos malos espíritus hacen al alma que quiere ascender por esta escala de la Meditación. Se necesita para vencerlos las virtudes guerreras de la firmeza, energía, constancia y vencimiento. La correspondencia y la fidelidad también son indispensables para derrocar a estos incansables enemigos.

Una cosa sobre todo necesita el alma que emprende la ascensión laboriosa de la Meditación, una virtud hermosa e indispensable en la que necesita descansar esta escalera para que no se vengan abajo; ¿sabes cuál es esta virtud, cimiento de la Meditación, y de la Oración, sobre

todo?

La Humildad, la Humildad y la Humildad; y mientras más profundo sea este cimiento, más firme y más elevada será esta escalera o edificio.

Toda Meditación que no se apoye sobre tal cimiento de profunda humildad caerá por tierra más o menos tarde.

5. Oración

Es la Oración la llave de los tesoros eternos.

La Oración es el silencio profundo del alma enamorada y su alimento y vida.

La Oración es el centro indispensable en donde Dios se junta con el alma pura.

La Oración encierra en su seno purísimo las celestiales confidencias de los divinos amores. La Oración es el campo escogido por Dios, para sus comunicaciones íntimas con las almas inocentes, sencillas y humildes.

Jamás descorre la Divinidad sus velos ante las almas soberbias, falsas, o maliciosas.

La escalera divina de la Oración contiene muchos escalones o gradas por las cuales el alma sube y Dios baja.

¡Oh sublime dignación del Criador con la criatura, del Dios tres veces santo con el alma **Pobre, Desnuda, Vacía y Sedienta**! Él viste con la vestidura hermosa de la gracia al alma desnuda de todo propio querer. Él enriquece con sus Dones y preciosas perlas de las virtudes a la que de verdad es pobre de espíritu o lleva en sí la divina Pobreza espiritual perfecta.

Él llena con la profusión de sus Tesoros eternos al alma vacía que ha muerto a sí misma para vivir de solo Dios; y Él en fin, calma la sed de justicia del alma hambrienta de lo sobrenatural, con la posesión y comunicación de la misma Divinidad.

Con estos cuatro caracteres o cualidades que te dejo pintados, deben presentarse las almas puras a la escala de la Oración.

Son indispensables estas cuatro cosas, repito, para la verdadera Oración y comunicación de Dios con el alma, porque Él no desciende a los corazones que no se presentan ante esta escala santa, pobres, desnudas, vacías, y sedientas.

Al alma hinchada y soberbia, jamás desciende Dios con sus tesoros y comunicaciones divinas. El alma humilde atrae sus miradas y sus dones, sus gracias y divinos favores.

No está la Oración al alcance de la generalidad de las almas, sino solamente de las que poseen estas cuatro cualidades, o más bien, virtudes, en más o menos escala, y según esta medida se les da también la comunicación divina.

La Oración es una gracia muy encumbrada que llega a don: el alma que posee este don, generalmente llega a la perfección de la santidad. Pero, aun cuando la Oración es un don divino, no la da jamás el Espíritu Santo sino a las almas puras o purificadas que prepara de antemano con estas condiciones.

La pureza de alma y cuerpo es también una condición indispensable para las comunicaciones divinas.

El dolor es el compañero indispensable de la Oración: en él encuentra su completo desarrollo; y las palancas de la pureza y del sacrificio, en toda su extensión, son las que sostienen, conservan, y hacen crecer la Oración. La mortificación y la penitencia, son el riego que fertiliza

y hace fructificar a ese divino campo.

La oración es la fuente perenne de toda gracia: ella llega al Corazón de Dios y escala alturas inconcebibles al humano entendimiento. En todos los tiempos y las ocasiones se puede orar, y el trabajo no impide jamás la Oración. El alma lleva en su fondo el secreto de la Oración, y en ella misma está el santuario en donde las divinas comunicaciones se efectúan.

La Oración es la voz armoniosa del alma pura que traspasa los cielos y llega hasta el trono de Dios: en ella va la amorosa flecha que traspasa el Corazón del Amado.

La Oración que llega al trono de Dios nunca vuelve sola, sino llena de gracias y de favores para el alma pura.

La Oración es el aliento del Espíritu Santo y la simiente que transforma a las almas, divinizándolas. Trae consigo la Oración el germen y el desarrollo de todas las virtudes. El alma que ora alcanza; porque nadie que por este medio pide, deja recibir multiplicado. La mayor parte de las almas son pobres y miserables, porque no oran. ¡Oh inercia y ceguedad inconcebibles! ¡Teniendo en sus manos los tesoros eternos, ni siquiera se dignan mirarlos! Las almas se pierden, porque quieren perderse, pues los medios de su santificación abundan, y los desprecian. En este punto muchos cargos pesan sobre los ministros de la Iglesia...

La Oración es un campo florido de muchos matices, más o menos vivos.

Esta escalera santa es la que recorre el Esposo, con el alma enamorada y crucificada que se le ha entregado totalmente.

La fortaleza, la energía, la entereza, la firmeza y el orden, deben ser sus escuadrones de defensa contra el enemigo.

Otras muchas y muchas virtudes son consecuencia de la Oración e hijas de ella. La meditación es como hermana menor de la Oración, y ambas hijas de Dios.

Las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, deben ser los ejes donde la Oración gire.

La vía unitiva está encerrada en la Oración, lo mismo que los divinos amores, la santidad, la perfección, la unión, la contemplación y los desposorios.

Muchos de mis santos, de la Oración pasaron el cielo.

Existen almas, aunque pocas, que nunca cesan de orar, y por tanto, de recibir gracias, y de crecer en la santidad y perfección de sus corazones.

6. Contemplación

La Contemplación ya no constituye una escalera corno la Meditación y la Oración, sino que supone el último peldaño de la escalera, que es la Unión.

El alma entra ya de lleno a un cielo que existe en la tierra, y que es desconocido para la mayor parte de las almas.

Es la Contemplación una gracia especialísima del Espíritu Santo, que da a quien le place; pero, generalmente, a las almas muy ejercitadas en todas las virtudes y muy crucificadas.

Casi nunca pone el Espíritu Santo el Don especial de la Contemplación, sino sobre este cimiento de sólidas virtudes morales y en una alma pura o muy purificada.

¡Es gracia muy grande la de la Contemplación, y no sólo escala el cielo, sino que se presenta, diré, ante él y descubre con más o menos claridad los tesoros y secretos mismos de la Divinidad! Solo separa de Dios al alma contemplativa un velo más o menos denso que se

rasgará solamente con la muerte.

La muerte conducirá a estas almas a tomar posesión de la Vida que acá en el mundo vislumbraron por la gracia inapreciable de la Contemplación.

Muchos grados, sin embargo, tiene esta gracia de la Contemplación, y todos ellos son ricos, preciosos y admirables por los purísimos y aquilatados efectos que producen en el alma.

La misma Divinidad ilumina y calienta este florido campo de la Contemplación.

La Divinidad es el sol, pero este sol también permite que las nubes interceptan u oscurezcan para las almas sus resplandores. A veces y con frecuencia, llega también a eclipsarse totalmente, dejando al alma en completas tinieblas.

También la Contemplación tiene sus crisoles, y muy finos, para las almas predilectas que por ella cruzan. Existen mil clases de terribles luchas, desolaciones y desamparos tan crueles y penosos, que el alma sucumbiera si una gracia poderosa no la sostuviera entonces. Tiene desamparos terribles y *purificativos* en todas las potencias y sentidos. Las desolaciones en esta alma llegan a un grado tal que rayan casi en la locura y desesperación. Siente el alma contemplativa como si estuviera dentro de unas manos de hierro que la despedazan; como si se encontrara sin salida, entre una valla de fieras que, abalanzándose sobre ella, la destrozan entre sus garras.

Con frecuencia también se le esconde el Amado, y tan penosas y dolorosa es entonces su ausencia, cuanto ha aumentado su amor, que no tiene medida. Se le esconde el que es su Vida, ¡y se queda sin vida! Se oscurece su Sol, ¡y se queda en tinieblas! Como esta alma dichosa no vive ya en sí misma, sino en el Amado y dentro del Amado, cuando se ve apartada de su centro, se pone en un estado de tan cruel sufrimiento que, si Dios no la sostuviera con su gracia, sin duda sucumbiría.

Todas las especies de Oraciones que explicaré las tiene el alma contemplativa, pero en lo más subido de su perfección; con otro color más vivo, sumergidas, diré, en aquel otro líquido de donde salen aquilatadas, con un valor que sólo Yo puedo apreciar.

Igualmente crecen las virtudes, rayando en lo sublime de la perfección, dentro de esta gracia de la Contemplación; pero de la misma manera que crecen en brillo las virtudes, aquilatándose dentro de esa fuente de oro líquido de la Contemplación, crecen también, en intensidad y dolor, las pruebas alambicadas por las que el alma pasa, se limpia y se purifica más y más.

Estas pruebas son muy numerosas y más o menos interiores, pero todas crueles. Existen unas que purifican la voluntad directamente con desatadas tempestades y luchas terribilísimas de la Imaginación.

Hay también unas purificaciones internas en la sustancia misma del alma que no se diferencian de las penas del infierno, sino en la duración. El cuerpo entonces pierde las fuerzas y sus movimientos, pero está en su conocimiento, sufriendo aquella atroz agonía del alma sin poderse mover, ni quejar, ni luchar; sino que tiene que dejarse despedazar y quemar interiormente en el espíritu sin la menor resistencia.

A veces el alma comprende perfectamente que el Demonio se está cebando y gozando en atormentarla, ¡y ella también de este cruel enemigo se deja hacer...!

Mas tan repentinamente como la acomete este espantoso sufrimiento, de la misma manera la deja en un instante, sin poder pasar una sola línea del límite que Dios le marca. ¡Terribles e imponderables son estos pasos internos desgarradores!

Pero aun ahí en el profundo fondo de estos purgatorios interiores, el alma puede merecer, y merecer, conformándose con la crueldad de este paso y recibiéndolo con paciencia, y hasta con gozo, (que cabe, sí, en tan angustioso trance), complaciéndose en la Voluntad de Dios,

aún dentro de la agonía que este tormento le produce.

En cambio, después de estas noches oscuras, vuelve el día de las misericordias divinas, y a medida de los sufrimientos y de la purificación interna, resplandece después nuevamente el espléndido Sol de la Divinidad. Y como Dios no puede acercarse a nada impuro, porque lo manchado repele a la infinita Blancura, mientras más transparente y limpia encuentra al alma purificada, más se descubre a ella, descorriendo ante su vista y potencias interiores, (y a la medida de la purificación que hayan sufrido), los velos que cubren a la Divinidad.

Hieren los rayos divinos directamente al alma purificada en las desolaciones y desamparos interiores, de una manera tan viva, que llenan de un alto conocimiento de las cosas de Dios. La calienta en el fuego caldeado, diré, en el Corazón de Dios, y se le infunde al mismo tiempo con este calor ardiente una Luz inmensa y desconocida., con la cual distingue, ¡oh dignación soberana!, distingue, digo a las Tres divinas Personas en su Generación eterna.

Admirada y arrobada dentro de este altísimo conocimiento, se interna dentro de los secretos de la felicidad eterna del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y vislumbra con aquella Luz divina las infinitas perfecciones, los atributos sublimes y el Amor inmenso de Aquel que es todo Caridad. Vislumbra también cómo brotó de aquella Caridad la Redención, la Eucaristía, y otros muchos Misterios que la extasían. Se siente sumergida esta dichosa alma en un océano insondable de felicidad, de paz, de inefables y purísimas delicias, nadando, diré, como dentro de un lago inmenso de luz, con un bienestar indecible y sobre toda ponderación admirable. Ella recorre en un instante distancias inmensas, se sumerge en insondables arcanos que no alcanza a comprender; vuela dentro de aquellas alturas inconmensurables, henchida de un gozo sobre todo gozo, de una felicidad toda sobrenatural y divina y de una paz que el mundo apenas conoce. Ama entonces el alma con una pureza y en una intensidad nunca experimentada. Se contempla cubierta con una vestidura de gracia y de luz jamás imaginadas.

Tiene aquí el alma un conocimiento claro de que está en gracia y purificada delante de Dios, sin poderlo dudar; pero este conocimiento, lejos de enaltecerla a sus propios ojos, la humilla y la pone en una especie de vergonzoso agradecimiento que la hace prorrumpir interiormente en actos de amorosa gratitud.

El calor en estos pasos a veces sube a tal grado, que hace palpitar el corazón, enardeciendo el rostro...[4] A veces llega a tal grado este ardor contemplativo en el alma pura, que cual pluma ligera, levanta al cuerpo de la tierra a más o menos altura, comunicándole además una agilidad tal, que con el menor movimiento sube y sube, por más que quisiera detenerse. Este efecto de levantamiento viene al alma a la hora menos pensada, pero siempre precedido de un gran fuego en el corazón.

Para librarse en la Contemplación de mil artificios engañosos del Demonio, se necesita un Director sabio y santo, que sepa por experiencia lo que son estos caminos, sus escollos y tropiezos; necesita también de una claridad, sencillez y franqueza a toda prueba.

Sólo Dios conoce las riquezas que están encerradas en la Contemplación, así como sus grandes peligros.

¿Sabes dónde pone el Espíritu Santo la gracia altísima de la Contemplación? ¿Sabes en dónde coloca estas encumbradas alturas?

- En la profunda humillación, ocultamiento y oscuridad de una alma purísima y sacrificadísima. Sin estas condiciones indispensables, no baja el Espíritu Santo sobre las almas con gracia tan especial; y toda Contemplación que no lleve en sí estos divinos caracteres, es nula, falsa y de numerosísimos peligros.

[4] Este efecto también lo experimenta el alma algunas veces en la Oración amorosa, con más o menos intensidad

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE RECOGIMIENTO

1. Curiosidad

La Curiosidad, es hija de la Imaginación loca y desordenada, y lleva en sí a muchas de las deformidades de su madre. Brota de ésta, y salta por todas partes, si a tiempo, y aun constantemente, no se le encadena.

La Curiosidad es un vicio muy odioso que a veces trae funestas consecuencias, y acarrea al alma muchísimos y grandes males.

¡Cuántos pecados, y de cuántas clases, atrae en el alma la Curiosidad!

Muchísimas veces, al satisfacerse, encuentra el veneno que causa al alma la muerte; otras, hondas puñaladas recibe, arrepintiéndose después de tiempo, de haberla tenido, y llorando su debilidad en consentirla.

Pasiones terribles despierta la Curiosidad y a crímenes grandes se llega por esa emponzoñada puerta.

En todos los estados, clases y condiciones existe este maldito vicio de la Curiosidad que, al satisfacerse, hiere y daña al alma que lo lleva consigo.

Es un vicio sobre todo mujeril, que llega a inocular con su veneno a miles de corazones.

Mucho cuesta a la mujer dominar a este natural instinto de la Curiosidad, que nace y crece con ella, desarrollándose en toda su extensión, cuando no se lo opone el valladar de las virtudes morales.

Sólo la virtud es capaz de moderar sus bríos; sólo la santidad llega a dominarla del todo: digo, a dominarla, no a matarla, porque la Curiosidad sólo muere cuando muere la criatura.

Se llega, sí, a debilitarla, por medio de constante guerra; adormecerla con la elevación interna del espíritu; a encadenarla a los pies, con el Dominio propio; pero, a matarla y destruirla del todo, eso nunca porque, a pesar de mil esfuerzos, ella levantará de cuando en cuando su cabeza, arrojando su hálito dañino sobre el alma. Gran triunfo habrá conseguido la mujer que así llegue a dominar a la Curiosidad; y crea, entonces, que ha dado un gran paso en la vida espiritual y ha subido un empinado escalón para llegar a ella, puesto que en donde reside la Curiosidad, es imposible que exista la Acción y santa Quietud del Espíritu Santo.

Consiste este vicio de la Curiosidad, en un instintivo deseo de conocer lo oculto y secreto de cualquier género, sintiéndose poderosamente instigada el alma hasta conseguirlo.

Basta que tenga el tinte del secreto y del ocultamiento una cosa, por insignificante que sea, (pues cuántas veces supera el apetito de la Curiosidad a la pequeñez del objeto) para que el deseo se vea apremiado, ansioso e instigado, creciendo todo esto a la medida de las dificultades.

La Curiosidad lleva consigo a su hermana la Inquietud; y un alma curiosa, o que se deje llevar de la Curiosidad, siempre es inquieta y desordenada.

La Imaginación sirve también de combustible a la Curiosidad; ella le atiza e impulsa con tentaciones de todo género. Quitando el desorden de la Imaginación, se quita la Curiosidad y se debilitan otros muchos vicios.

En donde está la mujer, ahí está también la Curiosidad.

No quiero decir que en el hombre no existe este vicio, (¡ojalá y no tuviera que lamentarlo en él!) pero es más especialmente de la mujer.

En las Religiosas campea el vicio de la Curiosidad, y también de la Curiosidad interna.

Esta curiosidad interna o espiritual hace grandísimos males en las almas; implica Soberbia, y el Espíritu Santo la rechaza.

Le "da tristeza" a este Santo Espíritu la Curiosidad; y ni siquiera recibe bien que el alma que El posee, desee saber el por qué y el cómo de lo que recibe.

Las almas que en su fondo interno quieren averiguar el futuro, le disgustan; y su estilo, diré, y su gusto es que ciegas totalmente en sus divinas manos, SE DEJEN HACER lo que sea su voluntad santísima.

Quiere el Espíritu Santo que esas almas reciban, sin pensar más que en devolver, con la Pobreza espiritual perfecta, y en agradecer.

A esto desea que se reduzca el papel de las almas que se le entregan.

El Espíritu Santo, para llenar el alma exige un completo abandono, no tan sólo de la voluntad sino también de la memoria y del entendimiento.

Que no le importe al alma subir o bajar, sufrir o gozar, sino que, muerta a todo propio querer y Curiosidad interna, se deje llevar del viento que le sople, entregada totalmente a la voluntad divina.

La Curiosidad espiritual detiene las gracias, porque el Espíritu Santo no las derrama en el alma que la lleva consigo; más aún, las detiene y aleja.

Muy delicado es en el orden espiritual este funesto vicio, más grande de lo que a primera vista parece, y a toda costa debe cortarse y encadenarse.

El remedio general para toda Curiosidad es el recogimiento exterior e interior del corazón, unido al amor de Dios, porque el que ama a Dios por ser quien es, purísimamente, y sin el más pequeño interés, no se ocupa ni se entretiene en pueriles cosas, ni va deteniéndose en los medios, sino que directamente busca y se lanza al fin de ellos.

La Curiosidad mundanal o exterior y de los sentidos no entra en un corazón ocupado solamente de las cosas del cielo, que nunca ve en su derredor otro fin que el de hacer siempre el bien, cerrando los ojos y los oídos a toda Curiosidad que ningún provecho le reporta, y sí puede acarrearle grandes males y perjuicios. El Dominio propio campea en este Santo Recogimiento.

La Curiosidad espiritual tampoco llega a las puertas del alma abandonada dentro de la Voluntad santísima de su Amado.

Esta alma ya no vive en ella, sino que su Dios, poseyéndola, la hace suya, dejándose ella hacer y mover por el menor soplo de la voluntad divina, campeando en ese abandono sublime y santo, la virtud encumbrada de la santa Indiferencia.

La virtud más grande y perfecta es la que debe derrocar a la Curiosidad interna, y es la del santo Abandono en los brazos de Dios.

2. Disipación

La Disipación es hija de la Vanidad y de la Ligereza. Es el veneno del espíritu y la muerte de la

Oración. Ella seca las fuentes del Recogimiento, y las corrientes santas de los divinos favores.

La Disipación hace a los espíritus vanos, frívolos y veleidosos, pues consiste en una ceguedad culpable del entendimiento y del corazón.

Las almas disipadas no tienen asiento, ni tranquilidad, ni paz: las envuelve un torbellino de Mundo, de Imaginación y de falsas Ilusiones, y esta es la atmósfera en que viven y respiran, iniciándose cada vez más y más con su pútrido contacto.

Con la Disipación se embotan las fuerzas del espíritu y se debilitan: ella tiene por principal objeto destruir la vida interior y conducirla al pecado.

La vida interna se destruye con el constante roce de las cosas sensibles y atractivas.

La Disipación despierta en el alma la Sensibilidad con todo su séquito de vicios; hace al alma floja y perezosa, amiga de la Comodidad, Delicadeza y Molicie, refractaria de la Mortificación, Penitencia, Trabajo y Sacrificio.

El alma disipada vive en los sentidos, y el *Sensibilismo* siempre la acompaña.

Enemigos terribles son la Sensualidad y el *Sensibilismo*, y la Disipación constantemente los lleva consigo.

El alma que desee servir a Jesús debe huir de toda disipación, que es la ruina de las almas.

En la disipación se encuentra el pecado, como consecuencia natural y con el pecado, todos los males del alma y también del cuerpo.

La Disipación va contra el Orden, y todo lo que a esta virtud toque es dañino y de graves consecuencias. ¡Donde reina la disipación reina Satanás!

La Disipación es un arma que Satanás esgrime con abundantes frutos; es una corriente impetuosa que arrastra a miles de corazones; es un imán que atrae a las almas hacia el mundo de todos los vicios.

No hay cosa que aleje más al Espíritu Santo del alma que la Disipación.

La imaginación no sólo existe en los sentidos del cuerpo, sino también en los del alma, y es más dañosa en el alma.

Es una de las principales armas de que Satanás se vale.

La que existe, diré, en los sentidos del cuerpo conduce a la que anida en los sentidos del alma; porque aquellos son las puertas para los interiores.

Terribilísimos estragos hacen en el mundo espiritual la Disipación: es ella el invierno del alma, que seca, tuesta y hiela a cuanto toca; es la muerte de las Religiones, porque en donde entra aquella, se destruyen éstas.

La vida del espíritu debe respirar muy lejos de la Disipación, en otra atmósfera muy distinta, para no contaminarse de tan contagioso mal.

Decrecen las virtudes más altas con la Disipación, de una manera que sólo Dios sabe.

Ese vicio lleva aún a las almas fervorosas hasta el mismo centro de la Tibieza y de la Indiferencia.

El alma que verdaderamente ama a Dios no la consiente; y si alguna vez cae en ella, luego se

llena de un inmenso vacío y de un hondo remordimiento.

Llora aquella alma, sin consuelo, los efectos de la Disipación que tan mal la dejaron.

En la Oración, muy principalmente, siente el alma su dañino contacto, y el hielo que enfría tan glacialmente el corazón.

Cuando menos, se resiente su interior en todos los actos de piedad.

Uno de los principales instrumentos de que Satanás se sirve para falsificar la Piedad, es la Disipación.

En la recepción del Sacramento Eucarístico, es en donde más resiente el alma los estragos que hizo la Disipación.

¡Qué lejos de ella se encuentra el recogimiento y el fervor!

La Imaginación hace del alma su juguete, como que es el grande palenque de la Disipación malvada.

¡Más almas arranca la Disipación de los brazos de Jesús de lo que a primera vista parece!; ¡más gloria le quita, de la que el hombre se imagina!

¡Y es tan general ese vicio que el mundo se encuentra inundado en él, y las almas a millares se ahogan dentro de ese mar!

¡Grandísimo mal es la Disipación, y el Purgatorio se llena de almas disipadas!

¡Cuántas también, por esta pendiente resbalan hasta parar en el fuego terrible del infierno!

Y éste es un punto del que apenas se hace caso; y sin embargo las almas se hunden por él en la Indiferencia, en la Frialdad, y en la Tibieza; y apenas hay quien las detenga al borde de tan hondo abismo, de tan horrible precipicio.

No se hace caso ni hincapié en este destructor vicio que halaga para matar al alma, o emponzoña cuando menos; siendo que es de dar miedo y honda pena el número de almas que derrumba, y los estragos inconmensurables que hace, en la vida espiritual, sobre todo.

¡Horrible Disipación, qué aborrecida es de Dios! Cuanto ama Dios al Recogimiento y a la Soledad tanto a ella odia y abomina.

¡Pobres almas, las que se dejan arrastrar por la Disipación! ¡Ellas tendrán que llorar mucho para reparar los estragos de tan grande mal!

¡Nunca en el alma disipada entra el fervor que procede del Espíritu Santo y que tanto levanta al corazón del hombre!

¡Jamás las puertas de la Contemplación se abren para ella!

Satanás toma al alma disipada como vil juguete y la entretiene con mil brillantes fantasmagorías, haciéndole perder un tiempo precioso para merecer.

El remedio contra la Disipación es el Orden: en él se encuentra la Rectitud y el Reposo.

El Recogimiento, la Soledad y el Silencio son las más poderosas ayudas para destruir la dañina Disipación.

¡Feliz y mil veces dichosa el alma que llega a desecharla, y más aún, la que jamás le ha dado entrada en su corazón! No sabe, no, de qué gran mal se libra.

La Disipación es una madre que tiene muchas hijas, a cual más dañosa para las almas, y extiende sus alas hasta muy lejos, llenando de miserias y de vicios los corazones.

3. Frivolidad

La Frivolidad es hija de la Ligereza y de la Veleidad.

La Vanidad y la Vanagloria, forman su atmósfera, y la Instabilidad es su centro.

Vive el alma frívola en un vaivén de volubles y vanas pretensiones, que jamás la llenan ni satisfacen: vive en un vacío que la sociedad mundanal le produce, porque ese cúmulo de efímeros placeres no son lo que Dios creó para llenarla y satisfacerla.

Las almas frívolas saltan de flor en flor, cual mariposa, sin conseguir agradar, ni agradarse; satisfacer, ni satisfacerse; pasan una vida vana y desgraciada, siendo el juguete de Satanás y de los vicios.

La Inconstancia es el apoyo del alma frívola, y la Imaginación la hace su presa, presentando ante su vista horizontes dorados que jamás se acercan e ilusiones rosadas que presto se desvanecen como el humo.

¡Pobres almas a quienes lleva en sus brazos la Frivolidad! ¡Jamás se cimentarán en la solidez de la vida espiritual, porque el terreno que pisan, siempre es deleznable, y expuesto a los más terribles hundimientos! ¡Nunca a las almas frívolas les agrada el santo Reposo, la Tranquilidad y la Paz!; ¡ellas buscan el ruido, huyen del Recogimiento y del Silencio, únicas fuentes en donde pudieran apagar su sed! Pero, traidoramente engañadas por Satanás, corren fascinadas tras el brillo del oropel del mundo infame que las seduce en sus vanos y emponzoñados encantos, para arrojarlas después en la fría realidad de un escepticismo refinado, y de ahí a un infierno eterno.

¡Desgraciadas las almas que llevan en su seno la Frivolidad!

¡Si no abren los ojos, si no se detienen en la impetuosa corriente que las arrastra, se estrellarán más tarde sin remedio!

El veneno de la Frivolidad y de otras muchas virtudes es la Disipación, pero es un veneno lento, que al principio conserva a las almas y las fortalece, vigorizándolas al parecer, para después matarlas sin remedio.

¡Y el mundo está lleno de almas frívolas, y de ellas se compone la mayor parte!

¿Cuál es el remedio de la Frivolidad? -La Cruz.

Ella es el pulso en el cual se conoce a las almas frívolas.

Las que rehúyen, la temen y aún la odian llevan muy hondamente arraigada la Frivolidad.

Se conoce también luego a las almas frívolas en el hablar, en el vestir y en todos sus detalles.

No pasa desapercibida la Frivolidad, ni aún a los ojos más profanos.

Gusta mucho el alma frívola de la Murmuración en todas sus fases, de la Sensualidad en todas sus acepciones, de la Mentira, de la Curiosidad, y de otra multitud de vicios semejantes.

Sólo cura la Frivolidad, la reforma total del alma por medio de la crucifixión propia y la práctica constante de la humillación y el Vencimiento, unido con el Desprecio propio, y el Aborrecimiento mundanal.

Pocas, sin embargo, con las almas frívolas que llegan a curarse, y menos aún a curarse del todo, pues que sería preciso hacerlas de nuevo; pero las que toman las armas de las virtudes varonilmente, se hacen guerra sin consideración ni piedad, éstas triunfarán de sí mismas y del Mundo, Demonio y Carne, con su constancia alcanzando la corona de la victoria. Estas almas que así luchan y vencen, generalmente son las que me dan más gloria.

También en las Religiones hay Frivolidad, y Frivolidad espiritual, que consiste en un indeterminado deseo de pueriles aspiraciones sin fundamento ni fin, de virtudes figuradas, y de ficticia perfección.

Estas almas, que andan volando en el éter de la fingida santidad, llevan consigo a la Frivolidad espiritual con el inseparable séquito de los vicios que la acompañan.

En esas Religiones despliega sus alas Satanás, en el campo extenso de la Frivolidad espiritual.

Se toma ahí la virtud de nombre, adorándola con mil hipócritas galas y Soberanía finísima: encubriendo la superficie de toda la Religión, a veces, y no tan sólo a Religiosas determinadas.

La Frivolidad se infiltra hasta en lo más santo, y también en la virtud misma.

¡Cuánta virtud vana y frívola existe en las Comunidades!, y es más incurable la Frivolidad de los Claustros que la del Mundo; porque ésta con una reacción total de las almas se mata; pero aquella, como muy fina espiritualmente, ha echado sus raíces, aunque torcidas, y es difícil de cortarlas.

4. Imaginación

La Imaginación es un Don de Dios; muchas veces, sin embargo, desordenado o viciado por Satanás.

Es la gran palanca con que se mueven todos los resortes de las desordenadas pasiones.

La Imaginación adulterada es hija de Satanás.

Ahí es donde hace que se fragüen las mil combinaciones de Celos, Rencores, Odios, Traiciones, y demás vicios contra el prójimo, contra sí mismo y aún contra Mí.

El capital y poderoso enemigo de la mujer es la Imaginación.

Tiene ésta siempre, como oficio propio, el abultar exageradamente los defectos y los hechos ajenos, en pro del mal y daño propio y ajeno.

La Imaginación, movida por la pasión, interpreta los actos y las palabras más inocentes y sencillas, torcida y aun inicuamente. Es la Imaginación un mar, en donde siempre rugen las tempestades, no en la superficie, la cual aparece en calma, con la hipócrita capa de la tranquilidad, sino en su fondo... Ahí se estrellan las olas de mil pasiones encontradas; se traban terribles luchas de pensamientos exagerados v no rectos, dejando al corazón despedazado y adolorido.

Es la Imaginación un torbellino espantoso que, levantando terribles polvaredas en el fondo del alma, obscurece la razón del hombre.

Es la Imaginación el centro revoltoso en donde toman cuerpo y formas gigantescas, los más pequeños pensamientos del corazón.

Es un volcán la Imaginación siempre en ebullición; y aunque por fuera nada aparezca, internamente el alma revienta y se despedaza con la guerra de mil encontradas pasiones y crueles luchas. Lleva la Imaginación al alma calenturienta y delirante al rostro, y la hace desgraciada sin motivo para serlo.

La más poderosa arma de Satanás en el hombre es la Imaginación; muy diestramente la maneja a su antojo, recogiendo abundantísimos frutos para sí mismo.

El alma que varonilmente no domine a este gran enemigo de la Imaginación se hará infeliz y vivirá una vida de infierno sobre la tierra, poniendo además en peligro su eterna salvación.

¡Existen almas que viven de la Imaginación!

¡Desgraciadas!, no comprenderán nunca la vida del espíritu, y su vida será vana, y como el humo desaparecerán.

La Imaginación viva e impetuosa, que vive sin freno, se opone totalmente a la vida espiritual: el alma que desee entrar en ella debe dominarla, ponerla a raya, cortarla a cada paso y de raíz, no dando oídos a sus halagos seductores ni a sus atronadores mugidos, hasta conseguir derrocar su reinado, plantando en su lugar las hermosas virtudes de la Serenidad, del Reposo, del Orden y de la Paz.

Innumerables males proceden de la Imaginación: es ella un campo de redes en el que Satanás tiene cogidas a millones de almas.

En el mundo y en las Religiones tiene ella su reinado.

El día que desapareciera este desorden en el hombre, se multiplicarían los santos.

El gran valladar que impide en las almas la vida sobrenatural y que detiene las comunicaciones divinas, es el de la Imaginación.

Este potro sin freno de la Imaginación vive a sus anchas en las almas, sin que apenas haya quien lo ate y lo detenga en su carrera.

Pocas almas existen que le hagan guerra a esta formidable serpiente que por el menor resquicio introduce su veneno; y por eso hay tan poca santidad en el mundo.

Satanás envuelve muy astutamente, a las mujeres, sobre todo, en la Imaginación, y con prismas de diferentes colores, las entretiene cuando menos.

Es la Imaginación un anteojo de doble vista y distintos lentes y colores, por los cuales Satanás hace que miren las almas, cambiados los paisajes a su antojo...

El juguete de Satanás es la Imaginación, y con él se divierte su astucia.

Su gran golpe es quitar la paz a las almas, por este medio de la Imaginación.

Es el arma con que hace la guerra a las almas, llevándolas tras de sí, sin que éstas conozcan que corren en su seguimiento. ¡Infame Satanás! Yo te destruiré.

Las torres de escrúpulos que levanta con la Imaginación son innumerables.

Las pasiones secretas que atiza con ella son casi infinitas.

Los vicios coloridos con que reviste a los vicios, con el tinte de la Imaginación; la negrura con que presenta los hechos y dichos del prójimo al alma infeliz de la cual hace su presa; y las mil cambiantes formas de que se vale con el instrumento de la Imaginación, en daño del hombre, sólo Yo las conozco, y cuento, y mido.

El nido de las maquinaciones de Satanás es la Imaginación.

Ahí elabora, a todo su sabor, los daños para las almas, y las redes de innumerables clases con que las pesca.

El anzuelo de Satanás es la Imaginación, y con él pesca, y no se tiene idea de la clase y de la cantidad de víctimas con que llena sus redes por este medio.

En el campo de la Imaginación siembra Satanás a todos los males y vicios, y allí germinan, nacen, crecen, y fructifican.

¡Maldito campo éste en el cual el hombre vive secretamente envuelto, respirando los mortíferos miasmas de sus pantanos!

Ahí, en la oscuridad de la Imaginación del hombre, se urden los planes de mil funestos y depravados vicios: ahí se murmura secretamente y se hiere al prójimo con las más espantosas calumnias, y Satanás atiza el fuego de los desenfrenados apetitos, odios, celos, y envidias, y otras peores pasiones, estallando más tarde en el exterior, y ofendiéndome siempre de todos modos.

El remedio contra tan gran mal es el Dominio propio, la Firmeza, la Energía y el Vencimiento. No tan fácilmente se derroca a tan gigantesco enemigo; pero la gracia de Dios y la Constancia llegan, ayudadas de un esforzado trabajo, a alcanzarlo.

No en un día se arroja a un monarca de su trono; se necesita luchar a brazo partido con el juicio propio, y con la impetuosa corriente de la Imaginación que arrastra al alma a su perdición.

¡Alerta, alerta, porque este capital traidor enemigo no es conocido ni temido, siendo tan grandes los males que causa en las almas!

En el campo de las ilusiones espirituales, la Imaginación tiene su especial trono.

Ahí se da gusto Satanás con sus engaños y traiciones. La Soberbia, es el brazo derecho de la Imaginación, y en este campo despliega su poder.

Terribles males causa la Imaginación, sobre todo mujeril, en este campo de las Ilusiones espirituales.

Muchas vidas que parecen sobrenaturales y santas, son dirigidas por Satanás, que toma como modelo la Imaginación.

Sobre todo, en cuestión de visiones y revelaciones, la Imaginación de la mujer se presta mucho a grandes y lamentables engaños, seducida por Satanás transformado en ángel de la luz.

Errores muchos se registran sobre el particular, muy especialmente en las Comunidades; y ahí son generalmente más frecuentes, por gravitar especialmente en el círculo espiritual la Imaginación.

Estas ilusiones producidas por la Imaginación, llevan imprescindiblemente a la Soberbia, porque los engaños de Satanás siempre a ella conducen. Este es el medio por el cual se descubren las ilusiones diabólicas; porque, con más o menos capas de fingimiento, con la finura espiritual perfecta de los vicios, siempre se le descubre.

La Imaginación es el instrumento y el verdugo del corazón de la mujer, porque a un mismo tiempo la engaña haciéndola su juguete, y le clava el puñal venenoso de mil dañosos males y sufrimientos.

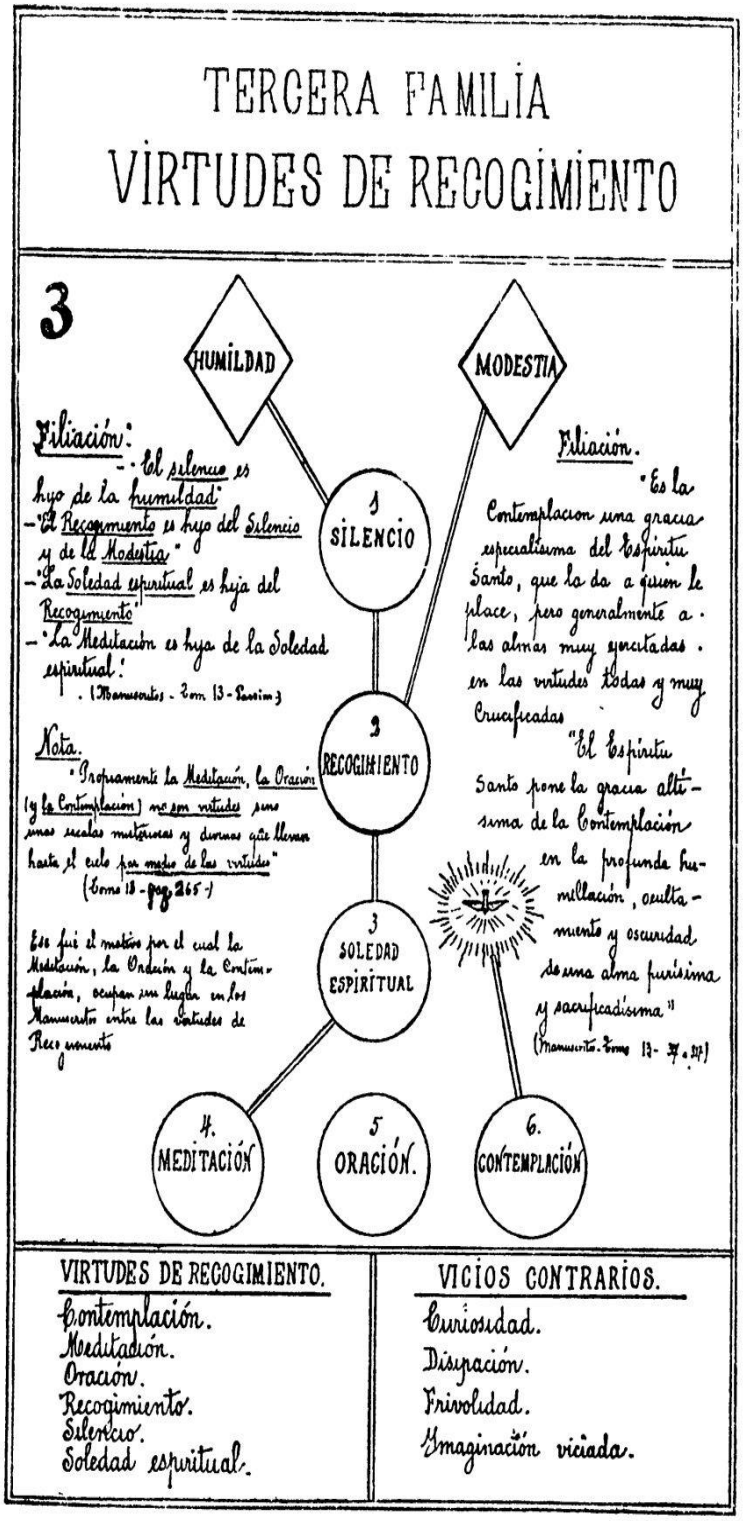
La Claridad de conciencia, la Sencillez, Franqueza y Sinceridad, son los remedios para cortar las Imaginaciones que en el espíritu levanta Satanás, llenando el alma de ilusiones y falsedades.

La Humildad, la Docilidad y la Rectitud son los puntos de partida en donde el alma se debe apoyar para no ser engañada.

¡Feliz del alma que sabe ordenar y poner a raya a la Imaginación! Ella llevará andado medio camino para el cielo, pues no hay cosa que impida tanto la práctica de las virtudes como la Imaginación desenvuelta y sin freno.

Grande virtud es el saberla atar, dominar, y cortar: mas, para esto, se necesitan otras virtudes: Humildad, Dominio propio, Desprecio de sí mismo, Renunciamiento, Obediencia, Sujeción, Vencimiento, Trabajo, Paciencia y Constancia.

Sólo con estas poderosas armas se corta, derroca y mata la Imaginación.



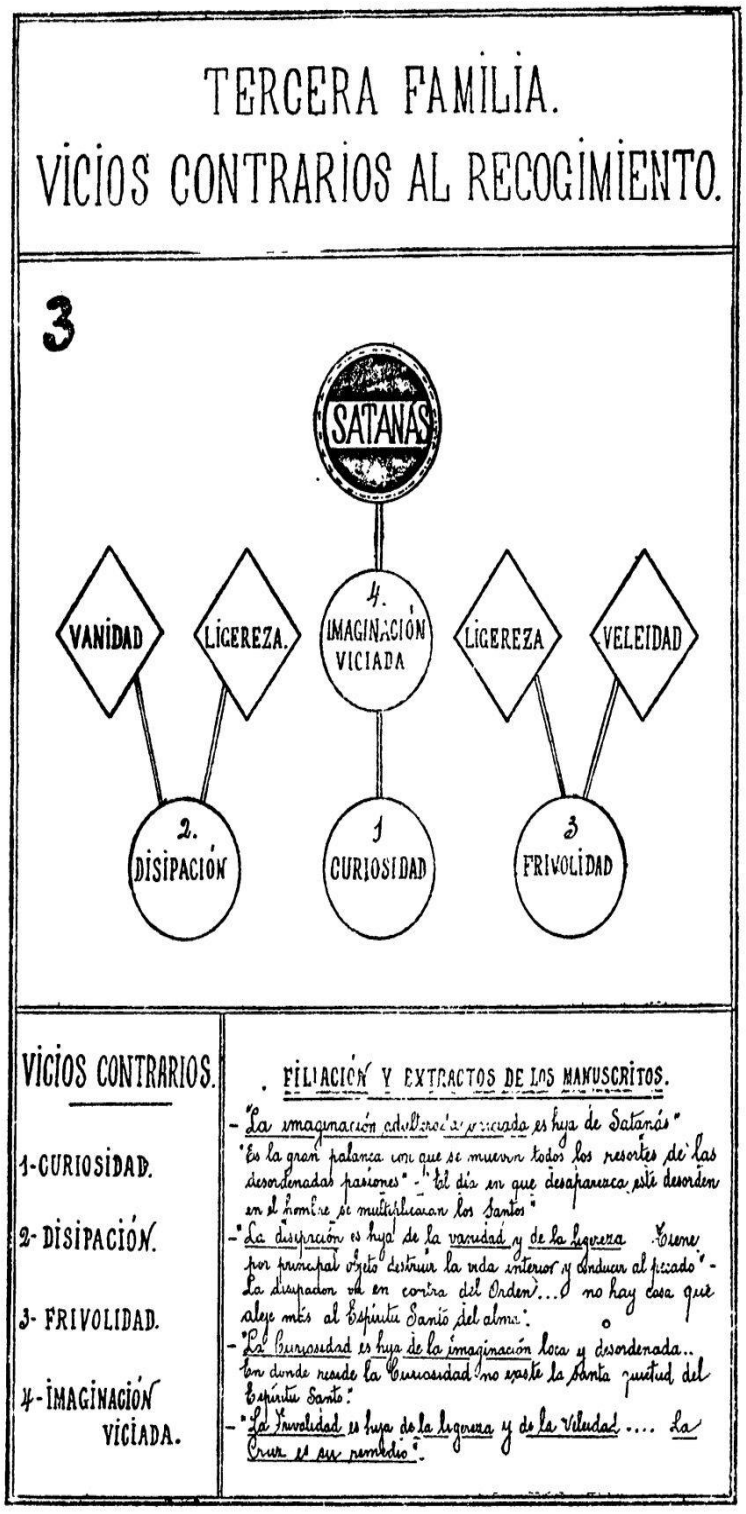


Figura 3
TERCERA FAMILIA – Esquema de **Virtudes de Recogimiento** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

CUARTA FAMILIA

VIRTUDES DE SENCILLEZ

1. Sencillez

Habla Jesús: La Sencillez es hija de la Humildad. Es una virtud muy amada de mi Corazón. Ella atrae las miradas de Dios y sus complacencias sobre el alma dichosa que la posee. La Inocencia es su apoyo y un corazón puro su albergue.

Es una flor muy delicada que se conserva en el invernadero de la obscuridad o del alejamiento del mundo. Crece con la Gracia y se desarrolla y afina con el propio conocimiento. La Pureza es su vida y la Oración su delicia. Es una virtud que acorta la distancia, diré, entre Dios y la criatura. El Espíritu Santo desciende al alma que la posee con un torrente de gracias para enriquecerla, pero gracias ocultas que ella no ve aunque las posea.

La Sencillez tiene una mirada con la que me ve a Mí, y otra con la que se ve a ella... Esta es una gran gracia con que enriquezco al alma y es ella como el pararrayos de la Soberbia.

Su seguridad está en la obediencia; su riqueza, en la pobreza; su tesoro es Jesucristo; su consuelo, María; su crisol, el sacrificio. Sus escollos están en el mundo y en el imprudente trato con la criaturas. Su defensa se encuentra en la soledad. Esta virtud escala la Santidad, pasa a la Perfección y llega muchas veces a la Unión...

El alma sencilla es una tierra dispuesta para grandes cosechas espirituales, en manos de un Director santo. La Sencillez es una joya poco común y de inapreciable valor: un Director entendido y santo puede aquilatar su precio y, ¡ay si no trabaja en pulirla! Yo le pediré estrecha cuenta.

El enemigo principal de esta virtud candorosa es Satanás con toda su astucia y malicia, pero su refugio inquebrantable es María; porque María es el Refugio del alma sencilla; porque María fue la sencillez misma en todo el esplendor de su belleza.

2. Claridad de Conciencia

JESÚS: La Sencillez y la Claridad de conciencia son hijas muy queridas de la Humildad y las más parecidas a su madre.

EL ALMA: ¿Y la Humildad, Jesús mío, de dónde nace, de dónde procede esa Perla divina sin cuyo esplendor ninguna virtud vale, sin cuyo brillo ninguna virtud es pura?

JESÚS: La humildad es hija del Verbo y nace como de su Sustancia. (Véase las virtudes de Humildad.)

3. Simplicidad

JESÚS: La Simplicidad es una virtud muy hermosa: es hija de la Humildad y hermana de la Sencillez.

No es esta virtud efecto de un entendimiento corto, pues, en la verdadera Sabiduría está la Simplicidad.

La Simplicidad se alberga sólo en los corazones limpios; y los corazones limpios reflejan al mismo Dios.

La Simplicidad es de Dios en este sentido, porque Dios es simple, sin compuesto, Acto puro.

La substancia, diré, de esta virtud, es una; su esencia y su ser están en una amistad purísima.

Yo soy como un purísimo y limpísimo cristal, en donde sólo se reflejan las otras Divinas Personas.

La Simplicidad en una alma sacude de ella el compuesto de pasiones viciosas y la deja limpia y pura, para recibir la impresión divina de la Santísima Trinidad. ¡Ya se verá por aquí si es grande esta virtud!

EL ALMA: De veras, Jesús mío que ahora vislumbro algo de sus inmensas riquezas: yo no la entendía y hasta no me gustaba su nombre... Y pensar ahora que por ella el alma adquiere una gran semejanza Contigo... ¡Qué cosas, Dios mío! ¡Qué ignorantes somos los hombres, que no vemos más allá de dos pulgadas! ¡Bendito sea el Señor en su eterna Sabiduría y Bondad!

JESÚS: Digo más: El Espíritu Santo no se comunica con el alma que no lleva en sí esta virtud de la Simplicidad. ¿Y sabes por qué? - Porque el alma que no tiene esta virtud, interpreta mal las inspiraciones divinas, se las atribuye a sí misma y no a Mí, sólo autor y dispensador de ellas, y se precipita en grandes males.

La Simplicidad es el contrapeso de la Soberbia y el demonio la aborrece y la odia. Es muy grande esta virtud que parece pequeña; es una de las que más acercan al alma a su Dios.

Los enemigos capitales de la Simplicidad son la Malicia y la Doblez. La Hipocresía, algunas veces, la hace su presa. Es tan delicada esta virtud que a veces con sólo el contacto del vicio se mancha, y se detiene luego en esta pobre alma la comunicación de la gracia. Esta virtud edifica a otros, pero sin darse cuenta de ello; su campo es ella misma; su apoyo, en la práctica de las virtudes -sus compañeras-, es Dios. Pasa esta virtud por el mundo desconocida de quien la posee y en esta obscuridad alcanza su completo desarrollo. Es una gracia dada, innata en el alma a quien Dios ha querido regalar o vestir con este solo color. La verdadera, la legítima simplicidad no se adquiere; sin embargo hay una parecida y buena en las almas ejercitadas en lo más profundo de la Humildad.

4. Llaneza

JESÚS: La Llaneza es otra virtud muy hermosa, enemiga de la falsa Dulzura y de la Hipocresía. Nace de la Sencillez y se acompaña siempre de la Rectitud y de la Claridad. Se alberga en el alma pura y pacífica, o llena de la paz divina del Espíritu Santo. Su apoyo es la Verdad.

Sus antagonistas son el Melindre y la Mentira. Vive esta virtud en las almas tranquilas, en las conciencias limpias. No es que sea ella fruto de esa falta de cultura o educación, no creas que esta virtud la llevan las almas rústicas, diré, o una virtud muy fina, que al traslucirse, no pasa los límites que sea ella fruto de esa falta de cultura o educación, no; es de la pulcritud, diré, para que me entiendas.

Es sencilla y clara, a la vez que delicada y modesta. No busca remilgos para expresarse: pero tampoco se desliza fuera de la Prudencia: es muy medida, agradable y fina. Lleva en sí misma el sello santo del Candor y de la Verdad. Es la Llaneza una cualidad eminente y que pasa a ser virtud por lo sobrenatural de su perfume y por el papel que representa en la vida del espíritu.

Los enemigos con que lucha son el Amor propio y el Respeto humano.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE SENCILLEZ

1. Mentira

Habla Jesús: La Mentira es hija de Satanás, pues él es el padre de la mentira en todas sus acepciones. La mentira es el polo opuesto de la Verdad. La Verdad es la luz, la Mentira es la obscuridad, el hielo, la muerte de la gracia, diré; porque existen espíritus que están totalmente envueltos en la Doblez, Falsedad, Mentira, y a éstos me refiero. No quiero decir que una mentira mate al alma privándola de la gracia, pues se necesitaría que concurrieran otras circunstancias: digo que el espíritu de mentira priva al alma de la gracia santificante, y en este sentido hablaba de la muerte, si podemos decir así, de la gracia. Odio a la mentira, por descender directamente de Satanás y ser la enemiga de la Verdad tan pura, limpia y sin mancha.

Yo soy amigo de la Claridad y de la Pureza; y la Mentira se envuelve siempre en las tinieblas de una obscuridad que pugna totalmente con mi Ser, que es todo luz y limpieza sin mancha alguna.

Esta Mentira es mil veces el instrumento vil del Egoísmo, de la Ruindad, de la Avaricia, Soberbia, Envidia y de otros miserables y nefandos vicios y defectos. Su misión, en el campo de Satanás, es extensísima y no hay alma, ni ha habido, excepto la de María y de otros muy pocos santos, que no se hayan manchado en más o menos grado con este vicio dañoso, que raya siempre en pecado venial y empaña el corazón.

Tanto cuanto amo la Verdad, aborrezco la Mentira en todas sus formas, disfraces y colores. Epidemia universal es la Mentira, que aleja al Espíritu Santo de las almas que la llevan consigo a cada paso; yo no me acerco jamás a lo manchado y huyo de lo impuro que lastima a mis ojos divinos; y la Mentira, empolva al alma y la mancha, oscureciendo mi divina imagen en ella.

Es un enemigo capital del alma la Mentira que esconde su deformidad, pasando por pequeño y por menos horrible de lo que es. Las almas no temen a la Mentira; la ven sin terror, ¡qué digo!, sin la menor repugnancia, siendo ella una serpiente envenenada (que esto es el pecado venial) que daña al alma, y con secreta malicia la va inclinando por medio de la Frialdad y de la Tibieza al pecado mortal. Enemigo capital es la Mentira, en la vida espiritual, y tan grande, que un espíritu que la lleva consigo jamás entrará por la verdadera y única puerta que a ella conduce. Para cruzar ese camino se necesita que reine en el alma el espíritu de Verdad, de Pureza y de Claridad, son indispensables estas condiciones en el alma que quiere de veras acercarse a Mí..., y hasta Mí no pueden llegar los espíritus que no sean puros, rectos y humildes. La Mentira es refractaria de la Humildad y aún de toda virtud. Un espíritu de mentira, lleva en su seno a la Falsedad y a la Soberbia. Un espíritu de Mentira, es hipócrita y traidor; es solapado y rastrero; es vil y cobarde. Estos espíritus son la peste y el veneno de las Religiones.

Huye de la Mentira y conserva en tu alma la Pureza y la Claridad.

La Mentira se cura con la Humildad.

Las más veces la Mentira sirve para encubrir a la Soberbia, a la Envidia y a todos los vicios, temiendo el alma hipócrita desbordarse a los ojos de los demás. Una alma humilde no miente.

También se cura el hábito de la mentira con la Meditación, pues el trato frecuente con la Verdad eterna la aleja para siempre del corazón. El espíritu de Mentira, que está amasado en ella, no tiene casi remedio y rarísimas veces se cura: necesita una total transformación.

2. Falsedad

JESÚS: La Falsedad es hermana gemela de la Doblez, pero más odiosa aún.

El espíritu doble la lleva consigo y es muy amada de Satanás. Busca siempre a las almas hipócritas para albergarse. Es un defecto muy bajo y rastrero e indigno de un noble corazón. Y no creas que este tan degradante defecto, que llega hasta vicio, se albergue en lo más bajo de las clases sociales, no: es un fruto de todas las tierras y existe desgraciadamente en los grandes como en los pequeños. ¡Cuántos que visten seda la llevan consigo...! La Falsedad es una ponzoña que envenena a centenares de almas, y llega a formarse en ellas tal esencia de este odioso vicio, que aún en su trato conmigo son falsas, solapadas, e hipócritas.

Forma la falsedad en las almas que se llaman piadosos tal atmósfera, que maquinalmente y con la mayor naturalidad y aún ya sin conocerlo, cambian el cuño de la solidez de las virtudes, las ejercitan tranquilas y serenas, así falsificadas, y de aquí tantas aberraciones, faltas y aún pecados en materia de piedad.

¡Qué estragos hace en el mundo y en la vida espiritual la Falsedad! ¡Es un vicio o defecto éste, que repele y de Mí aleja...! Todo lo falso es engañoso, y Yo soy la Verdad y la Claridad sin velos. Nunca un espíritu falso entrará por los caminos espirituales: por ahí sólo entran las almas limpias; y la Falsedad es una podredumbre que corrompe el corazón que la lleva en su seno.

Su remedio se encuentra únicamente en la Sinceridad, Franqueza, Sencillez y Humildad.

3. Doblez

JESÚS: La Doblez es hija de la Mentira y es muy aborrecida de mi Corazón. Un espíritu doble es traicionero, solapado y fingido. En él no existe la Verdad pura y limpia, tal cual es: pues en todas sus obras se le ve caviloso e hipócrita.

Yo soy enemigo de la Doblez, y el alma que la lleva consigo me repugna, porque este espíritu lleva la imagen de Satanás, el cual jamás puede ser franco, limpio, ni claro.

En la vida espiritual la Doblez es uno de los mayores obstáculos, porque el alma que quiere ser mía y recorre los campos del espíritu, tiene indispensablemente que llevar en una mano la Franqueza y en la otra la Sinceridad; y un espíritu doble jamás es sincero. La Sencillez jamás llega a sus puertas, y la Simplicidad y la Llaneza están bien lejos de él.

El origen de la Doblez lo mismo que el de la Mentira y de todos los vicios sus compañeros, es la Soberbia; es decir, el mismo Satanás. Su remedio es la Sinceridad juntamente con la Humildad.

4. Exageración

JESÚS: La Exageración es hija de la Mentira, y lleva todo el parecido de su madre. Es un defecto que llega a vicio y a vicio que forma una segunda naturaleza en el hombre.

De la Exageración muy fácilmente se resbala y se cae en la Murmuración, manchándose el alma con grandes faltas y hasta con grandes pecados.

Es la Exageración un prurito interno de agrandar con colores más vivos la verdad de las cosas y de los hechos. Es un vicio, pues, contra la verdad, queriendo disfrazarla, siendo ella, lo más puro y santo que puede existir.

La Verdad siempre es limpia, clara, sencilla y pura, llena de resplandeciente luz; pero la Exageración tiene por misión el querer abultarla, y aún mancharla, porque la Mentira nace de la Exageración y con ella vive siempre.

El alma exagerada peca por querer desfigurar la Verdad, pura y sin mancha. El alma exagerada es siempre doble, falsa, ligera, e imaginativa. Lo que forja en su entendimiento lo da por hecho, aceptándolo sin demora la voluntad y exteriorizándose luego.

Casi siempre las almas exageradas son locuaces, curiosas e impetuosas: no conocen a las hermosas virtudes del Reposo, Serenidad, Circunspección y Tranquilidad. Son inquietas y veleidosas.

Gran virtud encierra el alma que no exagera en ningún sentido, ni en las palabras, ni en la imaginación: más, ¿en dónde se encontrará esa alma? Rara es esta joya por cierto, porque la inclinación natural del hombre tiende a la Exageración y a la Mentira: es refractario a la verdad limpia y clara, y constantemente se inclina a lo que no es, en su memoria y entendimiento.

La Imaginación es el gran centro en donde la Exageración se da gusto, concluyendo por ser pasión lo que se consintió como pasatiempo. La Exageración es arma muy traidora de Satanás y la esgrime con sin igual destreza, haciendo que el hombre tome como cierto lo que abultó su astucia para envenenarlo o para desesperarlo... Muchos visos o colores le da Satanás a la Exageración exterior e interior. Como él es el padre de la Mentira, y ésta es hija muy amada, toma a la Exageración que de ésta procede, y le da diestramente mil formas, introduciéndola hasta dentro del seno de las mismas virtudes y santidad.

La Exageración abulta hipócritamente las facultades del alma, atrayendo a la Vanidad, a la Complacencia propia. Siempre Satanás tira el lazo para coger de muchas maneras la pobre alma, y con un vicio pesca a otros muchos envolviendo en ellos al alma incauta que se deja coger y no conoce sus trampas y su traición.

El remedio para la Exageración es la Verdad, la exactitud en las palabras y la profunda humillación y propio desprecio en los pensamientos.

El humillarse desdiciéndose y confesando su falta es también muy saludable para cortar este vicio: la Oración, el examen y el propio castigo, llegan a dominarlo; mas, para esto, se necesita una voluntad firme, enérgica y deseosa de perfección, y con estas disposiciones descenderá la Gracia y el alma triunfará.

5. Hipocresía

JESÚS:—La Hipocresía es hija de la Falsedad. El veneno de Satanás corre por sus venas. La Hipocresía es el refinamiento de la Falsedad, de la Doblez y de la Mentira. Es un vicio o defecto universal, de todos los estados, clases y condiciones. Es una serpiente que se esconde entre los pliegues, diré, de todo corazón; y que si no se corta la cabeza, se yergue y domina, emponzoñando los actos de la criatura.

Odio, aborrezco y maldigo a tan rastrero vicio, que ocasiona la ruina de multitud de almas. La Hipocresía es el vicio mismo, es Satanás cubierto con la máscara de los sentimientos más puros, nobles, elevados y aún santos... Es un montón de podredumbre asquerosa e insoportable, cubierto con capa de finísimo oro; es una víbora dentro de un estuche de preciosas perlas.

La Hipocresía es el veneno del alma y la que desvirtúa con la falsedad y engaño los actos que debieron ser santos, y no lo son; los que debieron ser meritorios, y son dignos solamente de castigo.

En el campo espiritual hay mucho fruto podrido formado por las almas hipócritas, por las que pasan por santas y no lo son; por las que, con exterior modesto, encubren un interior impuro.

A esta falange de Satanás pertenecen aquellas personas melindrosas y tímidas, que se espantan de una palabra menos edificante, ejecutando ellas las obras más aborrecibles e indignas... Son éstas las que tienen puesta toda su atención o más bien dicho, quieren poner la de todos en sus obras exteriores, lágrimas y suspiros y exageraciones tontas, atrayéndose aplausos, y en su interior se gozan con nefandas maquinaciones, negros pensamientos y espantosos vicios.

La mayor parte de los sacrilegios los cometen las almas hipócritas.

El Respeto humano y la Soberbia, y aún la Malicia, las arrastran a ese horrible pecado, entrando Yo que soy la Claridad y la Pureza misma, dentro de estos sepulcros blanqueados, llenos de asquerosa hediondez. Estas almas hipócritas son las que capitanean la falsa piedad. El imperio de la Hipocresía es muy grande en el mundo material, y aún mayor en la vida del espíritu.

En la vida espiritual tiene un gran campo, pues ahí despliega su habilidad muy finamente, ocultándose con destreza en los pliegues de las virtudes.

El fin de la Hipocresía es fingir con perfección lo que el corazón está muy lejos de poseer ni de sentir. Ella cubre muy hábilmente el lodazal del alma, con la Pureza más delicada; la más refinada Soberbia, con una Humildad profundísima; la Avaricia más odiosa, con el desprendimiento más sublime; la Ira más desenfrenada, con la suavísima miel de los labios; la Envidia, con las palabras más caritativas; el Odio con la Sinceridad afectada de un cariño indeleble; la Gula, con un grande amor a la Abstinencia; la Pereza, con la fingida pena de enfermedades quiméricas y disculpas edificantes y hasta seductoras. ¡Oh!, si abrieran ante tu vista el campo de la Hipocresía, tu espanto crecería a un grado, que ni te imaginas siquiera. La Hipocresía es la capa de todos los vicios y de todos los pecados, y aún de todas las tentaciones de Satanás.

Existe Hipocresía común que es abominable en todos sentidos y que acarrea grandes males al alma desgraciada en que ha penetrado; Hipocresía espiritual que es peor, por la finísima astucia con que se encubre; y la Hipocresía espiritual perfecta que, más delicada y sutil, tiene también más ponzoña. La Hipocresía universal o común casi a la primera vista se conoce, pues los velos con que se encubre no son tan densos que no se puedan ver.

La Hipocresía espiritual es más encubierta y sólo con dobles anteojos se le descubre: ésta consiste en la aparente realidad sana del más refinado fingimiento; en la demostración más pura de las virtudes con el cuño falso de la Mentira; en la realidad más fingida de la Verdad.

La Hipocresía es uno de los pecados que más cuesta descubrir al corazón humano; y Satanás, sabiéndolo, abulta las dificultades y las hace crecer, hasta presentárselas gigantescas e insuperables.

La Hipocresía espiritual perfecta es tan íntima, que apenas la conoce el alma que la lleva consigo: tan habitual le ha sido, que subiendo los grados todos ha llegado a internarse en lo más íntimo de su ser, formando ahí su reinado y hasta su segunda naturaleza.

La Hipocresía espiritual perfecta consiste en un interno conocimiento del mal propio, paliado por la misma alma, con capa de santidad ante sus propios ojos: hasta allá llega la infernal astucia de Satanás.

6. Fingimiento

JESÚS:- El Fingimiento es hijo de la Hipocresía, de la Vanidad y de la Mentira.

Lleva en su sangre, diré, la amalgama de estos tres vicios, refinándose en su ejecución. Muy odioso es para Mí el Fingimiento, porque soy refractario a la Mentira, a la Hipocresía y a la Vanidad de que se compone. Se finge en el mundo y en el claustro; en los bailes y confesonarios; en la salud y en la enfermedad; en las modas, en las trajes y en el corazón; en las comedias y en la piedad; en la calle y en el templo; en el cuerpo y ¡ay!, ¡también en el espíritu!... Muy general es este vicio, desgraciadamente, sobre todo en las mujeres: ellas son por naturaleza un compuesto de Fingimiento, más o menos refinado, que sólo la virtud, y una grande virtud y santidad, puede echar por tierra.

¡Qué poca naturalidad existe en la mujer, y menos aún en su espíritu! Aún interiormente se introduce el maldito Fingimiento, y tan fino es, que apenas se le percibe. Para los ojos comunes, diré, pasa totalmente desapercibido, porque la luz natural no es suficiente para descubrirlo: se necesita la luz divina, luz sobrenatural para conocerlo.

La discreción es una virtud o cualidad con la cual los directores descubren el Fingimiento: esta virtud es la lente con la cual se alcanza a mirarlo, en toda su finura, pero muy pocas almas la poseen, por ser más bien la Discreción un don con que el Espíritu Santo obsequia a quien le place y merece.

Muy en contra del Espíritu Santo es el Fingimiento, porque Él busca la Claridad de una alma pura y sencilla para reflejarse en ella.

El Espíritu Santo es la verdad por esencia, que repele a todo cuanto ella no sea.

A las almas simples, sin huella de Fingimiento, se comunica: en las almas llanas y sinceras se complace; y en la pureza y limpieza de corazón tiene su asiento.

Aborrece el Espíritu Santo a la oscuridad, y el fingimiento es un compuesto de ella. La santidad también se finge, cuando no es verdadera; porque la verdadera es clara, pura y sencilla.

Los santos jamás se figuran que lo son; y quien se cree más lejos de la santidad, por efecto de una sólida humildad, la lleva generalmente consigo.

La verdadera santidad no se puede fingir: es tan clara como la luz del día y aunque vive en el fondo del secreto ocultamiento, es tal su resplandor, que los ojos espirituales luego la conocen, y los propios están ciegos para mirarlas.

Estas almas santas han derrocado las torres más o menos altas del fingimiento, y obran en espíritu y en verdad.

La Rectitud y la Caridad son los remedios para tan grande mal. La Simplicidad es virtud de santos, por ser muy rara el alma que la practica, y sin embargo ella es la antagonista del fingimiento.

La Simplicidad junto con la Sencillez, la Limpieza y la Delicadeza, curan radicalmente el gran mal del fingimiento que cunde por todas partes.

Para el fingimiento espiritual también sirven estos remedios, juntos con la hermosísima virtud de la Pureza de intención.

Todo fingimiento es torcido, y por tanto, malo; él es la efigie de Satanás y el espejo donde se le mira.

La Astucia siempre hace sombra al fingimiento y muchas veces la Malicia lo acompaña.

Epidemia universal es el fingimiento y por eso hay tan poca virtud en el mundo porque éste lo emponzoña y multiplica.

El Fingimiento, pues, es el valladar que repele al Espíritu Santo, porque este Espíritu Santo no desciende, no, a los corazones fingidos.

¿En dónde se encuentra la naturalidad, esta hermosa virtud, en el día de hoy? En poquísimas almas, porque ha llegado también a fingirse la Naturalidad. ¡Oh, Satanás miserable, hasta dónde llegas!

Yo, que todo lo veo, y sondeo el fondo de los corazones y sus intenciones, sólo sé hasta dónde llega este mal. Se finge la pureza, la Inocencia, el Pudor, la Modestia, el Candor, y hasta la Caridad y Virginidad. Se finge el Recogimiento, la Humildad, la Mortificación, la Penitencia...

EL ALMA:- ¿Pero, cómo, Señor, es posible?

JESÚS:- Con la Hipocresía más refinada. Se finge la Pobreza, la Suavidad y la Dulzura; la Serenidad y la Paz: en este campo se da gusto el vicio odioso del Fingimiento.

Todas las virtudes, o más bien la corteza o color de ellas, las viste el Fingimiento, engañando a los hombres.

¡Cuánta basura existe en el mundo y cuánta tristeza me da ver el poco grano de sólidas virtudes! ¡También en los claustros y comunidades penetra esta peste del fingimiento! ¡Cuántas caretas de la más fina hipocresía podría Yo arrancar! ¡Y lo peor es que llega este vicio a apoderarse a tal grado de las almas, que forma en ellas una como segunda naturaleza, y hasta en su trato para consigo existe el fingimiento! ¡Y cuánto de esto existe! ¡Si se pudiera ver, se espantarían las almas!

El fingimiento existe en la oración mental y vocal: por supuesto que esto no es orar, porque una de las condiciones de la oración es el vacío, y el alma fingida está llena de sí misma, y de mil vicios y pasiones arraigadas y que le son como con naturales.

Las oraciones del alma fingida son vanas; y a Mí, lejos de agradarme, esas oraciones me ofenden.

Por el fingimiento las almas que lo poseen llegan a creer que son santas y a fuerza de fingir las virtudes, llegan a creer que las tienen; mas como el principio es falso, falsas también son las consecuencias, y aquí nacen las mil y mil ilusiones de la vida espiritual.

¡Desgraciadas las almas que son presa del fingimiento: ellas vivirán en este mundo una vida de falsas virtudes, para despertar en la realidad terrible de la eternidad!

El fingimiento es una de las negras formas de Satanás con que envuelve a las almas, cegándolas y adormeciéndolas. Este vicio ayuda más que ninguno a que se hagan ilusiones y su despertar será espantoso.

¡Trabajemos en expulsar de nuestras almas el fingimiento que tantos males trae y en tantas redes envuelve!

¡Que las almas pidan Sencillez, Rectitud, Claridad y sólidas virtudes para que el Espíritu Santo se derrame con sus gracias en ellas!

7. Excusa

JESÚS: -La Excusa es hija del Amor propio y del Respeto humano. Consiste en no querer el corazón atribuirse las miserias que de él se derivan, valiéndose de frívolos, pecaminosos y hasta ridículos pretextos.

La Excusa es el impulso de la Soberbia, y la Humildad está muy lejos de ella. El corazón humilde jamás lleva consigo la Excusa, aun cuando sufra calumniosas sinrazones, no se mueve de su sitio, y en su desprecio y abajamiento es feliz.

La Excusa es un fruto ordinario y común en todas las clases sociales y en todos los estados del hombre. Debajo de los hábitos religiosos tiene también su asiento y su reinado, porque también ahí existe el Amor propio.

La excusa es de tal manera susceptible, que en muchas ocasiones salta y se adelanta, antes de sentirse herida ni interrogada.

La Excusa es una acusación manifiesta del alma que la lleva consigo y que por disculparse, se descubre: en lugar de pasar tal vez desapercibida, la Excusa la acusa descubriendo o haciendo patente la ponzoña que ahí dentro se encuentra.

La Excusa prudente y ordenada en favor del prójimo es una virtud; y llega ésta a encumbrarse a tal grado, que aun desdorando a quien la práctica, disculpa al prójimo. ¡Bien raro, sin embargo, es este grado de virtud, pero felizmente existe! Culparse el hombre a sí mismo para evitar la pena de otro, esto fue en cierto sentido, lo que Yo hice en mi paso por la tierra: cargué

en mi pecho todos los pecados de los hombres, para excusarlos con el Eterno Padre y alcanzarles perdón... ¡Cubrí sus enormes crímenes con mi preciosa Sangre para que no fueran castigados! ¡La Redención fue la excusa del hombre, tomada a cargo de un Dios...! ¡Sublime caridad ésta, que encierra un mundo de perfecciones!

Hermosa es la virtud de la excusa en bien del hermano: es un acto derivado de la Caridad, que si es ordenado y recto, hará mucho bien y será digno de premio. Pero en cambio, si se excusa el mal con perjuicio de tercero, entonces la virtud de la Excusa, se convierte en vicio, y hasta en pecado, según la malicia o las circunstancias agravantes de lo que se excusa.

La Excusa propia es en toda ocasión mala, o a lo menos defectuosa, y salvo que lo exija la Prudencia y la ordenada Justicia, (que es en raras ocasiones), casi siempre el Amor propio campea en las excusas propias.

Callar es digno de los hijos del Crucificado. La Inocencia misma guardó silencio cuando todo un pueblo rabioso e hipócrita, envidioso y soberbio pedía su muerte, infamándole con atroces calumnias. ¡Cuánto más los hijos de los hombres, que siempre tienen manchas que limpiar y defectos que expiar, deberán excusarse jamás!

Como el corazón humano nace ya con el germen del mal y de la Soberbia, le es como innata la excusa, y apenas despierta la razón en él, cuando este vicio del Orgullo, o que lleva en sus venas la misma sangre, se le adelanta.

Y ojalá que la Excusa fuera simple, sería menos dañosa; pero generalmente, el que se excusa, echa la culpa a otro, o lo descubre; ambas cosas van contra la Caridad, porque se levanta un falso testimonio al prójimo, por disculparse a sí mismo. Y también resulta un gran daño y falta a la Caridad si se descubren los defectos ajenos que debiéramos ocultar o aminorar con prudencia y rectitud.

El remedio para la Excusa es no excusarse: la virtud de la Excusa es cargar sobre sí el mal de otros con el fin de librarlos y ser uno despreciado. Mas tanto para el remedio, cuanto para la virtud, se necesita mucha perfección, Dominio propio, Vencimiento, gran Generosidad y Humildad verdadera.

¡Feliz el alma que no se excusa!; ¡Yo la alzaré y amorosamente velaré por su causa! ¡Dichosa también el alma que se sacrifica por salvar la honra de su hermano! Yo le prometo que no quedará sin recompensa y mis ojos la mirarán con predilección.

8. Afectación

JESÚS. -La Afectación es hija del Amor propio y de la Hipocresía.

Es un vicio ridículo y odioso, propio tan sólo de los cortos entendimientos y de las almas hipócritas. La Afectación es su compañera inseparable, más aún, tiene muy cercano parentesco con aquel repugnante terno de la Presunción, Pedantería y Pretensión. Todos llevan la misma sangre de la Soberbia y del Orgullo.

Las virtudes hermosísimas de la Simplicidad, Sencillez y Franqueza se encuentran muy lejos del alma que lleva consigo a la Afectación.

La Llaneza, la Sinceridad y la Caridad, jamás llegan a sus puertas.

La Afectación tiene su comercio y trato con la Falsedad, la Doblez y la Mentira. La Afectación me da en rostro y jamás inclino mis ojos al alma hipócrita y afectada.

La vida espiritual no puede existir en una alma afectada, o que lleva en su ser la Afectación; porque la vida espiritual está en contraposición completa de lo falso, engañoso e hipócrita. Uno de los fundamentos de la vida espiritual es la Sencillez unida a la Obediencia ciega. Y la Afectación ni es sencilla ni obediente, sino todo lo contrario; ella lleva consigo íntimamente

unidos a la Soberbia, que se opone totalmente a la Obediencia, y a la Hipocresía, enemiga de la Sencillez.

¡Oh!, ¡cuánto me repugna una alma afectada! ¡Amo tanto a la Simplicidad, a la Sencillez y a la Caridad!

El remedio para la Afectación está en la meditación constante de la miseria del hombre y de su nada, y en la práctica continua de la Humildad. Necesita el alma que desee sacudir tan odioso vicio comenzar por descubrir su pecho con valor y enseñar a un confesor espiritual y santo todos sus pliegues y dobleces, por más asquerosas que sean las llagas que en ellos se encuentren. El Vencimiento propio debe campear aquí, destruyendo el hábito de la afectación con las virtudes de la Sinceridad, Claridad, Llaneza y Sencillez.

9. Adulación

JESÚS: -La Adulación es la hija de la Exageración y de la Hipocresía: lleva en sus venas la sangre de la Mentira, y se abriga generalmente en las almas bajas e innobles.

La Adulación es un vicio repugnante, odioso y despreciable.

Nunca las almas rectas adulan, porque la Verdad continuamente las acompaña; la Adulación está muy lejos, en verdad, de la Rectitud y de la Justicia.

La Adulación consiste en un desordenado y falso alarde de las cualidades ajenas.

Siempre la persona que adula lleva en ese acto un fin torcido o menos recto, a veces se adula para traerse tal o cual voluntad o simpatía, entonces la adulación es interesada; otras veces se adula por vanidoso favoritismo, y esta es soberbia; y en muchos casos la Adulación es burla y sarcasmo del adulador para con el adulado, y esta es vil, ruin y traicionera.

Se adula en ausencia y en presencia del adulado; pero siempre con el falso fingimiento de la Hipocresía.

La alabanza bien ordenada es una virtud que lleva a la Caridad: es digno de un cristiano alabar a su hermano; pero esta alabanza va acompañada siempre de la Sencillez, Sinceridad y Rectitud. La santa alabanza es prudente y jamás se hace delante de la persona alabada; es pura, nacida de la Verdad, sin exageraciones ni fingimientos; es sincera, franca y ordenada siempre a la gloria de Dios.

La santa alabanza del prójimo no se detiene en la criatura, sino que alaba a Dios en ella sobrenaturalizando el acto y viendo en sus virtudes y cualidades la mano del Señor que se las dio.

Es hermosa y digna de recompensa la alabanza del prójimo, pero con las condiciones que dejo dichas, porque si no las lleva, pasará, lo que es una virtud, a un vicio, y se cambiará la Alabanza en Adulación.

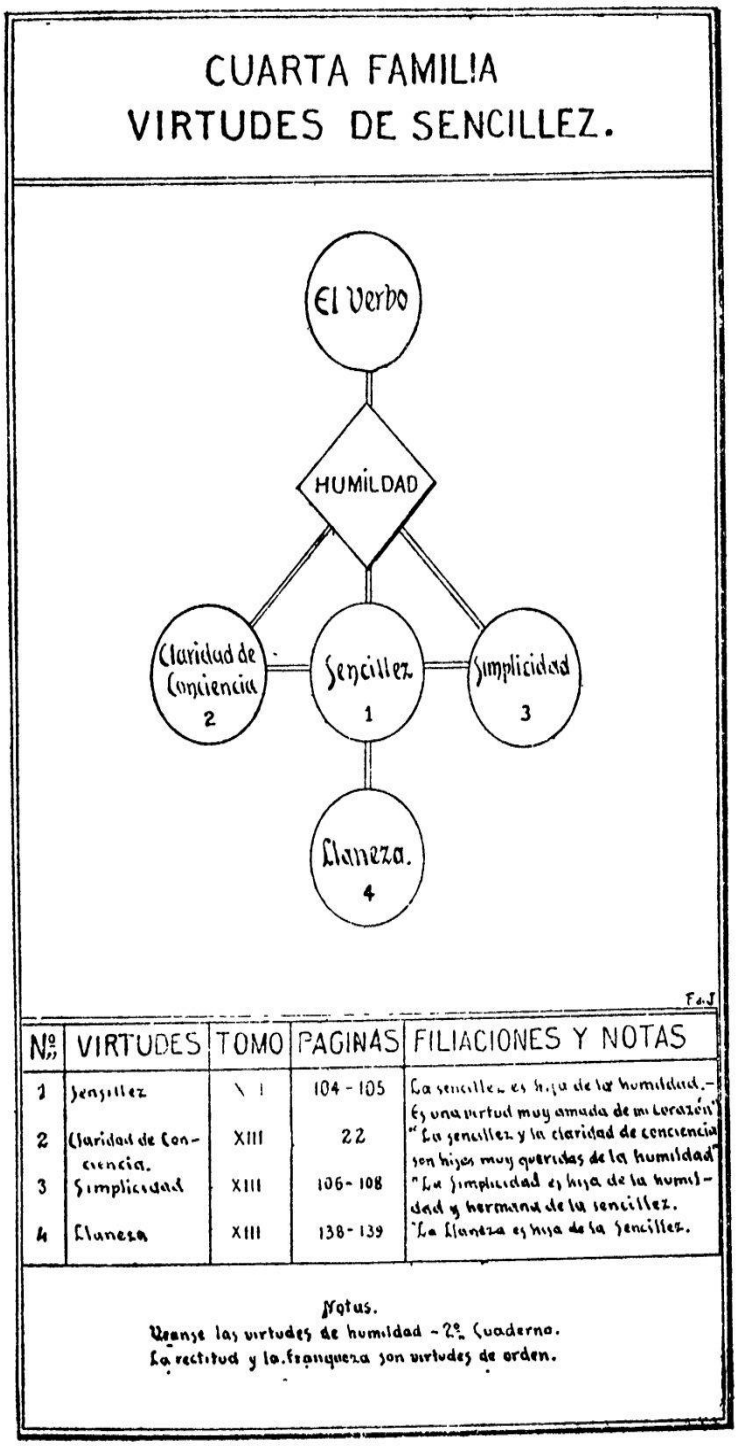
El campo de la Adulación y de la Alabanza es muy inclinado y resbaladizo; se necesitan pies de plomo para andarlo. La Rectitud con la Pureza de intención son los apoyos que sostendrán a las almas que tengan que luchar contra el vicio.

La Alabanza tiene también un punto negro, cuando se desliza en favor propio: y ¡qué fácil es esto al hombre! Insensiblemente viene a parar al Amor propio, y con el pretexto de alabanza ajena, (porque abiertamente, y de parte de ellas no se atreverían las almas espirituales y además les sería contraproducente), atraen suavísimamente las almas hacia sí las simpatías y admiración de muchos. ¡Oh Amor propio, qué sutil eres en tus maquinaciones!

El remedio para la Adulación es el Silencio: él mata a todo propio interés, soberbia y burla.

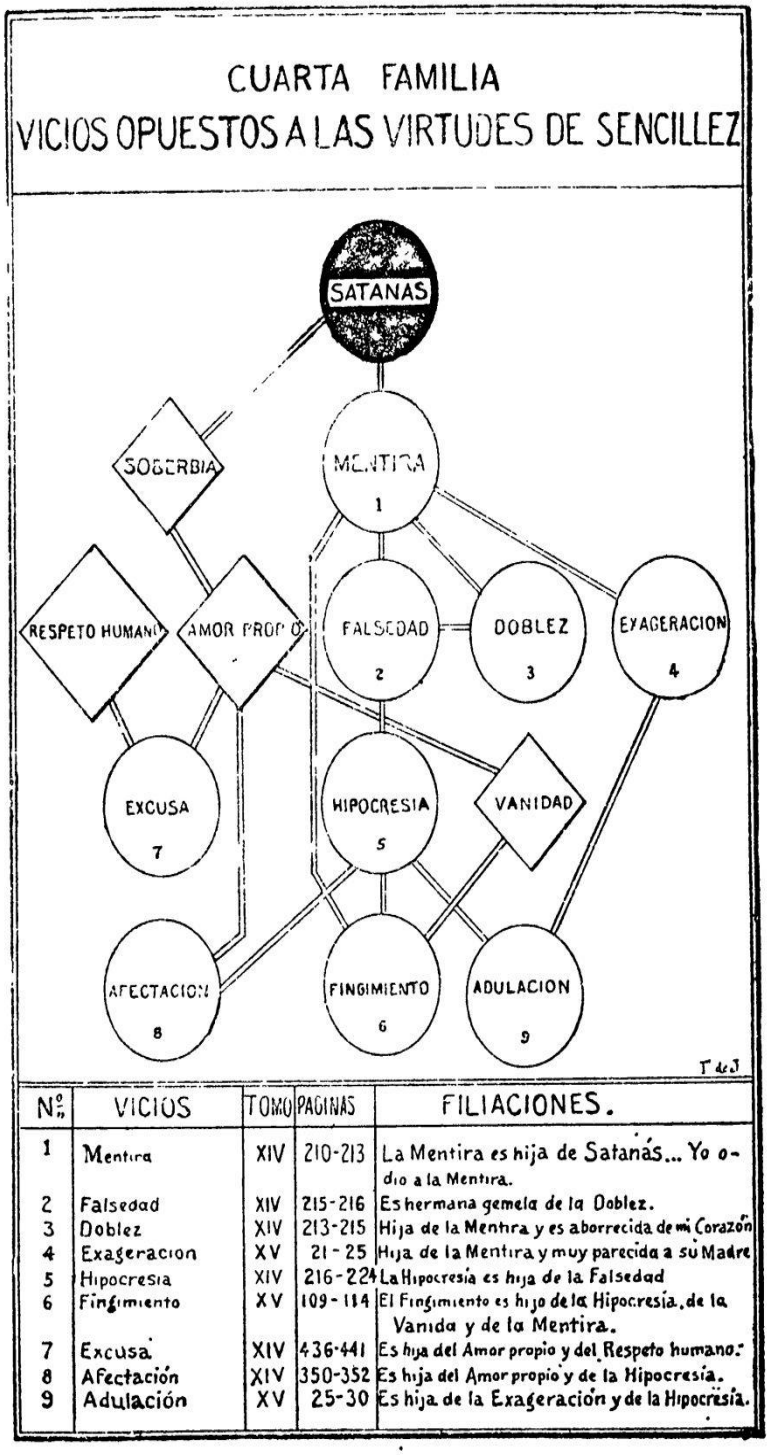
El antídoto contra la propia Alabanza y el Amor propio es la Humildad verdadera, y para la Alabanza ajena, la Sinceridad y la Verdad.

La Rectitud abraza a todo este campo de virtudes y sirve tanto para evitar la Adulación como para usar como se debe de la Alabanza.



Nº	VIRTUDES	TOMO	PAGINAS	FILIACIONES Y NOTAS
1	Sencillez	XI	104 - 105	La sencillez es hija de la humildad.- Es una virtud muy amada de mi Corazón"
2	Claridad de Conciencia.	XIII	22	"La sencillez y la claridad de conciencia son hijas muy queridas de la humildad"
3	Simplicidad	XIII	106 - 108	"La simplicidad es hija de la humildad y hermana de la sencillez.
4	Llaneza	XIII	138 - 139	"La llaneza es hija de la sencillez.

Notas.
Véanse las virtudes de humildad - 2º Cuaderno.
La rectitud y la franqueza son virtudes de orden.



Nº	VICIOS	TOMO	PAGINAS	FILIACIONES.
1	Mentira	XIV	210-213	La Mentira es hija de Satanás... Yo odio a la Mentira.
2	Falsedad	XIV	215-216	Es hermana gemela de la Doblez.
3	Doblez	XIV	213-215	Hija de la Mentira y es aborrecida de mi Corazón
4	Exageracion	XV	21 - 25	Hija de la Mentira y muy parecida a su Madre
5	Hipocresia	XIV	216-224	La Hipocresía es hija de la Falsedad
6	Fingimiento	XV	109 - 114	El Fingimiento es hijo de la Hipocresía, de la Vanida y de la Mentira.
7	Excusa	XIV	436-441	Es hija del Amor propio y del Respeto humano.
8	Afectación	XIV	350-352	Es hija del Amor propio y de la Hipocresía.
9	Adulación	XV	25-30	Es hija de la Exageración y de la Hipocresía.

Figura 4
<u>CUARTA FAMILIA</u> – Esquema de las **Virtudes de Sencillez** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

QUINTA FAMILIA

VIRTUDES DE PUREZA

En cambio el fruto del Espíritu es amor, modestia, continencia, castidad. Ga 5, 22.

Mejor es carencia de hijos, acompañada de virtud. Sb 4, 1

Ya Fornicación y toda impureza o codicia, ni siquiera se mencione entre vosotros como conviene a los santos. Ef 5, 3.

1. Pureza

Quiero en mi Oasis la Pureza espiritual perfecta. Es la Pureza espiritual perfecta no sólo la limpieza de cuerpo y mente, sino la purificación absoluta de todo afecto menos puro. Este es el grado más sublime de esta virtud divina: es lo que acerca más a la pureza angélica, es decir, a la semejanza de Dios.

La pureza es el reflejo de Dios. La pureza en Dios es innata, porque Dios es Pureza. Dios es un cristal sin mancha, y nada menos que en esta transparencia divina se ve reflejada la imagen de la Trinidad beatísima.

Dios es Luz; es claridad; Dios es limpieza. La esencia de Dios es, repito, la Pureza, porque la Pureza es la esencia de la Luz, de la limpieza. En donde hay Pureza ahí está el reflejo de Dios, es decir, la santidad.

De este foco de eterna Pureza, Dios, brota la Luz, la Claridad, la Limpieza angélica: y no brota la Pureza de la Luz, sino la Luz de la Pureza. Por esto en las almas puras se encuentra la Luz del Espíritu Santo.

Este conjunto de Luz, Santidad y Pureza, inseparables entre sí, representa a la Trinidad beatísima, una en tres y tres en una; Dios Padre, Santidad; Dios Hijo, abarcando a la Santísima Humanidad, pureza; Dios Espíritu Santo, Luz.

Que se estudie, y medite, y ponga en práctica esta purificación absoluta de todo afecto menos puro. ¿Qué deberá ser el Oasis para merecer ser el descanso de la misma Pureza? ¡Qué dignación la mía para el Oasis al descubrir los tesoros de Dios; los secretos altísimos en donde me gozo!

Jamás lo entenderán ni agradecerán bastante, pues ni todos los corazones humanos juntos son capaces de pagar con su gratitud una sola de mis gracias. ¡Si vieran cuánto Dios se goza en su Pureza eterna, infinita!

La Cruz ha sido y será siempre el asilo de la Pureza y su muralla o fortaleza.

Para esto se clavó en ella la misma Pureza, para comunicarle esta virtud celestial. Por lo tanto, los Religiosos y las Religiosas de la Cruz deben ser los Religiosos y Religiosas de la Pureza. Oigan bien y atiendan bien las almas del Oasis a esto que se acaba de decir, porque es oro. El Oasis es el Santuario escogido por Dios para la gran virtud de la Pureza.

La Pureza, cual reina, descuella majestuosamente entre todas las virtudes sus compañeras, y se reclina en mi corazón. La Pureza tiene una fragancia tan especial, que embalsama y comunica su aroma a todas las otras virtudes.

2. Castidad

La Castidad no es lo mismo que Pureza. La Castidad es Fruto del Espíritu Santo, que es la Pureza misma: como si la Pureza fuera un árbol, y la Castidad el fruto del árbol. Dios es Pureza, y Dios no es Castidad, sino que es el foco de Luz, la cual es la Pureza, y un rayo de esta Luz es la Castidad. La Virginidad es una cosa muy preciosa: es muy amada de mi Corazón. Procede también como la Castidad, del árbol santo de la Pureza.

La Virginidad es un fruto más rico que la Castidad, y procede del mismo foco de Pureza. La Virginidad que Yo más estimo es la del alma, a la cual acompañan otros dones y frutos de la Pureza.

Las virtudes son una emanación de mi Divinidad. Yo soy Eterno: pero se manifestaron las virtudes de una manera particular en la Persona del Verbo hecho carne; por lo mismo, no está mal el decir que en el Verbo Encarnado nacieron, y que en Él resplandecieron con más claridad unas virtudes que otras, no porque no las tenga todas completas, ya que las produce en grado como infinito, sino que amó y se abrazó con unas más que con otras, para enseñanza y bien de los hombres.

3. Inocencia

La inocencia es hija de la Pureza y hermana del Candor. La Limpieza y la Claridad constituyen su ser: se manifiesta en la Sencillez, en la Llaneza, en la Simplicidad y en la Franqueza. La Dulzura y la Bondad son su atmósfera; su apoyo, la Humildad profundísima; su desarrollo y total crecimiento se halla en el sacrificio y en el dolor; la Modestia es su fisonomía, la Paz su asiento, La Obediencia su descanso.

Todas las virtudes se acompañan a hacer la corte a la Inocencia.

Es ésta una virtud que arrastra al alma hacia su Dios, y a Dios hacia el alma purísima que la posee. La Inocencia no es sólo de los niños, los niños llevan la Inocencia impresa en su ser, mas no hablo Yo de esa Inocencia, aunque en parte, es la misma. Hay niños sin inocencia, y hay almas aunque pocas, que en la edad madura la conservan.

La Inocencia consiste en la limpieza total del alma. El alma pura es inocente; el alma purificada recobra la Inocencia, pero no es inocente: fue inocente; pues el que la recobra señal es que la perdió. Mas esta Inocencia no es como la moneda que se pierde y se vuelve a recobrar exactamente la misma que se perdió; porque la Inocencia que se pierde no se recobra ya como estaba antes de perderse, sino siempre es menos; se recobra mermada.

La Inocencia que no se pierde se conserva intacta, y es pura y limpia, santa y perfecta. Esta Inocencia perfecta es el escalón que generalmente lleva al alma a la unión divina, a un indisoluble apretamiento con la misma Inocencia, con el Foco eterno de Inmaculada Pureza. ¡Cuán hermosa es la Inocencia y cómo se recrea en ella la Trinidad Beatísima! Ella es el Nido escogido del Espíritu Santo, los ángeles la acompañan, los Santos la admiran, los hombres, en general, no la comprenden, ¡y Yo la amo!

¡Sus enemigos son tantos! Satanás tanto la odia cuanto la puede odiar su negro corazón, porque la Inocencia en todo su esplendor es María Santísima, la cual jamás, en lo más mínimo, la empañó; y Satanás a nadie odia tanto como a Santa María cuya planta bendita continuamente lo aplasta.

La Inocencia es la tierra más a propósito para formar el jardín de las virtudes. En la Inocencia crece sin dificultad el árbol santo de la Cruz. La Inocencia y el Sacrificio se unen con tal apretamiento, que nada es capaz de separarlos.

Esto quiero que sea el Oasis: Inocencia y Sacrificio, Amor y Dolor, Pureza y Crucifixión.

En la Inocencia pura, y en la Inocencia purificada quiero descansar; prefiero sin embargo la

Inocencia pura. La Inocencia se conserva entre las espinas, y se aja entre el placer y las comodidades.

La Inocencia unida a la Penitencia y a la Mortificación forman mi verdadero Descanso. Lo que no existe, o casi no existe es precisamente esto: la Inocencia y el Dolor y, ¿en dónde he de buscarlo, en dónde, sino en mi Oasis querido?

4. Candor

El Candor es una virtud angélica: nace de la Pureza, se alimenta de la Inocencia, y crece y se desarrolla y se fortalece con el Sacrificio. ¡Cuánto ama mi Corazón esa virtud bajada del cielo, de una manera especial, para Santa María!

En Santa María brilló el Candor de tal manera, que las miradas del Eterno Padre se complacían en aquella criatura salida de sus manos con todas las perfecciones.

En el Candor está la Sabiduría, porque en él está la Humildad. La atmósfera del Candor está en la Humildad.

Esta virtud del Candor es hermana, o está muy bien unida a la Sencillez y también a la Simplicidad; y pasa por el mundo desapercibida para el alma que la posee.

Esta virtud unida al Sacrificio, como no puede estar ni existir sino en una alma pura, es la que alcanza más gracias del cielo en favor de otras muchas almas.

El Candor cumple su misión sin conocerlo, y en la eternidad verá lo que en el tiempo no ve. El alma que conoce que tiene esta virtud la pierde, porque no existe sino en los corazones ciegos. Es tan pura la virtud del Candor, que el menor hálito de vanidad o de soberbia empaña su brillo y limpieza. Se conserva en la oscuridad y debajo de la vidriera de la Discreción, de la Obediencia y del Dolor.

El Candor es hermano del Dolor, y cuando se encuentran ya no se separan jamás. Tienen entre sí en un alma una simpatía natural tan grande, que constantemente se atraen y siempre caminan unidos. Feliz el alma que lleva consigo tan hermosos compañeros: ella será dichosa eternamente.

Amo Yo mucho a una alma pura y crucificada. El Candor es mi descanso y el Dolor mi delicia. Esto quiero que sea mi Oasis: Candor y Dolor.

Voy a hablar del Dolor: de este Dolor que quiero hacer reinar en el mundo materializado y vano. Quiero Dolor: tengo sed de Sacrificio, de Abnegación, de Correspondencia, de Fidelidad, de Vencimiento, de Pureza, de Obediencia, de Sencillez y de otras muchas virtudes que están arrinconadas y no se practican. ¡Ay!, ¡el mundo se olvida de las virtudes! Ellas no existen con la solidez de las que he explicado, y sin embargo, deben existir. El mundo duerme en el profundo letargo del engaño más lamentable.

Las almas se pierden, precipitándose a su eterna perdición, porque no hay en ellas Sacrificio.

El Dolor es el preservativo del infierno.

La Cruz con mi Corazón doloroso salvará al mundo: es la llave del Paraíso.

¡Se pierde el mundo porque no hay Candor, no hay Dolor en las almas! La Pureza y la Cruz son su salvación, y serán la única barrera que, en la precipitada corriente de sus vicios, lo detenga y salve. ¡Ay del mundo sin mi Corazón y sin la Cruz, sin la Pureza y sin el Dolor! Amen y sufran: es necesario que las almas amen, pero en el Dolor; es necesario que la Cruz se extienda por toda la tierra y traiga a todas las naciones a mi Corazón, es necesario que la Cruz y mi Corazón detengan el cataclismo que se cierne sobre el mundo.

Quiero corazones puros y crucificados que aplaquen la divina Justicia, que el mundo venga a mi Corazón por el camino de la Cruz, por esto he presentado el Corazón en el centro de la Cruz, a fin de que comprendan que sólo subiendo por la Cruz se puede llegar a mi Corazón.

El reinado del dolor es indispensable en el mundo; pues que solamente por este camino lloverán gracias y se salvarán las almas.

Denme almas puras: pido almas crucificadas, ¡oren! ¡Oren!

Estos escritos, que son mi Palabra, despertarán a los corazones, en los cuales infundirán el amor activo con el espíritu de sacrificio.

Estos escritos me darán almas puras, y tendré Candor y tendré Dolor, y me gozaré entre las azucenas y las espinas.

Los enemigos del Candor son innumerables. Satanás no deja de acechar el Candor de mil modos, para hacerlo caer, o a lo menos para empañar su limpieza.

Las armas que más frecuentemente usa son: al amor mundano y la malicia.

El Candor es una de las virtudes que forman un cerco a mi Corazón divino, recreándolo con su perfume.

Santa María poseyó el Candor en toda su plenitud. El Escudo del Candor, el Refugio del mismo es la Eucaristía. ¡Qué hermosa virtud!

5. Limpieza de Corazón

La Limpieza de corazón es una virtud divina que nace de la Pureza; es hermana de la claridad de conciencia, y anida en las almas humildes y mortificadas. La Penitencia le da vida y desarrollo, haciendo crecer en el alma la sed de purificarse más y más, con el sólido fin de agradar a Dios.

Esta hermosa virtud es muy delicada, acerca más y más a Mí al alma que la posee. Es esta Limpieza de corazón un centinela que siempre está alerta a los toques del enemigo para rechazarlos.

En esta Limpieza del alma pura se refleja Dios.

¡Oh! ¡Qué bella es una alma limpia, que tiene en su fondo delineados los resplandores divinos, la Sacrosanta Imagen de la Santísima Trinidad! El Padre se recrea al mirarla, el hijo se enamora de ella al encontrarla, el Espíritu Santo la busca para poseerla.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Los limpios de corazón verán a Dios no sólo en la eternidad, sino también en el tiempo por medio de las inspiraciones, de los llamamientos, de las virtudes, del amor, de la unión y de otros modos con que Yo me comunico.

Los limpios de corazón sienten el contacto divino, el contacto de la Pureza; son los que escuchan mi voz, entienden mis sonrisas, se gozan en mis ternuras.

Los limpios de corazón enjugan las lágrimas del Amado, los que le conocen, y por El y sólo por El se sacrifican. Los limpios de corazón son los que tienen los oídos dispuestos, un recuerdo vivo del Amado, una voluntad pronta para ir tras Él, y suben lo mismo al Tabor que al Calvario, teniendo su voluntad fundida en la voluntad divina, sin otro fin que esa misma voluntad.

Mas, ¡cuán pocos son los corazones limpios! Esta es la razón porque hay tan pocas virtudes en el mundo. Las almas se sacuden. pero no se limpian desde el fondo, no arrancan de raíz los

vicios; se cubren con la superficialidad de actos piadosos, muchos de los cuales son pura vanidad. El vencimiento, la penitencia y la humillación no bajan al fondo de la mayor parte de las almas. ¡Cuán triste y lamentable es lo que pasa en el mundo y en los que se llaman míos y no lo son!

Se conforma un gran número de almas con la certeza de la virtud, con el nombre de ella, mas pocos van al fondo del sacrificio, a la verdadera Limpieza de corazón. Tiempo es ya de que el mundo despierte, y que ya entre a reinar la Virtud tal cual es, y que la Verdad brille en todo su esplendor celestial.

¡Guerra a Satanás, a la Mentira, al Vicio y a la Comodidad que es ahora la reina del mundo!

¡Venga la Cruz, venga el Dolor de derribar al demonio! La Cruz y el Dolor deben penetrar en los corazones para limpiarlos y santificarlos. Esto quiero, este es el remedio del mundo en sus últimos tiempos.

¡Cuán poca limpieza de corazón veo en el mundo! Yo quiero derramarme en gracias y no encuentro dignos receptáculos para guardarlas.

El arma cruel con que Satanás asesta sus golpes a la Limpieza de corazón es la de los escrúpulos. Levanta, ante la Limpieza de corazón, torres y castillos de polvareda y humo, con que la martiriza, entretiene, y a veces la bambolea.

Los recursos de esta virtud y sus apoyos están en la Obediencia ciega, en la Claridad y en la Humildad.

6. Claridad

La Claridad es un efecto de la Pureza: es la Claridad uno de los aspectos de la Pureza. Es la Claridad hija de la Luz, o sea hija del Espíritu Santo que es Luz. En esta luz divina se refleja el alma pura que la posee, la cual encuentra siempre manchas que limpiar.

Dios nunca da esta Claridad de espíritu sino a las almas puras. La Claridad anida solamente en los corazones limpios y cuando Dios obra en el alma, ésta contempla la verdad tal cual es, y ve entonces ante la claridad divina su nada, su bajeza, sus miserias, defectos, debilidades y fragilidades, colocado todo esto delante de la Omnipotencia, Hermosura, Bondad y Poder del mismo Dios.

El alma que tiene la gracia de la Claridad se conoce a sí misma, vislumbra a su Dios, y no puede ensoberbecerse, porque toca la realidad, está confirmada en gracia, o con altísimos grados de la misma gracia.

Esta Claridad es hermana o compañera de la Simplicidad y de la Sencillez, y acompaña muchas veces al Candor; es, sin embargo, una gracia distinta y Don del mismo Dios.

Pocas almas poseen la Claridad. Su apoyo es la humildad profundísima.

El alma que posee esta virtud se descubre con suma facilidad con el Director y consigo misma: no tiene ningún pliegue oculto, muestra y descubre sus manchas, lo mismo que sus perlas. Así como se ve el fondo de un lago cristalino y quieto, así sin dificultad se ve la profundidad lo mismo que la superficie del alma que posee esta especial virtud.

En el momento que cae en el alma aunque no sea sino la sombra del vicio o pasión, buena o mala, en seguida lo nota ella y también su Director. Esta virtud es una gran ventaja para los Directores, lo mismo que para las almas dirigidas. Esta virtud es una gracia especial que da Dios a quien le place; sin embargo, también se adquiere por medio de la humildad y del vencimiento amoroso.

El arma que emplea Satanás contra esta virtud que tantos triunfos alcanza sobre él, es la del

respeto humano.

También se vale de la Hipocresía y de la Doblez. La Claridad es una ayuda admirable para aventajar en la vida espiritual, porque hace percibir al espíritu sus variados y hasta sus más pequeños movimientos.

¿Saben quién ha rogado y a quién se le debe que mande Yo al mundo la luz de las virtudes para bien de las almas? Santa María; a María se le debe esta gran gracia de mi Misericordia. Agradézcanselo. ¡Cuánta gratitud deben tener a Santa María que tanto cuida y se interesa por las almas, y de una manera particular por las del Oasis! El Oasis que es y debe ser mi Descanso, no es otra cosa sino el vivir recreándose en las virtudes y dentro de ellas; el Oasis no es otra cosa sino el poseer las virtudes todas, en su flor y en su fruto; el Oasis es el armonioso y perfecto conjunto de todas las virtudes.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE PUREZA

1. Inmodestia

Quiero hablar de un espantoso vicio que repele mi Corazón y llena de almas el infierno, esto es, voy a hablar del nefando vicio contrario a la Pureza.

Ese vicio es hijo de la Soberbia. La Envidia y los Celos forman su corte favorita.

Ese vicio es una pasión dominadora y asquerosa que se apodera del alma, del cuerpo, de todos los sentidos y potencias de la criatura y de cada uno en particular, avasallándolos y comunicándoles su *emponzoñado veneno*.

Por el pecado contra la Pureza entra la Incredulidad. Es una pasión que ofusca la Fe en los corazones, quita la Esperanza y destruye la Caridad.

La Inmodestia aleja de Dios que es la misma Pureza. El Espíritu Santo jamás desciende ni siquiera se acerca ni mira, ni oye a las almas que no son puras; aún más, huye de ellas, retirándoles la gracia y la luz, y en su alejamiento quedan las almas en profundas oscuridades y espantosas tinieblas.

El vicio que más aleja al alma de Dios es el que es contrario a la pureza. Por lo mismo no es extraño, sino una consecuencia muy natural, que las almas que no son puras se hundan en pecados mortales y se revuelquen en el pestilente cieno de sus pasiones.

El vicio contrario a la pureza es un veneno tan activo para el alma, que, tocándola, la mata; aún más, su hábito corrupto inficiona, inocula y daña hasta quitar la vida, si no se toma pronto o no se aplica el antídoto que es el arrepentimiento y la humillación profunda, o sea la Cruz en todas sus formas.

Ese vicio es una fiera astuta y de tal naturaleza, que, para destruirla, se necesita que el mismo Dios le haga frente. La criatura debe huir de ese vicio como de la más temible serpiente, porque su sola mirada envenena y daña.

Ese vicio es una pasión vil, baja y rastrera, que degrada al hombre hasta convertirlo en bestia.

Lleva en su seno el funesto magnetismo de la vileza más infame y de la malicia más solapada.

Se oculta para morder y aparece para precipitar al alma en la desesperación.

Acudir a Santa María, la más pura de las criaturas, la Inmaculada y sin mancha, aleja del alma ese horrible vicio.

El germen de este mal nace en el hombre: hace presa del hombre, si éste antes no la sujeta por medio de los Sacramentos, Humillaciones y Dominio propio.

La Divina Eucaristía es el remedio infalible contra el horrible vicio de que hablamos, porque la Eucaristía contiene a la Pureza misma. Además, mi Sangre Preciosa engendra vírgenes y fortifica los corazones, limpiándolos e infundiéndoles luz y gracia.

El vicio opuesto a la Pureza es una gangrena que en un abrir y cerrar de ojos corrompe a los corazones más puros; tan rápido y dañino es el veneno que lleva consigo. Esta espantosa gangrena si no se corta inmediatamente que se siente su pegajoso contacto de terrible fuego, pronto quemará y formará incendios formidables en las almas, que sólo Yo puedo apagar con mis gracias extraordinarias, no bastando las comunes y ordinarias.

Ese vicio es, sobre toda ponderación, horrible, el cual lo mismo se cubre con las sedas que con el sayal.

El mundo está lleno de peligros de ese vicio horroroso. En los campos y en las ciudades; en los palacios y en las chozas, en todos los estados, clases, edades y condiciones, en más o menos escala, existen estos peligros.

Apenas despierta la razón cuando ya este vicio maldito se inicia en la criatura.

Rara, rarísima y muy escogida del Espíritu Santo es el alma que está libre de esta peste; y aún más rara la que no sólo está libre, sino la que siempre ha estado libre de ella. Esta es una señal muy clara de predestinación: porque el alma virgen, pura e inocente es nada menos que un reflejo del mismo Dios.

La Cruz es el antídoto contra ese vicio. El Dolor en todas sus formas, además de purificar el alma, lleva en sí mismo una virtud que libra a las almas de este vicio infernal. ¡Feliz el alma que se abraza de la Cruz! Ella será pura y mis ojos la buscarán para complacerme, y el Espíritu Santo derramará sobre ella abundantes gracias, y sus Frutos y sus Dones preciosos. ¡Oh feliz crucifixión la de la carne y del corazón! ¿Cuándo el mundo te comprenderá?

La Penitencia es el arma poderosa contra ese nefasto vicio. Es acto de cristianos y necesario para el que busca servir a Dios y salvarse, el doblegar a la naturaleza bajo el imperio de la razón y de la fe, quitándole toda demasía y desorden. Cuando la Inocencia se pierde, y se pierde por ese vicio, solamente la Penitencia puede suplirla. La hermosa virtud de la Penitencia es en estos casos muy grande y muy necesaria.

La Mortificación es el escudo contra los dardos de Satanás. Ese vicio terrible fabrica en las almas unos oídos dispuestos y muy finos con los cuales escuchan los cantos más secretos de esta sirena infernal. Para cerrar estos oídos se necesitan los cauterios de la Penitencia y de la Mortificación.

¡Oh! ¡Cuánto pudiera decir de este maldito vicio que tantos castigos ha traído al mundo!

El agua y el fuego vinieron del cielo a ahogar y a quemar tan formidable peste. El mundo en el diluvio y las ciudades nefandas fueron presa del castigo del Omnipotente. Muchos corazones debieran hoy, por la misma causa, quemarse y ahogarse; pero tengo una eternidad en donde quedará satisfecha la divina Justicia.

Mas no, no; mi Corazón se estremece: quiero perdonar; traigo el perdón al mundo en sus últimos tiempos por medio de mi Corazón y de mi Cruz. **La Cruz es la salvación del mundo**. Griten, y que esta voz resuene por toda la tierra, que el remedio de ese vicio es la Cruz, es el Dolor, santificado por mi Corazón en la Eucaristía Sacrosanta, en Santa María. Que lo entienda este mundo espiritual tan lamentablemente engañado y engañador, ya que entre los mismos pliegues de las virtudes se ocultan muchas veces este cenagoso vicio.

¡Cuántos y cuántos corazones comienzan bien y acaban mal! Los cariños que no llevan el contrapeso de muchos y muy grandes virtudes, ¡y esto es difícil a la naturaleza humana! Casi siempre, aunque sean espirituales, de cariños espirituales pasan a lo material. Todavía agrego más: que los cariños espirituales son los más dañosos y los que más secretamente me ofenden.

Las mujeres, y las personas que se dicen decentes, llevan también en su ser este vicio tan abominable, porque toda carne lleva el germen del pecado.

Todos los padecimientos físicos de mi Cuerpo, en mi Pasión dolorosa; los sufrimientos en su mayor parte de mi Corazón en la agonía del Huerto, y en la Cruz, fueron solamente para expiar ese horrible pecado.

Con esto verás si es grande este vicio. Tanto sufrí y padecí cuanto fue necesario y cuanto era

la ofensa inmensa e infinita hecha a la Divinidad. Sólo el Hombre-Dios que es la Pureza misma, el Foco eterno de la Inmaculada Pureza, podía debidamente satisfacer a la Pureza ultrajada.

¡Qué abominable es ese horrendo vicio!

Existe en el mismo Infierno un fuego especial para castigarlo.

No sólo reside ese vicio en el cuerpo, sino también en el corazón, por esto es tan funesto. El corazón comunica ese veneno al cuerpo y no éste a aquél. El alma que no es pura, toda es asquerosa. Hasta la atmósfera que respira está llena de miasmas corrompidos y pútridos que la envenenan más y más.

Este vicio se coloca siempre sobre una pendiente tan empinada, que precipita generalmente hasta el infierno a la desgraciada alma de la cual hace su presa; ¡nada es capaz de detenerla!

Este vicio universal que odio cuanto es capaz de odiar mi infinita Pureza, causa una de las más dolorosas y profundas penas que sufre mi Corazón.

Ninguna alma que no es pura puede conocerme, y mucho menos puede amarme. Ninguna de esas desgraciadas almas puede acercarse a Mí, si antes no se limpia con el agua de la contrición, y eso, ni en el tiempo, ni en la eternidad. Mis ojos jamás se posan en una alma que no es pura. Lejos de Mí todo lo manchado; ya que soy el Dios de Luz, el Dios de Claridad, de Limpieza y de inmaculada Pureza. Mi voz nunca jamás penetra en los oídos que Satanás ha dispuesto para escucharle. Yo mismo soy el antagonista de la Impureza. Al corazón manchado yo no bajo. Me bajan ¡oh dolor!, las manos sacrílegas de los que pasan por míos; y también me reciben los pechos enlodados y traidores. Aquí tienen mi Pasión cotidiana, la que me hace sufrir y penar incomprensiblemente más, en el sentido místico, que la del Calvario. En el Calvario me crucificaron sólo una vez; ¡y aquí tantas! Era entonces feliz con el duro contacto de los clavos, de la Cruz; mas el contacto del Cuerpo Virginal con el contacto de los corazones impuros, ¡ay!, es el mayor suplicio para mi virginal Pureza. Todos los días ¡y cuántas veces al día!, se me sacrifica de este modo y..., ¡sólo los clavos del amor me obligan a semejantes penas! Este punto de los sacrilegios casi pasa desapercibido para todos los cristianos que me aman; y sin embargo, debiera ser el punto capital de sus expiaciones.

¡Oh qué dolor es este de estrecharme de tan íntima manera con lo que más odio, rechazo y me repugna! Y permito todo esto porque ama a este infame mundo que me arroja en su inmundo lodazal, y me estruja y me pisotea.

Estos escritos que son míos y muy míos, y que tienen un fin que sólo Yo sé para la santificación de muchas almas, me darán mucha gloria.

2. Sensualidad

La Sensualidad desenfrenada lleva en su seno, como la víbora, todas las cualidades del vicio contrario a la Pureza; lleva a la Oscuridad, a la Ofuscación, a la Ira, a la Gula, a la Bajeza, Vileza, Falsedad y todas las pasiones más rastreras y degradantes. Esta pasión volcánica lleva dentro de sí el mismo fuego del infierno que abrasa las almas para su eterna perdición: en ella se encuentran concentrados todos los vicios con funestas consecuencias.

Quiero que la Pureza haga competencia a este vicio terrible y feroz, salido del Averno. Por esto pido Pureza, Pureza.

Quiere Pureza su inmaculado Jesús: quiere Candor, Inocencia, Pudor. Por eso han sido dadas a la luz las Virtudes, para que el mundo entienda la Limpieza de corazón; pues nadie se salva sin ella.

El Dolor desterrará a los vicios nefandos, los cuales abarcan un inmenso campo; y no hay contrapeso para tan estupendos males del mundo sino la Cruz y sólo la Cruz.

Que se predique a los culpables la Cruz: este santo leño, Yo lo prometo, consumirá sus pecados y les devolverá arrepentidos y humillados hacia mi Corazón.

Los Oasis son el contrapeso de la Impureza. ¡Ay!, ¡parece que es muy poco contrapeso para tan gran mal! Pero crecerán y me consolarán, y formarán mi descanso.

El vicio opuesto a la Pureza lleva en su sangre la Soberbia y es inseparable de ella.

Estos dos enormes vicios son las dos grandes palancas de Satanás para la perdición eterna de las almas.

En donde hay Soberbia, si no hay el vicio malo, no tardará en haberlo, y en donde hay ese vicio horrible la Soberbia existe en un grado muy alto. Estos nefandos vicios se dan la mano y respiran el mismo aire. El alma que huye del uno se libra del otro; y si se entrega a uno, pronto se verá poseída del otro.

Esas pasiones desenfrenadas y malditas, jamás entran en el corazón humilde y crucificado: pueden rodearlo, más nunca vencerlo ni llegar a poseerlo.

La Humildad es el pararrayos de esos horribles vicios, en la Humildad se deshacen todas las maquinaciones de Satanás, como el humo que se lleva el viento.

La Sensualidad es como el complemento de casi todos los vicios y los abraza en su mayor parte. Es hija de Satanás y lleva en su mismo ser la Molicie, Inmodestia, Pereza y Gula. Estos vicios son como la sangre que corre por sus venas.

La Sensualidad lleva la Avaricia, la Envidia y la Soberbia como a latidos de su corazón. El vicio horrendo es como su corazón mismo, pues la Sensualidad casi no existe sin él.

En la Sensualidad hay un conjunto de vicios y defectos a cual más odioso y emponzoñado. La sensualidad llena al mundo y corrompe a las sociedades en todas sus diferentes clases, pero se alberga con preferencia en las alturas de empinados rangos. Hace su nido en los corazones soberbios, y como desgraciadamente hay corazones soberbios en todos los estados, también baja hasta ahí el emponzoñado aliento de la Sensualidad.

En la Sensualidad se concretan todos los vicios que acompañan a la Pereza, es decir, la Ociosidad, el Fastidio, el Cansancio, el Desaliento, la Delicadeza, la Comodidad y la Molicie: todos son dignos de la corte de semejante reina que detesto. ¡Cuánta Sensualidad infesta al mundo infame y al mundo espiritual! ¡Si les enseñara a los millones de corazones que viven y mueren envueltos en ella, se morirían de espanto y de horror!

La Sensualidad, en su impetuosa corriente, arrolla los corazones y las voluntades. ¡Desgraciada del alma que se precipita en ella! Si no se detiene, se perderá sin remedio.

La Sensualidad es el vicio capital que hoy reina en los corazones: su misión es alejar a éstos de Dios para perderlos eternamente.

El Mundo, el Demonio y la Carne, tienen en la Sensualidad su imperio y floreciente reinado.

En el corazón en el cual se encuentra la Sensualidad, ahí está el Mundo, el vicio nefando y Satanás en más o menos escala, según el grado de posesión que la desgraciada alma tenga de Sensualidad.

El infierno está lleno de sensuales.

Todos los sentidos del hombre reinan en el sensual, alejando totalmente al Espíritu Santo, el cual sólo descansa en las almas puras y crucificadas.

La Sensualidad se manifiesta con el desenfrenado uso de los sentidos. ¡Ay del hombre que

lejos de ponerlos a raya les da rienda suelta, satisfaciendo todos sus apetitos! ¡Ay de él, repito, porque camina a su perdición eterna!

Los sentidos son las puertas por donde el pecado se precipita y absorbe el alma infeliz que no las tiene cerradas con los candados de la Mortificación y de la Penitencia.

Cuando estos sentidos dominan al espíritu, trayendo con esto el desorden más lamentable en que puede caer, el alma está en gravísimo peligro de condenación, porque estos desenfrenados apetitos la ciegan y la arrastran, la empujan y la hacen precipitarse de pecado en pecado, sin que haya un dique capaz de detenerla en sus caídas.

Cuando los sentidos no están sujetos a la razón o a la voluntad, son para el alma espadas mortales.

Cuando imperan en el hombre y lo esclavizan, y las pasiones que estos sentidos despiertan toman gran incremento, entonces la gracia debe ser muy poderosa para que detenga a este caudaloso río sin cauce, el cual arrastra al alma hacia el infierno.

Cuando los sentidos no se ponen a raya, cuando no se emplean según el fin santo para que fueron criados, es decir, para mi alabanza y servicio, para crucificármelos en holocausto de suavidad, para ofrecerme el incienso de su mortificación, sino al contrario, atizando su sensualidad con mil medios que a cada paso el hombre encuentra en su camino, cuando se les da rienda suelta, sin sujetarlos, entonces estos sentidos serán, óiganlo, la ruina de las almas.

¡Ya lo es y de cuántas! Hoy se vive de los sentidos. ¡Horror! ¡Mi Corazón se lastima con tan gran desorden! Grita que debe reinar el Dolor en la vida del hombre: que lo debe buscar como su más precioso tesoro. ¡Las almas necesitan conocer la Cruz y abrazarse de ella! Que por fin el espíritu domine ya a esa sensualidad nefanda que inunda al mundo, aún espiritual.

Aborrezco infinitamente a la Sensualidad, la cual ha postergado la Cruz, y hecho brillar su reinado.

No, no: tiempo es ya de que el mundo despierte, de que las pasiones se refrenen, de que los sentidos mueran al pecado y me sirvan.

La Cruz trae todos estos bienes. Ella y sólo ella es el antídoto, el remedio y el preservativo de tan inmenso y universal mal. La Cruz, el Dolor y el Sacrificio vienen a derrocar tan gigantesca serpiente.

Quiero almas que vivan del espíritu y no de los sentidos: quiero que la crucifixión propia ponga el dique al desbordado mar del sensualismo actual. Quiero que el Espíritu Santo tenga su reinado en los corazones; pero esto no puede efectuarse mientras los sentidos imperen.

3. Malicia

Malicia, maldad, malignidad, es una inclinación al mal, más ordinariamente a todo lo opuesto a la Pureza.

La Malicia es hija predilecta de la Incontinencia, y lleva en sus venas la sangre del vicio nefando. Es una peste universal que odio y aborrezco tanto como soy capaz, es decir, infinitamente; ¡ay!, ¡y cuántos estragos hace en los corazones, y cómo en un instante les arrebata lo que tienen de más amable para Mí, que es el Candor, el Pudor y la Inocencia!

De los vicios desenfrenados se pueden librar muchas almas; pero de la vil y rastrera Malicia ¡cuán pocas! ¡Cuán pocas! Y sin embargo, ella mata al alma y en un instante la hace digna de un infierno eterno.

La Malicia es una serpiente secreta que lleva el hombre oculta en su mismo ser: ella a veces se desarrolla primero que él, y es precoz que a veces se encuentra madura ¡ay!, incluso en el

corazón del niño.

La Malicia hace en el mundo estragos y conduce a millones de pecados.

La Malicia se infiltra en las potencias y en cada uno de los sentidos en particular, torciendo todo lo recto y santo que Yo en ellos puse cuando crié (creé) al hombre, trota sus operaciones de puras y dignas de premio, en asquerosas y merecedoras de terribles castigos.

La Malicia puede mezclarse y se mezcla con una frecuencia que sólo Yo sé, y lamento, en todos los actos de la criatura, en todos sus movimientos y acciones exteriores y en lo espiritual.

La Malicia huye de la Cruz y huye de Santa María.

La Malicia es refractaria a toda luz, porque tiene su nido en la negra oscuridad del pecado, y la cruz es Luz y María es Claridad y Candor y Pureza, y la más pudorosa e inocente criatura; la cual por estos títulos fue escogida para aplastar a la vil serpiente de la Malicia infernal.

Mas si esta Malicia nace en el hombre o está vinculada en su mismo ser, ¿qué culpa tiene el hombre? La culpa viene con el pecado, o desde el pecado de Adán, con el cual entró la Malicia al mundo, y desde entonces lleva la humanidad el germen del pecado, que es el Original, con el cual nace la tendencia o inclinación al mal.

Se apartó Adán del Orden y legó a su posteridad el Desorden.

El germen del mal nace con el hombre, pero el hombre tiene a su alcance toda clase de gracias para combatirlo; y el hombre culpable, en vez de huir del pecado y de las ocasiones del mismo, se abraza libremente al pecado y sus ocasiones, apartándose de Mí con todo conocimiento y voluntad.

Es verdad que el hombre lleva en su ser la carga o inclinación al mal, pero también lleva en su mismo ser la idea clara de un Ser sobrenatural que tiene en sus manos el castigo para el mal y el premio para el bien. Además, he puesto esto mismo como instinto en el corazón humano, y existe también en los salvajes que no tienen idea de la Religión.

Toda malicia es culpable porque desde el momento que en el corazón hay malicia, hay culpa. Hablo de esta especie de la Malicia contra la pureza, de la cual voy tratando.

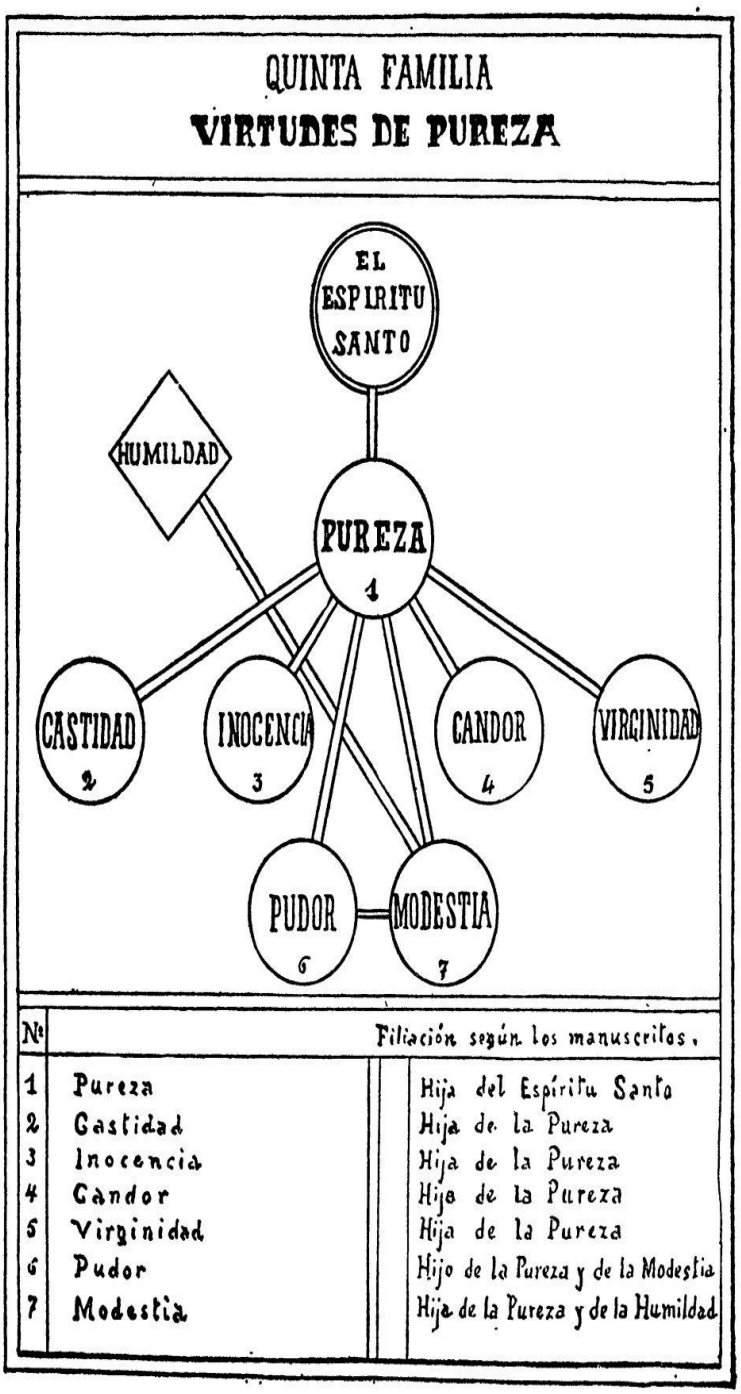
Existe otra clase de Malicia que llega a ser cualidad y hasta virtud, la cual evita muchos males y siempre es compañera de la Prudencia. Esta clase de Malicia hasta es necesaria en muchos casos de la vida, y sobre todo para los que llevan en sus hombros el cargo de gobernar a otros. Esta clase de Malicia se junta muy bien con la Pureza y Castidad, con la Inocencia y el Candor.

REMEDIOS A ESTOS HORRIBLES VICIOS

Estos horribles vicios duelen a mi Corazón tan puro cuanto bondadoso: y quiero indicar el remedio para curar el alma. ¿Sabes cuál es? El sacrificio constante de las almas puras, para arrancar especiales gracias, las cuales vengan a romper el hielo de los corazones voluptuosos. Solamente la oración y el Sacrificio pueden contener y poner un dique al torrente desbordado de la Voluptuosidad.

Solamente se puede conseguir una total reacción, como la necesita el mundo actual, de la Voluptuosidad, haciendo que reine la Modestia, el Pudor, el hermosísimo Candor, la Inocencia, y Pureza; por estos medios espirituales de la Oración y del Sacrificio de las almas puras y por la sólida práctica de las virtudes y destrucción de los vicios.

¡*Felices las almas que cual víctimas inocentes, unidas a la gran Víctima, se ofrezcan generosas a expiar los pecados del prójimo y a detener las iras del Omnipotente*! *Dichosas también las almas que apartándose de estos funestos e infernales vicios, comiencen una vida pura y santa, ayudándose para esto de la Firmeza, Energía y Dominio propio; de la Humildad y Confianza en mi gran Misericordia*.



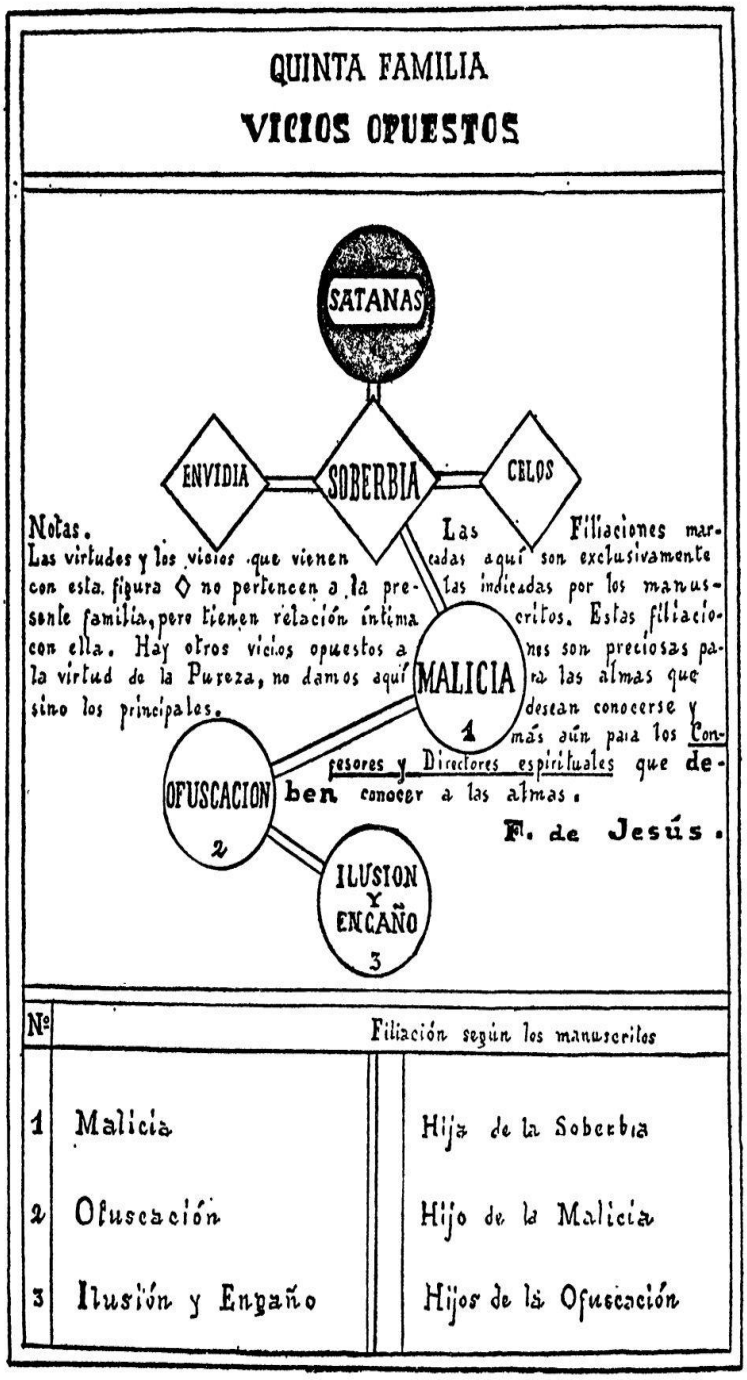


figura 5
QUINTA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes de Pureza** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

SEXTA FAMILIA

VIRTUDES DE CARIDAD

1. Caridad

"Dios es Caridad" (Amor). 1 Jn 4, 8.

"Y nosotros hemos creído en el amor que nos tiene, porque Dios es caridad y el que permanece en la caridad, permanece en Dios". 1 Jn 4, 16.

"Debéis, en el Espíritu Santo, ayudaros mutuamente". Ga 5, 16.

2. Liberalidad

La Liberalidad es un fruto que da el Espíritu Santo a las almas humildes; pero la Liberalidad santa, de la cual hablo, es bien ordenada y totalmente ligada con la virtud de la Prudencia, de quien es inseparable, por existir entre ellas una singular unión.

3. Consejo

El Consejo es hijo del Celo y de la Caridad del prójimo, derivada o producida en el alma por el amor de Dios. Cuando el amor de Dios posee a una alma, produce en ella la Caridad del prójimo, y dentro de esta Caridad produce muchas virtudes en favor de las almas. El Celo entonces es como el Padre y esta Caridad la Madre. De este Matrimonio santo proceden todas las Obras de Misericordia corporales y espirituales, descollando en hermosura y valor unas más que otras, aunque todas son dignas de mi aprecio y merecimientos o premios.

El Consejo, pues, es una Obra de Misericordia, además de ser virtud, lo mismo que el Perdón, en todas sus fases.

Los buenos Consejos son perlas divinas que se regalan al prójimo para su bien. Pero los Consejos espirituales no tienen precio si brotan de un corazón puro y prudente. Necesitan salir para que tengan valor y fructifiquen, repito, de un corazón puro, es decir, lleno de Amor y lleno de virtudes sólidas: todo lo cual trae la Pureza en un alma limpia. Necesitan también salir de un corazón prudente, es decir, que no se incline a nada que no sea recto y ordenado; y esto con aquel peso de gravedad que trae consigo la hermosa virtud de la Prudencia. Estos son los dos ejes sobre los cuales deben girar los buenos consejos para bien de la almas y gloria de Dios.

De estos Consejos santos debieran estar llenos los Confesonarios y las conversaciones espirituales; es decir, debieran ser consejos salidos del alma pura, con prudencia y sin fatuidad ni de envoltura, dichos con santa moderación y humildad sencilla y franca, buscando sólo el bien de los otros.

Los ministros Míos debieran llevar en su seno esta santa y fecunda semilla. Ellos más que nadie tienen obligación, y muy sagrada ante Mí, de esparcirla, en los corazones de los fieles, en todo tiempo y ocasión, de día y de noche, oportuna e inoportunamente, aunque con la inseparable virtud de la Prudencia y Pureza de alma, de cuerpo y de intención. ¡Oh, si así con estas condiciones que Yo pongo se practicara esta virtud y Obra de Misericordia espiritual perfecta! ¡Cuántos males, infinitos casi, se evitarían! ¡Y cuántos bienes también casi infinitos se

derramarían en este mundo de almas hundidas por la desesperación, por la lucha, por sus vicios, y pecados y miserias y circunstancias especiales y terribles, por las que muchas veces atraviesan! ¡Ay!, (continúa el Señor conmovido y apenado), ¡cuántas y cuántas almas se pierden por la falta de un buen Consejo! Y mis Ministros duermen, dejando el campo de mis cosechas a Satanás. Es indecible e incomprensible lo que sobre este punto lamentable pasa en cada momento y a todas horas en el mundo. Yo sé cómo el infierno se llena de almas desgraciadas que no tuvieron entre los cristianos mismos quien les diera un buen consejo que quizá las hubiera detenido en el camino de la perdición.

El buen Consejo tiene un enemigo antagonista, que es el mal Consejo. Y así como el bueno y que procede del Espíritu Santo, hace tanto bien, así los estragos que el malo en su escala hace a las almas, son espantosos.

El mal Consejo descubierto y atrevido, el cual hace mucho daño, es un enemigo formidable: pero existe otro mucho más nocivo, el cual cubierto con la capa de la Hipocresía, se traga a las almas incautas y vanas. Los enemigos del alma que combate el Buen Consejo son: la Presunción, la Fatuidad, el Amor propio y la Soberbia. Su apoyo único y salvación es la propia desconfianza, o sea la profunda Humildad. El fin único que debe guiarlo es el bien de las almas, por puro Amor de Dios.

4. Limosna

La Limosna Espiritual es hija del Celo y hermana gemela del Consejo; lleva consigo todas las cualidades del Consejo y también sus escollos y tropiezos.

La Limosna Espiritual perfecta se asemeja a la Caridad, y consiste en una comunicación de riquezas espirituales para con el alma que no las tiene; es un dar espiritualmente el alma pura y prudente de lo que tiene recibido, al alma que no tiene. Pero como nadie da lo que no tiene, y para tener se necesita hacerse digno de recibir, el alma que quiere practicar esta Obra de Misericordia necesita trabajar primero en la propia santificación para atesorar las riquezas que después ha de regalar y comunicar.

La limosna es una moneda de infinito valor, con la cual se compra el cielo; pero necesita también esta Obra de Misericordia sus condiciones para ser meritoria ante mis divinos ojos.

La Limosna necesita ser espontánea, oculta y sobrenatural; espontánea, esto es, que nazca del corazón y no obligada por los respetos humanos, o envenenada con otros fines no rectos y santos; oculta, y mientras más oculta a las miradas y alabanzas humanas y a toda vanidad, mejor, porque esta ponzoña la desvirtúa, pagando el mundo con tierra lo que debiera Yo pagar con cielo; y sobrenatural quiere decir que el hombre debe sobrenaturalizar el acto natural, practicando esta virtud con el solo fin de agradarme a Mí, y tomando al pobre, al triste y al desvalido corno la fiel imagen de Mí mismo, más aún: como mi misma Persona.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia, recibiendo centuplicada la recompensa del menor acto que hagan por el pobre.

¡Feliz el alma que en su carrera por el mundo practica las Obras de Misericordia! Ella atesora eternas riquezas que en el cielo encontrarán entre las Misericordias Mías. Mas no sólo el premio con que galardono a los misericordiosos es para allí, sino aun en esta vida los lleno de bienes espirituales y aun temporales.

La Misericordia es una virtud muy alta que en su seno lleva la Caridad del prójimo, emanando del mismo Dios, que es Caridad inagotable de infinitas misericordias.

Dios es Caridad; Dios es Misericordia. El alma misericordiosa que toma como suyas todas las dolencias del prójimo, en el orden material y espiritual puede con verdad decir que lleva en su ser una parte de mi Substancia o Ser divino que misericordiosamente le he comunicado; lleva en sí un signo de predestinación, porque los misericordiosos alcanzarán misericordia. Mas en cuanto es más el espíritu que la materia, tanto más vale la limosna espiritual que la material,

aunque ambas son muy amadas de mi Corazón divino.

Todos pueden practicar la limosna espiritual, en más o menos escala; la material no está al alcance de muchos.

La Limosna perfecta material no está en dar dinero u objetos materiales, sino en la manera de dar este dinero u objetos.

La Limosna Espiritual tiene muchísimas formas y medios con que se practica. Muchas virtudes se ponen en juego al practicar esta Limosna. La Dulzura, la Paciencia, la Amabilidad y el Amor e Interés santo son sus inseparables compañeros. Con estas virtudes sublimes se derrama ocultamente el bálsamo del consuelo en las almas doloridas.

La Limosna Espiritual Perfecta consiste en un darse interiormente al prójimo, por la Oración y por el Consejo santo, aliviando sus penas y tomándolas como propias.

La Limosna de la Oración es muy alta y sublime, y la que ejecutan con fruto por los pecadores y por los necesitados de todo género es la Limosna mayor y más santa.

5. Consuelo

El Consuelo es hijo también del Celo y de la Caridad del prójimo. Es otra especie de Limosna Espiritual para el triste que sufre y padece. Siempre se acompaña de la Bondad y Benignidad. Es una virtud muy alta que toca o ejerce su misión más directamente para con el alma, aunque también el cuerpo recibe o puede recibir su influencia.

Al Consuelo Espiritual Perfecto no lo detiene en su carrera el respeto humano, sino que yendo directamente a aliviar la llaga del corazón que sufre, la descubre y la cura, derramando en ella el bálsamo santo del Consuelo Cristiano.

Acompaña siempre a este Consuelo Espiritual Perfecto: la Rectitud, la Sinceridad y la Franqueza. Este es el verdadero Consuelo que la Caridad del prójimo produce, y que al mismo tiempo que consuela, alivia y enseña.

La práctica de las Obras de Misericordia, sean corporales y espirituales, implica sacrificio; pero el Celo o Amor divino las ayuda e impulsa, al mismo tiempo que las suaviza y fortalece. Del sacrificio, sin embargo, procede todo fruto espiritual, y en él están fundados los Frutos del Espíritu Santo. Por esto verán si es rico el Dolor: pues de él dimana todo mérito que valoriza todas las Obras de Misericordia.

6. Enseñanza

Enseñar al que no sabe es una Obra de Misericordia de las mayores, y más aún tratándose de la vida espiritual.

Innumerables escollos existen en el camino de la vida del espíritu, y enormes despeñaderos. El valor de un guía que por tan intrincados laberintos conduzca al alma a puerto de salvación es inapreciable.

La vida espiritual tiene sus días y sus noches; sus tardes y sus mañanas; sus tempestades y sus calmas. Hay en ella nubes, relámpagos y truenos; obscuridades y brumas, neblinas y también un Sol esplendoroso. Tiene este peligrosísimo camino encrucijadas, montes, cimas y profundos abismos, en los cuales el alma que cae, pocas veces sale. Tiene rosas, abrojos y espinas. Hay dentro de él innumerables fieras dispuestas a devorar a las almas incautas y pretenciosas que osan cruzar por estas sendas sin llevar de la mano, o ir asidas a un santo y experimentado Director.

Nadie puede pasar este mar de la vida espiritual sin Piloto. Ningún alma llegará al Puerto sin

este Timón guiado por el Espíritu Santo. ¡Cuán pocos son los verdaderos directores espirituales que sacrificándose primero, saben después derramar las santas enseñanzas en las almas! Porque nadie da, repito, lo que no tiene; y para enseñar y guiar al que no sabe, necesita saber de antemano, y tener luz: pero luz divina y abundante gracia para iluminar el camino de las almas. Muy culpables son los Sacerdotes que no se ocupan como deben y en el grado que deben, en su propia santificación, para poder acertadamente guiar a las almas a puerto seguro de salvación. Más culpables son tratándose de una materia de vida interior y espiritual, ya que en la ignorancia culpable de muchos de mis Ministros se estrellan las almas, despreciándose los tesoros de gracia que en ellas ha puesto mi Bondad. Este es uno de los principales motivos porque hay tan poca vida interior y espiritual; pero, ¡ay de los que, por su causa, mis gracias y mis favores no fecundizan! Ellos un día me darán estrechísima cuenta. (*Continúa el Señor emocionado*). Los Directores tienen que ser sabios y santos: tienen que llevar en sí unas cualidades especiales de virtudes encumbradas para que puedan ser candeleros que iluminen y espejos en donde las almas miren y aprendan e imiten. Muy alta es la misión de los Directores de almas y muy estrecha la cuenta que algún día me darán. Necesitan sobre todo ser hombres de oración, cuyo elemento es en ellos indispensable y sin el cual serán nulos y de ningún valor. Tienen que llevar en su ser la Rectitud santa, la Prudencia suma y la Razón ilustrada por la Fe; no sólo una razón natural o simplemente intelectual, sino una razón basada en la ciencia, en el Consejo y en la Oración. Debe el Director ser purísimo en pensamientos, palabras y obras. Punto es este muy esencial e indispensable sobre todas las cosas. La Pureza debe ser su aliento y su vida. Sólo un Ángel es capaz de conducir al cielo, y Ángeles deben ser los Directores de las almas.

Debe ser el Director humildísimo en toda la extensión de sus pensamientos, palabras y obras. Debe distinguir perfectamente lo suyo de lo Mío, las fuerzas suyas y las Mías y así de todos mis atributos, comparándolos con su nada y debilidad. No debe ser ladrón de mi propia honra, atribuyéndose a sí lo que es puramente Mío, ya para sí propio o ya para las almas confiadas a sus desvelos y cuidados. Debe el Director ser mortificadísimo, penitente y sacrificado, dando a estas virtudes un lugar de especial preferencia para sí y para los otros, aunque con la debida prudencia. Debe poseer la Serenidad y el Reposo en su interior y en su exterior, debe ser dulce y aun amoroso en algunos casos no comunes ni ordinarios. Debe poseer una gran Pureza de intención. Debe ser Sincero, Franco y Sencillo, Claro y Llano, mas nunca familiar ni aseglarado. El orden y la obligación de cada alma en el estado en que está colocada, debe formar el punto de partida para la dirección espiritual.

Jamás el Respeto humano debe ni siquiera rozar, cuanto menos entrar en el corazón de un Director. La Paciencia debe formar la atmósfera que el Director respire. El amor de Dios activo debe incendiar el corazón de un Director santo. El Celo y la Caridad para con el prójimo deben ser sus brazos mismos con los cuales debe trabajar sin descanso hasta la muerte, y sólo por mi gloria y para mi mayor gloria.

La Mansedumbre y la Benignidad deben con frecuencia guiar sus actos.

El Director de almas debe ser una brújula, la cual constantemente apunte hacia mi Corazón y mi Cruz; y ésta es la Dirección que constantemente debe marcar a las almas si quiere llevarlas por el camino recto y seguro que conduce al cielo.

Muy delicado, santo y de gran responsabilidad es el papel que en el mundo ejercen los Directores espirituales. Importantísima es su misión y muy grande el premio que les espera, si la cumplen tal como deben cumplirla. La vida de los Directores debe estar concretada en el Sacrificio y la Oración. La ciencia humana debe ayudarlos, pero la ciencia espiritual debe iluminarlos y santificarlos.

Todas las virtudes sin excepción deben adornar y transformar sus corazones. Los Directores deben vivir y respirar dentro de la vida sobrenatural, sin perder por esto de vista el mundo y sus astucias, mas interiormente sobrenaturalizando todos sus actos, y no respirando, repito, sino Dios, Dios y siempre Dios. Este mismo Dios ha puesto en sus manos el campo de las almas y de las virtudes, para que sembrándolo levanten las cosechas y sus frutos para el cielo.

Este mundo espiritual rodeado a cada paso de enemigos, es infinitamente mayor que el mundo material. Un Director santo es como el Rey en este mundo espiritual y como tal debe regir, guiar y gobernar en cada estado, el cual lo constituye un alma.

Dichosos los Directores santos que cumplen en la tierra su misión de enseñar al que no sabe, encaminando las almas hacia el cielo.

Esta es la Obra por excelencia espiritual perfecta de enseñar al que no sabe. Muy escogidas son, sin embargo, las almas que Yo elijo para dirigir a otras. A éstas las lleno de gracias, luces y dones extraordinarios con este fin: mas, ¡ay del que arrincone los tesoros que en sus manos he puesto para el bien de las almas! Muy estrecha cuenta le pediré. En el orden temporal también es obra meritoria enseñar e instruir al que no sabe, pero se trata de enseñar bien y llevarlo a mi conocimiento; porque si no soy Yo el fin de toda instrucción, ésta es mala y de fatales consecuencias cuando se me ataca. Espantoso pecado que hace horribles estragos es el que se comete enseñando el mal. Miles de pecados se originan de éste; y las almas se pierden, ¡claro está!, cuando de Mí se alejan. ¡Ay!, (*Continúa el Señor conmovido*), al infierno bajan miles de almas por el pecado de escándalo.

Los que enseñan el mal son secuaces de Satanás, y el castigo que se les espera no es imaginable al humano entendimiento. Sólo Yo puedo medir el mal y los estragos terribles que hacen las malas doctrinas.

Pidan, oren, detengan la Justicia divina sobre el particular.

-Pero, ¿cómo Jesús?

- Oren y sacrifíquense.

Y mis Ministros duermen; y muy pocos hay que contrarrestan este veneno que inunda al mundo, emponzoñando a las almas.

La Cruz es la verdadera ciencia del cristiano. El. Dolor, sólo el Dolor puede salvar al mundo y oponerse a la impetuosa corriente de las almas que, arrastradas por el vicio, se desbordan al profundo abismo de su perdición.

7. Corrección

La Corrección es también hija del Celo y de la Caridad del prójimo. Para que la corrección surta el efecto que se pretende del bien del prójimo, necesita ser oportuna, partir de un corazón quieto, tranquilo, sin pasión y lleno de paz y de Amor de Dios. Debe llevar en esa mano la Prudencia y en otra la Justicia. La Razón debe guiar a la Corrección; y la acritud y la aspereza casi nunca deben aparecer en ella. La Rectitud es la compañera de la Corrección.

Esta virtud u Obra de Misericordia bien practicada, es de tanto mérito, que por ser escasa en el mundo, se producen lamentables e innumerables males.

La Corrección perfecta debe siempre ir precedida de la oración, y para que sea fructuosa partir de un corazón puro o purificado, humilde y reposado.

La Corrección es también una especie de Limosna y de las que alcanzan mayor mérito y más copioso fruto para la gloria de Dios.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE CARIDAD

1. Envidia

"La muerte se introdujo en el mundo por la envidia del diablo". Sb. 2, 24.

"Sabía (Pilato) que (Fariseos y Escribas) habían entregado (a Jesús) por envidia". Mt 27, 18.

La Envidia es también una peste universal que inficiona el mundo y a las almas, aun en la vida espiritual.

La Envidia es un horrible vicio que ciertamente pone a los corazones en una pendiente, que, si a tiempo no se detienen, se hundirán sin remedio.

La Envidia es una impetuosa corriente, la cual, si no se corta, arrastra a las almas hacia el mar embravecido de mil pasiones, cada una de las cuales es avasalladora y terrible. Si al principio no se frena este vicio y pasión de la Envidia, crece y se desarrolla y arrolla con todas las virtudes, matándolas en el alma.

La Envidia es una fiera desencadenada, la cual hay que atarla muy corto y a tiempo, si quieren evitarse las funestas consecuencias que trae al alma. La Envidia es una espada de dos filos que hace mal al envidioso y al envidiado.

La Envidia es hija de la Soberbia y en donde está la una se encuentra la otra, puesto que la hija es inseparable de la madre, ya que hay tal filiación entre Soberbia y la Envidia, que nunca en el corazón están separadas, sino siempre se encuentran juntas. Los más altos puestos casi siempre llevan las más grandes envidias. El primer crimen fue fruto de este horrible vicio. Abel fue la víctima de su hermano.

Muchas clases y colores tiene este vicio. Existen envidias sobre las riquezas, los honores, la hermosura, las preferencias; existen envidias espirituales y otras mil clases que sólo Yo puedo medir los males que en las almas hacen. Se encuentran a cada paso de la vida del hombre, mas en el corazón de la mujer, las envidias son más arraigadas y frecuentes.

La Envidia es un corrosivo que llega al alma y a veces de una manera incurable. La Envidia es horrible y dimana de la Soberbia, como el agua de la fuente, como el calor del fuego. Es la Envidia una emanación natural de la Reina de los vicios, la Soberbia.

Odioso es el espantoso vicio de la Envidia, la cual se encuentra también en todos los corazones y en todos los estados y condiciones, y mientras más alto y encumbrado es el puesto, repito, más alta es también la Envidia que en el alma despierta. Esto, a primera vista, parece una anomalía, y sin embargo, es una realidad. Los altos puestos y honores y riquezas, lejos de llenar y satisfacer el corazón humano, despiertan en él las envidias y la ambición, y crece el hambre y la sed juntamente con la Envidia de la insaciable Avaricia, llenando al alma del vacío desesperante y vano de un algo que forma su desgracia. El envidioso nunca es feliz, porque la felicidad está basada en la paz que no existe en el corazón del envidioso.

El mayor aliciente para este vicio se encuentra en las dignidades.

El pobre y humilde de corazón es el único que se ve libre de ella.

Hay también Envidia común y ordinaria, espiritual y espiritual perfecta. La común y ordinaria es la que corre por el mundo, y que todos los ojos ven y pueden ver. La espiritual es de más potencia y peligro para el alma que la lleva consigo; porque también se oculta como la Soberbia, en los pliegues más secretos del corazón y raras veces salen fuera. La Soberbia hace ocultar, en los que se llaman espirituales, esta dañosa culebra que llevan dentro, haciéndoles temer que se desdorarán si se descubren.

¡Cuánta secreta podredumbre existe en el fondo de miles de corazones que se llaman míos, y a tal grado crece la Soberbia convertida en respeto humano en estas almas, que muchas mueren antes de enseñar la ponzoña que llevan en sus corazones!

Muchos sacrilegios se cometen, y ¡ay!, por los que se llaman Míos, ocultando y paliando en sus confesiones el maldito vicio de la Envidia que las roe y quita la tranquilidad, y la Paz. Es un enemigo, repito, que roe los corazones, minándolos, para muchos y tremendos males, engendrando dentro del corazón odios y malas voluntades.

¡Cuántas lágrimas de rabia y desesperación y de indecible pena arranca esta miserable Envidia en las cuales Satanás se complace!

Es la Envidia la destructora de la Caridad fraterna y el veneno que inocula en el alma sin que ésta lo sienta; tan solapada se manifiesta algunas veces.

La Envidia se sabe también disfrazar con una Hipocresía traidora, siendo incontables los daños espirituales que hace.

Con mucha dificultad se extirpa este vicio, ya que se opone totalmente a mi Ser, que es todo darse y comunicarse, es decir, que todo es Caridad. Además, toda alma que la lleve consigo sin hacerle guerra, se encontrará muy lejos de Mí.

La Envidia no respeta ni a los que se llaman míos: antes, al contrario, ellos son su codiciado manjar. En las Religiones tiene su cetro favorito y en los espirituales su más apetecida cosecha. Un gran número de almas desean tener lo que poseen otras, no pensando que Yo reparto mis dolores como me place y mejor conviene para bien y salvación de las mismas.

La Envidia espiritual perfecta todavía es más fina, y consiste en una interior pena por atesorar lo de otras almas, con la falsa capa de la santa imitación, y de no desperdiciar los Dones del Señor, que ven en otros corazones que creen menos dispuestos que los suyos. Esta Envidia es un secreto y muy interno reproche de Mí mismo, ya que se creen, en su misma dignidad superiores a las almas favorecidas. Esta es una secreta falsedad y finísima Envidia, perfecta y bien dorada. La pena secreta de los favores extraordinarios de otras almas, el pensamiento, aunque ocultísimo de poseer sus mismas cualidades, y aún más relevantes prendas, causan la Envidia espiritual perfecta. Esta envidia es el más activo veneno para el alma que la lleva consigo, y la que se interpone entre el espíritu y Dios. El polvo que lleva la Envidia es tan sutil, que luego empaña la imagen de Dios en el alma pura, y la priva de la comunicación divina. Esta terrible, aunque secreta tempestad causa en el espíritu tal ruido, que aturde al alma y cierra sus oídos a todas las inspiraciones del Espíritu Santo.

El único remedio para la Envidia es con la Energía, con la Entereza, con la Constancia y Dominio propio cortar de raíz todo levantamiento interno de esta pasión devoradora. Aún más, el remedio es adelantarse a hacer el bien, alabando con todo el corazón y siempre, buscando para esto las ocasiones de alabar a aquel que es objeto y causa de tal revolución en el alma. Esto, y de una manera especial la oración y aún el ofrecer sacrificios a Mí por la persona o alma envidiada, es la mejor manera para desterrar del corazón y curar las llagas de la Envidia. El alma valiente y esforzada que esto hace, inclina hacia ella la Fortaleza divina, y Yo le prometo que más o menos tarde triunfará, recibiendo además la corona de su victoria. Se tiene que poner en juego a la Humildad para derrocar a esta pasión de la Envidia; mas debe ser una humildad enérgica, con toda la fuerza de su poder y toda la profundidad de su abajamiento.

¡Ah! (*Dice el Señor con una voz de angustiosa pena*), en la vida espiritual corre la secreta envidia como moneda corriente: en las Religiones absorbe a muchas almas en su seno, y en el mundo es el pan cotidiano.

Calumnia

La Calumnia nace de la Murmuración y de la Soberbia.

El Orgullo o el Amor propio herido la produce alimentando a tan horrible monstruo la Murmuración, su madre.

La Calumnia no va solamente contra la Caridad, manchándola, sino que le da la muerte.

Es la Calumnia un lodo que mancha cuanto toca: es como el aceite, que aunque se limpie, queda la mancha.

Consiste la Calumnia en el falso denigramiento del prójimo, en cualquier forma que ésta sea. Podrá ser en materia más o menos grave: sobre honra y fama, pública o privada y aun podrá estar solamente dentro del corazón del hombre, pero siempre es Calumnia lo que falsamente denigra al prójimo.

De la Murmuración a la Calumnia hay un solo paso. La Murmuración consiste propiamente en criticar los hechos y dichos ajenos; mas tan fácil es el exagerarlos, y aun pasar a la Mentira, calumniando, que verdaderamente no ya un paso, sino solamente una línea separa la Calumnia de la Murmuración.

La Murmuración no solamente hace que el murmurador se exceda, sino que, hiriendo los oídos de los otros, levanta en ellos tempestades horribles, y aun enciende el fuego de la cólera y de la Ira, resultando muchas veces de este desorden el desbordamiento de las pasiones y las calumnias contra el prójimo.

Jamás se debe descubrir al infamado la persona que lo infamó, a no ser en casos especiales de mayores daños, en que la Prudencia y la Caridad aconsejan lo contrario.

Este punto del amor al prójimo es muy delicado; y la Calumnia es un falso testimonio terrible que quebranta mis leyes atrayendo grandes castigos. ¡Ay del calumniador! ¡Ay del que esparza por el mundo la fama de su hermano denigrándola! ¡Ay del miserable que herido por alguna pasión, ya sea de Celos, de Envidia, de Odio, o de Ira, descargue su ruin venganza, echándose en la espantosa Calumnia!

La calumnia es un pecado tan grande, que para borrarse o para que se perdone, se necesita la restitución de la honra infamada, en todos los oídos y ante todas las personas delante de las cuales se haya pronunciado o esparcido. Ya verán si es difícil recoger el polvo que se lleva el viento, y sin embargo, necesario es e indispensable para obtener el perdón, restituir la fama y la honra, que es más preciosa y de más valor que todo el oro del mundo. Y si soy tan exigente para la restitución de los bienes materiales, que no se perdona el hurto si no se devuelve a su dueño lo robado, ¡cuánto más lo seré de la honra y de la fama denigrada, cuyo precio no es comparable con lo vil y material, sino que es infinitamente mayor! ¡Ay!, sin embargo, de ser un pecado de los mayores y que tanto me duelen, ofendiéndome, se cometen a millares en el mundo, y también a veces ¡horror!, se cometen por los que se llaman míos.

Este punto es delicadísimo, si las almas entendieran la grandeza de este crimen, se detendrían en sus rencorosas apreciaciones y odiosas venganzas. El torrente desbordado de los vicios que hoy inunda al mundo y también contamina el campo espiritual, estas pasiones desbordadas y sin freno, son las que producen tan grandes crímenes. Y digo crímenes, porque es un crimen quitar la fama del prójimo. Aún más: en muchos casos este homicidio moral, infame y espantoso, es más grande que privar de la vida del cuerpo. ¡Cuántas calumnias se registran diariamente en el mundo!

La Difamación, horrible vicio, hermano de la Calumnia, reina hoy en todas las clases sociales.

Esta pasión maldita que lleva en sí a otras muchas tan grandes y odiosas como ella misma, está desenfrenada.

La Calumnia y la Difamación se encuentran en las palabras, en los escritos, en los hogares, en las plazas y aun en la boca de los niños.

Terribles estragos hacen en el mundo espiritual, lo mismo que en el mundo de los teatros y de los bailes. Existen en todas las clases de la sociedad, y su ponzoña llega hasta babosear el sagrado recinto del matrimonio, de este Sacramento santo, instituido por Dios y protegido por la Iglesia.

A la Calumnia y a la Difamación no les importa cebarse en él, y sembrar las discordias, las dudas, en donde siempre debiera reinar la paz y la santa armonía. Desgraciado de aquél que, por venganza, perversidad o malicia, manche la honra de los hogares con la vil Calumnia y cruel Difamación.

Yo lo prometo que su castigo será muy grande, y mi Justicia se descargará terrible sobre aquella que desdore a la inocencia.

La Calumnia y la Difamación son más que vicios. Su definición es: el estallido estridente de vicios y sofocadas pasiones.

¡Su remedio es tan arduo! ¡Su perdón es tan difícil! Sin embargo, el alma que arrepentida y dolorosamente contrita, se humille, llore su culpa, y ponga en juego todos sus medios posibles para repararla, alcanzará el perdón, aunque tenga que expiar en su muerte y aún, ¡cuántas en vida!, la enormidad de su pecado.

Este pecado es de los que generalmente también castigo en vida. Aun en este mundo hago sentir el peso de mi Justicia ofendida sobre el corazón que se ha manchado con tan terrible y nefando crimen.

La Murmuración es el camino que conduce a la Difamación y la Calumnia.

Que se detengan las almas, si no quieren precipitarse en sus espantosos abismos: que huyan de ella como del más contagioso mal, y se guarden dentro de los muros fortísimos de una inquebrantable Caridad.

¡Oh, si esto hicieran las almas, cuántos pecados se evitarían y cuánto perdería el Demonio!

Estas armas favoritas de Satanás, la Calumnia y la Difamación, se embotarían al topar con la blandísima cera de la Caridad cristiana.

La base o fundamento de la Religión Católica está concretada en la Caridad, o sea en el Amor de Dios y del prójimo.

En donde no existe esta Caridad, no existe el cristianismo. El hombre lleva de solo nombre este digno título de cristiano, si no practica la Caridad.

3. Murmuración

La Murmuración es hija del Amor propio y de la Ligereza. Es la Murmuración un vicio universal de todos los climas, tiempos y estaciones; es un torrente desbordado; es un mar sin riberas que, salido de madre, inunda todos los corazones o la mayor parte de ellos.

La Murmuración, vicio que detesto, hace su nido en los corazones vanos, soberbios y ligeros.

La chispa del Amor propio la enciende en el corazón y crece el fuego desbordándose, quemando todo lo que toca.

Es la Murmuración el puñal con que se mata a la Caridad; es el pecado abominable que quebranta el Mandamiento que tanto mi Corazón ama.

La Murmuración es odiosa e impropia de cristianos: ella rompe los vínculos más sagrados, y separa los corazones y las voluntades, trocando el cariño en aborrecimiento.

Este vicio maldito de la Murmuración produce diariamente millones de pecados y cada uno de ellos va directamente a mi Corazón que es todo Amor y Caridad.

La Murmuración es la que ataca a la fraternidad, e inocula el espíritu de división en las familias y en las sociedades. ¡Cuántos daños, cuántos males, y hasta crímenes, odios, rencores, venganzas, traiciones y escándalos vienen por la Murmuración!

¡Cuán fácil es al hombre decir una palabra, y cuán difícil e imposible volverla a recoger!

¡Cuán contadas son las almas que dominan la lengua! Sin embargo, el que no tiene dominio sobre ella, no lo tiene sobre su alma.

La lengua es el eco de las pasiones; en la lengua repercute lo que existe dentro del pecho, pero ¡ay del corazón que se deslice por la lengua! Él llorará y ¡cuánto!, los daños ocasionados y las gracias perdidas. No hay cosa, diré, que más aleje al Espíritu Santo de las almas, como la Murmuración.

En donde ésta existe no hay Caridad, ni unión, ni fraternidad; en donde reina la Murmuración reina el infierno, es decir, Satanás y sus secuaces con todos los vicios, porque la Murmuración arrastra al alma a todos los vicios.

¡Cuánto se yerra en el hablar, y en el juzgar las acciones y los dichos del prójimo! ¡Cuánto más se yerra, cuando traspasando lo que se ve, se interna el corazón, caliente con la pasión, a resolver en su imaginación, y a juzgar lo que no se ve, internándose en el fondo o interior del prójimo!

¡Cuántas y cuántas ocasiones estas imaginaciones calenturientas, estos corazones lastimados por la Envidia, la Soberbia o los Celos! ¡Dan por cosa hecha, comentan y despedazan lo que no existe y aún está muy lejos de existir!; todavía más, se oponen a lo que se cuenta en los platillos de las conversaciones, y que sólo Yo veo. Mil engaños existen sobre el particular y, ¡cuán abochornadas quedarían las almas delante de Mí, si Yo por un instante les enseñara las realidades!

En los mismos momentos que despedazan una honra, una fama, una acción, en estos mismos instantes aquellas almas o personas de quienes se trata, se encuentran en mis brazos, inocentes o purificadas.

¡Qué delicado es tocar, aunque no sea sino un cabello de la fama del prójimo! ¡Cuán grandes y espantosos pecados se comenten sobre el particular! ¡Cuánto se apartan de mis Mandamientos los que tal hacen! ¡En cuán graves males y profundos precipicios caen las personas que no refrenan su imaginación y su lengua! A muchas, más les valiera no haber nacido.

Mi Corazón rechaza al murmurador y jamás descienden los favores divinos sobre las almas que llevan consigo este aborrecible e infernal vicio.

El vicio de las rencillas, de los odios y de las venganzas es de la Murmuración.

El alma que murmura no dará ni un solo paso en la vida espiritual.

La vida espiritual se apoya en la Caridad, la cual es cimiento, paredes y techo. Por lo mismo, en donde no haya Caridad, no habrá vida espiritual; porque sencillamente es imposible que la haya. La Murmuración es el veneno más activo que destruye y disuelve a las Comunidades. Porque las Religiones deben formar el foco más puro de la más acendrada Caridad. En ellas es en donde debe muy principalmente reinar, sin la más mínima interrupción, esta hermosa virtud de la Caridad, que une a Dios con el hombre, el cielo con la tierra, y a los prójimos con el más apretado lazo de la más pura y santa fraternidad.

El orden se encuentra en la Caridad.

Cuando el hombre vive de la Caridad y respira por la misma, todo camina en perfecta armonía, reinando Dios en medio de las almas que la practican. Mas por el contrario, en donde no hay Caridad, hay desorden, y Satanás reina y hace su imperio en tan grato lugar, ocasionando ahí tantos daños de inconcebibles consecuencias, que ni siquiera el hombre puede imaginar.

La Murmuración es la ponzoña del espíritu y la cizaña que destruye todo bien sobrenatural de los corazones. La Murmuración es horrible y detestable.

No crean que sea necesario que la Murmuración manche los labios del que la pronuncia para ofenderme, no; para ofenderme basta que el corazón la acepte, se entretenga y complazca en ella, para que hiera mi Corazón. ¡Tan fina es su lanceta!

La Caridad del prójimo es tan delicada, que cualquier falta cometida sobre el particular mancha el alma aunque no se exteriorice.

¡Oh hermosa flor de la Caridad! ¡Cuyo perfume es para Mí tan agradable! ¡Cómo se te deshoja y pisotea a cada instante, y no tan sólo por el corrompido mundo, sino aun por las queridas almas que se titulan mías!

La Murmuración para el hombre es un sabrosísimo licor, el trabajo para Satanás es ponerlo en sus labios; porque después de tal manera atrae y embriaga, que muy difícil es para el hombre apartarlo de sí; y solamente la Gracia secundada por el propio Vencimiento obra semejante prodigio.

La Murmuración es un hilo que en tomando la punta, nunca acaba de desenredarse y forma tales marañas y se interna en tales honduras, que es imposible para el alma salir después de aquellos laberintos, dentro de los cuales se ha metido casi sin sentirlo.

Es la Murmuración una pendiente, un declive, una cuesta abajo, que la desgraciada alma que entra por sus puertas, generalmente ya no se detiene, sino que resbala y desliza hasta caer en el fondo cenagoso en donde este plano inclinado desemboca.

La Murmuración es un vicio que no sólo daña al alma que en él se derrama, sino que convida y atrae con magnética astucia a otros corazones que la escuchan, manchándolos, y haciéndolos también su presa.

Muy difícil es al murmurador detenerse, pero más difícil es aún que las almas que lo escuchan se detengan; pues sin un gran Dominio propio, unido a una fuerza de voluntad que da la gracia, generalmente caen estas almas, y también se derrumban por el mismo despeñadero.

El vicio horrible de la Murmuración contamina y contagia a quien la escucha; y no sólo se debe huir de la Murmuración, sino también del murmurador.

Cierren siempre las puertas de su corazón a ambos y escóndanse en lo más íntimo de su alma, abrazados solamente de su Jesús, pendientes de mis divinos labios. Miren: los oídos que escuchan con placer la Murmuración, no escuchan, ni pueden escuchar, con su ruido, las inspiraciones divinas.

Es tan suave y pura y delicada la voz del Espíritu Santo, que sólo hace escuchar sus vibraciones a los oídos dispuestos de aquellas almas que, alejadas de todo ruido de vicios y pasiones, viven ocultas y quietas debajo del propio Dominio y Desprecio de sí mismas. Escuchan al Espíritu Santo las almas puras que no se manchan con la Murmuración; que se alejan de su pegajoso contacto, que saben amar y perdonar al prójimo, que esconden los defectos de sus hermanos, cubriéndolos a sus propios ojos y a los de los demás con el espeso velo de la Caridad cristiana. A estas almas me comunico y escojo para derramar mis gracias; pero ¡cuán pocas son las que sobreponiéndose a esta tan impetuosa corriente de la Murmuración, van contra ella, luchando y venciendo, sin dejarse arrastrar de su impetuosidad y fuerza!

La Murmuración es un vicio maldito que convida, y con su mágico murmullo halaga, haciendo que se goce el corazón que escucha su encantada melodía.

La Murmuración es la música de Satanás en la cual se recrea y se goza el infame, dulce arrullo también para las almas que la escuchan.

La Murmuración sin embargo es un vicio que, al desplegarse, hiere con profundos remordimientos; es la manzana dorada de la traición satánica, la cual, al llevarla a los labios, destila amarga hiel de punzantes remordimientos.

Es la Murmuración el vicio que, de una manera particular, quita la paz del alma y la intranquiliza.

El alma que me ama sólo al escuchar su nombre tiembla, y huye de ella como de la más venenosa serpiente, sufriendo terriblemente cuando ve a otras almas metidas entre sus redes. El alma que de veras ama, no se complace, no, en la Murmuración, sino al contrario: sufre y se le desgarra el corazón al verme ofendido; y lejos de dar pábulo a ella, procura evitarla por cuantos medios están a su alcance.

El remedio para la Murmuración es tan grande como lo necesita tal vicio. Este remedio consiste en el Amor de Dios. El que me ama jamás murmura, ni quiere que otros murmuren. Se le lastiman el corazón y los oídos, al mismo tiempo que se hiere a mi Corazón con estas faltas de Caridad siempre grandes y a veces gravísimas. El alma que me ama se mueve al compás de mi Corazón, y lo que mi Corazón desea, ella desea; y lo que mi Corazón quiere, ella quiere; y lo que mi Corazón aborrece, ella también aborrece. ¡Oh paridad de voluntades, la divina y la humana! ¡Oh prodigios del amor divino, de la Caridad increada, que eleva al espíritu a semejantes alturas! ¿En dónde te encontraré? ¡Cuán contados son en el mundo estos corazones que llegan a tan perfecta unión! Y, ¿saben cuál es el primero y el último escalón que a ella conduce? La Caridad, la Caridad. El que me ama, ama a su prójimo, el que murmura no me ama, no vela por mi honra, ni le importa verme ofendido, ni ofenderme, destrozando y escuchando gozoso que se destroce la honra ajena.

Se murmura en los bailes, en los templos, en los hogares y en las Religiones; en las plazas y en las diversiones mundanas, igualmente que entre las cuatro paredes del Claustro.

¡Oh infame y universal peste que causa la muerte de tantas almas! Igualmente mancha los labios del perverso que del timorato; igualmente, con infernal astucia se desliza en el mundo que en el Sacerdote Religioso. ¡Oh!, detén esta corriente impetuosa de la Murmuración que conduce tantas almas al infierno. Apenas se cuentan algunas que no están manchadas con semejante vicio.

En todos los instantes del día y de la noche las crueles espinas de la Murmuración no cesan de herir a mi amante y delicado Corazón.

Amo tanto al hombre, que los dardos que se dirigen a él Yo los recibo, y a Mí me hieren.

El alma a quien se ofende ignora generalmente la ofensa que se le hace; pero Yo que todo lo veo, sé muy bien la hora en que se le ofende, y mido y peso su tamaño y su valor; y mi Corazón sufre tanto, y más que el corazón ofendido.

La Hipocresía hace en el campo de la Murmuración un gran papel.

Con frecuencia se está desgarrando la honra del prójimo; mas al presentarse éste, de quien se murmura, se le brinda de la manera más falsa y miserable, y se ofrece la estimación, al aprecio y aun en ensalzamiento, con la sonrisa en los labios.

¡Oh maldito vicio, rastrero y bajo, que así traicionas al pobre que está muy lejos de conocer tu negrura! Pero Yo te veo y conozco la hondura de tu vileza, y mi Justicia se descargará en el hombre, hasta quedar pagada y satisfecha.

¡Ay del murmurador! ¡Ay del que como agua, se bebe la deshonra de su hermano! Muy caro pagará su desenfrenada lengua los daños sin número que haya causado.

Hablo de la Murmuración común, que toda es aborrecible, odiosa y temible: porque la Murmuración que ya llega a la Calumnia no tiene comparación, y será castigada con toda severidad, "Con la vara que midierais seréis medidos" dije; y lo cumplo al pie de la letra. ¡Tiembla, mundo corrompido, y detente, si no quieres sentir sobre ti el inmenso peso de mi Justicia!

Existe, como ya indiqué, una Murmuración interna, que también hace algunos estragos en las almas.

Esta Murmuración tiene generalmente su campo favorito en las Religiones. Ahí poco se puede hablar y murmurar con la lengua; porque si tal hubiere, sería una terrible relajación que echaría por tierra las Comunidades, con lamentables males y grandes castigos. Hablo ahora de la Murmuración interna que desequilibra las voluntades y emponzoña los corazones; siendo en cierto sentido aún más dañosa para las almas que la llevan consigo, que la abierta y ruidosa.

Esta Murmuración secreta es una serpiente enroscada, que va sordamente mirando al alma, destilando en ella su veneno, emponzoñándola.

¡Alerta! Da el alerta de tan espantoso mal. Yo tengo más odio a estas secretas pasiones, por el multiplicado daño que acarrean, que a las pasiones que se hacen sentir con estruendo y ruido.

Mucho de esto hay en las Religiones, mucha Murmuración secreta y sorda que carcome los corazones infiltrándose suavísimamente la espantosa pasión del odio para con su hermano.

Y, ¿qué me importa que los labios callen cuando el corazón grita, furioso y desesperado? ¿Qué me importa que la boca no se manche si el corazón está lleno de inmundo lodo? ¡Oh, de cuántas almas religiosas lamento esto que voy diciendo! Esta pasión maldita toma a veces tal incremento, que contaminando todos sus actos, se interna hasta en sus oraciones, las cuales son como el centro de donde el alma desatada se goza en sus conjeturas, odios, y rencillas, dando rienda suelta a su imaginación la cual juzga a sus anchuras los hechos y dichos ajenos, interpretándolos a su antojo y torciéndolos lastimosamente sin piedad. ¡Ay! ¡Y cuánto tengo que lamentar sobre el particular!

¡Y muchas de estas almas se creen limpias porque sus labios callan! ¡Ilusas! Por el contrario, me ofenden más gravemente, cebándose interiormente en la sangre de sus hermanos, y aun más gravemente, y esto con frecuencia lamentable cebándose en la sangre de sus Superiores. ¡Y las almas que tal hacen se llaman mías! ¡Oh aberración inconcebible para el entendimiento humano! ¿Cómo es posible que la Caridad se junte con la Murmuración? ¿El Bien supremo con el mal? ¿La Verdad por esencia con la Calumnia y la mentira? Error, error sumo en que Satanás desgraciadamente tiene envueltas a muchas almas que llevan en su seno muchas clases de pasiones secretas. Estas almas se creen limpias de la mancha del pecado porque sus pasiones no salen al exterior. ¡Oh ilusión! Arroja lejos, arranca la careta a Satanás, y descubre a las almas incautas y engañadas sus mañas. Descubre al mundo espiritual las maquinaciones de Satanás. Que este mundo espiritual abra los ojos y las mire y huya de ellas aborreciéndolas.

Con estos vicios estoy dando un pan, que aunque no soy Yo mismo Eucaristía, procede sin embargo de Mí. Este pan es el pan de mi doctrina, que es para muchas almas. El pan de mi doctrina es también alimento y muy nutritivo para las almas que de él se sirven pues no sólo de pan material vive el hombre, dije un día, sino de toda palabra que procede de Dios.

Reparte, pues, este alimento, este purísimo trigo que hoy pongo en tus manos, para que produzca frutos de vida eterna. Alimenta a los hijos del Oasis con tan saludable manjar, y beban todos de esa agua que salta hasta la vida eterna; porque quien beba de esta agua no tendrá sed: y mi Palabra apaga el hambre y la sed, despertando otra hambre y otra sed divina que se da a los que se llaman Bienaventurados. La Palabra que sale de mi boca contiene o

lleva en sí las propiedades de dar hambre y sed divina. Mi Palabra jamás vuelve vacía, sino que germina y fructifica. Al enviarla al mundo, siempre ha sido con el objeto de salvarlo y de dar gloria al Padre.

Yo, el Verbo, soy la Palabra eterna, divina, santísima, fecunda y pura. Vine al mundo, y el mundo me rechazó: pero los que creen en mi doctrina y la ponen en práctica, y creen en Mí serán míos, y Yo los coronaré con eterno premio y abundantes recompensas.

Casi no he tocado el punto de los Vicios secretos, los cuales existen, y son abominables. Detesto más los Vicios secretos que los públicos, por su malicia y ponzoña. Y no crean que los Vicios secretos sean los vicios internos o espirituales, no; los Vicios secretos son una falange aún más dañosa, que tiene su reinado sordo y oculto en el fondo de los corazones.

Los Vicios secretos son vicios del corazón alimentados con el pensamiento y la voluntad pecaminosa.

Estos Vicios secretos son pecados que llevan consigo una horrible malicia; otros, asquerosa impureza, satánicos odios y mil abominaciones, las cuales se fraguan, crecen y se desarrollan en el fondo más oculto del entendimiento, dándoles pábulo y fuego la memoria, y cebándose en ellos la voluntad culpable.

Todo el campo de los Vicios que he descorrido ante su vista y descorreré, se encuentra también en el fondo secreto de este orden interno de las secretas pasiones.

La Hipocresía cubre y defiende semejantes tesoros infernales; y con la pureza en la frente, y la bondad en los labios, se presentan ante el mundo miles de personas, las cuales, si en sus actos exteriores nada tienen de reprochable, su interior, sin embargo, es inmundo, asqueroso, y lleno de fangoso cieno.

En esta falange se encuentran las vírgenes puras del cuerpo, y abominables del alma; las que, respirando santidad, son unos demonios encarnados; las que llevan dentro de sí la ponzoña infernal, revolcándose a todo su sabor en ella, inundadas y podridas de pecados secretos y ocultos.

¡Oh Señor! ¿Es más grande acaso lo que se piensa que lo que se ejecuta? -En cierto sentido, sí.

Yo repruebo el instante en que la voluntad se determina al mal, aun antes que lo ejecute. El que consiente en los negros pensamientos, sólo un paso le falta para la ejecución de los mismos.

Yo aborrezco el mal en su fuente, en su nacimiento, en el seno de la condescendencia culpable, aun antes de que salga a luz.

Mi Justicia es a veces tal, que descargando su peso sobre el infame que en su corazón me ofende, no le doy tiempo para que lo ponga en ejecución. A Mí me basta su depravado intento, puesto que desde que la voluntad libre lo abraza, me ofende y hiere.

Las impurezas, los Odios, los Rencores, las Venganzas. las Murmuraciones y otra multitud de Vicios que se fraguan en el corazón, y tienen ahí su asiento y vida, aunque jamás salgan a los labios ni a la ejecución, son, los más, pecados contra la Caridad; y a Mí los más de ellos me ofenden gravemente.

Todo cuanto la voluntad acepta contra Mí y contra el prójimo, son pecados que lastiman y hieren hondamente a mi Corazón.

Existen pecados secretos que el hombre acepta en su misma persona, los cuales son también ocultos y escondidos y cuya crecida malicia se encuentra en la refinada complacencia al mal. Estos pecados son tan horribles, que no quiero descubrirlos, y sólo digo que casi siempre

merecen el infierno.

La Murmuración es la muralla que detiene a la Santidad. En donde se encuentra este maldito Vicio no duden en asegurar que bien lejos está la perfección del alma que lo lleva consigo. La Murmuración lleva en sí muchos colores y vivos disfraces. Nace del amor propio, repito, en un corazón vano y ligero; crece con la sensualidad, y su desarrollo completo está en el Mundo, Demonio y Carne. La vida disipada siempre la lleva consigo, porque la Murmuración es el alma de la Disipación, Vanidad y Locura. El alma disipada, vana y egoísta, siempre murmura. Es la Murmuración el pasto del corazón inmortificado y soberbio.

Su remedio, como dije, es muy grande: es el Amor divino, aquel fuego ardiente y puro que consume en el alma toda pasión desordenada y enciende la Caridad para con el prójimo.

Mas los remedios para llegar a alcanzar este remedio divino, son los que conducen al alma por la Cruz, crucificándola.

En la cruz, y sólo en ella se encuentra la fuente del divino Amor; solamente con el leño de la Cruz, se enciende el fuego de la Caridad. Y, ¿saben cuál es el camino para llegar a abrazarse con la Cruz? El de la práctica sólida de las virtudes.

Mas para llegar a plantar las virtudes en el alma se necesita arrancar del alma y de raíz, todos los Vicios. Este es el camino de la Cruz, de la Santidad y de la Perfección, el cual conduce al Espíritu Santo; y con Él al reino eterno de la Caridad.

Otro eficaz remedio contra la Murmuración, el cual es también un escalón para alcanzar el Amor divino, es el Silencio.

Oro y muy aquilatado es el Silencio. Siempre callar, y solamente hablar cuando conviene a la gloria de Dios y al provecho del prójimo, es de santos. Para el hombre, la lengua es lo más difícil de dominar; es tan fácil hablar y hablar mal, deslizándose en la Murmuración, que en todas ocasiones lo más prudente y acertado es callar.

El hombre jamás o muy raras ocasiones se arrepiente del silencio, mas siempre tiene que deplorar y que arrepentirse de haber hablado.

El silencio no solamente impide la Murmuración, en la cual se desliza el hombre, sino que también detiene y corta la Murmuración de otros.

En el silencio se estrella toda Murmuración, pero hablo del silencio total y completo, no sólo de la boca sino también del corazón.

Existe también un silencio provocativo (hasta allá llega la malicia satánica) y hay mucha variedad en estas clases de silencio, pero se entiende que no me refiero sino al silencio sincero que busca la virtud y quebranta al vicio.

¡Feliz el alma que sabe callar! Ella se librará de infinitos males. El silencio de la lengua trae consigo muchas virtudes y muy heroicas, mas el no atar corto a la lengua y el desbordarse acarrea infinitos males. El pulso del espíritu es la lengua, y a la medida que ésta se ata, toma vuela el alma, internándose en los secretos divinos.

Cuando la lengua calla, los oídos escuchan, y mientras más calla, más se afinan los oídos del espíritu para escuchar las inspiraciones divinas.

La lengua pone tal estruendo en el corazón, que el alma, con su ruido, no puede escuchar la suavísima voz del Espíritu Santo.

El silencio conduce a la perfección, y en la vida espiritual es indispensable. Sin embargo, la regla para que el silencio sea recto y ordenado, es acompañarlo siempre con la rarísima virtud de lo Oportunidad. Hablar cuando convenga y lo mismo callar, es de varones perfectos y muy

experimentados en tan arduas tareas.

Pero generalmente, excepto en raros casos, lo más perfecto, y lo que cuesta más al hombre es callar; callar siempre. Callar no sólo con la boca, sino también con el corazón. Callar cuando el hombre se ve injuriado, befado, calumniado y vilipendiado, es virtud de Santos, y muy rara en el mundo actual. Y, ¡cuánto recompensa este silencio en semejantes casos!

El Silencio tiene su especial premio.

Con el silencio se ejercitan muchas virtudes, y la Caridad innumerables veces encuentra en el silencio su asiento. Callar los defectos del prójimo es gran virtud, y cuando haya obligación de descubrirlos, entonces que sea con sencillez, con caridad y con verdadera pena interna de esta obligación.

Con esto me refiero a las Religiones.

Esta obligación de descubrir los defectos del prójimo es santa, si se cumple como se debe; mas es dañosa cuando traspasando los límites, se falta a esta bendita virtud de la Caridad, ya en las exageraciones, ya en el modo o manera de decir, o ya también, y, ¡cuánto hay de esto!, cegadas por alguna secreta pasión de odio, mala voluntad o resfriamiento. Mucho se falta sobre este punto a la Caridad, repito, en las Religiones. Para estos casos, muy limpia debe estar la intención: gran pureza debe haber en ella, y un cuidado muy singular en no deslizarse.

Se debe decir la falta del hermano sintiéndola, doliéndose de ella como propia; la Religiosa o Religioso debe aborrecer la falta, mas no a la persona que la cometió por grande que sea la culpa.

En el espejo sin mancha de la oración es en donde se deben ver, pesar y medir las faltas propias y las del prójimo; pero no me cansaré de recomendar la Caridad, y no una Caridad desordenada que cubra o palie lo digno de reprensión, que esto no sería caridad, sino imprudencia y desorden, quiero en la Religión la Caridad ordenada, recta y santa.

Muy delicado soy en punto tan importante de la Caridad del prójimo. Por esto tanto me he extendido en el vicio contrario de la Murmuración.

¡Ojalá las almas tomaran el camino trazado del Silencio, de la Cruz y del Amor divino! Ellas triunfarán de Satanás y de todas sus negras maquinaciones, que vean todas dispuestas a hundir a las almas y a quitarme la gloria.

4. Celos

Los Celos son hijos de la Envidia e inseparables de ella.

La Soberbia, la Envidia y los Celos forman un terno tan unido entre sí, que generalmente son inseparables, anudándose mutuamente en sus operaciones sobre las almas. Los Celos ofuscan al alma que los lleva consigo, obscureciendo sus facultades, y llegan a tales extremos que por esta causa se efectúan en el mundo crímenes horribles.

Los Celos son pasiones que llegan hasta quitar el juicio y a obscurecer la razón.

El infierno está lleno de suicidas que han sido culpablemente arrebatados por esta desenfrenada pasión.

El vicio avasallador de los Celos va amasando con la Envidia y muchas veces con la Impureza, con el Odio, con la Venganza, la Vileza, la Cobardía, la Precipitación y otros muchos vicios y pasiones espantosas y nefandas.

La Soberbia es la esencia de los Celos, los cuales nada pueden ver que sea en bien de otro, aunque estén ligados con los lazos de sangre y espíritu.

Los Celos espirituales hacen horribles estragos en las almas que se llaman piadosas y aun Mías.

Los nidos de los Celos están en los confesonarios, y muchas veces ignorándolo el Confesor.

Sólo Yo puedo saber, lamentar y medir el campo y la cosecha en este terreno: la Soberbia, la Envidia y los Celos, en este punto espiritual de Confesores y confesados, de Directores y dirigidos. Satanás mucho gana en esto, y aun llega más allá, a cosas horribles derivadas de estos tres vicios capitales.

¡Cuántas almas existen detenidas en estos escollos! ¡Cuántas que pudieran ser Mías se entretienen, se malean y se pierden en este campo de miserias! ¡Cuán poca es la rectitud que muchas veces se halla en los confesionarios! Van al confesonario no a quitar, no a arrancar las pasiones, sino a dorarlas, a endulzarlas y a alimentarlas. Van a satisfacer mil vanidades aun espirituales, haciendo las almas ocultamente sus panegíricos y sacando a luz muy delicadamente sus virtudes y cualidades sin acordarse de la contrición.

¡Cuántas almas de las que llaman piadosas van en busca de consuelo sin pensar en arrancar sus vicios! Son los confesonarios pedestales de alabanzas, que lejos de curar la Soberbia, la infiltran más y más en las almas superficiales y vanas, las cuales son las que, con el gancho de la más fina humillación fingida, sacan de ahí la satisfacción del propio encumbramiento. Esta es en el mundo la moneda corriente y, ¡admírense!, ¡pásmense!, semejante veneno también existe en las Religiosas; aún más: en éstas, este veneno es más solapado, y también más dañoso. Por aquí verán como no me pueden satisfacer a Mí las muestras de falsa piedad que usan, y el abuso espantoso de mis Sacramentos. Los confesonarios son muchas veces el recíproco comercio de vanas alabanzas, y de funestas conversaciones.

Da el alerta de que el mundo se ha metido en lo más santo y terribles injurias a mi Iglesia y ofensas incalificables, aunque secretas a mi Corazón, se cometen insensiblemente en lo más sagrado.

Hay confesonarios que son nidos de Satanás. No quiero decir lo que en ellos se escucha pero los Celos, las Envidias, los Amores, la Soberbia, los Cariños tienen ahí su expendio.

- ¿Por qué, Señor, lo permites?

- Porque soy Eterno. Apenas levanto la punta del velo ante su vista para hacerles comprender lo que hay en el fondo, y el por qué de mis quejas, de mis ansias por encontrar almas puras y verdaderamente piadosas y crucificadas. *Ansío el reinado de la Cruz por medio de las sólidas virtudes: ellas serán los Apóstoles de la Cruz y las que arrancarán la careta al mundo espiritual ilusorio y formarán la corona de mi Corazón amargado hoy, y cansado ya de tanto oropel, vicios y mentiras. Abajo la ficción de la vida espiritual, abajo la falsa piedad, reine la Cruz, impere el Dolor, únicas palancas que pueden salvar al mundo.*

El alma encadenada con la pasión de los Celos no puede volar a Mí; las cadenas de hierro de los Celos la tienen adherida a la tierra, y está muy lejos del cielo.

Toda pasión turba, pero la de los Celos obscurece y aleja el alma del Espíritu Santo que es Luz.

Esta pasión indómita contra la vida espiritual, que es la virtud bendita la vida de Caridad, muy lejos está de los Celos.

Los Celos son la ponzoña de las Comunidades, pero son ponzoña corrosiva que totalmente destruye el espíritu.

Esta pasión se debe, como la Envidia, cortar de golpe y de raíz desde sus principios, para que

no tome incremento en el corazón, pues una vez desarrollada, es casi incurable si una gracia sobrenatural y poderosa no viene a arrancarla.

Los antídotos de los Celos son los mismos que se pusieron contra la Envidia. La Oración y el Vencimiento deben campear para derrocarlos.

Todas las pasiones están sujetas al hombre, éste es el orden que yo he impuesto; mas el hombre apartándose de mis planes, se sujeta, para su desdicha, a las pasiones, de lo cual proceden tantos y tan innumerables males. Los hombres pisan toda razón y todo derecho, y se inclinan, ¡oh bajeza sin igual!, a servir a lo más vil y despreciable, que son las pasiones. Sólo los vicios traen esta degradación; pues llevan en sí mismos un incentivo que, cual misterioso imán, arrastra a las almas a la perdición. El mundo está lleno de esto. La pasión de los Celos hace magníficas cosechas: el infierno se llena de almas arrastradas por esta pasión infernal.

5. Odio

El Odio es hermano carnal o gemelo del Rencor, hijo de Satanás, y el reflejo delineado de su corazón.

Es el Odio la substancia de su ser, su sangre misma, por explicarme así.

Esta pasión en el corazón humano lleva en sí todo olor satánico: su veneno es casi siempre mortal para las almas.

El odio es el antagonista de la Caridad, y en donde está el odio está Satanás.

El Espíritu Santo muy lejos está del corazón que lleva en su seno algún odio contra su hermano. El odio está siempre envuelto en la Soberbia, y muchas veces también en la Hipocresía. Los cariños culpables acaban generalmente por odio.

El Odio es la palanca de los Celos, y en el corazón del vengativo hace su nido.

El infierno se compone en su mayor parte de espantoso odio contra Mí y contra los que, en parte, fueron la causa de la desgracia de las almas que ahí existen. Y así como en el cielo reina el amor, así en el hondo Averno del Infierno reina esta maldita pasión del Odio en su mayor ensanche y desarrollo. Es pues el Odio pasión infernal y que lleva al hombre o lo arrastra a ese infeliz fin.

El corazón que odia no puede amarme, porque el Odio lleva en sí esta propiedad que el Demonio le ha puesto, y como el que no me ama, me aborrece, luego el que odia me detesta y su perdición eterna es segura.

La pasión del Odio es sobre toda ponderación espantosa, y sólo su nombre debiera hacer temblar al hombre.

Desgraciada del alma que lo lleva consigo, pues es un signo de reprobación cuando no se cura radicalmente y de raíz.

El renegado, el apóstata, el sectario y el pecador llevan en su seno, ¡desgraciados!, este Odio infernal contra Mí. El licencioso, el amigo de satisfacer todos sus desenfrenados apetitos, el sensual, me odia, porque quiera o no quiera tiene conciencia y la cruel certeza que lo carcome, de que está faltando a la ley divina y a la moral.

El corazón de Satanás nada en el odio contra Mí, en el cual vive eternamente, alejando de sí más y más al Amor, a este Amor divino que conoce, y que en él mismo quisiera consumirse; mas en su eterna reprobación, se revuelca dentro del odio, se desespera y trata de vengarse, perdiendo al hombre al cual le comunica sus emponzoñadas pasiones.

El Rencor y el Odio no son iguales, no; son hermanos inseparables, gemelos: el Odio supera al

Rencor en malicia y bajeza.

Todas estas pasiones degradantes tienen su nido en el mismo Satanás, y por esto estas pasiones, más que otras, llevan este signo abominable de rastrera perfidia e ingratitud.

Son vicios aborrecibles y de mortales consecuencias para las almas. Todos ellos son emanaciones satánicas, miasmas corruptoras que destruyen a la más grande de las virtudes, es decir, a la Caridad. Matan en las almas el germen purísimo y santo de la fraternidad, y orillan al hombre a cometer grandes y estupendos crímenes.

Mis ojos jamás se posan en el corazón que odia; sus quejas y sus plegarias jamás hieren mis oídos, mi Corazón rechaza a estas almas, hasta que deponiendo su odio, humilladas y arrepentidas, claman a mi gran Misericordia. Mi Justicia es sobre el particular inexorable, y la infeliz alma que no cumple las leyes divinas de la Caridad se perderá eternamente.

Yo bajé a la tierra a traer la paz y el perdón. Yo enseñé aquella doctrina desconocida y sublime de hacer bien a quien os hace mal, de perdonar y aun de amar a los enemigos, de llenar de bendiciones al que os persigue, y di mi vida clavado en la Cruz, sellando con mi Sangre preciosa esta celestial doctrina. Con esta Cruz se curan los odios. El corazón que se crucifica no odia, sino que ama a Dios y al prójimo en Dios y por Dios.

La Cruz, pues, es el remedio, el antídoto, y también el preservativo del Odio.

El Dolor suaviza los sentimientos del alma; los purifica, los ennoblece y santifica. Un pecho que sufre por su Dios no odia ni puede odiar, sino ama y se sacrifica por su hermano.

Satanás concreta en el Odio todos los venenos. Es el Odio como el extracto de la substancia satánica. ¡Feliz y mil veces feliz el alma que de él se libra! Pero, ¿saben quién es el que se libra? El que se abraza de la Cruz y me ama; el que se renuncia a sí, y ensangrentado con el Desprecio y Dominio propio, se sujeta, se vence y sigue mis huellas.

El corazón que odia necesita para vencerse gran acopio de virtudes guerreras; pero si no las pone en juego, y limpia su alma, y cura y cicatriza esta asquerosa llaga que lleva consigo, con las aguas de la penitencia y de la gracia, se perderá eternamente, porque nadie puede ser perdonado sino el que se arrepiente y perdona.

¡Y a pesar de ser el Odio un mal tan corrosivo y espantoso, reina en millares de corazones!

El Odio secreto contra Mí carcome las almas de los infames sectarios y sus secuaces.

Quisieran ellos destruirme, derrocarme, pulverizarme si les fuera posible; sus negros corazones, poseídos por el demonio, me rechazan y aborrecen con todo lo que es Mío. Mi Iglesia es el centro favorito a donde dirigen sus emponzoñados dardos. Mi Religión y mis Sacerdotes son su eterna pesadilla. ¡Desgraciados!, ¡ay del que toque a mi Iglesia y a los Míos! Su fin será desastroso si antes no se detiene y se arrepiente y repara tan grandes daños.

En el corazón de Satanás y los suyos reina, además, un odio sobre todo odio, un odio profundo, negro y furioso que les carcome las entrañas asquerosas y miserables. ¿Saben contra quién va dirigido? Contra Santa María, contra esta Virgen Madre de Inmaculada Pureza. No puede soportar Satanás la existencia de este arcano de virtudes y de candor, de esta Beldad divina y llena de gracia, que con su bellísima planta, que es tan pura y sin mancha, como toda Ella, lo aplasta. Santa María es el eterno tormento de Satanás, el cual reconcentra principalmente todo su odio contra Ella. Satanás no puede desconocer el valor de Santa María y los torrentes de gracias y de dones con que está enriquecida, y por esto la Envidia lo destroza, y el Rencor, y la Venganza y el Odio contra Ella hace estallar su negro corazón en Ira.

¡A cuántas y cuántas almas ha envuelto, comunicándoles su profundo Odio contra Santa María! Su grande anhelo es derrocar a Santa María dulcísima de su Trono. No soporta, sobre

todo, su virginal Pureza. Por esto ha hecho que se levanten sectas contra los misterios más santos de María, arrojando la duda, y queriendo manchar ¡infeliz!, a la que es la misma Pureza en toda su plenitud, comunicada por el Espíritu Santo. Los tiros del Odio de Satanás van constantemente dirigidos a alejar los corazones de Santa María, pues no desconoce su poder, su grandeza y lo que vale su poderosa protección para con las almas. Santa María es la eterna pesadilla de Satanás, el cual, por más que viene de mil maneras y por mil medios luchando contra mí Iglesia y contra Ella, siempre se estrella y se estrellará, con todas sus nefandas maquinaciones.

¡Ay del alma que se aleje de Santa María! Es una señal de que Satanás la ha tomado por suya. ¡Feliz del corazón que se acoge a Santa María!

Yo perdono, llego a perdonar al corazón infeliz que ha llegado a odiarme; mas al que odia, y aborrece y persigue a Santa María, mi Misericordia casi nunca lo perdona, sino que con trágicos fines castiga severísimamente semejante maldad. ¡Ay del que toque a Santa María! Éste lleva en su alma el signo de reprobación. Es una señal de que Satanás ha hecho presa de esta alma.

Que se arranque de estas cadenas, que golpee su pecho y llore su crimen y expíe su gran pecado si quiere tener parte Conmigo.

6. Rencor

El Rencor es hijo de Satanás y hermano de la Venganza. Los alimenta un mismo seno emponzoñado y además de ser hermanos, son compañeros inseparables.

El corazón en el cual se alberga el Rencor lleva también consigo la Venganza.

El Rencor es una pasión, la cual además de ser anticristiana, es innoble y de muy bajos y degradados corazones.

Existen almas las cuales, o por consideraciones sociales, respetos humanos, o cuestiones de conveniencias, aún más si son timoratas, hasta por no manchar su conciencia ¡hipócritas!, prescinden exteriormente de la Venganza y se abstienen de cometerla. Sin embargo, en estos corazones anida el Rencor, y lo acarician, y se gozan en él, apurando su mortal veneno sin imaginarlo ni sentirlo.

¡Qué desgraciadas son estas almas! Pecado y muy grande llevan consigo: pecado de fatales consecuencias y terribles daños. Estas almas quitan las hojas y dejan al árbol que las produce; quitan el fruto del Rencor, el cual cuando se abriga en el corazón, por más oculto que se le tenga, crece, se desarrolla y fructifica. Del Rencor a la Venganza hay un solo paso: son dos hermanos y compañeros, repito, que siempre caminan de la mano.

¡Yo soy el Dios de Misericordia! ¡Yo soy la víctima pura y santa que se sacrifica por el hombre para hacerlo feliz! Yo soy el Dios de Bondad, el Dios de Paz, el Dios del Perdón, y odio, y detesto, y aborrezco el corazón del rencoroso, del que no perdona totalmente a su hermano, del que lleva guardada en su alma la ponzoñosa baba del Rencor. ¿Qué importa que ese Rencor esté oculto entre los pliegues más íntimos del alma, si existe? Y aunque pase desconocido a toda mirada humana, Yo lo veo, y a Mí me está ofendiendo, y mis divinas leyes está quebrantando. ¡Ay!, y, ¡cuánto de esto hay en el mundo! ¡Cuántos rencores existen, aun en los que se llaman Míos! ¡Cuántas miserias de su clase envenenan a millares de corazones! ¡Oh Rencor maldito! Vicio hipócrita que te escondes en lo más íntimo del corazón humano. Yo te aborrezco.

Mas, ¿cuál es la causa del Rencor y de dónde viene que haga su nido en el corazón del hombre?

La causa está en que no impera en el hombre la Cruz, porque el alma que lleva consigo la Cruz, lleva consigo todas las virtudes.

Frutos del árbol precioso de la Cruz son el Perdón, la Caridad, la Paciencia y la Humildad.

El alma crucificada no es rencorosa; el alma que me ama perdona de corazón; el alma que de verdad es mía, lleva en su seno la más pura caridad del prójimo. Al contrario, el alma rencorosa es soberbia, iracunda, colérica y vengativa. Este corazón jamás ni siquiera entenderá la vida espiritual; mas aunque se cubra con el espeso velo de la más solapada hipocresía lleva en su seno el veneno, y sus frutos serán dignos de tal árbol.

El alma rencorosa es una serpiente con la piel de seda; es un lobo en forma de cordero; es la Hipocresía personificada. Esta alma está dispuesta para todos los vicios. Su remedio solamente está en la Contrición, en la Humildad y en la Crucifixión.

7. Acritud

La Acritud es hija de la Soberbia y va también contra la Caridad del prójimo. Casi siempre anda la Acritud acompañada de la Injusticia y es un vicio muy fácil para ofender a Dios y al prójimo.

El alma que la lleva consigo es áspera, seca, agria y a veces hasta intratable.

Es la Acritud la esencia del Amor propio y del Orgullo; para el trato con las almas es insoportable y de ningún fruto espiritual, pues una persona acre, aleja de sí todas las simpatías y lleva el sello de la Soberbia en la frente y en el corazón.

La Dureza de juicio y de corazón se albergan en la Acritud o en el alma, diré que la lleva consigo; es antagonista este vicio de la Amabilidad y de la Dulzura, virtudes que sin embargo constituyen su remedio.

Es la Acritud el invierno de las almas, diré, que todo lo seca y tuesta: se opone al santo Amor de Dios y del prójimo, y a veces llega a tomar tal incremento este vicio que raya en pasión, uniéndose a la Ira, hasta allá conduce el vicio de la Acritud en los corazones, aunque a primera vista parezca sencillo y de ningunas consecuencias.

Quita la Acritud la gloria a Dios, cuando las personas que la albergan en su corazón tienen trato con las almas a las cuales retiran con su contacto.

El remedio para la Acritud se encuentra en el Vencimiento propio, unido con las virtudes de la Amabilidad y de la Dulzura; mucho costará a los corazones que la llevan consigo el practicarlas, pero ayudadas de la divina gracia triunfarán de sí mismas y de tan dañoso defecto, que asciende a vicio y hasta a pasión.

8. Venganza

La Venganza es una pasión baja, miserable y rastrera que inunda al mundo. Esta pasión, aunque en diferentes grados y escalas, hace también su nido en la vida y camino espiritual, y se alberga también ¡horror!, aun en los que se llaman míos.

Esta pasión es hija de Satanás y compañera de la Ira y de la Cólera; viene de la misma familia y con el mismo objeto, que es siempre capital en Satanás, es decir, el de quitarme gloria y perder a las almas.

No hay cosa más negra y que obscurezca más el corazón y la razón del hombre que la Venganza. Esta pasión es más culpable que otras muchas; lo es más que la Cólera y la Ira, porque generalmente no es precipitada, ya que entonces estaría en la Cólera, sino que es malignamente reposada y prometida. Por esto la Venganza es un pecado muy grande, porque el corazón se complace en el veneno del mal que va a ejecutar contra su hermano. Este sabroso gusto de la Venganza acrecienta el pecado, y hasta tal punto, que sólo Yo alcanzo a medir el fin emponzañado de su malicia.

La Venganza va directamente contra les leyes divinas y humanas, del santo e ineludible mandamiento del amor al prójimo. Este es inseparable, porque el que me ama a Mí amará a su hermano y lo perdonará, y el que odia a su hermano a Mí me odia y me ofende.

Yo no perdono al que no perdona a su hermano. Mis ojos se alejan del vengativo, el cual caerá de precipicio en precipicio hasta hundirse si no se detiene en el camino de su venganza.

Nadie puede acercarse a Mí hasta que de todo corazón haya perdonado las injurias de su hermano.

Soy sobre este particular inexorable: y con la medida que el hombre midiere será medido; y en la proporción que perdonare será perdonado. Esta es la ley de la Caridad, ley permanente e inquebrantable contra la cual se estrellará la Venganza sin romperla jamás.

La Venganza pues, va contra la ley del Amor, y sus consecuencias son funestas para el alma que lleva en su seno monstruo semejante. La doctrina mía, que viene a enseñar al mundo corrompido por los vicios y por el pecado, es muy diversa, mis Mandamientos son muy distintos, y el que no los cumple será digno del fuego eterno.

En la Cruz está el perdón, en esta Cátedra sagrada se promulgó su decreto, practicando Yo mismo clavado en ella lo que tenía mandado. En la Cruz perdoné, y además pedí perdón para mis enemigos, para los que aun blasfemaban contra Mí. En la Cruz enseñé, con mi ejemplo, al mundo, el remedio de la Venganza y cómo se deben perdonar las ofensas.

En la Cruz, en esta bendita Cruz está el recurso que tanto se debe apreciar y que es tan poco conocido, del perdón al enemigo.

En este santo leño se rompen las venganzas humanas, con esta madera se incendia y consume en el corazón esta pasión rastrera y degradante de la Venganza, nacida y germinada del Odio que Satanás me profesa. El corazón de Satanás, su ser entero, está constituido por la Venganza. El eco eterno de sus entrañas, el constante repercutir de su negro espíritu es este grito de ¡venganza!, ¡venganza!, y en este eterno silbido del Averno que hace estremecer al mismo infierno, se ve envuelto Satanás, y en esta atmósfera respira y vive, y hace que el corazón incauto y débil del hombre participe de este grito nefando que a todas partes lleva consigo, de este maldito veneno que corre por sus venas sin consumirse jamás. Ya están si es horrible el vicio o la pasión de la Venganza.

Perdón siempre, y que las almas perdonen. Miren un alma que se crucifica, siempre perdona.

Aquí tienen el valor de la Cruz, del Dolor, de esta riqueza desconocida para el mundo y para multitud de almas que se llaman mías.

Y no crean que al hablar de venganza sólo me refiera a esos actos de barbarie que se ejecutan en el mundo por hombres desalmados, sin principios y casi sin Religión; hablo también de esas que se llaman pequeñas "pasioncillas", las cuales se introducen entre gente piadosa y aun en las almas que se llaman mías. Esta ponzoña corrosiva que carcome, cunde también ¡horror!, aun en las Religiones, formando corruptas llagas en las almas que tiene por observantes y puras. ¡Ay!, ya no quiero ver, a lo menos en esta falange de almas del Oasis, la asquerosa podredumbre de la ruin Venganza, porque tan del demonio es la Venganza de carne y sangre, como la espiritual, y corre entre la gente mía.

Pidan esto por su Jesús. Abajo esta pasión maldita de la Venganza, siempre grande aunque se use en niñerías y en cosas que parezcan pequeñas o aparentemente sin importancia. Tanto la aborrezco de una manera como de otra.

En el alma en la cual cabe esta rastrera serpiente no desciende, no, el Espíritu Santo a hacer su morada. Todo lo contrario sucede: porque el Espíritu Santo se aleja con horror del alma, porque la Venganza va contra el Amor que es Él mismo, y jamás se pueden juntar los polos, porque los separan inmensas distancias.

¡Oh miserable Satanás, padre de la Venganza y enemigo mortal del hombre! Yo te maldigo, espíritu miserable, y te descubro hoy, arrojando muy lejos tu careta, para que las almas te conozcan, te odien, te aborrezcan, y huyan de tus tenebrosas y astutas maquinaciones.

9. Ruindad

La Ruindad es hija muy querida de la Avaricia, la cual lleva en sus venas la sangre de su madre.

Es la Ruindad causa de muchos males: se alberga, o busca para hacer su nido, corazones bajos, no de posición, sino de sentimientos.

La Ruindad se encuentra generalmente en los ricos (aunque parece ser todo lo contrario), es más bien defecto de los ricos; pero defecto repugnante que degenera en vicio y en multitud de pecados.

No crean que sólo existe la Ruindad en materia de dinero, no: hay mil clases de Ruindad peores que esconden los corazones envidiosos y bajos, y digo bajos, porque en la nobleza de sentimientos no se esconde esta asquerosa serpiente de la Ruindad.

Esta Víbora emponzoñada se arrastra hasta en el campo espiritual, y muerde a centenares de corazones, dejándoles el veneno producido por su lanceta. Hay ruindades en el espíritu, las cuales de una manera muy ajustada y natural se adunan con la Envidia y la Soberbia. Satanás saca mucho partido de este defecto más que odioso, haciendo que las almas que lo llevan consigo oculten todo cuanto exterior y aun interiormente pudiera hacer el bien a otros. Al alma ruin, le parece mermarse en bien de otros si se comunica. Muy lejos está el Amor activo y el Celo por la gloria de Dios de las almas ruines y concentradas en el placer de sus propias virtudes y triunfos. Estas almas son la manifestación clara y patente de la Soberbia, y aun de la Avaricia. En las Comunidades hacen mucho daño por las divisiones y murmuraciones que causan. Estas almas se buscan siempre a sí mismas, e interiormente desprecian a otras tal vez mejores que ellas.

Yo no me comunico con las almas ruines. Por esto un corazón ruin jamás es grande, ni alberga los tesoros de gracias del Espíritu Santo el cual sólo se derrama en los corazones vacíos, generosos y caritativos.

El único remedio para la Ruindad es el constante desprendimiento, el absoluto desposeimiento interno y aun externo, de todo cuanto pudiera complacer, así en el orden material como en el espiritual. Mas para esto se necesita una voluntad enérgica y constante en el Dominio propio y aun en el propio Desprecio.

10. Bajeza

La Bajeza es hija de la Hipocresía y de la Falsedad, y hace su nido en los corazones viles y rastreros.

La Bajeza se presta a todos los vicios, y es el recipiente y antro de lo más miserable y asqueroso.

Satanás se vale del corazón bajo y degradado que se deja cosechar por el vil interés para nefandos crímenes, mil injusticias y negras maquinaciones.

Este defecto o vicio en el hombre que es creado a mi imagen y semejanza para todo bien y servicio Mío es innoble; mas seducido su corazón por Satanás, llega ¡desgraciado!, a tal grado de bajeza, que pisa mil veces todo lo puro, sagrado y santo, por el pago vil de miserable recompensa.

El corazón bajo es traidor, falso, solapado, ruin, egoísta, doble, embustero y lleno de otros innumerables vicios, defectos y pasiones.

La Bajeza lleva en su seno todos los vicios; y el corazón que la lleva consigo está manchado sin duda con grandes pecados.

La Avaricia, la Soberbia y la Envidia forman su corte. ¡Oh maldito defecto que raya en pasión, precipitando al alma a grandes pecados y caídas! Un corazón bajo y rastrero y villano, es incapaz para todo lo puro y santo.

Su remedio (que casi nunca lo tienen estos infelices corazones endurecidos en el pecado y familiarizados con él), consiste en una total transformación del corazón por medio de los Sacramentos.

11. Vileza

La Vileza es hija de la Cobardía y de la Traición. Este es un vicio muy bajo y rastrero que lleva en su seno la Falsedad y la Hipocresía. La Vileza es cobarde y es traidora, y siempre se alberga en el fondo de las almas que se arrojan por la precipitada corriente de los vicios llegando hasta la Vileza, abrazando todo lo bajo, degradante y abyecto del mal sin repugnancia, pues han descendido hasta tal grado.

La vileza hace perder al hombre la dignidad, y al hombre sin dignidad no le importa arrojarse en el fangoso cieno y al lodazal más inmundo de los vicios. La Vileza hace perder al hombre su propia estimación, y lo pone al nivel de los brutos animales. ¡A tan extremo grado llega el hombre a quien la Vileza ha poseído! ¡Desgraciado!, lleva en su alma grabada la imagen de su Dios y Señor y la borra con el inmundo lodo de sus vicios.

La Dignidad y la propia estimación son virtudes en el sentido recto y ordenado que hacen que el hombre se reconozca hijo de Dios y heredero de su gloria con las atribuciones dignas de tan sublime fin y alta filiación. Esta clase de Dignidad y Estimación propia que hace que el hombre se lance en pos de las virtudes, es recta y santa. Pero el hombre tergiversa este ordenado fin, y toma la Dignidad y Estimación propia atribuyéndosela a sí mismo y a sus merecimientos, ensoberbeciéndose; y lo que de una manera es virtud, el hombre lo trueca en vicio, capital y extensivo a otros muchos vicios. La verdadera Dignidad y Estimación propia, consiste en el cumplimiento santo y ordenado de los deberes religiosos y sociales. Esta clase de estimación y conocimiento del principio y del fin del hombre santifica al alma, lo cual lejos de ensoberbecerla por la grandeza que ha recibido de su Dios, hace que se humille y más se humille al reconocer su propia impotencia y debilidad, de cuya humillación y conocimiento propio le resultan infinitos bienes que lo conducirán a la felicidad de la eternidad.

Esto es lo que viene la Vileza a matar en el corazón del hombre, el sentimiento santo de su grandeza y dignidad, arrojándolo entre las bestias de sus pasiones y apetitos desenfrenados. ¡Oh Vileza abominable que haces al hombre indigno de su dignidad! Yo te detesto, alejando hasta de su sombra el alma pura, limpia y digna del título de cristiana.

La Vileza nunca asoma su cabeza en el alma pura. Es vicio de pecadores, que habiendo encallecido sus corazones en el vicio, viven de la Traición y de la Hipocresía. Muy cobarde tiene que ser el tal vicio que así esconde su cabeza dentro de los pliegues de tan odiosos compañeros.

El remedio contra la Vileza es la conservación purísima de la dignidad de cristianos, con los medios prácticos para llevar dignamente tan gran título. La Limpieza y Pureza de alma son los preservativos de tan grande mal.

12. Perfidia

La Perfidia es también hija de Satanás y hermana inseparable de la Traición. Es la Perfidia fruto de la Hipocresía, de la Doblez y de la Iniquidad. Los corazones inicuos, las almas miserables e infames, son las que únicamente la llevan consigo.

Es la Perfidia una culebra que enroscada en el corazón vil, resucita con el calor de las más

bajas y rastreras pasiones.

El corazón pérfido vive y respira en el pecado: su aliento son los vicios, y su centro Satanás.

La Ingratitud es su comida y la Falsedad su bebida.

Y no crean que este vicio que espeluzna, exista solamente en los hombros avezados a toda clase de pecados, no; existe la Perfidia y ha existido aun debajo de los hábitos sagrados, en mi Iglesia y en las Religiones.

La definición de la Perfidia es el extracto de la Soberbia, de la Ira, del Rencor, de la Traición, de la Cólera y del Odio en el corazón del hombre.

El infierno está lleno de pérfidos.

La Perfidia es el colmo de la Vileza en un corazón traidor, es el grado más bajo y degradante de un corazón malvado, es uno de los defectos más odiosos que pueden existir.

El corazón pérfido casi no tiene remedio, por estar ya avezado al mal y compenetrado con él. El pecado constituye su vida; en el pérfido será muy difícil una transformación completa de la muerte a la vida, de la culpa a la gracia, aunque no es imposible para el hombre, ya que hasta el último instante de su existencia tiene los remedios necesarios para poderse salvar.

Sin embargo, cuando el hombre pisotea la gracia y la aleja de sí cegándose voluntariamente en innumerables vicios, llega a endurecer tanto su corazón, que muere en él todo sentimiento santo y sobrenatural; a no ser por un golpe especial de la divina gracia, que en un instante puede trocarlo, ¡tan poderosa es! Ordinariamente mueren los pérfidos como viven, ahogados en el profundo mar de sus pasiones y vicios.

¡Desgraciados y mil veces infelices los corazones pérfidos que llevan en su seno toda clase de pasiones y de crímenes! Muy lejos se encuentran de Mí, y muy cerca de un infierno que los espera.

Satanás los ha poseído, les ha hecho traición y se goza ya de antemano de su desgraciado fin.

13. Traición

La Traición es hija de Satanás y arma que emplea con una frecuencia que el hombre ni lo imagina.

Satanás lleva en su sangre la Traición.

Todo el aliento y el ser de Satanás es Traición, con la cual constantemente envuelve al corazón humano.

La madre de la Traición es la Hipocresía; sus hermanos son la Venganza, la Cólera, el Rencor y el Odio.

¡Oh falange maldita que exprime en el corazón humano la savia envenenada del infierno!

Estas pasiones son el escuadrón de la Ira, y los vicios guerreros de Satanás. Con estas poderosas armas y otras muchas también guerreras, alcanza Satanás grandes conquistas y da la muerte a millones de almas.

La Traición es una secreta e hipócrita perfidia del corazón; es un vicio horrible cubierto con la capa de la bondad; es una fiera rugiente que afila sus garras debajo de un exterior amable y sereno. La infame asesta el puñal con la sonrisa del Candor en los labios.

¡Oh infelices almas que la llevan consigo! Sus corazones no saben, no, la malicia y astucia infernal del horrible monstruo que albergan.

La Tradición es la efigie de Satanás, es el espejo en que él se mira, es el negro fango en que revuelca a las almas. Satanás ya cometió en el Paraíso Traición, contra el hombre, emponzoñando desde aquel desgraciado instante su futuro. Hoy hace constantemente y sin descanso Traición multiplicada al género humano, lo mismo que hizo en los pasados siglos y la hará en los tiempos venideros.

Se presenta Satanás con mil dorados disfraces ante las incautas almas, se transforma en ángel de Luz y de Paz y aun de Pureza, ¡maldito!

Algunas veces finge Satanás ser Yo mismo, Jesucristo, y con nefandos y negros fines va suavísimamente seduciendo al alma con el bálsamo del más delicioso narcótico de santidad; concluyendo el miserable por morder e inocular su emponzoñada baba en el alma inocente y tal vez pura. ¡Cuántos y cuán traidores engaños de esta naturaleza se registran diariamente en el mundo!

La Traición de Satanás campea en el campo espiritual. ¡Cuántas almas yacen engañadas por él en sus lechos delicados de Soberbia y Amor propio! ¡Cuánto vicio funesto y solapado existe en las almas que se llaman mías! En estas torres de aparente santidad exterior y aun interior, ¡cuánta y cuánta basura, falsedad y engaño! Con tantas cosas como llevo dichas sobre los vicios comprenderán ya algo de las traiciones satánicas en que navega y se balancea el mundo aun espiritual.

Tiempo es ya pues de dar el ¡alerta!, a tantas desdichadas almas que viven y mueren envueltas en las redes de la Traición satánica.

Tira la careta a Satanás y descubre la espantosa Traición con que engaña a los corazones.

Grita que el mundo de las almas está engañado en su mayor parte; que la Cruz es la Luz con la cual estos funestos engaños se ven y se conocen.

Guerra a los vicios, guerra por medio del Dolor, el cual es la salvación del mundo.

La Traición injertada por Satanás en las almas es el reflejo de la Traición que éste lleva en su asqueroso seno. Una alma traidora es una alma infame.

Esta pasión de iniquidad crece y se ensancha a tal grado, que lleva a levantarse hasta contra Mí mismo en la vida espiritual.

Existen, ¡y cuántas traiciones espirituales! Traiciones hipócritas, ofertas de corazones taimados y falsos. ¡Cuánto me veo ofendido sobre el particular, aun en las Religiones!

Este es un campo inacabable, un corrupto incienso que se quema sacrílegamente ante la Majestad divina, irritando su Justicia.

La Traición es una pasión rastrera, baja, innoble y vil: su vileza crece a la vez que su castigo cuando en la vida espiritual se desborda contra Mí.

Detesto a las almas traicioneras, porque son maliciosas, falsas e hipócritas.

La Traición nunca se anida en la Sencillez, Sinceridad, Llaneza y Claridad.

El corazón traidor es oscuro, negro y solapado; y por él no penetra la luz divina del Espíritu Santo.

Va contra estas virtudes amadas de mi Corazón; y por lo mismo aborrezco a la Traición y huyo de las almas que la llevan consigo. Muy grandes castigos están reservados por mi Justicia para

los corazones traidores. Satanás se goza en los corazones traidores, y emplea su Traición para arrastrar las almas a este desgraciado fin.

El corazón traidor casi no tiene remedio, porque la Traición indica la depravación interna del alma habituada a multitud de pecados.

El corazón del traidor necesitaría una reforma completa con una gracia muy grande especial y constante.

14. Burla

La Burla nace de la Soberbia y de la Vileza. Se anida en corazones bajos e innobles y es un pecado o vicio contra la Caridad. El burlarse del prójimo es de almas viles. Un cristiano jamás debe hacerlo, ni aun consentirlo en su presencia.

La Burla y la Murmuración son compañeras inseparables y caminan siempre unidas, tanto que a primera vista se confunden.

La Hipocresía ayuda a las almas burlescas, las cuales con su capa cubren taimadamente el veneno que encierran en su fondo. Son víboras emponzoñadas que clavan traidoramente su lanceta en la fama de sus hermanos. La burla es más infame que la Murmuración y arrastra en pos de sí más prosélitos.

Existen corrillos en los que todos los días se desenfrena este maldito vicio. Esta serpiente infernal, vive en los salones y en los Templos, en las Religiones como en el inundo; y si no se exterioriza, sí existe en el fondo secreto de los corazones. ¡Cuántos comentarios burlescos se hacen internamente en el fondo de las almas! Este vicio se despliega contra las personas, las palabras, los hechos, los defectos y hasta las virtudes del prójimo. La Santidad es ordinariamente el blanco de las burlas del mundo y de los mundanos. A ella van dirigidos sus más envenenados tiros, y Satanás se goza en aguzar sus finas saetas contra todas las virtudes.

Yo odio y aborrezco a la Burla por ser ella en grado superlativo el refinamiento de la Murmuración. La Burla lleva en sí además de la Murmuración el tinte inicuo de la Vileza.

La Burla es la mofa sarcástica en la cual el espíritu, dominado por Satanás, se goza contra su hermano. El que se burla mancha su lengua y su corazón en la sangre del burlado. Mas, ¡ay del que en sus burlas toque al pobre y al desvalido! Yo le pediré algún día estrecha cuenta. De la misma manera se la pediré al que se burle de mi Religión y de mi Iglesia. El que tal hiciere tendrá un terribilísimo castigo, y más le valiera no haber nacido.

Yo soy inexorable sobre el punto de la Caridad. Mas como la Burla nunca puede ir sin la Murmuración, sea interna o externa, habiendo mucha Murmuración oculta en los corazones, detesto y rechazo a la Burla y me alejo de las almas que la llevan consigo.

El remedio contra tan nefando vicio que acarrea al alma tantas y tan graves consecuencias, es la Caridad, o sea el Amor de Dios del cual se deriva como consecuencia natural el amor del prójimo.

Mas para alcanzar el amor de Dios necesita el hombre transformarse y morir a sí mismo, para respirar y vivir de Jesucristo que soy Yo, su Modelo, su Maestro y su todo. La Oración es el medio por el cual se sube hacia Mí, se me conoce y se me ama. El que a mí me ama, amará a mi Padre junto con el Espíritu Santo, y los tres vendremos a su corazón y en él haremos nuestro asiento y habitación.

El que me ama guardará mis Mandamientos, los cuales todos se encierran en la Ley de la Caridad.

La Caridad vino del cielo y lleva las almas al cielo. Todo pecado que de algún modo altere la

Caridad, me hiere hondamente y tendrá un terrible castigo. Yo bajé al mundo para encender el hermoso fuego de la Caridad. Mi doctrina es Caridad, todas mis enseñanzas están impregnadas de Caridad.

Mi vida, todos mis ejemplos, mi misma muerte, mi Resurrección y mi Ascensión, todos mis actos interiores y exteriores, la venida del Espíritu Santo, la comunicación admirable con las criaturas, mi permanencia en el Sacramento de Amor hasta el fin de los siglos, todo es Caridad y sublime Caridad.

15. Sarcasmo

El Sarcasmo es hijo de la Burla y el refinamiento de su madre. El Sarcasmo es más culpable que la Burla, porque hiere más finamente a la Caridad. El hombre perdona la Burla con más facilidad que el Sarcasmo.

El Sarcasmo es una mofa satánica que se recrudece en el corazón humano por las más bajas y rastreras pasiones: es el colmo de la Vileza y de la infamia en un negro corazón. El Sarcasmo hiere al alma que punza con una finísima lanceta, haciendo que sangre dolorosamente.

El Sarcasmo se anida en los corazones pérfidos, y es tan venenoso que aunque tiene a su disposición y emplee mil diferentes medios para dañar, por la palabra, por el escrito y por otros muchos, sin embargo, no necesita sino una sola sonrisa para emponzoñar y dejar lastimado el corazón del prójimo. Vicio infame al cual le basta una sonrisa para quitar la paz del alma; vicio infame que con una sonrisa inocula el veneno, que con una sonrisa daña y mata; sonrisa finísima, pero que cual envenenado puñal quita a veces la vida de la gracia a las almas, haciendo que pierdan la tranquilidad.

El Sarcasmo es también una chispa eléctrica, la cual al caer en los corazones, los enciende en mil pasiones desordenadas. Existen Odios, Rencores, Venganzas y Susceptibilidades las cuales se han encendido violentamente con la infernal chispa del frío Sarcasmo, el cual a pesar de ser fuego voraz que se extiende incendiando muchas pasiones, parece que con su contacto hiela el corazón.

La Ira es muy susceptible al Sarcasmo. La Ira y la Cólera luego se violentan al verse tocadas por el Sarcasmo. ¡Cuántos pecados trae este vicio corrosivo del Sarcasmo! Y sin embargo es fruto de todos los climas y estaciones, y aun se introduce en las Religiones. En donde existe un corazón, ahí existen los vicios y las pasiones. El hombre está amasado con el mal. Por lo mismo, si no se trabaja para desalojar de sí a esta mala yerba, ella lo cubrirá; lo hará su presa en el tiempo para arrojarlo a una desgraciada eternidad.

Satanás usa mucho de estas dos armas de la Burla y del Sarcasmo contra las almas buenas. Se necesita mucha gracia y valor para soportar sin bambolearse las burlas y los sarcasmos de Satanás.

Con estas armas derroca grandes fortalezas; y lo que no puede hacer con las tentaciones, por este medio lo destruye.

El corazón del hombre necesita en estos casos gran firmeza para sostenerse. El Apoyo divino es el único que le puede ayudar, al cual debe recurrir implorando su auxilio. El Amor divino es el que sostiene el fuego del alma cuando el helado frío del sarcasmo de Satanás llega a sus puertas.

Desgraciados los corazones que entonces se dejan arrastrar por el terror y no quitan presto la nieve que el Sarcasmo deja a su paso. Estos corazones deben sobreponerse y dejar pasar aquella cruel sonrisa que les hiere hasta el fondo, afianzándose valerosamente de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

Además de este Sarcasmo del demonio contra el alma santa, existe otra clase de Sarcasmo y éste es de parte del alma contra Mí. Muy fino es este Sarcasmo y sólo Yo lo percibo

totalmente. Cuando retiro mis gracias, cuando el alma queda en desolación, cuando las tentaciones baten, cuando me valgo de terribles purgaciones con que purifico a las almas, entonces esta brisa maligna del Sarcasmo contra Mí cruza por ellas, queriendo emponzoñar la atmósfera. Rara vez el alma se da cuenta de esto, y menos aún lo consiente; sin embargo, existen casos en que se me ofende dentro de estas regiones escondidas del espíritu en donde Yo hago mi morada. ¡Ah, Satanás, maldito espíritu de los avernos! ¡Yo te confundiré descubriendo tus patrañas y viles astucias!

El remedio para el Sarcasmo ordinario y común, que causa tan grandes daños y lastima y hiere tan terriblemente, es el de la Caridad. Esta Caridad tomada en todas sus acepciones es la que evita miles de pecados y hace la felicidad del hombre.

El remedio contra el Sarcasmo Satánico es el desprecio total y el cortar de golpe la Imaginación. La Imaginación es un instrumento que tiene gran parte en estos casos y está instigada por el mismo Satanás para derrocar al alma y hundirla.

El remedio para el Sarcasmo espiritual, cuando el alma lo conoce, es el deplorarlo, pidiéndome perdón con actos de viva Contrición; y además una humildad profundísima brotada del propio conocimiento.

16. Escándalo

El Escándalo es un pecado que aborrezco cuanto soy capaz, y que hiere directamente a mi Corazón, causando el daño más grande para el prójimo.

El Escándalo no es un pecado concreto, o que extiende solamente en cierto radio, sino que es un mar desbordado, un río sin madre, un torrente sin dique.

El Escándalo procede de la Soberbia, del Orgullo, de la Envidia y de la Ira, con toda la falange asquerosa que la acompaña.

La Venganza, el Odio, el Rencor, la Cólera, la Traición y la Perfidia son las armas predilectas que empuñan el Escándalo con perfección; son también el fuego con que Satanás atiza el corazón del escandaloso.

La Murmuración es también una de las armas favoritas del infame pecho que abriga el Escándalo.

Existen pecados de Escándalo que difícilmente se perdonan, no porque mi gran Misericordia no sea mayor que todos los millones de pecados, sino porque mi Justicia descarga muy particularmente sobre el alma del escandaloso.

El pecado de Escándalo lleva siempre en su seno a la Malicia infernal.

El Escándalo rompe los velos de la Inocencia y del Candor, y el corazón depravado e impuro se goza en ello. Este crimen es de los más grandes que pueden existir: es más grande que los que se registran en el orden material, y la diferencia es tanta cuanta es la que existe entre la carne y el espíritu.

¡Ay del escandaloso! ¡Ay del que arranque el pudor a una alma! ¡Ay del que atropelle la Modestia y la Caridad y rompa la venda en las almas puras! Yo le prometo que quien tal haga y no se arrepienta y repare el mal, sufrirá eternamente castigos especiales. Pero corno en estos casos el daño que se hace es irreparable, el castigo también es muchas veces inevitable, y casi siempre lo es, si mi gran e infinita Misericordia no acude a poner lo que falta para la reparación; pues el que comete el pecado de escándalo, sea de palabra, obra o por escrito hace un daño tan grande y de tan multiplicadas consecuencias que el hombre no alcanza, aunque se martirice toda la vida, a repararlo. Aquí es donde tiene que entrar mi Sangre preciosa, mis méritos infinitos y más abundantes que en otros casos, para completar la reparación de la Justicia tan gravemente ofendida. Todos los medios humanos, y aun los

sobrenaturales ordinarios, son incapaces para lavar tal mancha.

Este pecado necesita gracia extraordinaria y especial Misericordia para borrarse.

El pecado del Escándalo es sobre toda ponderación horrible; y el Espíritu Santo lo resiste y rechaza con más fuerza, con mayor impulso que a otros muchos. El Escándalo llena de almas el infierno. ¡Ay del autor de tal escándalo! ¡Ay del que pudiendo evitarlo no lo evita! ¡Ay del alma infeliz que, seducida por el Escándalo, se deje arrastrar por tan precipitada corriente, que siempre desemboca en el infierno!

Existen muchas clases de Escándalo y de escandalosos.

Los malvados sectarios, los impuros que se revuelcan en el asqueroso lodazal de su nefando vicio, la prensa impía llena de errores, libertinaje y malicia..., este torrente sin dique que envenenan a todas las clases sociales, y destruye la pureza de los corazones, emponzoñándolos y precipitándolos a la impiedad y a la herejía con todos los enormes vicios que las acompañan; los emponzoñadores errores que enseñan, la perfidia con que arrastran de las almas la fe, las burlas sacrílegas contra los Misterios más santos de la Religión, los tiros satánicos contra la Iglesia y sus Ministros... ¡Ay! ¡Déjame quejarme de los escándalos producidos en el mundo por los secuaces de Satanás, y su negra ingratitud para Conmigo!

El infierno se goza en el pecado del Escándalo: él es en el que Satanás se recrea.

En el Escándalo está el oasis de Satanás, porque este pecado lleva consigo todos los vicios, es el foco de los mayores crímenes y de los pecados ocultos.

El Escándalo lleva consigo una falange digna, repito, del recreo de Satanás.

El escándalo se cura con la reparación, proveniente de aquel que ha sido la causa de tan inmenso crimen.

Muy difícil es reparar el Escándalo cuando ha volado ya por los cuatro vientos de un mundo corrompido.

- Pero Señor, el alma que de veras clame a Ti, y de corazón se arrepienta, ¿qué debe hacer?

- Vivir una vida total de reparación, haciendo cuanto esté en su mano para deshacer los daños causados con su escándalo: llorar continuamente su pecado y ablandar, con su penitencia y dolor, la Justicia divina, suplicando de día y de noche que la divina Misericordia supla lo que le falta para que su pena, unida a los infinitos méritos de mi Pasión, le alcancen la inmerecida gracia del perdón.

Muy grande es el pecado del Escándalo, y jamás será bastante ponderado, porque excede a toda ponderación, daño y malicia.

La Cruz, sólo la Cruz es el preservativo de tan gran mal. Ella es la que pone freno a las pasiones, cura los desordenados apetitos, y da a las almas la vida de la gracia: la Cruz las conserva, además, y las libra de Satanás y de sus maquinaciones.

¡Lejos de Mí las almas escandalosas! Yo jamás me acerco a las almas que llevan en su seno semejante monstruo, que concluirá, si no lo arrojan lejos de sí, por tragárselas y perderlas eternamente.

17. Dureza de corazón

La Dureza de corazón es un vicio detestable y ruin que va directamente contra la Caridad. ¡Bienaventurado el Misericordioso!, y en cambio, ¡desgraciado el de duro corazón, el que no escucha las quejas del pobre, y el empedernidamente ajeno a toda pena del prójimo!

Muy lejos está de ser todo para todos el duro de corazón; a esta alma infeliz no le conmueven ni las penas ni las alegrías de su hermano, vive reconcentrado en el más frío egoísmo, sin preocuparse más que de su persona.

El Amor propio y la Avaricia son los padres de la Dureza del corazón y por esto lleva tan hondo el más refinado egoísmo.

A esos corazones de granito rechaza el Espíritu Santo, pues el corazón que es duro para con su hermano, lo es para Conmigo; insensible es a mis gracias, a mi amor y a las penas que por él padecí.

Pasan la vida estas almas de manera inútil y culpable, y su eternidad feliz es muy dudosa, si antes no obra en ellas la gracia una transformación completa.

Los vicios causan la Dureza de corazón, la desarrollan y la conservan; principalmente causan este efecto la Lujuria, la Soberbia y la Avaricia; pero también le prestan un gran contingente los otros pecados capitales de Ira, Gula, Envidia y Pereza.

La Dureza de corazón es refractaria al Amor divino y a la Benignidad: nunca tocan éstos a sus puertas, y la vida del alma que la lleva consigo es muy triste y desgraciada, porque carece del santo placer de hacer el bien.

Es muy común en los avaros, en los soberbios, esta vida fría e infeliz que los aleja del eterno foco de la Caridad de Dios y del prójimo... Llevan una existencia vana y culpable y pasan a puestos más altos aún en su desdicha. El duro de corazón llega no sólo a ser indiferente y frío para con su hermano, sino que asciende su iniquidad a alegrarse y hasta gozarse en las penas, dolores y sufrimientos de él.

¡Qué negras almas existen en la tierra, y miren hasta dónde llega la dureza de corazón producida por el encadenamiento de los vicios! ¡Cuántas ocasiones tienen en su mano el poder evitar los males de todas clases y no lo hacen! ¡En los ricos se ve mucho de esta tan cruel como reprochable...!

Las obras de misericordia no se hicieron para ellos, creen los duros de corazón. Ven pasar las desgracias por sus puertas sin dignarse tan sólo fijar en ellas sus miradas, ni menos sus pensamientos y voluntad; muy lejos de esto, se sienten molestados y alejan agriamente de su presencia a aquellos de quienes dije: "Lo que a éstos se hace, a Mí se me hace", que son mi imagen sobre la tierra. ¡Desgraciados, repito, los duros de corazón, porque ellos se encuentran muy lejos del Espíritu Santo y de sus gracias!

¡Y cuánta dureza de corazón hay en el mundo, sólo Yo lo sé, y también cuánto con ello se amarga a mi suavísimo Corazón que es todo Caridad...!

Los Vicios petrifican los corazones, y llegan éstos a tal grado de crueldad para con el prójimo y de ingratitud para Conmigo como no se imaginan. El terrible indiferentismo llega a hacerlos su presa hasta el grado más glacial que puede existir.

Aquí tienen el fruto de los Vicios: la Dureza de corazón, que conduce a las almas como de la mano a la Impenitencia final.

Su remedio consiste en la Limpieza del alma, la cual trae consigo a la Dulzura, Suavidad y Benignidad. Mientras no exista la Pureza de corazón, no puede ésta desalojar tan ruin cuanto dañoso mal que tanta gloria y gozo le reporta a Satanás.

18. Avaricia

La Avaricia es un mal espantoso al cual Yo odio y aborrezco. Es la Avaricia hija de la Soberbia y hermana gemela de la Envidia. Va directamente contra las leyes de la Caridad, pues Dios es Caridad, y la Avaricia pugna totalmente contra ella.

Este pecado toca muy vivamente a mi Corazón, en la persona del pobre, y un fuego especial tengo destinado para castigarlo. Los pobres y los desvalidos son mi imagen sobre la tierra, y el que lastima a ellos a Mí me lastima, y el que a ellos protege a Mí me protege. Cuando tocan al pobre tocan las niñas de mis ojos, y muy castigado será el que para sí atesora al patrimonio del pobre. Yo soy muy delicado sobre este particular, y Yo les prometo que mi Justicia caerá sobre los infelices que hayan extorsionado al débil.

El mundo rebosa de Avaricia, y los corazones de muchos ¡ay!, que se llaman Míos están podridos con este maldito vicio, atesorando no por cierto oro, que al menor soplo se desvanecerá, sino pecados, y castigos tras castigos que descargará sobre estas infelices almas, con todo rigor, mi Omnipotencia y Justicia.

Sobre toda ponderación miserable es el lamentable estado en que se ve envuelto el corazón que lleva consigo el horrible vicio de la Avaricia. Su infierno comienza en la vida, porque no vuelve a tener momento de tranquilidad y de paz. El placer y la felicidad huyen del corazón avaro, y su vida no es vida, porque la inquietud de perder lo poseído, y la ambición de atesorar lo de otros, convierten sus días en negras noches de obscuras imaginaciones y crueles remordimientos.

Tenebroso es el corazón del avaro, y en él reina el desorden más completo. La gracia se ve constantemente rechazada, la cual termina finalmente por alejarse para siempre de aquella alma obstinada en su pecado de Avaricia, del cual proceden otros muchos.

La Avaricia consiste en un deseo vehemente y desenfrenado de atesorar, insaciable, atizado por la Soberbia y la Envidia, la cual lleva multitud de pecados tras sí.

Es la Avaricia una desordenada sed que, lejos de apagarse, crece y crece, anhelando siempre los bienes terrenos y perecederos, por cuantos medios lícitos o prohibidos están a su alcance. Los robos, las estafas, mentiras, dobleces, falsedades, bajezas, crímenes y engaños prestan su ayuda a la espantosa Avaricia. El alma poseída de este horrible vicio no ve ni la detiene la conciencia, ni la justicia, ni la eternidad, ni el mismo infierno para obrar iniquidades: no ve sino lo que le reporta algún aumento en sus arcas y tesoros.

La Avaricia es el vicio que endurece más el corazón del hombre, y el que precipita a las obras más inicuas y rastreras. Muy difícil es que el alma poseída de este infernal vicio se salve, tal es el hielo que la enfría y la espesa nube que la ciega.

Si una gracia especialísima no viene a romper aquel corazón metalizado, como generalmente estas almas no corresponden a las inspiraciones divinas, mueren ciegas en su pecado.

¡Cuánto y cuánto se lastima mi Corazón! En vano llora sobre estos pechos de granito, absorbidos por la Avaricia.

Existen en el mundo miles de almas de esta clase, las cuales duermen el sueño de la muerte del espíritu, para despertar ¡ay!, en una infeliz eternidad. ¡Oh!, ¡a cuántos sepulcros blanqueados, aun en los que se llaman Míos, sostiene la tierra! Se espantarían si les enseñara una pequeñísima parte del lodazal en que se revuelcan miles de almas, miles que deberían pertenecerme.

Existe también Avaricia espiritual y Avaricia espiritual perfecta.

La Avaricia espiritual consiste en un deseo desordenado de bienes y gracias celestiales insaciable, que no deja al alma pensar en otra cosa, sino en verse poseedora de ellas, no dejándole tiempo para otros actos del corazón más sólidos y fructuosos.

Esta Avaricia espiritual, lejos de atraer sobre el alma los favores divinos, los aleja. Entonces Satanás se los presenta al alma que los desea de esta manera desordenada, falsificados y fingidos.

A esto se expone el alma avarienta, y la Envidia no tardará en acudir a su puerta. La Avaricia inficiona los actos de las almas religiosas. Digo la Avaricia espiritual (aunque de la primera que hemos hablado también saca sus presas de los claustros, pero no es lo común); porque con el anhelo de atesorar virtudes no las practican ni debidamente, ni con la pureza de intención que debieran.

Tal es así que en vez de alcanzar méritos con las virtudes, las desdoran y hasta nulifican. El egoísmo pronto llenará este corazón avariento, y de ahí se le seguirán un sinnúmero de males.

Muchos estragos, que Yo solo puedo medir, hace la Avaricia espiritual en las almas.

La Avaricia espiritual perfecta es aún más fina y solapada, y consiste en un intento y muy escondido anhelo de poseer más y más gracia, no puramente para bien y limpieza del alma, sino por gozar de un secreto e íntimo contentamiento propio, al verse así llena y rebosando favores celestiales. Esta alma convierte en ponzoña lo que debía ser solamente puro y santo, y lo sería si no diera cabida al maldito vicio de la Avaricia espiritual perfecta.

Es tan fino el demonio en estos casos, que a no ser por una gracia y luz especial del Espíritu Santo, no se le conoce.

Satanás se introduce con un acto suavísimo, mas con visos de sed de perfección y de hambre de santidad va desordenando los deseos, avivando inmoderadamente el ansia de subir y subir a grados más altos de perfección jamás imaginada y así, con el cebo de lo divino llena al alma poco a poco de soberbia, haciéndola sentirse muy encumbrada, y la va alejando de la conformidad y abandono con la voluntad divina.

Muy venenosa es la Avaricia espiritual perfecta, y existen muchas almas engañadas que no se dan cuenta que la llevan consigo.

¡Oh miserable Satanás, engañador y falsificador de todo lo santo, maldito seas! ¡Yo te quitaré el antifaz y haré que el mundo espiritual comprenda tus embustes e hipocresías! ¡La Cruz va a brillar y a confundirte, espíritu de tinieblas; ella te arrojará al averno y abrirá un campo claro y lleno de luz para las almas! La Cruz viene a salvar al mundo: a iluminar el camino para el cielo y triunfar de Satanás y de sus abominables engaños, disfraces y maquinaciones.

El remedio contra la Avaricia ordinaria es la Generosidad, es decir, un desprendimiento constante del corazón en lo que toca a las riquezas, pisando los deseos desordenados de la Ambición. Mas para quitar de raíz el vicio y subiendo a un grado más alto, se necesita desprenderse no sólo de lo superfluo, sino aun de lo necesario en bien de otros. Este es el remedio radical contra la Avaricia pero, ¿quién se lo aplicará? Esto supone un gran Dominio propio, pero ¡cuán pocos son los corazones que lo tienen!

El remedio contra la Avaricia espiritual consiste en moderar todo deseo que traspase los límites del orden tocante a la santidad y perfección, conformándose con lo que el Espíritu Santo da a cada alma, considerándose indigna aún de lo que tiene, pues todo lo que Dios da es grande y digno de agradecimiento.

El remedio de la Avaricia espiritual perfecta se concreta en aquel recibir y devolver abandonándose el alma además totalmente a la divina voluntad, sin querer, ni pedir ni aun desear nada, absolutamente nada que no sea manifestado por la divina y santísima voluntad de Dios.

Que no se confunda, sin embargo, el deseo santo y aun el anhelo ordenado y purísimo de la limpieza de corazón, y aquella hambre y sed que el Espíritu Santo pone en el alma pura de santidad y perfección, con ese remedio contra la Avaricia espiritual perfecta; entiéndase que éste tiende a curar un mal. Una cosa es el anhelo desordenado de recibir y desear, y otra cosa es el hambre y la sed ordenada y pura, aunque vehemente, que el Espíritu Santo pone como gracia especial en las almas para hacerlas crecer en virtudes y grados de gracia, con el solo fin de agradarme a Mí y no a sí mismas.

Los fines de estos deseos son muy distintos: los unos son santísimos, rectos y ordenados; los otros son falsificados por Satanás y sus secuaces.

La vida espiritual es muy fina y delicada: para conocerla se necesita luz divina, y para recorrerla y no tropezar y caer en los mil escollos que contiene, además de la luz, se necesita un guía santo que acompañe al alma en tan intrincados laberintos.

¡Es muy fácil engañarse en las veredas estrechas de camino tan espinoso! Pero existe un faro divino, que es el Espíritu Santo mismo a quien, pues, Él conduce o mete por estos caminos le da luz, le da fuerza, y la constancia si le es fiel y se deja además llevar del compañero que le haya asignado. Sin embargo, entiendan que no a todas las almas conduce el Espíritu Santo por los delicados caminos extraordinarios, y sobre este punto existen muchos errores; ¡ay de los que sin ser llamados quieren cruzar por estas sendas! Se estrellarán en grandes obscuridades y serán víctimas de miles de engaños, e ilusiones.

- ¡Oh!, Señor, ¿quién ha de querer entrar en esa vida de tantos peligros, y dificultades y engaños?

- Innumerables son las almas que desean singularizarse por estas vías extraordinarias. En las Religiones casi todas las Religiosas: muchos de los Religiosos se creen o ya internados en estos caminos, o con derecho a lo menos para internare en ellos. A casi todas las almas soberbias se les figura que portar un hábito y entrar por estos caminos todo es uno, sin fijarse que la única puerta que conduce a estos caminos de la vida extraordinaria es la práctica sólida, generosa y constante de todas las virtudes morales, y el abajamiento y humillación.

Sepan además que existen muchos Santos los cuales, a pesar de haber recorrido llenos de merecimientos el espinoso campo de todas las virtudes, nunca fue mi voluntad el meterlos por los caminos extraordinarios del espíritu. Sobre este punto existen miles de engaños: hay almas que sólo comprenden que la santidad está en las visiones, éxtasis y revelaciones, mas se equivocan. La Santidad consiste en la Pureza y en el Sacrificio generoso y constante de una alma abandonada totalmente a la VOLUNTAD DIVINA. Muchos santos, repito, han cruzado la vida por la vía ordinaria, aunque ordenada, mas en cambio, otros han caído de grandes alturas de la vida extraordinaria, precipitándose por la Soberbia y otros muchos vicios. Sin embargo, no crean por esto que no sea un encumbrado favor el que el Espíritu Santo introduzca a ciertas alturas y primores de la vida extraordinaria. Esta es una gracia especialísima, y generalmente la da Dios con algún fin, no sólo para la santificación de una alma, sino para la de otras muchas.

El Espíritu Santo da la verdadera vida extraordinaria para recibir gloria, aunque en el profundo ocultamiento de una alma pura.

La vida extraordinaria casi siempre está en donde los hombres menos se lo suponen, es decir, en lo más escondido de la humildad y del sacrificio del alma obscura.

El Espíritu Santo busca la obscuridad para hacerla resplandecer.

¿Saben en dónde se encuentra y hace su morada? En el alma pudorosa que se esconde, se ruboriza y se avergüenza con los favores divinos.

La Avaricia lleva consigo un ejército de compañeros inseparables, de su misma familia.

19. Premeditación

La Premeditación es compañera de la Previsión Satánica y desciende de la Astucia y de la Malicia.

Tiene la Premeditación la cualidad de agigantar los vicios y la malicia de los pecados. Lleva también tras de sí a una multitud de vicios, y en su tenebrosa quietud miserablemente me ofende.

La Premeditación es un vicio interno que no se exterioriza sino por los actos ya madurados antes de ejecutarse. En ella se ceba el Rencor, la Venganza, el Odio, la Traición, la Perfidia, el Escándalo, la Doblez, la Mentira y otra multitud de vicios, antes de salir afuera. En el obscuro antro de la Premeditación se fraguan los más horrendos crímenes, los más secretos adulterios, y un sinnúmero de pecados con que vilísimamente se me ofende. Aborrezco este vicio que tanto afina al pecado y condena al que lo comete. Los corazones que llevan consigo la Premeditación son corazones taimados, hipócritas v reconcentrados.

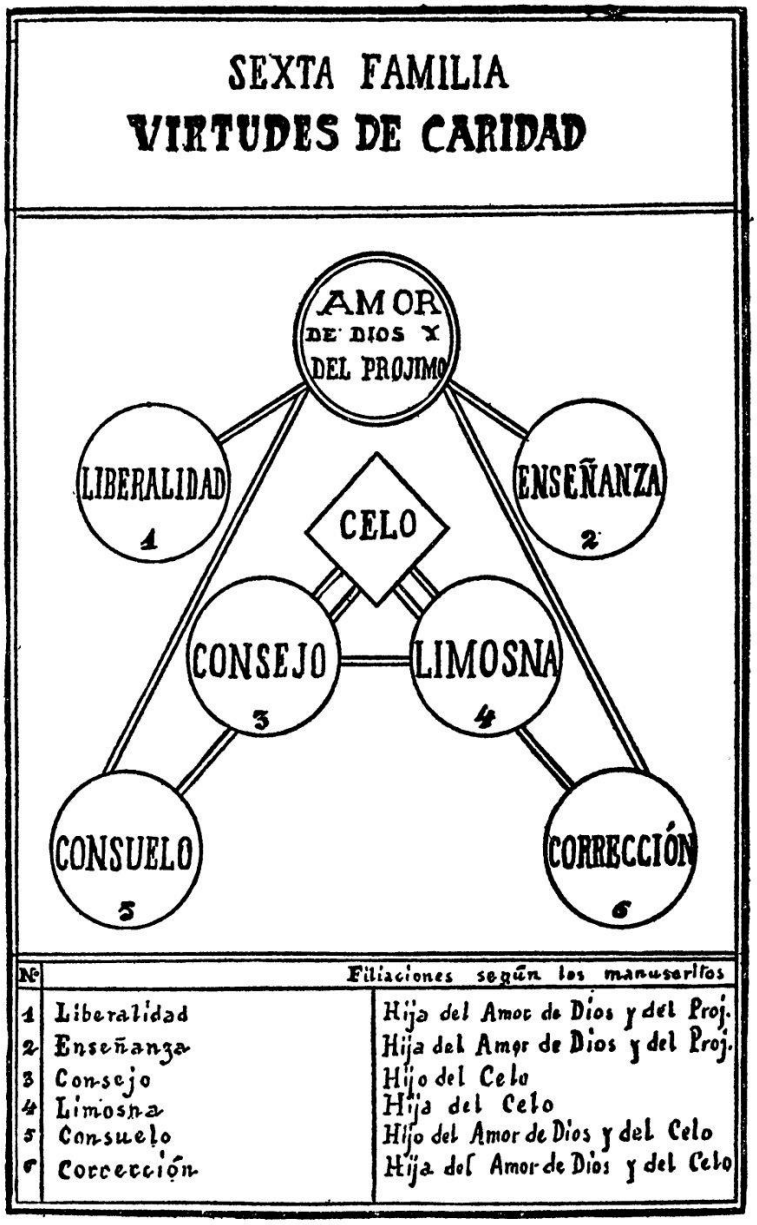
Estos corazones huyen de todo trato espiritual y social para volar a sus nidos como las aves de rapiña. Les encanta la obscuridad y aborrecen la luz. Estos espíritus taciturnos son capaces, más que ningunos otros, de grandes crímenes y ocultos pecados que sólo Yo conozco, y Yo solo puedo también castigar corno merecen. Estas almas nunca son francas ni comunicativas: abrigan el egoísmo y son falsas y llenas de doblez. Se debe huir de estas almas que llevan en su seno el vicio de la Premeditación satánica. Prefiero la desfachatez de un corazón desalmado, que estos espíritus reconcentrados en sí mismos y en mil pasiones y vicios secretos.

Los primeros tienen remedio; los segundos casi nunca se curan.

El Remedio de la imprevisión es el Orden. El alma ordenada siempre prevé, con lo cual evita muchos males. Sobre todo, los que hacen el papel de Superiores, Jefes o Padres de familia, deben ser previsores, llevando consigo tan hermosa y necesaria virtud.

La Previsión mala infundida en el alma por Satanás, a la cual la imaginación ayuda admirablemente, se cura con la Rectitud, cortando de golpe toda maquinación del demonio, sin protestar ni aun detenerse un solo instante en ella.

El Remedio para la Premeditación, para estas almas solapadas y traidoras, soberbias y ocultas, es la total claridad de conciencia, la Sinceridad, la Sencillez, la Humildad profundísima y la Sujeción y Obediencia ciega y voluntaria, es decir, la total transformación que sólo puede corregirse con el Trabajo, la Oración y la Constancia.



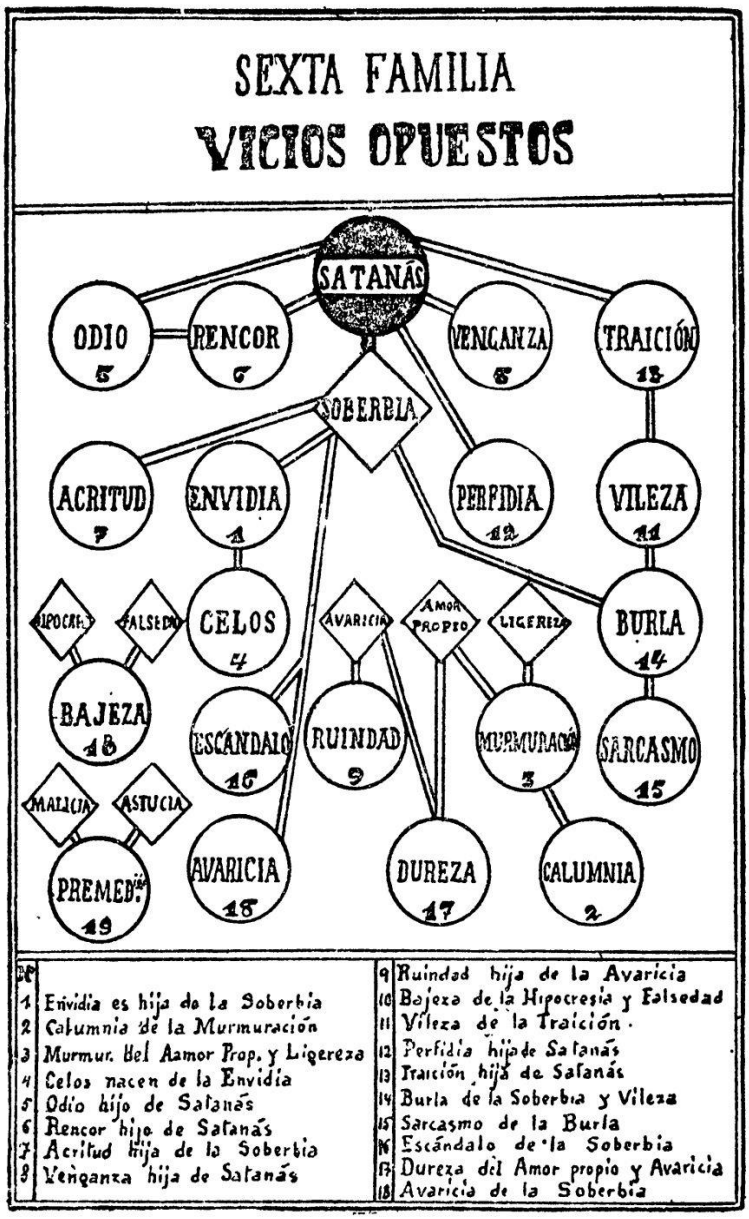


Figura 6 –
SEXTA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes de Caridad** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

SÉPTIMA FAMILIA

VIRTUDES DE PAZ

1. Paz

La paz es hija de la Caridad y Fruto dulcísimo del Espíritu Santo. El árbol de la Cruz es el que produce este fruto en las almas. La Paz se alimenta con el Sacrificio. La Paz descansa en el Dolor, y crece y se desarrolla con la continua crucifixión. El alma pura la posee; el alma impura no la conoce. El demonio engaña a muchas almas con una falsa paz que él fabrica, pero esta paz es inestable, es fingida y muy peligrosa. Esta paz diabólica lleva consigo la ceguera infernal y precipita al alma más o menos tarde a la tibieza y a los vicios. Hay virtudes que el demonio trata de imitar y sabe disfrazarlas. Sin embargo, hay piedras de toque en la vida espiritual para conocerlas y desenmascararlas. Las piedras de toque son: la Humildad, la Obediencia, y la Pureza; porque estas tres virtudes son enemigas de Satanás, el cual no puede imitar el limpio color de estas virtudes, ni sufrir su esplendor, de tal manera que en seguida se le conoce; porque estas tres virtudes son transparentes, y por más que en ellas se envuelva, se conoce su negrura. La Paz verdadera y divina lleva en sí estas virtudes en grado eminente, además de otras muchas, es decir, a la Obediencia, Humildad y Pureza.

Cuando el alma falta, aunque sea en cosa pequeña, a estos tres ejes que la sostienen, en seguida se turba, se inquieta, y la Paz que había tomado posesión de la misma, se retira. La Paz es la indispensable atmósfera en la que la divina Palomita respira. La Paz es la rama indispensable sobre la cual forma su Nido. La Paz en un alma es como la tierra vegetal en la cual todas las virtudes crecen y florecen. Satanás se aleja de un alma que lleva en sí este fruto divino, Yo soy el Dios de la Paz, y Satanás lleva en su ser la Inestabilidad, la Precipitación, la Veleidad, el Ruido y la Ofuscación, y emplea estas armas con toda su fuerza, contra esta tranquila, silenciosa, reposada y serena virtud de la Paz. En donde reina la Paz no reina Satanás, porque en donde reina la Paz allí está el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es la Paz misma.

2. Reposo

El Reposo es hermano de la Serenidad, y nace de la pureza de alma. También lo alimenta y nutre la Paz, este Fruto precioso y rico del Espíritu Santo. El Reposo y la Serenidad no son una misma cosa, son hermanos, pero cada uno tiene en sí sus cualidades propias, y los dos, elevados a virtud, forman el nido de la divina Palomita en los corazones. Estas dos cualidades, elevadas a virtudes, tienen también su crisol en el cual se prueban y crecen, se purifican y merecen.

No hay virtud sin crisol, del cual provienen los grados heroicos a que se elevan, y la altura más o menos encumbrada a donde suben. El crisol de las virtudes son los vicios contrarios a ellas. Hay vicios y pasiones que prueban las virtudes, aunque las pasiones generalmente envuelven algún vicio, o algunos envuelven alguna virtud o algunas; porque hay también pasiones buenas. Pues bien, lo que puede agitar a la Serenidad y también al Reposo su hermano, es parecido a lo que hace guerra a la Madurez: esto es, por una parte la imaginación, la soberbia, las tempestades interiores, las desolaciones y los desamparos; y por otra los dolores y las contrariedades, las luchas y penas exteriores. La solidez de estas virtudes se prueba en estos palenques.

3. Serenidad

La Serenidad es otra virtud muy hermosa en sí misma (y en la cuna de donde procede o en

donde nace). Ella nace en el alma pura, en el alma limpia que posee el Espíritu Santo. Él la produce y la gracia la conserva. La Serenidad es fruto de otro fruto: es decir, el árbol de la Paz la sostiene, le da vida y la hermosea. Esta virtud divina es un espejo clarísimo en el cual se refleja la divinidad.

En las luchas de la vida, en las penas y en los dolores tiene un viso especial. En las luchas, penas y dolores se hace hermosa, pero entonces la Fortaleza es su apoyo, y con la Fortaleza nada puede conmoverla. Santa María, mi amada Madre, la poseyó en toda su plenitud.

4. Tranquilidad

La Tranquilidad nace de la Paz en un alma limpia y pura, crece en el Sacrificio, y llega a su desarrollo en el Renunciamiento propio. En este Renunciamiento propio es en donde la Tranquilidad tiene su reinado, en esta muerte de sí mismo ella vive, florece y fructifica.

La Tranquilidad tiene su descanso en las almas justas. Sólo es capaz de perturbarla el pecado y las infidelidades a la gracia. Entonces ella se aleja por más o menos tiempo, hasta que el alma se purifica; porque esta Tranquilidad es tan limpia, que jamás hace su nido en un alma manchada, o impura. Es la Reina de la felicidad del hombre, sin ella la dicha verdadera no existe, y el hombre lejos de ella es un desgraciado. La Tranquilidad es indispensable en el espíritu para las comunicaciones divinas.

Solamente los oídos tranquilos y quietos pueden escuchar la secreta voz del Espíritu Santo y seguir con seguridad las inspiraciones y enseñanzas de este mismo Espíritu de Verdad y de Paz. El alma que posee esta virtud hermosa y divina tiene en la tierra el principio de un anticipado cielo. Feliz el alma tranquila que conserva esta Paz en las contrariedades y luchas de la vida.

Mas no crean que sea tan fácil el poseerla, y que sea fácil el conservarla; tiene también un campo de terribles luchas, en el cual se prueban su firmeza y quilates. A esta preciosa joya generalmente conserva un escuadrón de virtudes a cual más necesaria para sostenerla, pues las fuerzas naturales del hombre no son bastantes para ello.

La Gracia es el único apoyo de esta inapreciable virtud: ella es su escudo, su refugio y su fortaleza. Sus enemigos son muchos y desenfrenados, porque Satanás es antagonista de la Tranquilidad y de la Paz. Pone en juego a la Agitación, a la Precipitación, a la Cólera, a la Soberbia y a la Turbación para derrocarla. Feliz el alma que sabe sostenerse en pie contra los incontables ataques del enemigo, ella se hará acreedora a una gran recompensa eterna. Satanás la ataca muy de frente porque en un alma tranquila no tiene entrada, y por lo mismo tiene cerrada la puerta para mil maquinaciones que sabe él poner en juego.

5. Discreción

La Discreción es una virtud hermosa e indispensable en la vida espiritual, es hija de la Prudencia y la poseen muy pocas almas: es inseparable de su madre; y se llega a adquirir con el trato con Dios y la práctica de las virtudes. Su viso más hermoso resplandece en la obscuridad de la humildad y en un acto finísimo con el cual toca a los espíritus sin que éstos lo sientan ni lo conozcan, tal es su suavidad.

Refleja en su seno al Espíritu Santo, con el cual constantemente se comunica, recibiendo de El la luz y gracia, tanto para el alma que la posee como para otras almas. Esta preciosa virtud es una joya muy escondida.

6. Madurez

La Madurez no es una virtud que pertenece a los viejos; hay muchos que con la edad no la alcanzan y otros jóvenes que, en gran parte, la poseen.

La Madurez es una virtud del entendimiento, la cual da luz para conocer, distinguir y apreciar los actos propios y ajenos. Esta virtud es muy necesaria para obrar con rectitud y certeza. Es hija de la Prudencia y siempre la acompañan el Reposo y la Serenidad. Esta virtud no existe en las personas en las cuales hay inconstancia, veleidad, imaginación volcánica, juicio propio y soberbia.

A veces parece que estas almas agitadas e indecisas poseen la Madurez, y no es así: tienen la falsa Madurez; porque la verdadera Madurez no anida sino en las almas quietas, pacificas y humildes.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE PAZ

1. Turbación

La Turbación siempre procede de Satanás; es hija de su mismo ser y la emplea, aun sin querer, porque como siempre la lleva consigo, en donde está él, ahí está la Turbación. Y así como a donde se acerca el Espíritu Santo, allí está la Paz porque la lleva consigo, de la misma manera a donde se acerca Satanás le precede la Turbación. Siempre que el alma sienta este efecto, esté alerta, porque Satanás la asecha y muy de cerca.

Cuando Satanás finge la Paz para tener libre entrada en las almas, la cual sabe también fingir admirablemente, no puede, sin embargo, apartarse de lo que lleva consigo, es decir de la Turbación, y más o menos tarde aparece, haciéndose sentir del alma recta a la cual trata de seducir. Esta cola de Satanás nunca puede ocultarse del todo, y en los escrúpulos aparece al vivo en todo su esplendor.

2. Perturbación

La Perturbación es otra arma de Satanás, con la cual se da gusto en las almas que de veras me sirven; pues aunque la emplea en el mundo y en otras mil ocasiones, tiene su campo favorito en las almas que tratan de oración y espirituales.

La Turbación puede, a veces, ser buena y producida por la profunda humildad en un alma pura. La Limpieza y la Delicadeza la llevan muchas veces consigo; pero siempre para mayor bien del alma; mas la Perturbación viene solamente de Satanás, y es producida únicamente por él, pues el Espíritu Santo jamás perturba, y sí, muchas veces, como ya dije, turba al alma ligeramente, o mejor y con más propiedad permite esta Turbación inocente y humilde, digna de merecimientos y recompensas.

Santa María se turbó al oír las palabras del Ángel; pero esta preciosa turbación, nacida de la Humildad y de la Pureza, es decir, del Pudor vergonzoso de aquella alma inmaculada, conmovieron las entrañas del Amor Increado.

Esta turbación es la santa, es la buena, la que nace espontáneamente de una humildad solidísima y a toda prueba, y que jamás puede imitar Satanás.

La Perturbación es tan sólo de Satanás, y llena a las almas de horribles tentaciones de impurezas y de otras mil clases de que tiene gran acopio. Satanás es incansable en sus perturbaciones, se introduce en la Oración a la hora más inesperada, entra suavísimamente en las almas, a veces casi sin darse a conocer, mas cuando ya encuentra en ese campo, estalla con sus viles y nefandas maquinaciones, azorando a las almas y arrollándolas muchas veces entre sus precipitadas corrientes y viles astucias. De día y de noche usa el arma de la Perturbación: en el sueño y en vela, y siempre acecha al alma incauta para hacerla caer entre sus garras.

La Firmeza, esta hermosa virtud guerrera, es la que debe campear ante enemigo tan formidable. La Energía, la Constancia y el Dominio propio deben ponerse en guardia desviando del alma toda saeta venenosa que contra ella aseste la Perturbación.

Griten, desenmascarando a Satanás: "guerra al vicio, guerra a los enemigos del alma, y que reine el Espíritu Santo con todas sus virtudes y Dones".

3. Inquietud

Proemio a los vicios, tentaciones y defectos que siguen:

Lleva el Desorden, es decir, Satanás lleva consigo un mundo de vicios, tentaciones y defectos que matan, entretienen y suspenden en más o menos grado, los efectos de la gracia en las

almas a quienes hace su presa, según la intensidad y extensión del mal. Digo que casi todos los vicios en su funesto desarrollo matan la vida de la gracia en las almas que condescienden con ellos, ya que son pecados mortales. Las Tentaciones no consentidas, cuando menos las más veces entretienen; las consentidas son pecados más o menos graves.

Los Defectos suspenden las comunicaciones divinas, porque los defectos culpables siempre manchan, y el Espíritu Santo busca al alma pura para comunicarse, y mientras más pura la encuentra, más se complace en derramar sus gracias.

Iremos levantando un poco el velo que cubre a este numeroso y formidable ejército de vicios, tentaciones y defectos, con los que Satanás envuelve a las almas, y así le quitaremos la careta con que se disfraza.

La Inquietud es hija de la Turbación, y la causa el demonio en las almas buenas que a Mí me sirven. Satanás lleva tres fines en la Inquietud, los cuales consisten en molestarlas, entretenerlas y llega su intento hasta desesperarlas.

La Inquietud es hermana de los Escrúpulos.

Consiste la Inquietud Satánica en una revolución interna, producida por crecidas y abultadas imaginaciones.

Es la Inquietud un nubarrón que obscurece y empolva; es una zozobra sin fundamento, que causa en las almas terribles penas y grandes daños. Estas inquietudes se curan con el Desprecio, pues nada le duele tanto a Satanás en su orgullo como el desprecio. Este desprecio, unido con actos de amor y de profundísima humillación, ahuyentan las inquietudes satánicas, y libran al alma de multiplicados males. El fin de Satanás en todas sus maquinaciones contra el alma, siempre es el alejarla de Mí, y por lo mismo de la Gracia Santificante. Satanás jamás desperdicia la ocasión de poder hacer mermar, aunque no sea más que un solo grado de gracia. Con este fin, de noche y de día acecha a las almas, para quitar al alma a lo menos méritos, y a Mí, gloria.

Satanás pone en los pecados otra clase de Inquietud, la cual consiste en remordimientos crueles, pero llenos de profunda soberbia, poniéndoles además en el corazón la desconfianza en la Misericordia divina, y finalmente la Desesperación, la cual los precipita a grandes crímenes que los conducen al infierno.

Satanás entra generalmente en las almas bajo una capa de Hipocresía y de Doblez admirable.

Lleva siempre consigo la Falsedad en su seno, pero ni se le conoce muchas veces, por el modo con que se presenta. Sin embargo, el alma pura, muy pura, se apercibe de su presencia y contacto; mas en la generalidad de las almas entra bajo capa de bien, con delicada suavidad, con silencio de paz, y poco a poco va desplegando su astucia, hasta hacerse sentir con desenvuelta furia y ruidosa tentación; pero no hace esto hasta que se encuentra que ha tomado posesión del puesto. A él no le importa el tiempo, puede esperarse y se espera días y años, con una paciencia a toda prueba, si vislumbra que puede sacar algún fruto para su cosecha. Cuidado con esta serpiente infernal, la cual con terrible astucia emponzoña los corazones y los aleja de su única felicidad que soy Yo y únicamente Yo.

El Espíritu Santo permite otra clase de inquietud muy distinta en las almas que le pertenecen, y ésta va envuelta con la Delicadeza y Limpieza de corazón. Es una especie de Inquietud que turba sin quitar la Paz. Sólo sirve en las tentaciones para tener al alma alerta a la menor mancha que pueda empañar su limpidez. Esta Inquietud es santa, la cual no va a extremo ni a escrúpulos. El alma experimenta siempre su aguijón para su bien y pureza.

4. Escrúpulos

Los Escrúpulos son, en gran parte, producidos por Satanás, e hijos suyos muy predilectos, a quienes maneja con especial tino, sacando el fruto que se propone.

Con los Escrúpulos Satanás turba, entretiene, y desespera. Estos tres puntos son los que con afán busca el Demonio, porque con ellos alcanza su objeto, el cual va principalmente dirigido a alejar a las almas de Mí.

Los Escrúpulos que proceden de Satanás, consisten en una madeja enredada de imaginaciones locas, las cuales llevan por base el juicio propio, es decir, la Soberbia y también a la Desobediencia.

¡Ay de las almas que se dejan coger por la Soberbia y Desobediencia! Las almas que se ven envueltas entre la obscuridad tenebrosa de los Escrúpulos, ya no tienen más remedio que acogerse a la Obediencia ciega, con una humildad profundísima. Sólo con estos filos de Obediencia y Humildad se cortan las madejas sin punta de los escrúpulos diabólicos. Las almas tercas que no se acojan a estas dos únicas tablas de salvación, perecerán presas de una cadena interminable de terribles sufrimientos, tristezas, dudas y agonías inútiles. No se descuiden estas almas, porque pueden llegar al último grado que pretende Satanás, y es el más codiciado para él, el cual consiste en la desesperación, de la cual brotan verdaderas ofensas contra Mí, pecados de imprecaciones, y blasfemias, y otros muchos improperios.

5. Duda

La Duda es hija de la Soberbia y hermana de la Inquietud y de la Ceguera. Es un desorden que existe en el entendimiento del hombre del cual pasa a la voluntad, alimentado con el Orgullo.

Las Dudas voluntarias y consentidas en materia de fe, son pecados de los más graves que existen sobre la tierra, a los cuales Yo más rechazo, porque van amasados con el amor propio del hombre.

Las Dudas hacen horribles estragos en el hombre; pero no hacen su nido sino en los corazones soberbios e impuros. Hablo de las Dudas contra mi Iglesia y mi Religión. Si alguna vez estas dudas atacan a las almas humildes, son simplemente como tentaciones pasajeras, en tal o cual punto o misterio las cuales nada implican, porque luego son rechazadas, y Yo muchas veces las permito para cimentar la firmeza de la Fe en los corazones puros.

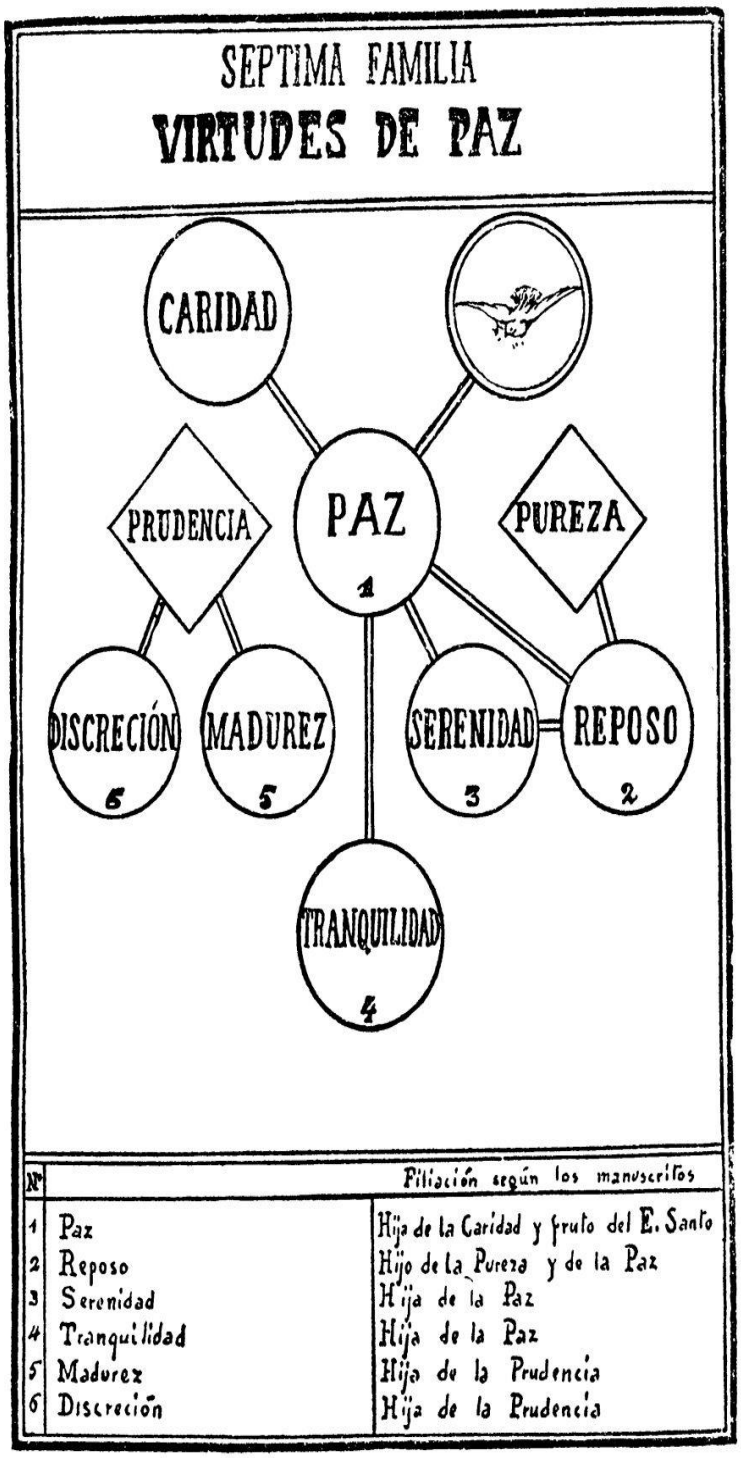
Existe en el mundo un vastísimo campo de perniciosas Dudas que dañan y corrompen los tiernos corazones de la juventud. ¡Ay del que las provoque! ¡Mi Justicia herirá muy hondamente sobre la desdichada alma que tal haga! Satanás hace terribles estragos, que no quedarán, por cierto, sin su justo castigo.

Quiero dirigir las siguientes preguntas a mis Sacerdotes, más culpables aún que las almas que andan envueltas en las precipitadas corrientes de un mundo infame, y ciegas recorren su camino.

Mas ¿qué hacen los que se llaman míos? ¿En dónde y cuándo se sacrifican y dan la vida por darme a conocer? ¡Cuán pocos y cuán contados son! ¿En dónde están las almas que debieran ser mías? Les preguntaré Yo en el Día del Juicio: ¿en dónde la Pureza, el Amor y el Sacrificio? Ellos duermen ¡ay!, y ¡cuántos!, y Satanás vela y no descansa (dice el Señor apenado).

Existen otras dudas en los espirituales que llevan en sí al Propio Juicio, el cual las capitanea. Estas Dudas son muy perjudiciales y con frecuencia hacen caer a las almas en faltas hasta graves de Desobediencia.

Las almas soberbias son aquéllas que juzgan, y piensan y dan mil vueltas a los consejos y pareceres de los Directores y Superiores, e internándose Satanás en este su campo favorito, se goza con los muchos triunfos que saca de esto. El único remedio contra tan pernicioso mal consiste en la Obediencia ciega, en la Docilidad, y en la Humildad.



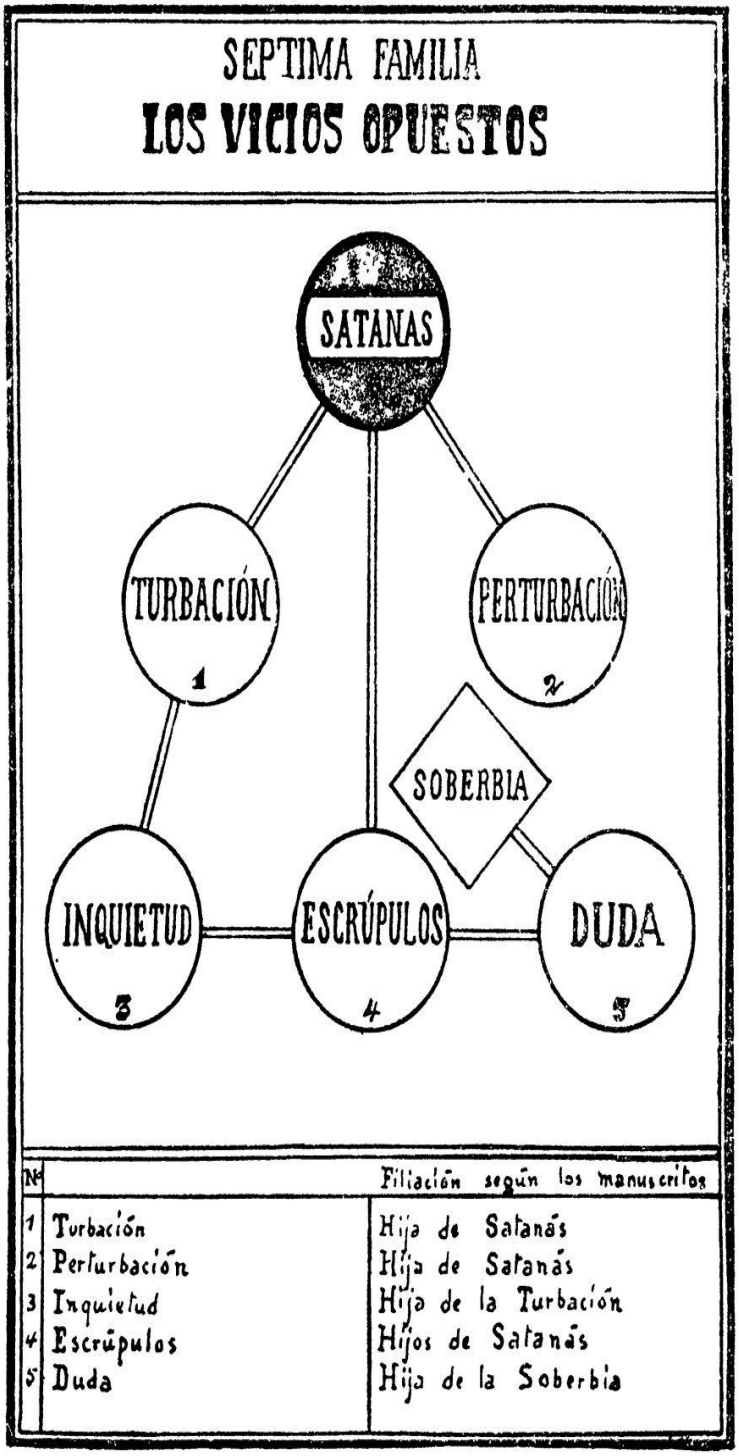


Figura 7
<u>SÉPTIMA FAMILIA</u> – Esquema de las **Virtudes de Paz** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

OCTAVA FAMILIA

VIRTUDES DE VENCIMIENTO

1. Vencimiento

Y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Flp. 2, 8.
El hombre obediente cantará victoria. Pr. 21, 28.

El Vencimiento de toda pasión, vicio o inclinación desordenada es una virtud heroica y de muchos merecimientos. Es el Vencimiento hijo de la Fortaleza y se desarrolla y crece en la práctica constante del Sacrificio. El Vencimiento llega, con la Gracia, a alcanzar muy alta perfección, a dominar no sólo los vicios, sino aún las repugnancias de la naturaleza, a quebrantar absolutamente todo propio querer. Su apoyo es la desconfianza: el amor divino lo impulsa. El Vencimiento es la corona o premio de muchas virtudes. Los enemigos capitales del Vencimiento son: la Pereza, la Comodidad y la Tibieza.

2. Obediencia

La Desobediencia fue el primer pecado con que Dios fue ofendido, y necesita repararse con la Obediencia. La Obediencia es una virtud que mucho ama mi Corazón. En el Oasis la quiero perfecta, con una perfección no sólo externa sino interna. La perfección de la Obediencia consiste en seguir prontamente las inspiraciones todas del Espíritu y practicarlas. Les abro la puerta que las conducirá a una gran santidad si toman ese camino. No sólo exijo del Oasis la obediencia ciega a sus Superiores, dispuestos siempre a renunciar su voluntad a la ajena, sino que también exijo de ellos que obedezcan siempre y en cuanto puedan a las inspiraciones del Espíritu Santo. Cada vez que escuchen esa voz interior que no hace ruido, atiéndanla. No se disimulen, que bien saben cuando ella les habla. Si les dice: "vénzanse", háganlo, háganlo sin detenerse. Si les dice: "vengan", vayan; "tomen", tomen; "déjenlo", déjenlo; "levántense", háganlo; "arrodíllense", lo mismo; "recójanse", déjenlo todo y recojan su alma, que tal vez vaya entonces a darles alguna gracia.

Si les dice "tomen esta Cruz", abrácenla; "beban este cáliz de amargura", no dejen una sola gota, "sufran esas desolaciones y desamparos", ábranles sus brazos y arrójense en el mar sin fondo de sus dolores y amarguras. Mortifíquense y humíllense siempre y a cada paso, en su exterior e interior. Esto se llama Obediencia del espíritu, en la cual se obedece al Espíritu Santo, y se hace nada menos que la voluntad de Dios en lo que consiste la perfección completa de las virtudes internas.

La Obediencia es Madre de la Mortificación, y por tanto de muchas cruces. La Obediencia, pues, es la Madre de las cruces. Mediten estas palabras: Madre de las cruces. Como a Madre, pues, debe amarla todo el que quiera llamarse Cruz y serlo en realidad.

Esta Obediencia es hija del Espíritu Santo, y por ella di mi vida en una Cruz, para enseñarla a mis futuras Cruces. La Obediencia interna perfecta clava a las almas en la Cruz y hace que vivan crucificadas. Grande cosa es lo que pido: nada menos que la total renuncia de la voluntad; sacrifíquense en su cuerpo, en sus sentidos, en su alma, en sus afectos, en todos los movimientos de su espíritu. Entiendan la Cruces vivas del Oasis que nada son y nada pueden sin mi auxilio, pero con mi gracia vencerán. Emprendan el camino real para el cielo; el camino áspero y espinoso de las virtudes: sean humildes, obedientes, mortificados, sean Cruz para clavarme en ellos. Vivan mi vida común a los ojos del mundo; pero muy sobrenatural y divina,

obediencia al menor movimiento de la gracia, de las inspiraciones del Espíritu Santo.

La criatura más santa y perfecta que ha existido es Santa María, porque correspondió desde el primer instante de su ser a las inspiraciones todas del Espíritu Santo. Imítenla, pidiendo su protección soberana para marchar por sus mismas huellas. Santa María es la mejor Maestra de la vida espiritual.

Desde el momento en que los Religiosos de la Cruz se entreguen a la Obediencia ciega, al renunciamiento total de su libertad, a no pertenecerse jamás, serán libres, experimentarán un espiritual y sobrenatural efecto en su alma, encontrarán un tesoro escondido, se les abrirá un campo de perfección práctica inacabable; serán felices no teniendo libertad, y su alma quedará henchida de una desconocida dicha; sus manos se hallarán vacías, pero su corazón lleno, al contrario de lo que pasa en el mundo. Podrán decir "estoy sentado a la sombra de mi nada, descansando, o más bien, descansando y descargado de un peso que llevaba a cuestas y me oprimía; camino en brazos ajenos, y tan totalmente desposeído de mí mismo y de cuanto me rodea, que nada me puede detener y preocupar".

¡Oh hermosa Obediencia! ¡Oh, libre sujeción! ¡Oh rica pobreza! ¡Oh felicidad incomparable la del verdadero despojo donde está la felicidad!

En el verdadero despojo está la felicidad, la sana libertad, una alegría divinizada y pura. En este despojo concluya la criatura y comienza Dios: se vive en Dios, por Dios y para Dios, muertos ya a todo propio querer; así se nace a una nueva vida. Con esta nueva vida deben vivir los Religiosos del Oasis, y también con Pobreza. Obediencia, y así con todas las otras virtudes.

Deben amar a la Obediencia como a una madre muy querida, pues es bella, pura, y tan llena de claridad divina, que ilumina los pasos del espíritu. Su majestad, su rectitud y su entereza encantan.

La virtud de la Obediencia ha recibido del mismo Espíritu Santo la misión de santificar y dar valor a todas las acciones del hombre. Ella tiene la virtud de enderezar lo torcido, y la fortaleza de llevar en sus brazos a puerto seguro al alma que de veras se entrega a la Obediencia.

La Obediencia descuella en hermosura y poder entre todas las virtudes. ¡Cuán triste es que los Religiosos que viven en Obediencia apenas la conozcan y mucho menos la practiquen con toda perfección! Resuélvanse a no descansar, ni a pensar, ni a querer sino lo que la Obediencia quiera que piensen, deseen y quieran.

La Humildad y la Mortificación son como la substancia misma del Religioso.

Después de estas virtudes, amen y practiquen la Obediencia. Es la Obediencia hija de la Humildad; un humilde tiene que ser obediente, y no hay obediencia perfecta sin Humildad. Este no depender de sí, este dejarse hacer de los hombres es de altísimo valor en el cielo y es un encanto para Jesús.

Sin obediencia se desmoronan las Comunidades y todo gobierno espiritual o temporal.

En un Oasis de virtudes internas quiere recrearse su Jesús. Ya me canso de exterioridades, fingimientos y paja. Yo practiqué toda mi vida la virtud de la Obediencia en un grado sublime, hasta la muerte de Cruz.

Tengan sed de perfección, aunque caigan en algunas faltas propias de la miseria humana. Trabajen para abarcar y abrácense en la práctica de las virtudes, sólo para agradarme y complacerme. Todas las virtudes están llenas de Luz.

La virtud de la Obediencia pronta y amorosa, sin mezcla de propio juicio en las inspiraciones divinas, o en el orden exterior, es grande y sublime. Yo practiqué esta virtud primero que ninguna otra, "hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz". Apenas conocí la voluntad

divina me arrojé con todo mi Corazón a cumplirla, comenzando en aquel mismo instante mi sacrificio amoroso en favor de los hombres.

Amé y me sacrifiqué, obedeciendo entonces a mi Padre celestial; y ahora amo y me sacrifico, obedeciendo, a las palabras de cualquier Sacerdote, por indigno que éste sea, en el Sacrificio del Altar. Siempre obedezco en el Sacrificio, sacrificándome.

El Sacrificio, el Dolor, la Cruz es lo que sobresale en todas las virtudes. No hay virtud que no lleve consigo el sacrificio, el cual hace que tenga más valor y mérito.

Quiero que los hijos de la Cruz suban a Mí por la escalera de la Cruz, y cogidos de Mí. Les voy a dar una regla que los conducirá fácilmente a la perfección: "Tengan sed de Obediencia", un deseo vivo de obedecer, queriendo no moverse sino al impulso de esta virtud. "Tengan hambre de Obediencia". Sujeten, no sólo todos los actos del día y de la noche y todos los movimientos del corazón, pensamientos e imaginación, sino todo lo espiritual a la voluntad de la Obediencia. No quieran ya ni pensar, ni sentir, ni desear con libertad, renuncien con todo su corazón, con toda su voluntad y libre albedrío a toda su libertad. Llenos de gozo, pongan su libertad debajo de la santa y amada sed de no pertenecerse y de sacrificarse. Sean libres perdiendo toda su libertad en todos sus pensamientos, palabras y obras, sobrenaturalizando las obras para la gloria de Dios. Cedan al impulso de la divina gracia, porque ésta, a veces, pasa y no vuelve. Quiero de las almas del Oasis no sólo la perfecta Obediencia, renunciándose totalmente a otra voluntad, sin volverse a tomar sino que sean fidelísimos, obedeciendo a las divinas inspiraciones, en las que fácilmente se disimulan o las tuercen.

Otra gracia comunico a las almas que son fieles: es el afinarles los oídos para que escuchen aquella secreta voz que tanto habla al alma. Dispongo sus oídos interiores, y a la vez su corazón para aceptar y ejecutar al punto lo que conocen que es la voluntad del Amado.

En la práctica de estas virtudes de Obediencia y Pobreza, en su total despojo, está la muerte del Religioso de la Cruz, y su vida dentro del Corazón Santísimo de su Jesús.

El Religioso que se ha dado totalmente a la voluntad ajena, sentirá poseer algo y muy grande, que antes no tenía. Mas solamente puede entender esto quien lo experimenta, porque, ¿cómo explicar y entender que en el no tener se encuentra la verdadera riqueza, y que en el renunciamiento propio se halla la libertad? Estos son secretos tan profundos, que sólo los comprende el que los vive.

A estas virtudes de la Obediencia y Pobreza les falta una cosa de mucha importancia que les da valor, les falta como un broche de oro para su perfección. Esto es, que envuelva a las virtudes y los domine, en todos sus actos, la divina voluntad. Deben estas virtudes girar, crecer y fructificar dentro de esta voluntad santísima. Tomen los Religiosos de la Cruz estas virtudes: entréguense a ellas con todas sus fuerzas, despójense, renúnciense y vivan dentro de otra voluntad que no sea la suya sin volverse a tomar. Mas al practicar estas virtudes, obren por la Caridad, por la voluntad divina. Lo mismo deben hacer en la práctica de las otras virtudes que hagan, piensen y quieran, debe llevar el color hermosísimo de la Obediencia, el purísimo de la Pobreza, y el más divino de todos los colores de oro de la divina voluntad.

A estas virtudes se debe unir otra gran virtud, y es la pureza de intención en todas las obras, complaciéndose, en cada una de ellas, en las complacencias de la voluntad divina. Esto es Caridad, esto es amor puro y sublime que diviniza las obras.

A todas las virtudes dichas, acompaña la santa indiferencia, el abandono amoroso, el sacrificio del yo, y el amor más puro y desinteresado.

En la sola joya de la pobreza y obediencia, ¡cuántas riquezas se encuentran!

3. Contrición

La Contrición es hija del purísimo Amor de Dios, sin mezcla de ninguna otra cosa. La Contrición

siempre anda acompañada de una profundísima Humildad. La Contrición es un dolor interno del alma con el cual ella se detesta, abominando el pecado, ama purísimamente a Dios, y está con una vergüenza tan grande, corno es la Confianza en la Infinita Bondad de que está llena.

La Contrición es uno de los dolores que existen más aceptos a mi Corazón. La Contrición en un instante purifica, y hace de mis enemigos herederos del cielo. El Buen Ladrón tuvo una Contrición perfecta, y ya saben el modo tan tierno con que mi Corazón lo aceptó.

Esta contrición fue el único consuelo que tuvo en la Cruz mi Corazón amargado, fuera del que llenaba a mi alma al cumplir en todas sus partes la voluntad santísima de mi Padre. Mas de parte de los hombres fue el único consuelo; y por eso amo tanto la Contrición, pues en ella descuella mi Misericordia, desplegándose en favor de esta virtud bendita.

La Contrición es la llave del cielo, con la cual se puede abrir a todas horas.

La Contrición rompe las cadenas de la Justicia.

La Contrición lleva dentro de sí tal fuego divino que en un instante quema, transformando al pecador en santo, consumiendo con su fuego hasta las pajas de las imperfecciones. El Bautismo y la Contrición en alto grado son las dos cosas que en un momento dejan al alma limpia de culpa y pena.

Es admirable el efecto de la Contrición en las almas, y el grado de limpieza que deja en ellas.

La Contrición es el más sólido fundamento o cimiento de la vida espiritual, pero se entiende de la Contrición perfecta, que consigo lleva la más profunda Humildad, y al Amor de Dios más puro y encumbrado. En la Contrición el alma muere a todo propio interés, y sólo busca a Dios. El alma verdaderamente contrita ama a Dios por ser quien es, sin pretender nada absolutamente que no sea su divina Voluntad.

La Contrición verdadera humilla al hombre con el conocimiento de su propia miseria, vileza y malicia que lo confunde, haciéndole entender también algo quién es Dios y lo que a Él le debe. Para la vida espiritual perfecta es indispensable esta limpieza de alma, pues mide una pureza singular y muy alta. La Contrición es una espada de dos filos, con uno hiere lo más íntimo del alma, despedazándola con la pena terrible de haber ofendido a su Dios, y con el otro hiere la Fuente de la Divina Misericordia, haciéndola derramarse en torrentes sobre el alma arrepentida, limpiándola y purificándola.

Esta Contrición puede practicarse y se practica por las almas puras, alcanzando siempre mayor limpieza por medio de actos purísimos de amor, aquilatándose mutuamente ambas cosas: el Amor y el Dolor.

Los enemigos capitales de la Contrición son: el Mundo, el Demonio y la Carne. En el alma soberbia jamás se asoma, en las almas sin Fe, tampoco; la Contrición necesita de la Humildad por puerta y por compañera. En el humilde, aunque esté lleno de pecados descansará la Contrición más o menos tarde. Una cosa aleja a la Contrición de los corazones más que la misma Frialdad, y ésta es la Tibieza. La Tibieza es el polo contrario de la Contrición. Un corazón frío está mejor dispuesto para recibirla, mas un corazón tibio la repele, y casi nunca, a no ser por una gracia muy especial del Espíritu Santo, llega a experimentarla en su seno. Esta Tibieza maldita hace horribles estragos en las almas, y jamás deja entrar en ellas al Espíritu Santo, ni a las verdaderas y sólidas virtudes.

La tibieza es la venda obscura que cubre todo un mundo de almas que se creen piadosas y no lo son. Es uno de los vicios capitales que más aborrezco, pues sólo Yo sé medir los males infinitos que causa en toda clase de personas. La Tibieza es el veneno de los claustros y la antagonista de la Contrición. ¡Feliz el alma que se libra de ella!

4. Trabajo

El Trabajo es hijo de la Mortificación y necesario para la vida y felicidad del hombre sobre la tierra. Es una necesidad, repito, a la vez que una virtud de infinitos méritos.

En la vida espiritual es indispensable, pues el alma casi no da un solo paso sin Trabajo y sin Vencimiento, pues el Vencimiento es hermano del Trabajo.

El alma que no trabaja no medra en la vida espiritual; el alma floja y perezosa jamás se adelantará nada en su favor, pues toda gracia implica trabajo, mucho y constante.

Hay almas que, entusiasmadas superficialmente con el brillo de la virtud, emprenden el camino de la vida espiritual; mas a poco andar se sientan a descansar y en vez de proseguir vuelven atrás, porque el camino espiritual es en su mayor parte empinado, y el alma que no se sostiene con el esfuerzo resbala y a veces va a dar hasta el profundo abismo de los vicios. El trabajo, pues, para que sea fructuoso, debe ir siempre acompañado de la Constancia.

Pero existe un Trabajo espiritual perfecto el cual es sobrenatural, o el alma lo sobrenaturaliza con sus santos esfuerzos. Consiste este Trabajo espiritual perfecto en abrazarse sin vacilación, con perseverancia y por puro amor de Dios, a todo lo que repugna a la naturaleza, por duro que sea.

Este trabajo es el que diviniza, es el que merece y alcanza.

Esta virtud produce muy copioso fruto para el alma, puesto que en ella se puede ejercitar toda la vida y a todas horas. Aquí campea la Mortificación, su madre, y aún la Pureza de intención.

¡Cuánto se complace el Espíritu Santo en el Trabajo santificado o sobrenaturalizado, ya sea en el orden material, ya de una manera especial en el orden espiritual!

Los enemigos del Trabajo son todos los vicios, principalmente la Pereza; pero la Actividad, o el Amor activo la derroca y vence.

Esta Virtud no descansa ni puede descansar; lleva la Lucha consigo, y esta Lucha es su espada y su victoria.

Feliz el alma que en este Trabajo santo emplea los días de su carrera mortal: descansará eternamente en el seno purísimo de Dios en recompensa de sus fatigas, fidelidad y constancia.

5. Dominio

El Dominio propio es hijo del Vencimiento y una virtud muy necesaria e indispensable en la vida del espíritu. Consiste esta virtud en una perpetua lucha. La santidad no está en no tener pasiones, ya que el hombre es un compuesto de pasiones, y lleva en su mismo ser la guerra contra el espíritu.

La santidad pues, consiste en dominar a la rebelde naturaleza, sujetarla al espíritu.

La santidad crece a medida de la gracia y del trabajo del alma, venciéndose.

Cuando el alma ha vencido y triunfado de todos los enemigos, y los ha puesto a raya, y los tiene casi muertos a sus pies, entonces sube a la perfección, y hasta llega a la unión con Dios. Esta carrera de la vida del espíritu es a primera vista empinada, espinosa y trabajosa. Por lo mismo se necesita un corazón valiente y decidido para emprenderla, en el cual de día y de noche, debe estar en vela el Dominio propio. Mas mi yugo es suave y mi carga es ligera, y el alma que me ama, emprende este camino para seguirme, se coge de mi Cruz y pone sus pies en mis huellas aunque estén ensangrentadas. ¡Feliz el alma que no se detiene en las muchas estaciones que se hallan a cada paso, y feliz la que con el Dominio propio, se hace guerra a sí misma, y no descansa, ni se para, ni se entretiene hasta llegar a la Perfección!

Este Dominio propio es el arma que se debe usar en la vida espiritual desde el principio hasta

el fin, el cual es toda la vida de cada criatura racional. El hombre siempre tendrá más o menos que luchar para adquirir méritos, mas el alma que me ama, repito, no se cansa, porque su descanso es no descansar.

¡Feliz el alma que toma la Cruz, en ella se crucifica, y no la abandona en las mil penas que sufre!

Esta alma encontrará en el fondo de su corazón un tesoro y este Tesoro soy Yo mismo con mis gracias y mis dones, con que la enriqueceré si me es fiel, y a la medida que lo sea. Yo llevaré esta alma a un campo desconocido de preciosas flores o virtudes con las cuales la adornaré para poder llamarla mía. ¡Oh, cuántas almas hay que no saben lo que pierden, ni conocen lo que las puede hacer felices! El dominio propio no es otra cosa sino la Cruz; el alma que se eleva en él triunfará y será mía. Mas como todos huyen de la Cruz, todos huyen por tanto de este Dominio propio, que lleva en sí la crucifixión de la propia voluntad; pero no hay otro camino para encontrar la Paz y llegar a Mí sino el del Dolor. ¡Oh!, no puedo tocar el punto del Dolor sin detenerme a destacarlo. El Dolor es la salvación del mundo. El mundo se pierde porque rechaza la Cruz. El único refugio del hombre es mi Corazón, el cual está clavado en el centro de la Cruz; y nadie, repito, puede llegar a mi Corazón sino el que sube por la Cruz, por el Dolor, por el Dominio propio de todo querer desordenado. El que renuncia a sí mismo, a sus gustos y comodidades, y a la medida que se renuncia me encontrará, y a medida que sube por la Cruz se acercará a mi Corazón.

¡Bienaventurados los que lloran, los que sufren, los que padecen, los que se abrazan con el Dolor por mi causa; porque ellos serán consolados! No serán consolados los que sufren por el mundo o por un fin puramente natural, o los que pecando sufren las consecuencias del pecado, sin arrepentirse, o los que desesperan en sus dolores y desconfían. Pero sí serán consolados los que carguen mi Cruz con amor, los que con gozo, se abracen del Dolor, los que deseen el Dolor, lo busquen, lo sigan, y en el Dolor se martiricen sólo porque me aman. Estos sí serán consolados; mas ¿con qué consuelo? Con el Gozo Espiritual del Espíritu Santo, que está sobre todo gozo. Y no sólo en la otra vida, sino aun frecuentemente en esta misma vida, y con la generosidad que me caracteriza. ¡Oh, si las almas gustaran un poco de este consuelo divino producido por el Dolor! ¿Y saben quién trae este consuelo santo, este gozo espiritual? El Dominio propio. ¡Cuán grande es esta virtud esencial para la vida de cristiano! Su campo es vastísimo, tan vasto cuanto se extiende la vida del hombre sobre la tierra; su apoyo es la Humildad, sus victorias se alcanzan con el Sacrificio; su fin es la Santidad, su estrella y único blanco de sus conquistas es Cristo. Sus enemigos son muchos, multiplicados y constantes. La Confianza en Dios y el propio desprecio los debilita.

6. Renunciamiento

El total renunciamiento de todo juicio y voluntad, el desprendimiento completo de sí mismo, el abandono absoluto a la divina voluntad, nacen o se producen del conjunto práctico de todas estas virtudes, dominándolas la de la Caridad.

7. Desprecio propio

El Desprecio propio es hijo de la Humildad y antagonista del Amor propio y de la Soberanía. Es una virtud muy alta, elevada y poco común. Es hermano de todas las virtudes guerreras. Su campo es toda la vida del hombre, su apoyo es la Generosidad, su gozo la Penitencia, su alimento y vida las burlas del inundo, las ingratitudes y befas.

El Desprecio propio no es medroso, sino que por sus venas corre, diré, la sangre de la Firmeza, de la Energía, de la Abnegación y de la Esperanza. Por lo mismo sale al encuentro de todo lo que puede humillarlo y avergonzarlo.

El Desprecio propio es más alto que el Dominio propio y recorre una escala más encumbrada aún que éste. Los Ángeles lo contemplan con admiración, porque esta virtud es virtud de Santos. El Desprecio propio va totalmente contra la naturaleza, y la práctica de esta virtud exige la familiaridad y posesión de muchas heroicas virtudes. El Desprecio propio crece con el

Amor divino, el cual acerca la criatura al Creador, es decir, crece el Desprecio propio por la luz que el Creador despide, por la cual luz desciende el alma al propio conocimiento de su nada y corrupción, y la hace subir también al conocimiento de la hermosura, de la grandeza y de la infinita bondad de su Dios y Señor; porque a la medida que la criatura se conoce a sí misma se desprecia, odia y aborrece, y a la medida que conoce a Dios, le ama, le adora, le sirve, y vive tan sólo por Él, por Él respira, y por Él se sacrifica.

El Desprecio propio trae en la vida espiritual muchos e indecibles bienes al alma. Es el mejor antídoto contra la Soberbia, contra la Vanidad y el Amor propio. Muchos vicios se estrellan ante esta virtud admirable.

El Desprecio propio lleva en su mano, diré, el pendón de la conquista más difícil que se alcanza en la naturaleza humana. El hace descender en asombrosa abundancia las gracias sobre el alma feliz que lo lleva consigo. Él es el cimiento sólido sobre el cual se puede fabricar sin temor el grandioso edificio de la vida espiritual. ¡Ya ven si es grande esta virtud! Yo la amo tanto que no la puedo ver sin inclinarme a ella. Pocas almas en la tierra alcanzan la perfección de esta virtud, porque va en contraposición del ser natural del hombre, y para llegar al grado de dominio total de la naturaleza viciada y corrompida, debe el espíritu estar muy alto. Sólo un hombre espiritual llega a obtener esta victoria sobre sí mismo.

El Desprecio propio está en el corazón o centro, diré de la más profunda Humildad. En este Desprecio, existe todavía un escalón más alto que el Desprecio propio, y es el llevar no solamente con paciencia, sino con crecido gozo, el desprecio de los demás. Aquí así llega esta virtud al punto culminante de su perfección. Entonces la criatura puede afirmar con verdad que ha muerto para sí, y resucitado en Mí y para Mí. El desear ser despreciado de los otros, el pedírmelo, el buscarlo y el encontrarse con él, abrazarlo y amarlo, son escalones muy empinados, pero que directamente conducen al cielo.

¡Oh virtud nunca bastante bien ponderada por las inapreciables riquezas que encierra! ¡Oh virtud sobrenatural que divinizas al hombre en la tierra! Hasta este exceso amoroso llegó mi Corazón en mi paso por la tierra. Mi Corazón se gozó en los oprobios, humillaciones, desprecios, burlas, befas y maldiciones hasta rayar en locura. Y, ¿saben con qué fin? Uno de los fines que me llevaron a tal extremo fue el de curar la soberbia del hombre y comunicar, a las humillaciones que los míos habrían más tarde de sufrir por mi causa, virtud y fortaleza. Amen los desprecios como las más preciosas perlas. Con esto entenderán el grado hasta el cual quiero encarecer esta virtud poco entendida del mundo y menos que ninguna otra practicada.

8. Renunciamiento propio

El Renunciamiento propio es también hijo de la Humildad y de la Obediencia, pero le da vida y fuerzas, es decir: lo alimenta y hace crecer el Amor divino. A esta grandiosa virtud está vinculado aquel "negarse a sí mismo".

Este Renunciamiento propio es el primer escalón, no digo paso, de la vida espiritual, porque quiero que se fijen bastante en que algunas virtudes andan, diré, o caminan; y otras suben o ascienden.

Esta virtud del Renunciamiento propio es de las que comienzan a subir, después que el alma ha andado mucho por el camino real de las virtudes ordinarias. Esta virtud es de las que empiezan a escalar el cielo. Es hermano del Desprecio propio y ajeno, del Dominio propio y de otras muchas virtudes, las cuales peleando esforzadamente contra el ser natural del hombre, elevan al mismo hombre y lo divinizan, es decir, lo suben a la Cruz y lo crucifican.

El Renunciamiento propio mata el ser natural de la criatura y hace que comience a vivir en la tierra una vida sobrenatural y de grandes merecimientos para el cielo. El despega al alma de la tierra, y en la vida que emprende de constantes sacrificios le da a gustar las delicias de una felicidad desconocida y pura, de una Paz, de una suavidad indecible, y comienza a descorrer ante el alma dichosa que se ha abrazado de él un velo que le descubre infinitos tesoros que

jamás, en su libertad mundana, ni siquiera había imaginado.

El que se renuncia a sí, emprende el camino del Calvario; pone sus pies sobre mis huellas ensangrentadas; mas si llega al fin sin desmayar ni cansarse, Yo le prometo que llegará a mi Corazón en donde encontrará el verdadero descanso de los santos. Este Renunciamiento propio que no es otra cosa sino la muerte de sí mismo en Jesucristo, es de mucha importancia para la vida del espíritu. En él está el primer escalón, repito, de la Santidad, de la Perfección y de la Unión. El alma que llega a dar en realidad de verdad este primer paso, continúa ascendiendo, sin volver jamás a descender, porque en esta escala misteriosa un paso empuja hacia el otro y así sucesivamente, con una suavidad e impulso admirable de la gracia, prosigue el alma hasta llegar al fin y, ¡qué fin tiene esta escala santa! ¿Saben cuál es? Es (*continuó muy emocionado el Señor*), es el tálamo de los divinos amores, allá, en lo más encumbrado de esta escala se encuentra el Esposo esperando al alma que ha de ser suya. ¿Ven a dónde va a parar el Renunciamiento propio? ¡Oh, si las almas lo entendieran! ¡Oh, si los que se llaman míos, y lo son sólo de nombre, penetraran en estas santas enseñanzas y pusieran verdaderamente los pies en esta escala misteriosa que he pintado y cuyo secreto está en este primer paso del total Renunciamiento propio! ¡Ah!, y cómo correrían en pos de tal tesoro que está al alcance de sus corazones!

Mas no: (*continuó el Señor emocionado*), pocas son las almas que comprenden esta empinada subida; pocas las que se renuncian y mueren a sí para encontrarse y resucitar en Mí. El mundo, el demonio y la carne, son los principales enemigos que hacen guerra a muerte a este Renunciamiento propio; muchas almas, al experimentar su corteza vuelven atrás y son aún más culpables que las que jamás han comenzado a practicarlo. Muy pocas son las almas, muy pocas, las que valerosamente emprenden esta ascensión, mas a estas pocas Yo les prometo lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, un premio cuyo precio infinito soy Yo mismo.

9. Perdón

El Perdón es una virtud que nace del Sacrificio y de la Generosidad.

Esta virtud sublime tomó en la Cruz el ser divino: ahí, clavado Yo en la Cruz se lo di, y al mismo tiempo le di la Fortaleza y la Energía para que se sostuviera.

El Perdón es una producción de amor divino que obliga al alma a olvidar los agravios recibidos, y aún más: a no manifestarse ofendida.

El perdón espiritual perfecto sube más alto, y llega no tan sólo a olvidar y callar, sino a hacer el bien, en todas las formas posibles, al que la ha ofendido.

Esta virtud del Perdón es tan alta por el esfuerzo que a la naturaleza cuesta, que es de las más agradables a Dios, y la que escuchó el mundo asombrado en la primera palabra que hablé sobre la Cruz.

De mil maneras se puede perdonar, esto es, no sólo con la boca o de palabra a la cual si no va unida la voluntad de nada sirve. Se perdona disimulando las ofensas y arrancando del fondo del corazón toda acritud o aspereza; se perdona orando por el enemigo que ofendió; y esto es muy agradable a Dios y uno de los puntos más elevados del Perdón espiritual perfecto, porque el bien que este Perdón espiritual perfecto debe hacer al ofensor no basta que sea material, sino además de este y muy principalmente tiene que ser espiritual, pidiendo a Dios que derrame sus bendiciones sobre aquella alma.

Todavía pasa más allá esta virtud del Perdón, que no es otra cosa más que la Caridad del prójimo perfecta, y consiste este otro escalón en que las gracias que pudiera esta alma recibir las dona espontáneamente, y ruega que pasen al enemigo. Aquí sí que sube a su punto culminante esta virtud sublime del Perdón espiritual perfecto. Pocas almas suben a este último peldaño del Perdón, pero ellas serán felices porque Dios olvidará sus pecados y miserias, perdonando al que perdona.

Esta virtud sobrenatural presupone en el alma que la practica una crecida práctica de virtudes morales.

Esta virtud es sobrenatural, pero necesita la cooperación del hombre para ejecutarse. Entre una multitud de frutos que reporta al alma feliz que la práctica, tiene el de la Paz que el Espíritu derrama abundantemente sobre ella.

Esta virtud guerrera, por la lucha interna que traba con el corazón y la naturaleza, lleva siempre consigo al Vencimiento, al Dominio propio y aun al Desprecio de sí mismo, porque la virtud que entonces más despliega en su fondo, es la de una profundísima Humildad. Cuando el alma perdona y olvida, tiene la Fortaleza de vencer aún a la Justicia y ponerla debajo de la Humildad. Entonces se ponen en juego en aquella dichosa alma un conjunto de virtudes heroicas, es a saber: la Firmeza, la Energía, la Entereza, la Paciencia, la Serenidad y la Constancia. Todas ellas se dan la mano, reprimiendo a las pasiones levantadas, sosteniendo a la pobre alma en su generosidad y ayudándole todas a conseguir su fin, que es el Perdón y la Caridad del prójimo.

El Demonio alborota las pasiones, ofusca la razón, abulta las ofensas, levantando tempestades terribles en el corazón y en el entendimiento.

Satanás no tiene límite cuando se trata del Perdón: pone en juego todas sus maquinaciones, y viene la Soberbia y el Amor propio a veces descubierto y otras cubierto con la virtud a impedir con mil fingidas excusas la práctica de esta gran virtud.

Grande estrago hace en el mundo la falta de esta virtud bendita, pues es el pan cotidiano de las riñas, los rencores y las venganzas.

Hay muchos demonios encargados del espíritu de división y venganza, arrollando al Perdón en su vertiginosa carrera. ¡Qué poco Perdón hay en el mundo (*dice el Señor entristecido*), y mucho menos hay Perdón espiritual perfecto!

De aquí proceden infinitos males en todas las escalas sociales, y aun lo que es peor, existe también en las Religiones mismas este corrosivo veneno. Ahí también hay secretas venganzas. ¿Es posible? Sí, es más que posible, es una realidad lamentable que mucho hace sufrir a mi Corazón manso y humilde. He fulminado esta sentencia de que no perdono al que no perdona; he vinculado a la Oración el Perdón al enemigo, sin el cual Yo no escucho, no, al alma que ora, y sin embargo, el mundo y los que se llaman míos, muy poco caso hacen de mis palabras. Casi todos los pecados del mundo llevan el sello espantoso de la venganza, casi en todos se mete este maldito vicio que detesto, porque la Venganza es hija de la Soberbia, y no hay vicio que más aborrezca que a esta Soberbia que todo lo llena, y aún en el mundo espiritual tiene su asiento.

Perdonen, perdonen, y nunca se cansen de perdonar, olvidando y haciendo el bien. El alma que esto haga recibirá en el cielo una corona inmortal.

10. Sujeción

La Sujeción es una virtud muy rica en frutos espirituales. Es hija de la Obediencia y de la Humildad. Ella trae siempre consigo a su inseparable compañera la Paz. En la Sujeción reina la Tranquilidad porque el que obedece nada teme. Mas existen dos clases de Sujeción: una forzada y otra voluntaria. En la primera está el infierno, en la segunda la Paz del Espíritu Santo. Esta virtud de la Sujeción atrae al alma que la posee la virtud de inmenso valor, esto es, la Libertad del espíritu.

La Sujeción arrastra al alma a la santa Libertad. El alma que totalmente se encadena a la voluntad ajena es libre, y desde la tierra goza ya de un premio con sólo el cual galardono a los que se renuncian a sí para poseerme a Mí. El propio renunciamiento abre las puertas de las divinas Misericordias sobre el alma. ¡Oh, feliz sujeción la del hombre que le da la paz y la seguridad en sus actos!

Pero en esta santa voluntaria sujeción existe una Sujeción más perfecta que consiste no en la materialidad, diré, de una Obediencia exterior, sino en la total sujeción del entendimiento, sacrificando en aras del Amor divino al libre albedrío. Esta interna sujeción de las tres potencias del alma desata las manos de la Omnipotencia y las hace derramarse en gracias y favores sobre el alma. Esa virtud es difícil, y mucho, para el hombre; pero el alma que con esta perfección se abraza de ellas es feliz. El amor propio y la Soberbia son sus capitales y furiosos enemigos, mas su apoyo es la Constancia, su escudo la Gracia, su fin la Perfección.

11. Paciencia

La Paciencia tiene algo de la Humildad, pero la da el Espíritu Santo: esta virtud es tan grande que hace fuerza al mismo cielo, y crece con el Sacrificio.

La Paciencia espiritual perfecta es una virtud bellísima e indispensable para caminar en la vida interior. Destaca esta virtud entre muchas otras, y el alma que en ella persevera tiene un gran premio en el cielo.

Esta virtud tiene tres grados perfectos prácticos y de gran mérito a los ojos de Dios.

El primer grado consiste en la paciencia interior con el prójimo. No hablo de la Paciencia exterior o disimulada, pues para entrar en estos tres grados perfectos se supone que el alma ya se venció a sí misma, dulcificando todos sus actos externos para con el prójimo. En este primer grado se trata de la Paciencia interna, la que va o debe ir muy unida con la caridad fraterna. Debe el alma soportar amorosamente a todos los defectos, humillaciones y contradicciones que le vengan de parte de los demás, debe sobrellevar todos sus defectos internos, encomendando a Dios con especialidad a los que le fueren más molestos. Esta paciencia interna para con el prójimo cuesta mucho, pero feliz el alma que llega a adquirirla porque puede decir esta alma que ha dado un paso grande en el camino del cielo.

El segundo grado de la Paciencia espiritual perfecta consiste en la Paciencia consigo mismo. Este paso es más alto que el primero, porque cuesta más, ya que el hombre tiene la lucha dentro de sí, y no concluye ésta sino con la muerte. Mas el alma que se entrega a Mí de corazón, le doy abundante gracia que lo sostiene. Debe, pues, el alma triunfar de sí misma siempre, pero la principal arma está encerrada en este segundo grado, y es la paciencia consigo misma. En sus caídas paciencia, humildad y confianza; en sus debilidades, desmayos, fastidios e inconstancias, paciencia y más paciencia; en sus imperfecciones, distracciones y aun en sus faltas, paciencia. Cuesta a la naturaleza alcanzar este perfecto dominio sobre sí mismo en sus movimientos espirituales, pero feliz si en esta vida llega a conseguirlo.

El tercer grado de la paciencia espiritual perfecta consiste en la paciencia para con Dios. Aquí está el último paso de la perfección de esta virtud, la paciencia para con Dios.

Este es aquel dejarse hacer para que Dios labre el alma como le plazca, y aunque Él lo dispone todo, y todo está sujeto a Él, sin embargo, de una manera más especial obra en las almas que quiere directamente purificar. Estas dichosas almas son las mártires de la Perfección, porque Dios las mete en los caminos oscurísimos de los desamparos, de las tinieblas y de las desolaciones, y en esta apertura del alma, en estas terribles tempestades, en estos huracanes desatados es en donde se prueba esta virtud en el tercer grado.

Este es el punto más alto de la paciencia interna, pues solamente las almas que han pasado por estos crisoles pueden comprender lo que cuesta adquirirla. Pero mil veces dichosa el alma que, voluntariamente y por puro amor se deja hacer de Dios en todas las operaciones de la purificación y de la gracia: ésta ha alcanzado el último grado de la Paciencia espiritual perfecta.

Las tres virtudes teologales deben acompañar y ayudar a estos tres grados de la Paciencia espiritual perfecta. La Fe mucho ayuda a la Paciencia para con el prójimo poniendo la mirada alta y fija en Dios, y en Él y por Él, sirviéndole y sobrellevándole.

Esta pura mirada de la Fe traspasa a las criaturas y sobrenaturaliza los actos del alma.

La virtud de la Esperanza ayuda a la Paciencia consigo mismo. La mirada de la Esperanza traspasa todo lo de la tierra, y colgándose de la confianza en Dios siempre esperando, se alienta el alma, y si mil veces cae, mil veces se levanta, confiada y humilde, viendo clara su impotencia y la gran misericordia de su Señor.

La virtud de la Caridad también ayuda, siendo casi la que da la Fortaleza necesaria al alma para dejarse hacer de Dios en las terribles internas purificaciones. Sin la Caridad de Dios, sin este fuego santo que sostiene el espíritu, aun en las mayores pruebas, no podría haber Paciencia espiritual perfecta, y menos en este tercer grado tan sublime. Aquí el amor entrega al alma en brazos del Amado: cree, espera, ama, y por tanto es feliz en la tierra.

Que se estudie y ponga en práctica en el Oasis esta virtud tan importante para la perfección de la Paciencia espiritual perfecta.

La Paciencia para con el prójimo se deriva también del Celo y de la Caridad: es hija de la Humildad y fruto del Espíritu Santo. Ella es indispensable en la vida humana y en la vida espiritual.

¡Cuán pocas, sin embargo, son las almas que practican esta necesaria virtud! ¡Cuántos pecados, faltas, riñas, disgustos, discusiones y hasta terribles caídas se evitarían! A veces una falta de Paciencia es origen de infinitos males. En el orden espiritual, ¡de cuánta importancia es esta virtud bendita!

El alma que entra en el camino del espíritu debe tener paciencia para con Dios, para con el prójimo y para consigo misma.

Esta virtud es una de las más difíciles para el hombre: tiene que ser, repito, hija legítima de la Humildad, para que tranquila soporte el peso de tantos y tantos sinsabores, fastidios, persecuciones, niñerías y hasta terribles calumnias. Es una piedra en que todos los vicios tropiezan o cuando menos la tocan; y no sólo los vicios o defectos propios, sino también los ajenos.

Esta virtud guerrera abarca un inmenso campo y alcanza una corona de infinitos méritos.

La Paciencia es virtud de Santos, porque implica una serie de virtudes ejercitadas prácticamente por el alma feliz que la posee.

Esta virtud es de mucho valor por la multitud de penas que lleva consigo. El Dominio propio campea muy particularmente en la Paciencia, y la Abnegación es su compañera inseparable. La vida entera del hombre trae consigo a los enemigos de esta virtud de la Paciencia, desde su nacimiento hasta su muerte, pues la Paciencia es la victoria en la Lucha y su galardón.

12. Templanza

La Templanza es una virtud más rica y preciosa de lo que parece. Produce en el alma muchos bienes. Es como el fiel de la balanza que pone en el justo medio las operaciones del hombre; es hija del Orden, y crece y se desarrolla con la Mortificación.

13. Indiferencia

La Indiferencia es una virtud muy elevada, que baja solamente a los corazones muy puros y muy purificados y ejercitados en la práctica de las virtudes. La Indiferencia es hija de la Pureza de intención.

Conformidad y Resignación

La Conformidad y la Resignación a la divina voluntad son hermanas de la Paciencia y de la santa Indiferencia, aunque en otros grados más bajos.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE VENCIMIENTO

1. Pereza

No seáis perezosos en cumplir vuestro deber; sed fervorosos en espíritu. Rm 12, 11.

El que ama la ociosidad, estará lleno de miseria. Pr 28, 19.

La Pereza es hija de Satanás y un vicio universal de todos los climas y temperamentos. Se introduce en el grande lo mismo que en el pequeño; en el niño como en el anciano.

La Pereza es la gran palanca de Satanás contra la virtud; es el contrapeso del amor activo, y lleva en su seno a innumerables vicios que forman su corte. Este es uno de los vicios que exigen del alma que los lleva consigo un gran y supremo esfuerzo para sacudírselo, necesita el valor y la constancia del corazón para ir siempre en su contra, derrocándolo a cada paso, porque en donde pone su pie, luego echa raíces y forma su nido. ¡Ay del alma perezosa que se ha dejado coger de vicio tan pegajoso!, ella nunca hará nada en el camino del espíritu que está lleno de luchas y de actividad y de victorias.

La Pereza es como el extracto de la Comodidad y de la Molicie.

Consiste la Pereza en una pesada dejadez que, introduciéndose en el alma, le comunica su inercia, debilitándola para todo lo bueno.

La Pereza, así como la Gula y la Lujuria, arrastran no sólo al alma, sino con ella al cuerpo, infundiéndole su dañino contacto. La Pereza que se apodera del cuerpo, siempre triunfa, a no ser que una gracia poderosa unida cooperando con el Vencimiento propio vengan a arrancarla de tan amables brazos. Sólo poniendo en juego la falange de las virtudes heroicas, del Dominio propio, del Amor activo, del Trabajo, del Vencimiento y del Propio Desprecio, se destruye tan funesto mal.

El origen del Cansancio, del Fastidio, de la Sensualidad y de la Comodidad es la Pereza. De ella viene la Tibieza en el servicio divino en su mayor parte, ella aleja al alma de los actos piadosos y de los Sacramentos, ella es la Madre de la Ociosidad, y con esto es madre de innumerables pasiones, defectos y vicios. El fin que con ella tiene Satanás es alejar al alma de todo bien y de todo merecimiento.

El alma perezosa no medra ni puede entrar en la vida de Sacrificio y de Dolor que es la del espíritu, ella tendrá cuando menos, un grande Purgatorio.

El mundo nada en la Pereza, y las almas duermen tranquilas en su amoroso seno, mas su despertar en la eternidad será terrible.

La enemiga de la Cruz es la Pereza, y el reinado de la Pereza aleja a las almas del Dolor. El mundo se hunde muy principalmente por la Pereza, en la comodidad, en los vicios y en el infierno.

Hay que arrancar la Pereza para que triunfe la Cruz. La Cruz es el antídoto contra tan formidable mal, ella sacude el sopor en el cual tiene envueltos los corazones, ella los despierta y los transforma.

La Cruz es la Fortaleza del corazón, la Cruz es la actividad del alma y su salvación, ella es el remedio universal que con su influencia divina cura todos los vicios y pasiones.

Existe Pereza exterior y ordinaria que luego se deja ver, (por más que a veces la Hipocresía la

cubre con su manto), y causa grandes daños y estragos aun en la salud del cuerpo, porque todo desorden causa daño, y la Pereza es un gran desorden, puesto que el hombre fue creado para el trabajo, el cual lo libra de innumerables males. En el Trabajo me sirve y me glorifica cumpliendo el fin para que lo críe, y como la Pereza aparta al hombre del trabajo, falta a las leyes naturales y produce daño.

El Trabajo, pues, es el remedio de la Pereza.

Existe Pereza espiritual, y esta consiste en una morosidad e inercia que se apodera del alma débil y floja, que se deja coger sin resistencia, lo cual hace que le sean pesadas las cosas de Dios, llegando en su desarrollo hasta alejarla del todo de ellas.

¡Desgraciada el alma que se deja llevar de esta suavísima corriente que va a desembocar en el mismo infierno! Esta Pereza en los que se llaman espirituales o Míos sin serlo, está generalmente cubierta con la espesísima capa de la más refinada Hipocresía, pero que en el fondo está minando al alma que la lleva consigo para poseerla. La Pereza es el vicio de las excusas, y Satanás se arregla muy bien con ella para agigantar y aun crear extravagantes y dorados pretextos. ¡Cuánta es la cosecha que saca Satanás para su gloria de este horrible vicio de la Pereza, en todos sus grados! Casi no existe un alma sobre la tierra, ni ha existido, excepto Santa María, a quien más o menos no haya cogido en la Pereza.

La Penitencia y la Mortificación son el veneno que mata a la Pereza espiritual y enciende en los pechos el Amor activo, el cual la destruye por completo.

La Pereza espiritual perfecta, consiste en una interior quietud, no producida ciertamente por el Espíritu Santo, sino falsificada con el cuño del secreto bienestar que causa la posesión supuesta de las virtudes. A esta alma, sin decirlo, le parece que puede descansar en sus laureles, que bastante ha trabajado ya para encumbrarse, y que habiendo alcanzado esto, tiempo es ya de tomar reposo disminuyendo las penitencias, mortificaciones y otros actos laudables que antes hacía. Pereza es, Pereza: esto no es más que Satanás disfrazado, pues en la vida espiritual no hay descansos, y siempre el alma tiene que ascender, y pelear y luchar y vencerse y despreciarse hasta la muerte.

Existen muchas almas buenas engañadas dentro de la Pereza espiritual perfecta. Que abran los ojos y arranquen la venda que los cubre para detener en ellas las gracias y aun para perderlas.

El remedio contra la Pereza disfrazada y envuelta en el manto de la Soberbia, es el constante Sacrificio y aquel "siempre padecer" que continuamente aguijonea al espíritu no dejando descanso al cuerpo.

¡Feliz el alma que jamás descanse en el Dolor, en el padecer!, ella alcanzará un gran premio, y atraerá las gracias del cielo para sí y para otros.

2. Ociosidad

La Ociosidad es hija de la Pereza y muy amada de su madre. Es también la Ociosidad un mal universal y siempre de funestas consecuencias. La Ociosidad lleva en su seno el germen de todos los vicios, y las pasiones de desenvuelven, se desarrollan y crecen dentro del corazón del ocioso.

Todo mal tiene cabida en la Ociosidad, la cual aleja del alma que la lleva consigo la Tranquilidad y la Paz. Estas virtudes al parecer quietas, son guerreras, y la lucha del alma, y el Vencimiento, y el Dominio propio las causan y producen. Con la Ociosidad pasa todo lo contrario: su inercia la pierde, y hace infeliz al corazón que la posee.

El ocioso nunca está satisfecho, aún más: es imposible que lo esté, porque quebranta el orden y las leyes naturales y divinas. La tristeza siempre lo carcomerá, y el sentimiento será su comida cotidiana. Su alma se encontrará siempre vacía, porque sólo Yo puedo llenarla, mas Yo

nunca desciendo al corazón del ocioso. Aborrezco la Ociosidad tanto como Satanás la ama, por la cosecha de gloria que a él le reporta.

Es la Ociosidad el brazo derecho de la Pereza, y entre estos dos vicios, el mundo de las almas nada a sus anchuras, sin fijarse que su misión es el Trabajo, el Sacrificio, la Lucha y el Dolor.

¡Ay del mundo si no despierta ya del letargo funesto en que yace dormido! Tiempo es ya de que sacuda la Ociosidad en que se ve sumergido y despierte, y corra, y vuele por los caminos del espíritu y de las virtudes. Grita, y que tu voz resuene como el trueno. Di que Yo quiero que el mundo se salve por las sólidas virtudes que tanta falta hacen en los corazones, que quiero que reine la Cruz y se triunfe de Satanás, el cual tiene monopolizado el mundo espiritual con la falsa piedad y el oropel de las virtudes; que las almas se levanten al trabajo y que aplasten con el fuego del Amor activo a la Pereza y a la Ociosidad.

Ni la Pereza ni la Ociosidad pueden ser jamás admitidas en la vida espiritual.

3. Fastidio

El Fastidio nace también de la Pereza y es hijo de la Ociosidad. El Fastidio jamás entra en el corazón que ama sufriendo y sufre amando. Si alguna vez llega a asomarse en la vida de sacrificio es solamente como tentación pasajera que el alma vence con las fuerzas de la gracia. Mas el Fastidio que inunda a miles de almas y las hace su presa procede siempre de la Ociosidad e inacción culpable de las almas flojas e inmortificadas.

La libertad causa el Fastidio; el alma sujeta a la Obediencia está libre de semejante mal, el cual inclina a miles de pecados que sólo Yo veo, conozco y puedo medir. La Sujeción es el remedio del Fastidio, pero la Sujeción con el Orden. En el corazón ordenado, cuya vida es el orden mismo, jamás asoma la cabeza el Fastidio.

En las Religiones no puede reinar el Fastidio, sino la alegría. Digo en las Religiones observantes, en que la Obediencia, la Sujeción y la Humildad imperan. En las Religiones en donde la vida está ordenada, jamás puede entrar este vicio o defecto, que tan grandes males causa en el corazón.

Cuando el Fastidio aparece en los claustros, indica, sin dudar, que el relajamiento se ha introducido, que no se ora ni se obedece, y que el Orden anda por los suelos. Señal inequívoca de que las Religiones decaen y se desvirtúan y de que no son lo que debieran, es que en ellas se encuentra este mal tan temible del Fastidio.

Igualmente pasa en las almas que cruzan por la vida del espíritu, aunque no sean Religiosas. La brújula que debe hacerles conocer que andan mal es el Fastidio. Señal segura de que no van como debieran, cuando este enemigo asoma a sus puertas. Sin duda que falta la Obediencia, Sujeción, Penitencia y Mortificación.

4. Cansancio

El Cansancio es hijo del Fastidio y una tentación que ha detenido en el camino del espíritu a multitud de almas.

Satanás lo maneja con mucha astucia y cuando logra que se apodere de alguna alma, ésta se puede contar por perdida si una gracia muy grande no viene a arrancarla de sus infernales garras.

El Cansancio espiritual, y aun a veces el corporal, es puramente tentación y artificio del demonio para desanimar a las almas y hacerlas perder méritos. ¡Cuántas carreras emprendidas por almas valientes y esforzadas, ha cortado esta terrible y dañina tentación del Cansancio!

Satanás abulta las luchas, pone insuperables obstáculos, agiganta las empinadas cuestas,

multiplica imaginariamente las espinas para desalentar al alma y hacerla su presa, ponderándole sus pocas fuerzas y cansancio. ¡Ay del alma que dando oídos a la voz de esta engañadora serpiente se para a escucharla! Ella sin duda caerá envuelta en el magnético vaho de tentación tan traidora.

Luego que el alma sienta que se acerca la tentación del Cansancio y del Desaliento que siempre andan juntos, debe huír de ella y arrojarse a la profundidad de la Humildad y a la Confianza en Dios.

Este es el remedio del Desaliento y del Cansancio: humillarse, buscando en seguida el apoyo y la fortaleza divina, que nunca falta al humilde y puro de corazón.

El Desaliento es el veneno del espíritu y lo mismo él como su hermano el Cansancio participan de la Pereza. La misma sangre corre por sus venas y proceden de la misma familia y condición.

Jamás den entrada en su corazón al Desaliento y al Cansancio, apóyense en su Dios desconfiando de sus propias fuerzas y triunfarán. Nunca es larga una vida de sacrificio por mi amor: siempre es corta la pena para el corazón que ama.

Cuando el demonio les levante esas torres de imaginaciones, cuando el Cansancio y el Desaliento toquen a sus puertas, levanten su alma con nuevos bríos, y den en cara a la tentación con algún nuevo acto de sacrificio y fervor, sin pensar en el mañana, pues no pueden saber mis designios y tampoco pueden saber si está muy próximo su fin. ¿Para qué pensar en la tentación de años que tal vez no vendrán? Sacrifíquense hoy, que el mañana sólo a Mí me pertenece. ¡Siempre padecer!, sin pensar el cuando, ni el más ni el menos. Crucifíquense y serán felices.

Peste y muy grande en la vida espiritual es el Desaliento. Él enerva a los corazones, quitándome la gloria del sacrificio. ¡Feliz el alma que se libra de él!

5. Tibieza, frialdad, desaliento

La Tibieza, la Frialdad y el Desaliento en el servicio divino y bien espiritual propio, nacen de la Ceguera, la cual como castigo oscurece y ofusca la Gracia en el alma que la lleva consigo. Con el alejamiento de la Gracia viene como consecuencia natural el pecado venial, y este venial es el que produce a estos terribles enemigos que tanto mal hacen en el camino del espíritu.

El pecado venial hiela los corazones y los entibia, sumergiéndolos en el desaliento más profundo; quita de los corazones la afición de las cosas de Dios e introduce en el alma manchada la falsa piedad. Empaña la imagen de Dios en el corazón por el polvo que va recogiendo sin inquietarse.

El alma fría por el pecado venial con nada se inmuta: ve con la mayor indiferencia y aun con fastidio todo lo santo y todo lo divino.

El alma tibia casi siempre lleva consigo a la Hipocresía en más o menos grados de finura, de la cual se vale con frecuencia, para manifestar lo que está lejos de sentir. A veces cruza por el alma tibia un rayo de remordimiento, pero la inercia que lleva consigo es tal, que vence a todo impulso de la gracia que venga a herirla.

La Tibieza es odiosa a mi Corazón aun más que la Frialdad. Esta llega a tener remedio, y un golpe de gracia puede totalmente torcerla, mas la Tibieza que se arraiga en el alma, que peca venialmente sin preocuparse de ello, de tal manera arraiga, que a no ser que venga mi Omnipotencia a arrancarla casi nunca deja al alma de la cual se apodera para siempre.

Esta Tibieza corre por el mundo de las almas como una moneda común, mas en las Religiones es una peste que en extremo las tiene dañadas.

- Pero, ¿existen, Jesús, los pecados veniales en las Religiones?

- ¡Oh, y cuántos!, y en cantidad asombrosa.

- ¿Es posible, Señor?

- Sí, y es por la Tibieza: una cosa arrastra a la otra; mas este encadenamiento de Tibieza y de pecado no concluye en algunas almas religiosas sino con la muerte.

Esta peste de la Tibieza aleja al Espíritu Santo del corazón que la lleva consigo, porque el Espíritu Santo es Fuego, es Amor, y Amor activo, enemigo de la Frialdad y de toda Tibieza culpable.

Esta tibieza, enemigo capital de las almas, hace en la vida del espíritu muchos estragos; porque las enerva para todo bien y las hace capaces de todo mal. Un alma que me quiere amar jamás deja acercarse a sus puertas a estos solapados y dañosos enemigos, capaces de arrastrarla insensiblemente a la eterna condenación.

Estos enemigos las inclinan a grandes males, los cuales al principio contemplan con horror; mas familiarizándose después con ellos, llegan a abandonarse en sus brazos.

No se hace caso de la Tibieza, siendo como es una de las armas más queridas de Satanás, con la cual asesta golpes certeros, y muchas veces mortales, a esta falange de almas que se llaman piadosas por la exterioridad de sus actos, y sin embargo pertenece la mayor parte al mismo Satanás. No digo que pertenezca a Satanás para llevárselas a todas al infierno, como él bien quisiera, sino digo que son suyas, porque forman un campo especial en el que él se recrea, entreteniéndolas y engañándolas.

Satanás es malicioso y astuto, y el punto de partida de sus operaciones en esta falange de almas es siempre la Tibieza. ¡Cuánto Purgatorio atesora la Tibieza para la otra vida que sufrirán las almas a quienes ha hecho su presa!

Y, ¿saben cuáles son los únicos remedios contra la Tibieza, la Frialdad y el Desaliento producido por el pecado venial? La Limpieza y el Sacrificio. La Cruz, la Cruz enciende en el alma el Amor activo, el cual es enemigo de toda Frialdad, Tibieza y Desaliento; esta Cruz bendita enciende en el alma una especie de vivo fuego que jamás se entibia, ni se enfría, ni decae.

¡Oh Dolor!, tú eres el enemigo mortal del Demonio; ¿cuándo te comprenderán las almas? ¿Cuándo poseyéndote no te querrán abandonar? ¿Quién conociéndote será capaz de rechazarte? Nadie. Nadie.

Toda alma que comprenda lo que es crucifixión, y la haya experimentado, jamás querrá volver a bajar de la Cruz; porque en ella ha encontrado tesoros riquísimos de gracias y de dones que ni el mundo, ni las almas tibias, vislumbran.

El Dolor, pues, es el remedio eficaz contra la Tibieza, Frialdad y Desaliento.

Este Desaliento que hace dormir al alma en la comodidad y en el placer, sin dejarle fuerzas para dar un paso en la vida espiritual, es muy dañoso y de funestas consecuencias. Él corta las comunicaciones de la gracia y las santas inspiraciones, pues no son correspondidas, y el Espíritu Santo es muy delicado, y se aleja con sus favores de las almas desalentadas e inútiles para todo bien.

En este Desaliento Satanás se complace hipócritamente, el cual llena al alma que lo posee con humildades fingidas, es decir, que tiene pocas fuerzas, que nada vale, que es inútil, etc., siendo la esencia de esto un amor propio muy refinado y una pereza muy profunda.

El Desaliento trae al alma grandes males, casi diré infinitos. El Desaliento las inutiliza para todo

bien, y con el fingido pensamiento de sus pocas fuerzas pasan estas pobres almas la vida inútil y vacía, llegando a la eternidad con estas prendas dignas del fuego del Purgatorio.

Estas almas desalentadas sufren mil amarguras, profundas tristezas y hasta escrúpulos y remordimientos, pero todo es inútil; porque es tal el poder del enemigo que las tiene cautivas, que no son capaces de dar un solo paso para sacudir su sopor y levantarse de su mortal inercia. A estas desgraciadas almas les hace falta uno que comprenda su mal, las levante y las cure con el leño santo de la Cruz, atizando sus corazones y dándoles valor.

Miles de almas existen en esta postración letal del Desaliento, sin que encuentren en su camino un guía, el cual sacudiéndolas y animándolas, derrote al enemigo. Muchas de estas almas que debieran ser Mías, pasan la vida sufriendo inútilmente, sumergidas en su mal hasta la muerte. Satanás esgrime miles de armas a cual más poderosa contra las almas, pero aplica las armas más finas a las almas a quienes procura hacer caer y cruzar más o menos por los intrincados caminos del espíritu.

6. Cobardía

La Cobardía es hija del Respeto humano y del Amor propio, los cuales la infunden de tal manera en el corazón humano, que apenas sería creíble al entendimiento del hombre. En la vida espiritual existen dos especies de Cobardías: una que se manifiesta más particularmente por el Respeto humano, otra por el Amor propio; ambas sin embargo llevan parte de sus dos principios.

La Cobardía espiritual es un penoso ocultamiento que llenando el corazón del hombre, le retira de todo lo bueno y santo, ya por el Respeto humano, haciendo que se avergüence de Mí y de mis cosas, o ya también por un refinado Amor propio que le produce miedo de mortificarse a sí mismo. La Cobardía produce un enervamiento de las fuerzas espirituales, poniendo además en el alma una gran tendencia a la Comodidad y Molicie. La Delicadeza satánica tiene en ella su asiento. Todo este conjunto de pasiones hace que el alma cobarde pase la vida avergonzándose de pertenecerme, y mimándose a sí misma con toda la exageración que el Desorden lleva consigo.

El alma cobarde huye de la Penitencia, de la Mortificación, y si se pudiera eximir de todos los sufrimientos y padecimientos, gustosa lo haría. Las almas cobardes huyen de la Cruz y por lo mismo de todo bien. El Dolor espanta a las almas que llevan en su seno la Cobardía. Las almas cobardes nunca entran de lleno, ni pueden entrar en la vida del espíritu, porque jamás se renuncian a sí mismas y a todo propio querer. La Cobardía además, trae siempre consigo al Juicio propio, huye de toda sujeción que pudiera lastimarla y causarle pena, y hace pasar la vida del alma que la posee entre melindres, soberbia y mil debilidades.

El alma cobarde es sensual; este maldito vicio de la Sensualidad, que tantos otros abraza, la arrastra. Pasa una vida muelle, perezosa y llena de sordos remordimientos. Las almas cobardes, si son abiertamente malas, refinan su Cobardía con todos los vicios que la Cobardía abarca; mas si son del número de las piadosas, jamás pasan de la medianía de las tibias.

¡Cuánto mal hace la Cobardía en el campo espiritual! Si en el mundo es la Cobardía odiosa, innoble y ruin, en la vida espiritual no tiene comparación. No me refiero al tocar el punto de la Cobardía mundana, ni solamente a la Pusilanimidad, sino a la Bajeza, Doblez, Egoísmo y Falsedad en que la Cobardía va siempre envuelta.

El mundo llama Cobardía o da este nombre a lo que muchas veces es Nobleza, Prudencia y Dominio propio, es decir, Virtud. En puntos de honor, como llama el siglo, estas ideas siempre se transforman: el mundo vitupera al que es santo, y alaba lo que no es recto, y aún más, lo que es pecaminoso. Llama cobarde al que no derrama la sangre de su hermano, al que venciendo su natural repugnancia perdona a quien le ofendió, al que humillado trata de reparar los daños de sus calumnias, difamaciones y escándalos. ¡Miserables! Cobarde es aquel que no hace todo esto, el que no tiene valor de perdonar, de volver bien por mal y de dominar sus pasiones guardando mis leyes y mandamientos. Este es el cobarde y el que lleva en su seno a

la vil y miserable Cobardía. Cobarde es el que se avergüenza de confesar mi Nombre, y el que rechaza la Cruz y no se crucifica. Las almas valientes que muriendo a sí mismas y a todo lo que no soy Yo, sufren y padecen por complacerme y cantan mis alabanzas sin rubor de llamarse mías, no son cobardes. Al contrario, tienen muy debajo de sus pies a la Cobardía y caminan gozosas y esforzadas con el más puro empuje del Amor activo. ¡Felices almas a quienes llena este Amor activo y con valentía y entereza sostiene la gracia del Espíritu Santo! Desgraciadas las cobardes, las cuales, durmiendo en la inercia de sus comodidades y debilidad, no se acuerdan que tienen una eternidad que las espera y un Dios a quien servir y por quien crucificarse.

El remedio de la Cobardía es el Amor activo. Ese Amor mata a todo Respeto humano y propio cariño, pero este amor se llega a alcanzar con el Vencimiento propio y el "siempre padecer", porque, así como la Debilidad crece con la Cobardía, la sed de padecimientos crece y se desarrolla con el padecer. La Cruz es la que infunde en el alma la Energía y la Entereza, y mata la Cobardía del corazón. Ella da valor al alma para crucificar todas sus pasiones, y fortaleza en la misma crucifixión. ¡Feliz el hombre que de ella se abraza, que de ella vive y que en ella muere! Yo le prometo una recompensa eterna.

7. Debilidad

La Debilidad desciende en gran parte de la Sensualidad. El hombre es débil porque lleva en su seno el germen del pecado; pero la Molicie, la Delicadeza y la Comodidad lo debilitan más, llegando el alma débil a caídas tan grandes que sólo Yo conozco muchas veces su extensión.

En la vida del espíritu la Inercia hace crecer en el alma la Debilidad en todas sus acepciones, mas la Cruz fortalece y vigoriza al alma, y con esto echa abajo a tan funesto vicio.

Existe Debilidad natural y Debilidad culpable; Debilidad en el cuerpo y debilidad en el espíritu.

La Debilidad natural nace con el hombre. De pequeñito es totalmente inepto, y es aún más torpe que los animalitos; y cuando su razón se desarrolla se encuentra ya debilitada y contaminada con el fómite del mal que el pecado original le trajo.

Es cierto que el Bautismo borra este pecado, mas la secreta tendencia al desorden y al mal que el pecado original trae consigo no se quita con el Bautismo, sino que crece y se desarrolla con el hombre, proporcionándole con esto un vasto campo para trabajar y merecer.

Si en la vida humana no hubiera otros enemigos, el hombre se bastaría a sí mismo, pues su capital enemigo es su misma persona. Tantos y tantos males que el hombre lamenta en su camino, son frutos del árbol prohibido, consecuencias del primer pecado. La innata inclinación a todos los vicios forma su desgracia, y para alcanzar la victoria necesita en todas las edades, en todos los tiempos y en todas las condiciones, empuñar las poderosas armas de las virtudes, las cuales son las únicas que alcanzan estos triunfos sobre sí mismos.

Los vicios acarrean al hombre no sólo la Debilidad para el alma, sino aun para el cuerpo; esto es, acarrean la Debilidad física y la Debilidad moral. Propiamente hablando la simple Debilidad no es vicio, pero sí lo es la Debilidad culpable, y muy grande y de funestas consecuencias. Los vicios pues, son los que producen en el alma la debilidad culpable. Esta debilidad enerva las fuerzas del espíritu, y lo entibia para las cosas divinas y la propia santificación; pero esta Debilidad, repito, procede de la Sensualidad con toda la corte que la acompaña, y su remedio consiste en huir de estos halagadores vicios en que muellemente se goza el corazón humano, y en sacrificarse.

La Debilidad es compañera muy íntima de la Cobardía y la una va siempre de la mano de la otra.

El Sacrificio y el Dolor robustecen a las almas puras, los melindres y las condescendencias propias la debilitan. Lucha debe ser la vida del hombre sobre la tierra, y el alma que no lucha contra Satanás es señal inequívoca de que pertenece a su partido.

Los multiplicados pretextos del Amor propio forman el nido de la Debilidad culpable. ¡Oh funesto vicio de la Debilidad que llevas consigo a tantos otros! Yo te aborrezco porque corre por tus venas la sangre maldita de la Sensualidad. Al poseer a las almas tiene el tino de llenarlas de cobardía y de propia estimación, con mil visos de Hipocresía, de Soberbia y de Orgullo. Sólo la Cruz puede dominar a la Debilidad culpable, el Vencimiento y el Desprecio propia la destruyen, y la Constancia la corona.

En la vida espiritual la Debilidad tiene su campo. Existen en las Religiones tantas almas débiles que no adelantan en la perfección, sencillamente porque se han dejado coger de semejante vicio. Cobardes y débiles para hacerse guerra a sí mismas, pasan la vida en la Sensualidad interna, dorando sus actos con el exterior oropel de las falsas virtudes. La debilidad es la reina de las Comunidades de hoy. Mira: la Debilidad del cuerpo, cuando sujetándose a la Obediencia es producida por el quebrantamiento y la maceración, acrecienta las fuerzas del espíritu; pues a medida que se debilita la parte física, se robustece la espiritual. Mas cuando la Debilidad del cuerpo es producida por los vicios, entonces es digna de castigo y reprobación. La Debilidad del alma, no la Debilidad natural que lleva en sí por la mancha del pecado original, sino la culpable, es digna también de castigo y reprobación y la produce la Sensualidad con su Pereza y sus mimos de extremado Amor propio y Delicadeza.

Además, existe otro vicio de Debilidad. Esta no es propia, o no produce solamente daño personal, sino daño ajeno, y las más veces lleva en sí muchas y muy grandes consecuencias de todo género.

La Debilidad para con el prójimo en personas que gobiernan o dirigen es muy culpable, reprensible y merecedora de castigo. Hay Debilidad de carácter, Debilidad de *sensibilismo* o cariño, y Debilidad de Respetos humanos en este campo de la Debilidad culpable para los que llevan el cargo del gobierno sobre sus hombros.

En los Directores espirituales son muy comunes estas tres clases de Debilidad que acarrean tantos y tan terribilísimos perjuicios a las almas dirigidas.

La Debilidad de carácter es un defecto y grande, el cual se debe vencer a toda costa con el Dominio propio, la Firmeza, la Energía y la Entereza. La Debilidad producida por el *Sensibilismo* o Cariño es más culpable, la cual se debe cortar con el espíritu de Rectitud, de Justicia, de Mansedumbre, Prudencia y Discreción.

Mas la Debilidad producida por el Respeto humano y la Cobardía es de todo punto reprochable, la cual no es tolerable en un Director espiritual o Superior, y es indigna de las almas que se titulan mías. Las que tal hacen, se hacen merecedoras de grandes castigos, y la cuenta que les pediré será estrechísima. Y, sin embargo, ¿te das cuenta de cuánto de esto hay en el mundo, y sobre todo en el mundo espiritual? Mi Corazón está altamente ofendido por los millones de pecados que la Debilidad produce.

Con estas tres clases de Debilidad se falta a la Caridad para con el prójimo y a varias de las Obras espirituales de Misericordia.

La Mansedumbre, (por Mansedumbre se entiende una suavidad compuesta de energía), pone a la Debilidad en el nivel de la Rectitud. Mas la Fortaleza para alcanzar el Vencimiento propio se encuentra en la constante meditación de los deberes cristianos y particulares.

¡Feliz el alma que lleva en su seno a la sublime virtud de la Mansedumbre! Ella sabrá cumplir con la rectitud y entereza necesaria la misión que Dios le ha señalado sin perder la dulzura y suavidad en el obrar.

8. Flaqueza

La Flaqueza espiritual es un vicio que se engendra con el hombre, nace y crece con él y generalmente lo acompaña hasta el sepulcro. Procede como la Debilidad y la Fragilidad del

primer pecado, pero se desarrolla y reina en las almas por medio de los vicios.

La flaqueza crece con los vicios y el alma que la lleva consigo para nada vale, ni jamás levantará los pies para recorrer los ásperos caminos del espíritu que conducen a la Santidad.

Las almas flacas que no tienen el vigor y la energía que producen las virtudes, siempre se quedarán ruinas y miserables, sin dar un paso en la vida espiritual que es de continuas y esforzadas luchas.

La Flaqueza lleva en sus venas la sangre de la Debilidad y de la Fragilidad. Todas son de una misma familia y los vicios las hacen culpables. Las tres son innatas en el hombre (Flaqueza, Debilidad y Fragilidad), mas el hombre por los vicios las levanta de naturales a dignas de castigo y de reprobación.

La Flaqueza crece también con la Sensualidad y con suma facilidad hace caer al alma en el pecado. La Flaqueza hace que el espíritu pierda su energía y Fortaleza, y lo debilita para todo bien. Satanás sabe muy bien sostener a esta Flaqueza del alma, con la cual consigue las frecuentes recaídas en el pecado. Ya pueden estas almas confesarse: no tienen fuerzas espirituales para sostener sus tibios propósitos, y caerán mil veces presas de su desfallecimiento moral.

Mientras estas almas no sacudan su Flaqueza y se curen con la higiene del Sacrificio, del Vencimiento, de la Penitencia, Mortificación y constante Abnegación, que son los únicos tónicos del alma, los cuales matan a la Flaqueza, ésta siempre ahogará las fuerzas del espíritu y lo conducirá a innumerables recaídas. A este vicio es preciso derrocarlo de raíz con el hacha de la propia crucifixión y desprecio. El alma que no tenga esta energía para pisarse y vencerse, siempre se quedará en su raquítico estado y nunca dará frutos de vida eterna.

Los vicios que he dictado son una manifestación muy particular de mi grandeza, pues el desenmascarar a Satanás me descubro Yo y me doy gloria. El mundo también me la dará por este medio.

9. Condescendencia

La Condescendencia procede de estos tres vicios: Debilidad, Fragilidad y Flaqueza; tiene todos los defectos que se derivan de ellos. Además, la Condescendencia Culpable lleva consigo miles de pecados y causa la desgracia de muchas almas. La Debilidad con todos sus vicios campea en la Condescendencia, pues ésta consiste en la debilidad culpable del corazón.

La Condescendencia Propia lleva tras de sí a la Sensualidad. Por lo mismo aleja al Sacrificio, Penitencia y Mortificación.

¡En cuán raros casos se debe condescender con la naturaleza tan inclinada al mal! Apenas se afloja la rienda, esta bestia salta y quiere desbocarse. Ha conseguido el alma, por ejemplo, vencer a costa de muchos trabajos una pasión, viene la Condescendencia por pequeña que ésta sea y destruye el trabajo de tanto tiempo, y hace que la pasión de nuevo renazca con más vigor y fuerzas de las que antes tenía.

La Condescendencia es además un vicio insaciable. Apenas el hombre se conceda a sí mismo algo como una condescendencia, cuando vienen multiplicadas tentaciones y disfrazados pretextos a pedir su parte; ¡ay del alma que no tenga la fortaleza necesaria para rechazar sus instigadores dardos! En cuestiones de Impureza propia y ajena, la Condescendencia tiende innumerables redes; y de una pequeña Condescendencia el alma se lanza a más y mayores condescendencias, concluyendo, si no se detiene, hasta despeñarse en el infierno.

La Condescendencia es el veneno instantáneo y activo de la Pureza.

La Condescendencia en un abrir y cerrar de ojos mata a la Pureza, destruyendo y marchitando sus encantos. Un solo pensamiento culpable de Condescendencia, basta para ajar esta

bellísima flor, inmaculada y pura. En cuestiones de impureza, el hálito de la Condescendencia culpable es fétido y corrompido: ¡ay del alma que dé el primer paso en esta pendiente resbaladiza de la Condescendencia!

En cuestiones de impureza existen también condescendencias interiores de pensamientos, con los cuales en muchas ocasiones se me ofrece más que con los actos exteriores a que inducen. Hasta con la idea maliciosamente detenida se lastima la delicada flor de la Santa Pureza.

Mira, sobre este punto no cabe la exageración. El daño que produce la Condescendencia es tan grande, que sólo Yo puedo medir la extensión. ¡Y el mundo se encuentra inundado de este vicio maldito, engendro de Satanás! La Condescendencia es el arma dorada y favorita del demonio. La Sensualidad, Molicie, Delicadeza y Comodidad conducen a la Condescendencia.

Todos los vicios andan acompañados de un demonio, de la Condescendencia son un escuadrón, la cual posee un ejército de ellos, teniendo cada uno su misión. Hay demonios de la Condescendencia, de la Lujuria, Pereza, Ira, Soberbia y Gula, y otros mil demonios para los derivados de estos vicios. Tan horrible es la Condescendencia, que, si en el mundo espiritual no existiera, no habría pecados. Todos ellos vienen de la Condescendencia, porque si el alma no condescendiera con el mal jamás en ningún sentido se marcharía.

La Condescendencia es generalmente fruto del Amor propio y del cariño ajeno; es decir, del amor culpable que consigo lleva tantos y tan nefandos pecados. Horribles y espantosas culpas se registran sobre el particular, y sólo Yo sé los crímenes, los adulterios, los escándalos, las traiciones y las perfidias que acarrea este vicio, que está muy extendido y que aborrezco cuanto soy capaz. Por la Condescendencia entró el pecado en el mundo. Ella fue la puerta, el escalón, el medio para desterrar la gracia del corazón del hombre. La Condescendencia entró en el corazón antes que se ejecutara el pecado contra Mí en el Paraíso. La Soberbia tocó las puertas de aquellos corazones puros, mas la Condescendencia entró en el corazón antes de ejecutarse la Desobediencia. Desde aquel funesto instante, la Condescendencia reinó en el mundo, hasta el día de hoy, ¡cuán pocas son las almas que la han derrocado del todo!

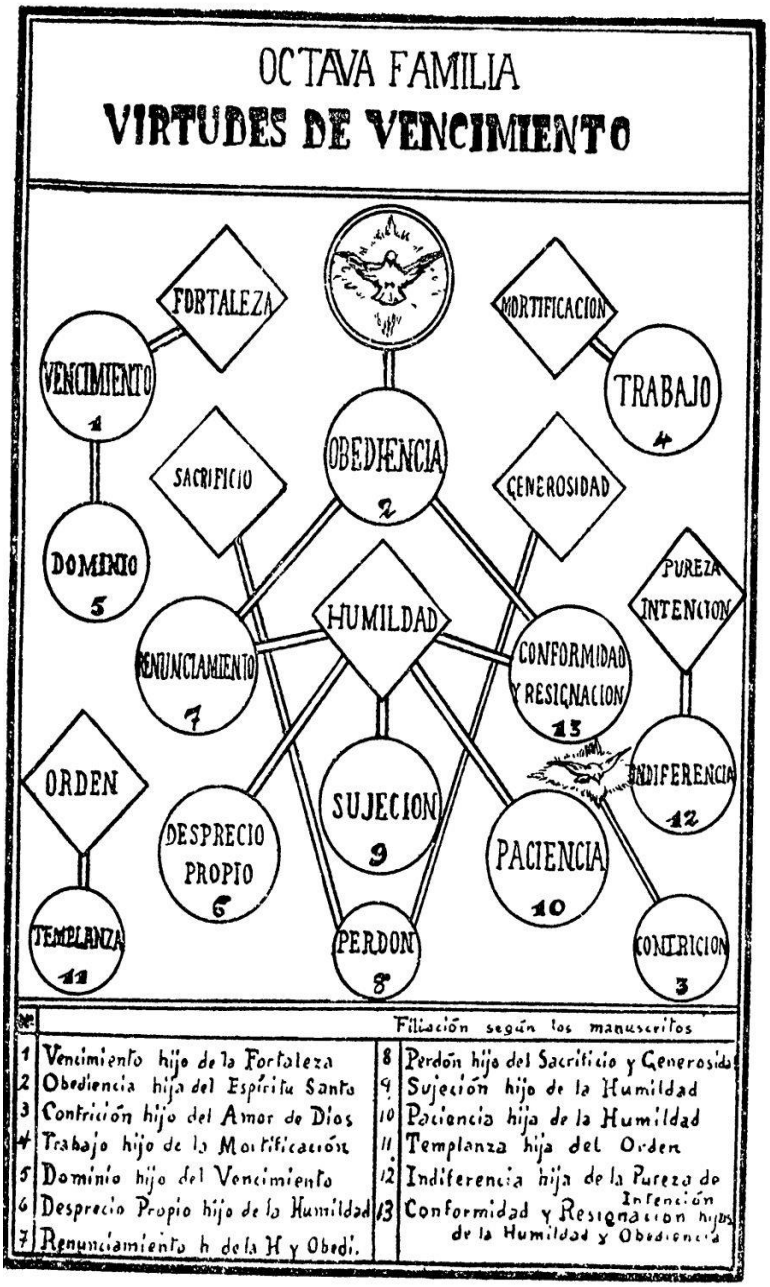
La Cruz, sin embargo, y el Dolor, traen esta misión de echarla abajo, de destruir su reinado derrocando a los vicios y haciendo que triunfe en los corazones el campo de las virtudes.

Que reine ya el sacrificio amoroso y que se derroque toda corrompida Condescendencia por medio de la propia crucifixión. Aquí está el remedio contra toda culpable Condescendencia, es decir, el propio vencimiento, la propia humillación y la propia crucifixión. La práctica constante y generosa de las virtudes hará que el espíritu domine a la naturaleza, que vuelva el orden perdido al corazón y se destierre todo desorden y condescendencia culpable.

El corazón humano está siempre entre los campos. El uno es el campo del ángel bueno que no cesa de inspirarle santos pensamientos y saludables remordimientos; el otro es el del ángel malo que constantemente lo instiga a la Condescendencia culpable. De ambos campos el alma siempre tiene más o menos claro conocimiento, pero a lo menos siempre tiene el suficiente para poder con libertad acoger el uno o el otro, de lo cual le resulta el bien o el mal. Si escucha al espíritu bueno tendrá el premio de la santa Condescendencia, mas si da oídas a la serpiente infernal se hará digno con la culpable Condescendencia, del castigo que merece su elección.

En el campo espiritual reina también el espíritu de la Condescendencia culpable. ¡Cuánto hay de esto en las Religiones! Satanás trabaja muy finamente en las Religiones, y grandes son las cosechas de frutos que en ellas recoge. ¡Cuánta, cuánta Condescendencia Culpable hay en el quebrantamiento de las reglas! En el interior de los corazones, ¡cuántas Murmuraciones consentidas, cuánta Soberbia, Amor propio, Envidia, Celos, Hipocresía, Falsedades, Egoísmos, Comodidades y aun Odios y Rencores han llevado y lleva tras sí el abominable vicio de la Condescendencia Culpable! Inmenso es este campo en las Comunidades. En los Superiores hay mucho que lamentar sobre el particular no solamente faltan en las propias condescendencias, a las cuales falsamente se creen más merecedoras que los súbditos, sino a menudo caen quebrantando sus Reglas y ocasionando innumerables males a las almas que tienen a su cargo por las Condescendencias que provienen del Cariño, Sensualismo y Respeto

humano. Que se fijen mucho los Superiores y Jefes sobre el particular, y para no errar, jamás condesciendan antes de haber orado, levantando el alma hacia su Dios y pidiéndole acierto y luz para bien obrar.



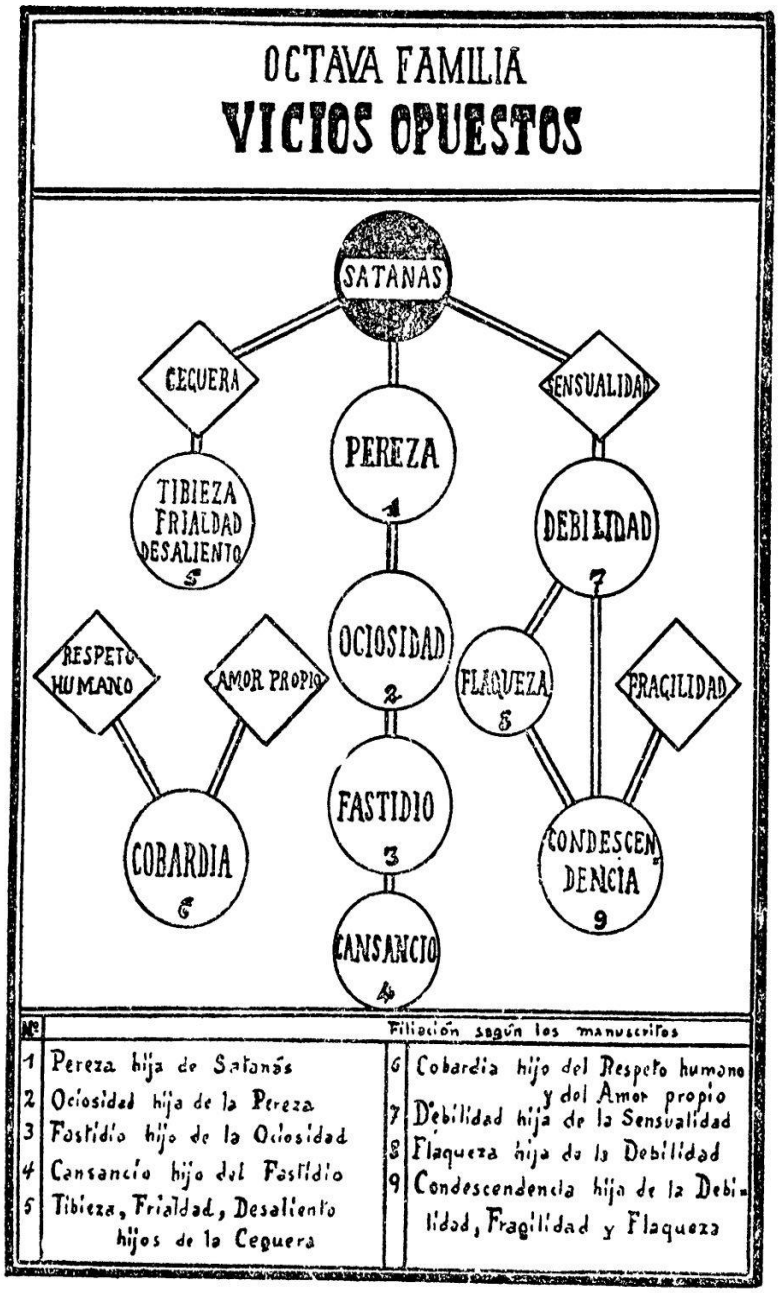


figura 8
OCTAVA FAMILIA – Esquema de **Virtudes de Vencimiento** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

NOVENA FAMILIA

VIRTUDES GUERRERAS[5]

1. Fortaleza

"Mía es la prudencia, mía es la FORTALEZA", dice el Señor. Pr. 8, 14.

En el Señor reside la Sabiduría y la Fortaleza. Jb. 12, 13.

Jamás traté con los que obran con ligereza. Tb. 5, 17.

Habiendo pues, sido esta mi voluntad, ¿acaso he dejado de ejecutarla por ligereza? 2 Co. 1, 17.

La Fortaleza depende de Dios, pero se puede alcanzar algún tanto con el Sacrificio y el mismo Sufrimiento. La madre de la Fortaleza es la Confianza amorosa y desinteresada. Esta virtud de la Fortaleza es una palanca en la cual solamente puede sostenerse la vida espiritual; es una virtud indispensable para el hombre, es un Don del Espíritu Santo y corona de las virtudes.

Existen cuatro coronas además de la corona de la Perseverancia, que es la mayor; esto es, existen cuatro virtudes principales que son los ejes sobre los cuales deben girar todas las virtudes, para que sean verdaderas. Estas coronas o virtudes son: la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza. Estas cuatro virtudes son hijas del orden, es decir, son hijas mías, porque Yo soy el Orden mismo, y en Mí no puede haber el menor desorden, ni la más mínima disonancia. El Orden soy Yo, y dentro de este Orden eterno existe y existirá todo lo bello, todo lo santo, todo lo bueno, todo lo amable, lo rico, lo precioso, lo puro, lo perfecto, todo bien en el cielo y en la tierra, y en un grado altísimo e infinito que nadie puede llegar a comprender.

2. Firmeza

La Firmeza es una virtud nacida del Dominio, y viene a ser como su fruto y su corona. La Firmeza es la palanca en donde se apoya la vida espiritual, sin ella la vida espiritual vendrá por tierra más o menos tarde. Esta virtud que crece y echa raíces en el Conocimiento propio y en la Confianza en sólo Dios es una gracia muy grande.

La Firmeza es enemiga acérrima de la Debilidad y de la Cobardía. Su apoyo es el Amor divino, con el cual se sostiene inquebrantable como una roca entre las crueles tempestades de las pasiones, y entre las encarnizadas luchas de los enemigos que constantemente tratan de hacerla caer. El Espíritu Santo le hace sombra, y con esta sombra divina se sostiene. Santa María es su Escudo y la Torre de Fortaleza en donde la Firmeza adquiere la fuerza y la energía que posee.

Esta virtud alcanza muchos merecimientos, los cuales suponen constantes luchas y vencimientos. ¡Feliz el alma que posee esta celestial arma con la cual vence y derrota a sus enemigos!, los cuales son principalmente: el Cansancio, la Condescendencia, la Vacilación, la Inestabilidad, con todas las tentaciones que en sí llevan estos enemigos.

3. Entereza

La Entereza es hija de la Actividad, compañera de la Energía y de la Firmeza y apoyo de muchas virtudes. La Serenidad constituye su especial fisonomía y se alberga en los corazones

[5] vgr. Virtudes militantes

intrépidos, en los cuales reina el Dominio propio y el Sacrificio. La Entereza se fortifica y vigoriza en la Oración.

Es la Entereza una virtud guerrera que empuña muchas clases de armas. A la Entereza no la mueve ningún viento de pasiones: la Rectitud es su brújula, y la Voluntad divina su sostén y único apoyo. Jamás se inclina esta hermosa virtud a la Condescendencia culpable; es enemiga de la Debilidad y de la Flaqueza; la Vacilación es su potro, la Cobardía y la Falsedad los enemigos que más aborrece. Ella coge al alma y la conduce de la mano, sin bambolearse, hasta su destino.

La Entereza es de mucha importancia en la vida ordinaria espiritual, mas en las extraordinarias es de todo punto indispensable, Yo doy al alma esta virtud como premio de las luchas del espíritu. La Entereza es, diré, una condecoración con que correspondo a las victorias alcanzadas por las almas. Satanás, enemigo encarnizado de todo lo bueno y santo, no desperdicia ocasión para vencerla, pero como esa virtud descansa en Mí, es incapaz de derrocarla. El enemigo, sin embargo, llega a bambolearla con las tentaciones de Desaliento, Turbaciones y Dudas, mas la Humildad y la Fe la salvan de estos peligros. Cuando la entereza se une a la Soberbia es capaz de horribles estragos y de espantosos males.

La Entereza santa, tal como la he explicado, aplicándola al espíritu es una joya de inmenso precio que no se estima como merece; ella es la inquebrantable palanca en donde se sostienen y crecen muchas virtudes morales. ¡Feliz el alma que la posee! Santa María tuvo estas virtudes guerreras en su Corazón purísimo y las puso en práctica durante toda su vida, y de un modo especial al pie de la Cruz, donde se hicieron tan valerosas y heroicas que llenaron de admiración a los mismos ángeles. Al pie de la Cruz campearon en todo su esplendor la Firmeza, la Energía, la Entereza, el Amor activo, el Dominio propio, la Rectitud, la Sujeción a la Voluntad divina, y la Generosidad, exprimiendo con sus manos de hierro al Corazón más puro y santo, delicado y amante. Estas virtudes fueron los instrumentos que empleó Santa María para su propio martirio, los cuales despedazaron su alma y coronaron su cabeza. Estos deben ser también los instrumentos que toda alma amante debe emplearse para la santificación. Buenos son, y también agradables a Mí y aun necesarios para la vida espiritual los instrumentos materiales para la propia maceración, mas los instrumentos espirituales que doblegan al espíritu viciado y ponen a raya las pasiones de la naturaleza que fácil y constantemente se lanzan al desorden, son de más importancia.

4. Lucha

La Lucha no es precisamente una virtud, es una especie de ser espiritual que tiene vida en el fondo del corazón humano; con él nace y con él muere. Reside en el espíritu del hombre, acompañándolo durante toda su vida. La Lucha es un arma que tiene vida, y su vida es el Dolor. Alcanza la Lucha grandes triunfos y conquistas al alma, y adorna con sus triunfos su inmortal corona.

La Lucha es un arma general que combate igualmente en dos campos de batalla, con la gracia y con la naturaleza, con lo bueno y con lo malo, con Dios y con Satanás. Es la Lucha un ser desconocido, y sin embargo, nadie está más cerca del hombre que la Lucha. Cuando la Lucha vence a Satanás, con todas sus maquinaciones, entonces el alma se santifica, y al fin se salva; más cuando pierde y es vencida en las mil contiendas que constantemente acomete, entonces es infeliz y desgraciada el alma.

Hay que saber tomar en la vida espiritual la Lucha, y dirigirla en la defensa del alma y en contra del demonio. El Bautismo es un medio poderoso para atacar al espíritu de contradicción que es Satanás, y pone a este ser, la Lucha, en el camino recto por el cual debe andar.

Todos los Sacramentos enderezan y fortifican a este ser que está dentro del alma, cogiéndole la vida espiritual y empleándolo en su servicio para obtener grandes victorias. Esta arma poderosa existe dentro del hombre para su corona o para su desgracia, según la emplee. ¡Feliz el alma que sabe tomarla para su bien, esta alma casi puede asegurar su triunfo! Aquí tienen la excelencia y virtud del cristianismo, el cual sujeta la naturaleza al espíritu, la razón a la gracia.

Los infieles no pueden tener este dominio sobre sus pasiones: la Lucha vence en ellos para su mal, porque la Religión no enfrena a la Lucha. El yugo de la Lucha desenfrenada es la Religión. Es hermosa la Lucha y ayudando al alma a escalar el cielo, porque es intrépida por naturaleza; es la ayuda, diré indispensable de todas las virtudes, pero es horrible y espantosa la Lucha cuando trabaja en el otro campo, pues entonces son incalculables los pecados, y los crímenes, y los horribles vicios en los cuales se precipita el alma que la lleva consigo, hasta sumergirla en la desesperación y en el profundo abismo del infierno. Tómenla por el lado bueno, pues es una arma de dos filos, la Lucha les servirá para su santificación. No se espanten, ya que su ayuda es muy provechosa y necesaria en la vida del espíritu, pues sin Lucha no hay vencimiento, y sin vencimiento no hay cielo.

5. Energía

La Energía es hija de la Firmeza y la que la sostiene en sus cansancios y vacilaciones. Esta virtud intrépida y gallarda se alimenta del Sacrificio y de la Oración, a cuya fuente debe su inquebrantable fuerza. La Actividad, o sea el Amor activo, la inflama y enardece, y con este Amor activo es capaz esta virtud de asombrosas conquistas. La misión de la Energía es ayudar a la Firmeza, al Dominio propio y al Sacrificio. Es la Energía un escudo de hierro en donde se estrellan la Comodidad y el Amor propio. La naturaleza humana se estremece con el contacto de esta virtud, mas todas las virtudes buscan la Energía para ponerse bajo su amparo. La Energía ni de día ni de noche duerme: está siempre en vela con las armas en la mano y pronta a luchar y a vencer. Es una virtud guerrera, sin la cual la pobre criatura es vencida de su propia miseria y corrupción. La energía es como la savia que circula y da vida al campo espiritual de las virtudes morales.

Si la Firmeza es el cuerpo guerrero, ¿a dónde van a ir a dar los tiros del enemigo? La Energía es la sangre de este cuerpo; mas el corazón, ¿saben cuál es?, es la Actividad. Los enemigos de esta fortísima virtud son los ejércitos de Satanás puestos en juego. La Vanidad hace a veces que en sus triunfos se debilite y le lleguen hasta faltar las fuerzas sobrenaturales de la gracia que la sostienen, mas una vez recobradas las fuerzas por la humillación el arrepentimiento, se vuelve la Energía a levantar, erguida y lastrada con la lección del propio conocimiento. Tanto esta virtud de la Energía como la de la Firmeza y otras muchas pueden emplearse, y muchas veces se emplean, para el mal en el campo de Satanás, ayudando a la Obstinación y a la Soberbia; entonces se apartan de la Rectitud que es su brújula, y por lo mismo de Mí, y precipitan al alma en infinitos males.

6. Amor activo

El Amor, si es verdadero, no puede estar ocioso: es muy activo; es necesario probar al Amado que se le ama, sacrificándose por Mí de día y de noche, siempre, siempre.

La sed de padecimientos crece con el padecer.

Yo no me sacio de sufrir místicamente en la Eucaristía, mientras haya un alma en la tierra a quien amar. El amor verdadero no ve obstáculos ni los mide. El verdadero amor busca todo lo que puede dar gloria al Amado. Las armas principales del Amor activo están en la humillación y el sacrificio. Mis armas, porque soy verdadero Amante, fueron la humillación y el sacrificio.

El Amor activo para Conmigo hace crecer al amor a los prójimos, a las almas del Purgatorio, a todo lo que es débil, pobre y necesitado, y de una manera particular a las almas de los pecadores. A un alma que tiene el Amor activo le duele el conocer la desgracia de los hombres, el verlos alejados de Dios, engañados por el demonio, arrastrados por el mundo y sus vicios, precipitándose en el infierno y rechazando a su Dios y Señor, al único Bien. Al alma que tiene el Amor activo le duele el ser pisoteada la Sangre del Señor, que la Redención es inútil para aquellas almas; las gracias detenidas por ellas mismas y la Justicia divina cerniéndose sobre sus cabezas.

Los hijos del Oasis deben desalojarse de todo lo que no es mortificación, es decir vestirse de ella, familiarizarse con ella, identificarse con ella. Dolor, dolor: busquen dolor, sean dolor,

corran, vuelen en pos del dolor; no pierdan tiempo ni de día ni de noche. Aunque la naturaleza se resista, arrójense en el mar de la amargura. Busquen, piensen y estudien el modo como sufran y padezcan más y más por el Amado de su corazón. El amor divino al llegar a cierto grado no puede estar quieto y ocioso, busca algún modo para contentar al Amado y si tuviera que pasar por mil espadas, pasaría sobre ellas, solamente para dar una gotita de consuelo al Amado.

No puede el alma dormir en la comodidad si ve al Amado que sufre. Es imposible la inacción, el placer y la comodidad para un corazón que de veras ama a su Jesús, pues tiene el corazón atravesado, flechado por la saeta del amor divino.

7. Actividad

La Actividad nace del Amor divino, es un reflejo del mismo Dios, porque la caridad es el amor que constantemente se da en cualquiera dirección a que se incline el bien, y la Caridad no es otra cosa sino el Amor activo. La Actividad encierra en sí al Dominio propio, a la Firmeza, a la Energía, al Sacrificio, a la Lucha, a la Generosidad y a otras muchas virtudes.

El Sacrificio y la Generosidad son sobre todas las virtudes sus inseparables compañeras. La Actividad crece y se desarrolla tanto cuanto el alma trabaja y merece. La Actividad es un fuego que enciende en el alma el Amor unitivo. La Actividad ni de día ni de noche descansa en el alma feliz que la posee. Ella abarca extensiones inmensas, se abraza de la Cruz sea cual fuere y para ella no hay obstáculo que no venza y traspase inmediatamente con el Sacrificio amoroso.

La Actividad arde y se consume por el Amado, su sed crece con las dificultades y con los sufrimientos. La Actividad quiere Martirio, Sangre y Padecimientos. Para ella no es el mundo, ni las vanidades, ni la comodidad; huye de todo esto con la misma prontitud con que se abraza de las humillaciones, trabajos y dificultades. La Actividad ama, y en esto se resume todo, porque para el amor nada hay difícil, ni duro, ni amargo, ni insuperable. El alma activa muere en la actividad, la cual es admirable con el trabajo interno que tiene con la gracia que se derrama a torrentes en el alma activa. Los antagonistas de esta virtud valerosa son: la Ociosidad, el Descanso y el Placer. El enardecimiento divino en que se abraza el alma la impulsa a la más alta perfección, y por lo mismo a las más grandes luchas contra la naturaleza.

¡Oh emprendedora virtud que hace rica al alma que la posee! La vida espiritual no es otra cosa sino la vida del sacrificio activo y constante. Esta actividad divina es un empuje del cielo en un alma pura y dispuesta. Yo comunico esta Actividad solamente a los corazones que se dejan hacer. La Actividad es una virtud que acompañó a los Mártires de una manera particular; en su verdadero punto, es una señal de predestinación. La santa Actividad, aunque lleva este nombre emprendedor, no es imprudente, no es precipitada; en una mano lleva la Razón y en la otra la Rectitud.

La ilumina la Fe, la Esperanza es su alimento y vida, y goza de la Paz del Espíritu Santo, y también de la santa Libertad que la bendita Paz siempre lleva consigo. La santa Actividad no atropella al espíritu, ni a la voluntad, porque en su seno lleva al Santo Reposo y al Orden mismo, que es Dios. En el centro de la Actividad residen la Correspondencia y la Fidelidad, su único fin es la gloria de Dios. El alma que posee esta virtud de la Actividad jamás se detiene en sí, sino que vuela al Amado, no anhelando sino lo que puede honrarlo y glorificarlo. El Amor activo constantemente traspasa a la criatura, siendo el único blanco de todas sus aspiraciones el Creador.

Los enemigos con los cuales de una manera más particular lucha son: la Fragilidad, la Condescendencia, la Flaqueza y la Inestabilidad.

8. Diligencia

La Presteza o Diligencia es una virtud indispensable en la vida espiritual. Nace esta hermosa virtud de la fiel correspondencia a la Gracia, mas su total desarrollo está en el Amor Activo.

9. Celo

El Celo de las almas, el Amor al prójimo, el Dolor interno y desgarrador por las ofensas hechas a Dios, el purísimo deseo de mi gloria, de mi mayor gloria, todas estas virtudes, nacen directamente del Amor divino. Son las consecuencias, los actos que este celestial incendio produce en las almas.

El Celo es hijo del Amor activo y una gracia muy especial que regalo a pocas almas. Es el Celo una comunicación de mi propio Ser, es un fuego que enciende a las almas en el deseo vehemente de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo. Para este Celo divino no existen fatigas, ni cansancios, ni sacrificios por insuperables que sean y que con gozo no venza; lo sostiene una fuerza divina, lo impele constantemente un celestial fuego, las virtudes guerreras forman su séquito y es capaz de llevar a cabo grandes empresas.

Llega su intensidad al grado de martirio, el cual devora a las almas que lo poseen en la ardiente sed, infinita, diré, de mi gloria, de mi mayor gloria; esta admirable virtud lleva consigo el impulso sublime de la Caridad. En las almas puras es muy grande este Celo, y a la medida que crece su pureza, crece también su celo, y a la medida del Celo crece y toma incremento el Amor divino; y dentro de este círculo de Pureza, Amor y Celo, se consume en amor Mío aquella alma feliz. La vida de esta alma, su comida y su sueño, sus aspiraciones, anhelos, deseos y cuanto en ella existe es solamente para darme. con gran ansiedad, a conocer a otras almas. Sueña con el martirio mismo, si éste, con todos sus dolores, alcanza para Mí una sola alabanza.

Esta grandiosa virtud del Celo tiene también otra faz y consiste en el torcedor martirio con que amarga al alma pura que lo posee, por los pecados ajenos con que me ofenden los hombres. En este dolor el alma se consume y muere, y diría la vida en el más cruel martirio, por alcanzarme una alabanza; igualmente, y con creces ofrecería la vida por evitarme una sola ofensa.

¡Ah!, esta virtud arrastra mi Corazón y desata las gracias divinas en favor de las almas. Esta virtud fue la que dominó en mi Corazón durante mi paso por la tierra, y el ardor eterno consume todavía hoy mi Corazón que vive en los altares en favor del hombre.

Esta virtud constituyó mi vida o existencia entera. La Pureza plena, el Amor activo y el Celo infinito, y también activo, ardiente, constituyó repito, mi vida entera. El Celo es Dolor, Amor, y de estas dos substancias, diré, está formado mi Corazón.

Los enemigos del Celo son incontables, pues el infierno entero se pronuncia contra el alma que lleva en su seno esta virtud bendita que tantos males le hace; pero el Celo santo lleva consigo al escuadrón valeroso e intrépido de las virtudes guerreras con las cuales se sostiene. La prudencia es su guía y la Oración su todo. El hombre sin Oración no puede poseer esta virtud del Celo, porque la Oración es el arma principal de esta virtud. Y no crean que el Celo lo doy solamente a los Misioneros y Ministros míos. Lo doy a quien lo merece y a quien me place, porque esta virtud en su plenitud es gracia de mi Corazón, y un pedazo, diré de él mismo, mas ni muchos Misioneros y Ministros míos merecen esa gracia, ni a todos me place dársela. Digo, que a muchas almas niego esta gracia y en cambio la doy, en los grados que me parece, a otras almas, aunque generalmente a pocas, aunque no tengan que entenderse con los prójimos y con otras almas.

Existen Misioneros muy fríos y llenos de pasiones; existen también almas puras y purificadas, a quienes en un oculto rincón las abrasa esta virtud del Celo santo de mi gloria y hacen incontables conquistas, en el orden interno y secreto que sólo Yo conozco; y ¿saben por qué medios alcanzarán estas conquistas? Por medio de la Oración; esta arma poderosa unida al Sacrificio en un alma pura, lleva al cielo muchísimas almas, sin saberlo ni entenderlo. Sí, estas almas, en la obscuridad y en el silencio, alcanzan para los pecadores más victorias que muchas que predican en los púlpitos y en los campos.

La Oración, repito, es el arma poderosa del Celo, a la cual ni el mismo Dios, en su eterna

Bondad, resiste. ¿Saben quién regala esta virtud de mi Corazón? El Espíritu Santo. Invóquenlo, y que el mundo todo lo invoque, y sobre todo, mis Ministros, porque el Celo es el campo de mi Iglesia.

10. Solicitud

La Solicitud nace de la Caridad y del Amor activo. Esta hermosa virtud parece pequeña y es grande, abraza grandes empresas. El centro a donde tiende es al bien del prójimo, por lo mismo es hermana del Celo. El vicio con que generalmente lucha es la Vanagloria.

Tiene la Solicitud un campo muy vasto en donde extenderse, pero crece y se desarrolla bajo el amparo de la profundísima humildad.

11. Libertad de espíritu

La Libertad de espíritu es una gracia directa del Espíritu Santo al alma a quien la da, y la da a quien le place. Consiste esta Libertad en un desalineamento del alma, en un vuelo del espíritu sin ataduras ni impedimentos, hacia lo sobrenatural y divino. Esta santa Libertad trae muchos bienes al alma dichosa que la posee; esta alma alcanza o llega a alcanzar una familiar, aunque respetuosa presencia de Dios y una Unión muy levantada y sublime con el mismo Dios. La Oración en el alma que posee este tesoro de la santa Libertad es casi constante. A esta dichosa alma nada impide la comunicación con su Dios y Señor: a toda hora, en las ocupaciones, lo mismo que en la soledad, en el ruido igualmente que en el silencio, en medio del mundo como en el Claustro, se comunica con su Dios.

¡Oh bendita Libertad nacida del que es la Libertad misma! El Demonio también da a las almas una especie de libertad fingida, engañadora y traicionera, porque han de saber que Satanás es como un mono que imita cuanto ve, y en la vida espiritual es en donde se da gusto con las almas incautas e imprudentes, y a veces permitiéndolo Yo para futuros bienes, también con las almas que me pertenecen. Mas a poco de andar se le conoce; porque sus huellas son muy marcadas, y no puede sostener por largo tiempo el peso de las virtudes sólidas.

La Libertad que Satanás comunica al alma va siempre acompañada de Desorden, Soberbia, y Ofuscación, y esta libertad precipita al alma más o menos pronto en horribles caídas. La Imprudencia, el Imperio y la Agitación siempre guían a la Libertad falsa. Al contrario, la primera cualidad de la Libertad santa es la completa sujeción a la Voluntad divina y a la Obediencia ciega. La Prudencia es su brújula, y la Paz su asiento en donde descansa. La verdadera Libertad sólo se encuentra en la Sujeción, el que obedece es libre y goza de una tranquilidad llena de paz.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES GUERRERAS

1. Vacilación

La Vacilación es hija de la Duda y de la Soberbia. Satanás la emplea con un éxito admirable para sus maquinaciones. Es un arma muy poderosa que esgrime con sin igual destreza en el campo espiritual de las almas. Es una de sus finas redes con que detiene a miles de almas que debieran ser mías envolviéndolas con especiosas y necias razones y de ningún valor, entreteniéndolas y dañándolas.

Satanás tiende este lazo, sobre todo, en materia de vocaciones, entretiene a las almas débiles con ponerles en su entendimiento una torre muy alta de imaginaciones tontas, necias e insubstanciales. El remedio para este mal consiste en una voluntad muy firme, cortando de raíz la tentación. Digo, después de haber prudentemente madurado tal o cual decisión confiada al juicio prudente de un Director santo, que ora.

La Vacilación lleva en su seno el Amor propio. Si la Vacilación se apodera de un alma, la inutiliza, cortándole las alas para todo lo bueno. Este es un mal más grande de lo que parece a primera vista, el cual de un alma valiente que pudiera volar en el camino de las virtudes, hace un alma apocada; y si debiera alcanzar un alto grado de perfección, se queda a medias, inutilizándose para muchas cosas.

La Vacilación es una peste en el camino espiritual y hace a las almas indecisas y cobardes.

2. Indecisión

La Indecisión es hermana de la Vacilación e hija también de la Duda y de la Soberbia, poseyendo además otras cualidades ruines y cobardes. La Indecisión es otra plaga en el mundo espiritual, que me roba mucha gloria, haciendo perder inútilmente el tiempo, entreteniendo a las almas. Un alma indecisa nunca hará nada que valga, o a lo menos su recompensa será muy mermada. De esta clase de almas está lleno el Purgatorio.

La Tibieza y la Sensualidad mucha parte tienen en la Indecisión. No son estas almas las que me dan gloria, las que se arrojan al martirio del amor activo, a costa de innumerables sacrificios; estas almas indecisas son generalmente débiles, cobardes y amigas de la comodidad.

Las almas de sacrificio son valientes y esforzadas, y luchan a brazo partido y con tesón contra los vicios y las pasiones, contra los defectos y faltas ordinarias, aplastándose y venciéndose.

Estas almas en sus resoluciones son firmes; mas las almas indecisas cogidas por Satanás con este lazo que parece tan fino, y que es de hierro, pasan la vida lamentándose y entristeciéndose de su defecto, sin tener el valor suficiente para cortarlo. ¡Desgraciadas!

Grandes cosechas saca Satanás con este defecto de la Indecisión.

Sus remedios son: la Obediencia ciega, con Humildad profunda; el Dominio propio, con la Firmeza.

Estas almas deben totalmente entregarse en los brazos de un Director prudente y dejarse hacer, no sólo y muy principalmente en lo que toca al espíritu, sino aun en la misma vida ordinaria y material. La curación de estas almas indecisas es de mucha importancia, porque si no se curan, jamás podrán entrar de lleno en la vida espiritual y Satanás continuará cortándoles el vuelo e impidiéndoles venir a Mí.

El mundo está lleno de estos defectos, que a veces ascienden a vicios e inficionan el campo espiritual.

3. Veleidad

La Veleidad es hija de la Indecisión y busca para formar su nido corazones vacíos, frívolos e inquietos.

Este es un defecto muy odioso, y siempre se acompaña de la ligereza, su hermana inseparable. El Espíritu Santo jamás se alberga en las almas que llevan en sí a la Veleidad y la Ligereza. Este Santo Espíritu muy lejos habita de semejantes contactos.

La Paz, la Oración, la Quietud, Silencio y Recogimiento no se acercan a sus puertas y repugnan totalmente con estas almas que buscan y tienen por centro el ruido, el bullicio, el mundo y la Vanidad.

Estas almas están en gran amenaza y en mil clases de peligros: tan sólo un punto las aparta del pecado.

La Murmuración es generalmente el pasto de las almas veleidosas y ligeras. La Murmuración es uno de los muchos puntos por los cuales Satanás las hace suyas. Estas pobres almas llevan en su interior un vacío espantoso, una pena secreta que las hace desgraciadas, por más que aparenten lo contrario. Estas almas ¡claro está!, llenan de basura y de humo y muchas veces de pecados un corazón creado tan sólo para poseerlo Yo y para poseerme a Mí.

El remedio de estas pobres almas está en los desengaños, las decepciones y el dolor. Solamente estos poderosos contrapesos las harán detenerse, reflexionar y cambiar su rumbo, buscándome a Mí y tan sólo a Mí.

En materias espirituales se mete también, aunque en otro sentido que en el Mundo, la Veleidad y Ligereza, las cuales muchas veces llegan a vicios, cometiendo estas pobres almas que las llevan consigo muchas aberraciones.

Estos defectos tan capitales jamás cuadrarán con la vida espiritual.

4. Inestabilidad

La Inestabilidad es otro defecto capital en la vida del espíritu.

Es la Inestabilidad hermana también de la Vacilación e Indecisión, y generalmente se alberga en los espíritus vanos que no tienen peso. El demonio también la fomenta y se vale de ella para su provecho. Estas almas inestables, que no tienen firmeza en sus propósitos, que no caminan por la fe, que no se fundan en principios, que no cimientan sus resoluciones en un fondo sólido de sacrificio, que no tienen opiniones propias, digo, en el sentido que a cualquier viento se mueven y se dejan llevar del último aire que les sopla; estas almas, repito, nunca harán cosa alguna en la vida del espíritu que valga la pena, y aún en la vida material son una calamidad, arrastrando en su corriente a muchas otras almas y dañándolas.

El único remedio para este peligroso mal, es la Obediencia ciega y también la firmeza en el sacrificio y resoluciones. Se necesita una voluntad firmísima para arrancar de raíz este mal; si no la hay, en vano se edifica sobre arena y en falso. Los únicos puntos cardinales en que esta alma debe clavar su mirada son: la Obediencia y la Fe.

El mundo también y muchas Religiones están llenas de esta clase de almas, y no se imaginan la gloria que dan a Satanás y me quitan a Mí. Miren: el Demonio lleva en su ser todos estos defectos en un grado superlativo, y los comunica siempre, con el fin de dañar a las almas y por lo menos tratar de quitarme gloria; con ellos induce también a muchos pecados, como el suicidio. Satanás, repito, lleva en su ser la Vacilación, la Inquietud, la Turbación, la Inestabilidad y otros muchos vicios, defectos y desórdenes de que hablaré.

5. Superficialidad

La Superficialidad es un vicio universal y ordinario. Este vicio se ha introducido desgraciadamente hasta en la vida espiritual. Las almas andan dentro de ella, y todas en su interior y exterior están impregnadas de su substancia.

En la vida común todo es Superficialidad y Mentira. Con esta capa se envuelven muchos vicios. La misma tiende a cubrir hasta las Religiones.

La Superficialidad es hija del Desorden y de la Ligereza. Un alma que la lleva consigo es insustancial y vana. La Superficialidad envuelve hoy a gran número de corazones y es un vicio que se introduce en todas las cosas.

La Superficialidad tiene hoy su campo favorito en las virtudes. En ellas reina falsificándolas y dando frutos copiosos a Satanás. Mas la Cruz viene a destruirla y a derrocarla. La solidez de las virtudes que te he explicado, y son las verdaderas, vienen a degollarla y a tirarla de su trono.

Tiempo es ya de hundir en el abismo a esta maldita Superficialidad que todo lo tiene, con su contacto, inficionado. Hay tanta Superficialidad casi como personas hay en el mundo. La Superficialidad es un veneno que destruye y mina los corazones sin que éstos lo sientan.

La Superficialidad ha plantado su bandera en la Piedad, y se vive hoy de Superficialidad espiritual. ¡Con razón las almas están vacías! ¡Con razón no les satisface la Religión! La Religión que hoy existe no es la Mía. La Mía es la única verdadera y santa que puede llenar sus inmensos vacíos. La Religión que hoy reina es la Religión de Superficialidad. ¡Ah!, ya ves cómo cunde el mal, el cual llena de una manera o de otra todos los ámbitos de la tierra.

Basta ya de falsedades y de Superficialidad que mata a las almas, llena el infierno y a Mí me ofende. Destiérrese ya esta universal epidemia, esta farsa de virtudes; venga ya la Verdad a destruir la Mentira, las virtudes vengan a destronar a los vicios y la Cruz reinará en los corazones. Basta ya de pantomimas de piedad y de fingidas e hipócritas santidades, venga ya el Dolor a purificar el mundo y a renovar en los corazones la inocencia. Quiero Pureza, virtudes sólidas, almas limpias y templadas para el Sacrificio. Dámelas (*dice el Señor emocionado*).

El remedio de la Superficialidad está en las virtudes que te he explicado, es decir, en la práctica de las mismas. En la Cruz está el remedio, porque todas las virtudes forman una Cruz espiritual MUY GRANDE Y HERMOSA EN LA QUE ME COMPLAZCO. ¡Felices las almas que en ellas se crucifiquen y en esta Cruz se claven y en sus brazos mueran! Yo les prometo un premio eterno.

6. Fragilidad

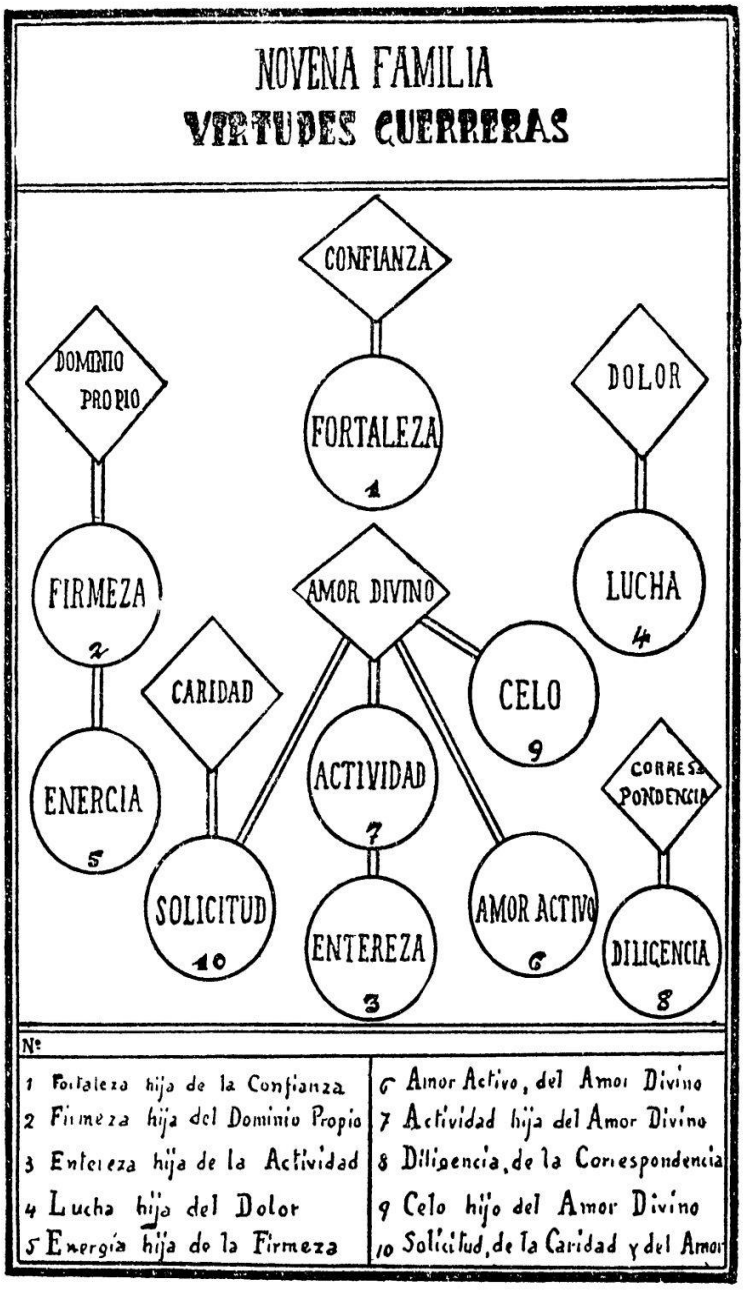
La Fragilidad procede de la Debilidad natural en el hombre, y en parte de la Ligereza. La que viene de la Debilidad es disculpable, y el hombre mientras viva la llevará siempre consigo, puesto que es también consecuencia del primer pecado que trajo la ruina del mundo; pero la que se deriva del vicio de la Ligereza es siempre reprochable, y en muchas ocasiones de graves consecuencias.

Es la Fragilidad fruto natural del hombre. Todo en él es frágil, deleznable y vano; lleva en su ser a la Inestabilidad y cualquier viento lo mueve de su sitio. El hombre es quebradizo y tan mudable como el viento. Sólo las virtudes pueden solidificar al hombre y espiritualizarlo, y todo lo que no sea esto, lo arrastrará hacia las pasiones, hasta sumergirlo dentro de los nefandos vicios.

Las almas ligeras y mundanas llevan consigo en mayor escala el vicio de la Fragilidad en sus pensamientos, palabras, y obras. Este es un gran defecto en la vida espiritual, porque las almas frágiles siempre están comenzando sin avanzar por el sólido camino de las virtudes. Satanás hace por aquí mucha cosecha, y la Fragilidad es para él un gran instrumento.

El remedio contra la Fragilidad culpable es la Madurez. Esta virtud hermosísima, por cierto, consiste en un prudente y reposado discernimiento de las cosas ordenándolas todas con la rectitud y la razón hacia un buen fin, teniendo a Dios como objeto principal de sus conclusiones.

Este es el remedio de la Fragilidad, pero se alcanza con la práctica del Reposo, de la Meditación y de la misma experiencia en las caídas.



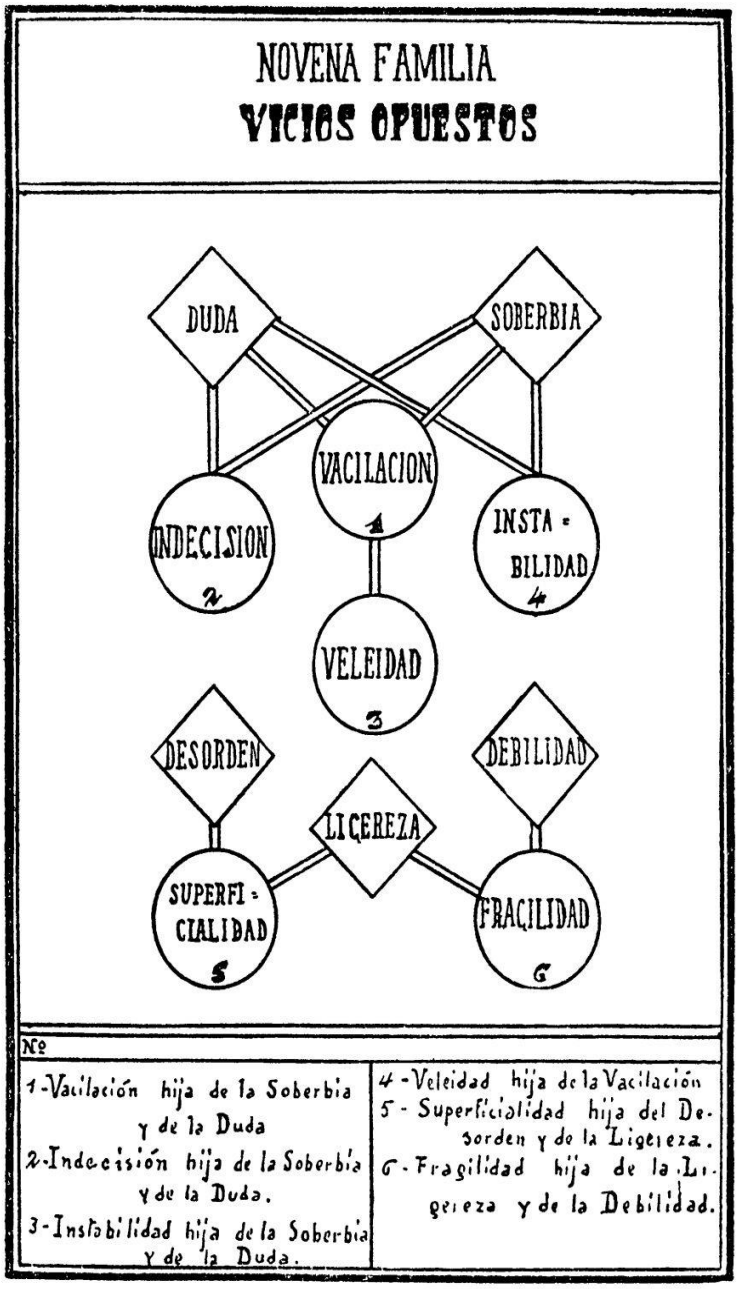


Figura 9
NOVENA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes Guerreras** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

DÉCIMA FAMILIA

VIRTUDES DE CORRESPONDENCIA

1. Correspondencia

La Correspondencia es hija de la Docilidad: es una virtud que tiene por ser, el Amor de Dios; por apoyo, la profunda Humildad; por aliento y vida, la propia Desconfianza. Su crisol está en el Dominio propio. Su círculo es la Actividad y su misión la propia perfección.

La Correspondencia en un alma pura no cesa ni de día ni de noche, siempre está en vela porque el amor no duerme ni descansa, su descanso es no descansar. Esta virtud envuelve una gran perfección, es el eje sobre el cual la vida espiritual gira. Sin Correspondencia no existe la vida espiritual, porque el Espíritu Santo se retira de un alma sorda, de un alma perezosa, que no se sacude, ni corre, ni trabaja, ni se sacrifica, ni corresponde de esta manera a las divinas gracias que en ella derrama.

La Correspondencia es hermana de la Diligencia y siempre la lleva consigo. La Correspondencia se amolda y adapta todas las virtudes, entre las que más campean son: la Obediencia espiritual perfecta y la Pobreza espiritual perfecta. La Correspondencia recibe y devuelve, este es su oficio. Siempre está recibiendo y siempre está devolviendo, mas en este devolver se enriquece, y en este recibir se empobrece, porque cuando devuelve, se le da más, y cuando recibe ella se da con los dones recibidos, y por lo tanto se queda pobre, pobrísima en su riqueza. Todo lo posee el que nada posee, renunciándose. La Correspondencia a la gracia es hermosa y riquísima de tesoros divinos, es una escalera para lo alto por la cual el alma sube al cielo sin sentirlo, es el acueducto del Espíritu Santo para el alma, es el principio, medio y fin de la vida espiritual y de la santidad.

Sin esta correspondencia no hay virtud que dure sin marchitarse. Ella atrae al Divino Espíritu, y le convida a hacer en el alma que la posee su morada; ella es la que hace que el rocío divino de la Caridad fertilice el campo de todas las virtudes; ella es, en fin, una de las virtudes más amadas de mi Corazón. La vida de Santa María no fue otra cosa, sino una constante Correspondencia a la divina gracia, amorosa y dolorosa.

La Correspondencia tiene un ejército de enemigos, pero generalmente la corta la Soberbia; la detiene la Desconfianza; la entretiene el Respeto humano, la Vanidad, la Envidia y la Pereza. Sus escollos principales existen en la Desobediencia y en el juicio propio.

2. Constancia

La Constancia es hija de la Perseverancia y muy parecida a su madre. Es una virtud enérgica y de mucho valor. También es guerrera y empuña sin descanso las armas contra el enemigo. La Lucha es su campo de batalla, su único apoyo está en la Paciencia y su carácter, diré, es de suavidad, pero de una suavidad unida con la Energía y la Firmeza y la Entereza.

Es la Constancia una virtud a la vez que reposa, como que nada le corre prisa, incansable en las penas, trabajos y dolores y cuantos trabajos de alma y cuerpo puedan existir. Ella siempre aparece serena y llena de Paz, pero es porque siempre se alberga en los corazones puros y sacrificados. La Conquista no descansa en las almas inquietas, agitadas y mundanas, sino en la tranquila quietud de una conciencia recta. La Rectitud es su derrotero, y su fin la salvación del alma.

Es muy bella la virtud de la Constancia y tan indispensable en la vida del hombre y en la vida

del espíritu, que sin ella la más esforzada y vigorosa virtud se viene abajo. Ella es el germen que corona todas las victorias con celestiales merecimientos.

Sin la Constancia el campo de las virtudes y cada una de ellas sería como un cuerpo mutilado, como una torre a medias, como un edificio sin concluir: es decir, sería inútil y de ningún valor. Al expiar la vida de los Santos, el consuelo que endulza su agonía es el recuerdo de esta virtud bendita que no ha cesado de acompañarlos un solo instante de su existencia. No se imaginan lo que experimentan a la hora de la muerte las almas que la han poseído, y cómo bendicen a esta virtud que los deja en la puerta del cielo.

Sin embargo, casi ninguna virtud tiene que trabajar tanto, ni luchar tan incesantemente con las pasiones y vicios del hombre como esta virtud de la Constancia. Ella no es precipitada, ni arrolladora ni vehemente, su paso es siempre ascendente, acompasado y firme. No se crea por esto que es fría o reside en un corazón frío, lejos tal error. La Constancia se nutre con el amor activo, con este santo fuego que es el que la impulsa, le da fuerzas y la sostiene. Sin Amor divino no existe la Constancia, porque la Constancia que cae o se derriba con cualquier viento de pasiones, no es Constancia verdadera. El Espíritu Santo la sostiene, porque en lo humano nada es capaz de sostenerla. Esta virtud es sobrenatural, y por lo mismo una gracia de las mayores, por no decir la mayor que puede poseer un alma. Esta virtud nunca se detiene, su impulso es divino y su paso, diré, es lento, pero es también continuado.

Sus enemigos capitales con que lucha principalmente son la Veleidad, la Fragilidad y el Desaliento; mas como su apoyo es la Paciencia, con esta arma vence también a Satanás con todas sus maquinaciones, y continúa su camino de espinas, sin detenerse hasta el fin de la vida del hombre, que corona. Hermoso y nunca imaginado es el premio con el cual Yo galardono a esta virtud de la Constancia. Esta virtud es muy difícil poseerla, más ¿saben cuál es el único medio para adquirirla? La Oración, la Oración y la Oración.

3. Fidelidad

La Fidelidad es hija de la Correspondencia y del Vencimiento; es fruto del Dominio propio y la da el Espíritu Santo a las almas muy ejercitadas en las virtudes. La Fidelidad es hermana de la Perseverancia, y la que corona la vida de los Santos en su paso por la tierra. La Fidelidad es la prueba del divino amor, llega a un grado más alto que su Madre la Correspondencia, porque ésta puede detenerse más o menos tarde, o puede corresponder más o menos, pero la Fidelidad es la que corona todas las virtudes. El alma que la posee, posee el cielo. Su fin es la gloria de Dios, porque su vida está concretada en Dios sólo: Él es su Todo. Aquella dichosa alma es fiel porque ama, y la Fidelidad amorosa no tiene otra razón que el mismo amor. Es fiel en las penas porque ama; es fiel en las contradicciones, porque ama; es fiel en las penitencias, porque ama; es fiel en los dolores, en los desamparos, en las luchas y abandonos, y sequedades y obscuridades y tempestades horribles, porque ama, porque ama, y sólo porque ama; ¡oh admirable fuerza la del Amor divino! El alma que está poseída de este amor Mío, esta alma es fiel. El alma infiel no me ama, o su amor no es puro, ni es para Mí sólo; el alma infiel se busca a sí, ni soy Yo sólo el objeto principal de sus amores.

Muchas almas existen engañadas sobre este punto tan importante. Creen que puede haber amor puro en donde existe el amor de la criatura. Se engañan, se engañan. Doy también el grito de alerta al Oasis, para que conozca el escollo que tiene la Fidelidad, que está en el amor propio, en el cariño.

La virtud de la Fidelidad es muy fina: se mete o interna muy adentro en el delicadísimo campo de las inspiraciones divinas. El Espíritu Santo se goza en el alma fiel, y la regala con sus gracias y la adorna con sus Dones, y la enriquece con sus purísimos Frutos, pero esta Fidelidad es una joya escondida y de mucho valor, que tropieza y cae muchas veces en mil escollos que Satanás envidioso de tanto bien, le pone. Los principales escollos son: el Cansancio, el Fastidio, la Duda, la Soberbia, el Mundo, la Agitación, el Incienso y el Amor propio.

La Fidelidad tiene por defensa: el Silencio, la Obscuridad, el Ocultamiento, el Sacrificio y la

Sagrada Eucaristía.

4. Perseverancia

La Perseverancia es una virtud que depende de Dios con la cual corona y premia la vida que vive continuadas virtudes y puros sacrificios. La Perseverancia es una corona con la cual Dios anticipa sus frutos a los que han de ser suyos. La Perseverancia es también un signo de predestinación.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DE CORRESPONDENCIA

1. Inconstancia

Desagrada a Dios la promesa infiel e imprudente. Qo. 5, 3.
La esperanza del ingrato se deshará como la escarcha del invierno. Sb. 16, 29.

La Inconstancia es hija de la Disipación. Toda alma disipada, aunque la Gracia la toque y comience el camino de la virtud, no persevera en él.

La Inconstancia es el sello de las almas disipadas, las cuales son volubles o inestables en sus propósitos, indecisas y ligeras.

El hombre lleva en su ser la Inconstancia: nace amasado con ella. La Fijeza huye del hombre como su propia sombra. Sin embargo, la Disipación refina esta Inconstancia natural y empeora lo que es malo y debiera corregirse.

El alma con su trabajo debe vencer a la Inconstancia, poniendo de día y de noche cuantos medios estén a su alcance para conseguirlo, a fin de asegurar cuanto sea posible, la victoria sobre sí misma. El alma debe buscar el apoyo sobrenatural que soy Yo, Jesucristo, conociendo lo deleznable de sus propósitos y la suma debilidad de sus propias fuerzas. Debe además internarse por medio de la Meditación en el profundo conocimiento propio y desde el hondo abismo de su Inconstancia clamar a Mí, pidiendo misericordia.

La Disipación recrudece y acrecienta a la Inconstancia, y la Humildad y las humillaciones la debilitan.

La Inconstancia es el eco del corazón del hombre, el cual tan pronto desea una cosa como otra, y a veces las cosas que desea son tan opuestas, que si por un instante entrara dentro de sí mismo, sin duda que se avergonzaría aun delante de sus propios ojos.

El hombre es inconstante para el bien y aun para el mal, inconstante en sus afectos y en sus opiniones: lo que hoy ama, mañana aborrece, y sus deseos lo mismo que sus pensamientos y aspiraciones a cada paso cambian de color. ¿Sabes cuál es el único dique de la Inconstancia? Yo, el Eterno e Inamovible y único Bien. En Mí se estrella toda inconstancia e inquietud, porque Yo soy el Rey de la Paz. El alma que únicamente busca en Mí su apoyo encontrará el Reposo, la Tranquilidad, la Fijeza y el verdadero Descanso.

Uno de los espejos en que Satanás se refleja es en el de la Inconstancia, la cual perfectamente delinea su fisonomía con que tienta a las almas.

El vicio de la Inconstancia se ensancha y se da gusto en el campo espiritual. Satanás en este campo se goza en la volubilidad de las almas, a las cuales tiende constantes lazos para apartarlas de Mí. Satanás con la poderosa ayuda de la imaginación, revuelca a las almas, las envuelve y las hace retroceder de sus propósitos. ¡Oh maldita Inconstancia! ¡A cuántos prosélitos arrastra hacia su ruina, arrancándoles del camino de la santidad y de la perfección! Estas almas mil veces emprenden la práctica de las virtudes, y otras tantas la vuelven a dejar; ya corren presurosas a abrazarse de ellas y con la misma violencia les vuelven las espaldas, los falsos propósitos son el apoyo de la Inconstancia. Satanás con estos falsos propósitos, entretiene y satisface a las almas, haciendo que los quebranten con la misma rapidez con que los forjaron.

La Inconstancia, ¡cuánto y cuánto perjudica a las Religiones! La Inconstancia es en la Religión el mal de los males, porque en las mil dificultades que a cada paso se ofrecen, se necesita en toda su extensión la Constancia. Esta hermosa virtud es compañera de la Perseverancia. La Constancia no es lo mismo que la Perseverancia. La Constancia como que se aplica a cada

paso de la vida y lleva consigo el sudor y el trabajo, mas la Perseverancia es como la corona de la Constancia; en cierta manera recoge los laureles de la misma.

Cuando las vocaciones no se apoyan únicamente en Mí, Satanás mucho trabaja contra ellas.

Las vocaciones son el campo favorito de la Inconstancia, y no sólo mientras viven en el mundo, sino aun en el mismo centro de las Religiones. A lo menos la tentación de la Inconstancia, tiende ahí sus redes y desgraciadamente hace grandes cosechas.

Mas fíjate: una cosa es Tentación y otra es Vicio. La Tentación es el escalón para llegar al Vicio y todos los vicios tienen un escuadrón de tentaciones; y este vicio de la Inconstancia lleva consigo multiplicadas tentaciones. ¡Ay del alma que se deje coger de las tentaciones y aun solamente se detenga a escucharlas!, porque en este punto de la vocación están perdidas. Las redes que sobre el particular tiende Satanás, con mil disfrazadas tentaciones cada una de las cuales parecen convincentes y llenas de Rectitud y Prudencia, son finísimas. Da el alerta sobre estas solapadas tentaciones que conducen a la Inconstancia, y a tantas almas arrancan de mis brazos. Estas almas que debieran ser mías acaban por pertenecer a un mundo infame; las que debieran ser felices dentro del sagrado recinto, son desgraciadas y muy desgraciadas fuera del mismo, y las que son destinadas para el cielo y para mi gloria, acaban por honrar a Satanás y a sus secuaces en un infierno eterno. Todos los días existen muchos casos de esta naturaleza, y los oídos a la tentación conducen al plano inclinado y resbaladizo de la Inconstancia. Las tentaciones de la Inconstancia son sin ponderación peligrosas. ¡Ay, repito, de las almas desgraciadas e infelices que se detengan a escucharlas!, porque presto se verán enredadas y cogidas entre sus redes!

El remedio para la Inconstancia es la Fidelidad, virtud hermosísima, en la cual el Espíritu Santo se complace. La Fidelidad mata a la Inconstancia y libra al alma que la lleva consigo de infinitos males. Yo soy el único sostén de la Fidelidad: toda alma que se apoye en Mí, y no en sus propias fuerzas, triunfará de sí misma y de todos los vicios y tentaciones. La Fidelidad, sin embargo, no se adquiere así solamente con palabras. Para llegar a poseerla, se necesita la práctica constante de muchas heroicas virtudes, se necesita sobre todo fundarse en la profundísima Humildad y en la Confianza en mi gran Poder y Misericordia. Este es el remedio para tan gran mal.

Y, ¿saben quién da el impulso a la Fidelidad, y con qué potencia y vapor se mueve esta hermosa y bella virtud? Con el gran motor del Amor activo. Este lleva consigo como fuerza motriz a todas las virtudes, las cuales se concretan todas en él, y aun él solo es capaz de escalar hasta el cielo. Todas las virtudes que se arriman al Amor activo y se cobijan a su benéfica sombra, crecerán y llegarán a su completo desarrollo. El amor activo con las virtudes así por él afinadas, presta su auxilio al alma feliz que las lleva consigo. Mas el Amor activo, ¿cómo se alcanza? Por medio de la Oración y el Sacrificio, del Amor y del Dolor práctico, generoso y constante...

La Fidelidad dará la Constancia al alma. El Amor activo dará la Fidelidad; la Oración y el Sacrificio darán al Amor activo, el cual encierra en sí a la Caridad. Con la Caridad, da el Amor activo todos los bienes.

La Fidelidad a la gracia es el remedio de los remedios, sobre todo espirituales.

Para la Inconstancia ordinaria, se puede con mucho fruto emplear la Fijeza, juntamente con el Dominio propio y la Firmeza. ¡Feliz el alma que toma con valor estas armas divinas! Ella derrocará a todos los vicios y Satanás huirá bien lejos.

2. Infidelidad

La Infidelidad es hija de la Inconstancia, aunque el veneno de la Infidelidad es más fino que el de la Inconstancia.

Ambos vicios proceden de la maldita Disipación que los engendró y continúa presentándoles su

maléfica sombra.

La Infidelidad es la muerte del alma, porque el Espíritu Santo se aleja con sus Gracias y Dones del espíritu infiel. La Infidelidad es más culpable que la Inconstancia, porque la Inconstancia se refiere al trabajo en adquirir los bienes, y la Infidelidad se refiere a los bienes recibidos y alcanzados.

La Infidelidad se roza con la Ingratitud, y presupone gracias desperdiciadas y favores mal correspondidos. La infidelidad es una de las espinas con que más cruelmente lastima el hombre mi Corazón, porque las almas privilegiadas, a quienes he distinguido con mis gracias y con mi amor, la cometen. Por esto es precisamente por lo que me duele más su ingratitud, y cuántas ¡cuántas de estas punzantes espinas recoge mi Corazón en las Religiones! ¡Ay, que no tienes idea de su número! Tú quítamelas, y que en el Oasis ya no las encuentre mi lastimado Pecho. Quiero un lugar de descanso en donde todo sea Pureza y Amor, Sacrificio y Dolor. Ya has visto el campo de miserias que existe aún entre los que se llaman míos. Basta, basta, ya (*dice el Señor amorosamente conmovido*), quiero descansar en mi Cruz de almas fidelísimas y puras, quiero tener un lugar en donde se goce mi Corazón, se le dé gloria a mi Padre, y se ame en espíritu y en verdad al Espíritu Santo.

¡Cuánta infidelidad existe en la vida espiritual! Sólo porque Soy el que Soy, Eterno y Santo, no me canso de las almas ingratas e infieles. La Disipación las arrastra a la Infidelidad, y una Infidelidad a otras mil, hasta concluir el alma por entibiarse y congelarse. Más difícil es que se cure o resucite un alma muerta por la Infidelidad, que muerta por el pecado, porque el pecador con una gracia especial, generalmente se conmueve; mas el alma infiel que conoce y ha desperdiciado tantas gracias, no se conmueve ya, ni son capaces las gracias de moverla del sepulcro en donde culpablemente se ha encerrado. Además, un alma prevaricadora, me ofende más culpablemente, y con mayor magnitud que otra que jamás de tan íntima manera me ha pertenecido... La Infidelidad conduce a esto porque las Infidelidades se encadenan y muy rara vez se cortan los eslabones. Para esto se necesita una gran Energía.

El alma debe tener mucha vigilancia sobre este punto tan capital de la Infidelidad, porque además de ser una ingratitud, de la Infidelidad se le derivan grandes males.

Los pecados de omisión casi no se tienen en cuenta: se hace muy poco caso de ellos, siendo su número casi infinito. Los pecados de omisión mucho me ofenden v mucho se cometen por este vicio de la Infidelidad, del cual se derivan. Yo pediré una grande cuenta a las almas sobre el particular, y mis gracias, aun las más pequeñas son tan preciosas (ya que son productos vivos del Espíritu Santo) que exceden en mucho a todos los bienes de la tierra, cuanto va de lo divino a lo material.

Satanás se da gusto en este campo de la Infidelidad, la cual produce en cada alma tantos miles de pecados de omisión. Con estos pecados quita a las almas los frutos de la gracia, y a Mí me quita la gloria que estas gracias correspondidas debieran producirme.

No te imaginas lo que le duele a mi Corazón divino, el sin número de pecados de omisión. Cada pecado de omisión es una pequeña espina más o menos aguda, que se clava en ini Corazón, lastimándolo hondísimamente; porque como Yo sé el valor de una sola de mis gracias, (que no tienen precio), Yo sólo también puedo estimar la grande culpabilidad que hay en el desperdicio y poco aprecio de una sola de ellas. ¡Oh!, ¡y qué cruel es para mi amante pecho, el ver la Infidelidad de las almas y cómo dejan perder las santas inspiraciones, llamamientos, toques y otras muchas gracias del Espíritu Santo! Mas si esto sólo existiera en el mundo y en los teatros, o solamente en las almas entregadas a la vanidad y completa disipación, ¡vaya!, me dolería menos; pero que esto exista en mis Religiones, en estas almas exclusivamente entregadas a mi servicio y alabanza y a practicar con todo esmero y cuidado la Fidelidad, ¡ah!, esto sí desgarra mi Corazón amoroso y le hace derramar Sangre.

Las Religiones viven también envueltas en miles y miles de pecados de omisión; ¡almas ingratas y más que ingratas! Estas almas debieran vivir del purísimo aliento del Espíritu Santo; debieran estar recogidas en el interior de sus corazones escuchando, recibiendo y devolviendo;

debieron aprovechar y secundar a la menor de las divinas inspiraciones; con las gracias hacer acopio de fortaleza contra los enemigos y alcanzar copiosísimos frutos para la vida eterna. Estas almas que en esto debieran emplear su vida entera, y en reparar la Infidelidad de los mundanos, sin embargo, no lo hacen, no. Rara es el alma que sobre este particular cumple y me agrada, pues las más de las almas duermen tranquilas en la Ociosidad espiritual haciendo traición con sus infidelidades a la Gracia y llenándose de mil pecados de omisión a los cuales de una manera especial aborrezco.

No puedes imaginarte lo que me duelen (lo repetiré mil veces) los pecados de Infidelidad. Sin embargo, existe un mar de ellos en el mundo y en las Comunidades. Estos pecados de Infidelidad son el pan cotidiano y el aire que respiran muchas Comunidades. Con estas infidelidades, la Gracia se va alejando. Muchísimas caídas, y por no decir la mayor parte de las grandes caídas de las almas, y aun de las Comunidades enteras, se debe a las Infidelidades, las cuales en su principio parecían pequeñas, mas luego llegaron a ser como torrentes desbordados de precipitadas corrientes.

La Infidelidad casi siempre es el origen de todos los males espirituales. ¡Alerta sobre el particular! No hay brecha por la que con más gusto se cuele Satanás para hacer mal a las almas, que la brecha de la Infidelidad.

El Espíritu Santo es muy fino y delicado, y así como se complace y agrada de un alma fiel, así se desagrada y rechaza al alma que no lo es.

Haz hincapié sobre los pecados de omisión, con los cuales lo mismo que con los de Infidelidad tanto y tanto se ofende al Espíritu Santo. Dí que no se hace caso de ellos, y que se dejan correr como el agua. Muchos de los que se llaman míos, están nadando en los pecados de omisión y no lo conocen ni saben el por qué de la Tibieza que los envuelve, ni lo atribuyen a su verdadera causa que es ésta de los pecados de omisión, los cuales se derivan de la Infidelidad.

Estúdiese mucho en mi Oasis sobre este punto muy especial de la vida del espíritu. Un cuidado muy grande debe desplegarse en el Oasis de una manera muy particular sobre este punto que es de tanta trascendencia. Fidelidad. Fidelidad. Quiero que esta Religión sea la Religión de la Fidelidad para que el Espíritu Santo pueda derramarse en ella como lo desea. Ya no se oponga al Espíritu Santo como hasta aquí el valladar de los pecados de omisión y de Infidelidad. Mas no hablo aquí solamente de la omisión exterior en la práctica material de las Reglas, sino de la omisión interior y particular de cada alma, con la cual no atiende a las inspiraciones y gracias, y por lo mismo, a su santificación.

Muchas faltas de Infidelidad existen en el Oasis y quiero y es mi voluntad que éstas se destierren. Reciben el golpe de la inspiración, y a veces, por cierto, bien perceptible; y sin embargo, la dejan pasar, quedándose tranquilas en vez de estar apenadas y arrepentidas. ¡Ay!, no quiero que la Ingratitud toque las puertas del Oasis, no; y sin embargo, de la Infidelidad a la Ingratitud hay un solo paso. La Ingratitud es hija de la Infidelidad, la cual es la que más desgarra mi Corazón divino. ¡Alerta! ¡Alerta! Dilo con todas las fuerzas, porque mucho te va en ello. Repite que el Oasis debe ser la casa de la Fidelidad y del Amor. Es decir, de la Cruz, y del Dolor, porque la Fidelidad y el Amor encierran Sacrificio. Un alma nunca es fiel sin Sacrificio, y el alma fidelísima es alma sacrificadísima.

El remedio contra la Infidelidad es la Correspondencia constante, amorosa y sacrificada. La Infidelidad proviene casi siempre de la Debilidad culpable. Para cortarla se necesita de la enérgica abnegación y correspondencia de un alma pura. Digo de un alma pura porque para ser fieles, se necesita que las almas sean puras, y para ser fidelísimas, es indispensable que sean purísimas.

Las almas pecadoras nunca son fieles, y las almas manchadas nunca son fidelísimas, pues la Fidelidad procede de las almas limpias. Yo soy fidelísimo porque soy limpísimo, y la Claridad, la misma Pureza. Sean puros, sean limpios de corazón y serán fieles. No dejen pasar, no, las santas inspiraciones, porque éstas no vuelven. Vendrán otras, si las merecen, o al Espíritu Santo place dárselas, pero las que desperdiciaron irán a otros; porque mis gracias jamás se

pierden o quedan ociosas y sin fruto. Mas, ¡ay de las que las dejan pasar sin recibirlas! Yo les pediré estrechísima cuenta. ¡Cuántos que debieran ser santos no lo son por una sola gracia que dejaron pasar, y aún más, han torcido el camino, y han ido a parar al abismo sin fondo del infierno! En este campo vastísimo de la gracia se hila muy fino. La Gracia con mil colores y formas cambiantes que tiene, acompaña a cada virtud y las virtudes si se deja hacer, recibe miles y miles de gracias, y las escoge el Espíritu Santo para derramarlas en abundancia.

Mas, ¿cuál es el remedio y al mismo tiempo lo que forma este receptáculo divino? La Correspondencia. Esta hermosa virtud que encierra en su seno a tantas otras virtudes. La Correspondencia es la que mata a la Infidelidad y cura al alma del sinnúmero de daños que esta infidelidad le deja. La Correspondencia aleja también los pecados de omisión, y purifica y limpia los corazones.

Asimismo, ¿saben cómo o con qué se alcanza la Correspondencia espiritual y santa? Con el Amor de Dios y el Amor a Dios. En esto se encierra el plan hermosísimo y puro de la Correspondencia pudorosa de parte del alma, y amorosa de parte de Dios. Los mismos Ángeles se extasían de esta santa Correspondencia que existe entre Dios y el alma fiel. Aquí se ponen en juego las virtudes de la Pobreza espiritual perfecta, la Fe, la Esperanza, la sublime Caridad y otras muchas y altísimas virtudes, las cuales sirven al mismo tiempo de escalera para la Oración, Contemplación y Unión. ¿Ves hasta dónde va a dar la correspondencia? Hasta estas alturas conduce la Fidelidad, y de todos estos bienes priva la maldita Infidelidad. Mas como Satanás conoce lo que le va sobre el particular y la gloria que me quita, de día y de noche y sin descanso procura por cuantos medios están a su alcance la Infidelidad en las almas, haciendo que caigan en ella por mil medios que pone en juego.

Satanás también hace que la Infidelidad conduzca a muchos pecados. Se es infiel, y se murmura; se es infiel, y se condesciende culpablemente; se es infiel y se deja arrastrar por los respetos humanos; en fin, se es infiel, y se adula, y se finge, y se calumnia, y se deja el alma arrastrar por la disipación, *Sensibilismo*, Susceptibilidad, Frivolidad, Imaginación, Curiosidad, Amor propio, Exageración, Cólera, Venganza, Doblez, Odio, Rencor, Sensualidad y por otra multitud de horribles vicios. ¡Oh, traidora Infidelidad! ¡A cuántos males llevas a la desgraciada alma que te posee! Tu veneno llega hasta sumergirla en la Obstinación e impenitencia final por medio de la Soberbia, de la cual estás impregnada. ¡Infelices, repito, los corazones que te llevan consigo!

Las almas que me quieran servir y purificarse, deben andar con mucho esmero y cuidado sobre este punto de la Infidelidad. Te advierto que el gran escollo de la Infidelidad es la Soberbia. Satanás en las caídas, llena a las almas de un Desaliento maligno, para evitar que se humillen, se levanten y vuelvan a proseguir el camino comenzado del espíritu con el fin de hacerlas más o menos tarde su presa. Con mil fingidos planes, las envuelve, deteniéndolas en el camino emprendido. Uno de sus más frecuentes razonamientos consiste en hacerles ver su impotencia con ***mil ardides de falsa humildad***, pero que encierran en su fondo una finísima Soberbia; pues Satanás aunque tiene mucho talento, nunca puede del todo esconder su cola de orgullo. Siempre deja que se transparente su negrura por más que trata de envolverse y cubrirse.

Mas, ¿cómo ocultar lo que trasciende y siempre lleva amasado en su ser? Desgraciadas las almas que se detienen a escuchar a Satanás. Desgraciadas las que no se vencen, y humillándose, arrepintiéndose, y con nuevos bríos y confianza en mi apoyo y no en el propio, vuelven a emprender el camino ascendente de la perfección, de tal manera que, si mil veces caen, *deben otras tantas humillarse, arrepentirse, levantarse y proseguir*. De esta manera se vence a Satanás, se vencen todas sus maquinaciones y traidoras estratagemas. ¡Felices las almas que lo pongan en práctica!

3. Ingratitud

La Ingratitud es hija de la Infidelidad y del Orgullo, y es uno de los vicios o males que más lastiman mi amantísimo Corazón. Y sin embargo, el mundo espiritual se encuentra lleno de Ingratitud.

La Ingratitud es un monstruo en el corazón del hombre, es un fenómeno que engendra el vicio y el pecado, es la esencia misma que Satanás inocula en las almas infieles. Satanás se compone en su mayor parte de la Soberbia e ingratitud, y trata de asimilar a sí a las almas, comunicándoles su ponzoña y veneno.

La Ingratitud es la definición del pecado; ella es el baldón del género humano; la Ingratitud me hizo bajar del cielo a la tierra y morir afrentosamente en la Cruz, dejando en ella hasta la última gota de mi Sangre para expiarla.

La Ingratitud desterró al hombre del Paraíso, derrocó el Ángel de su trono y aun existe en cada corazón. La Sangre de un Hombre-Dios no ha sido en cierto sentido suficiente para extinguirla; existe, repito, y está muy hondamente enraizada en las almas.

El hombre lleva en el primer pecado amasada la Ingratitud en su mismo ser. El hombre es ingrato, muy ingrato, para con su Dios y para con su Hermano.

La Ingratitud consiste en la correspondencia infame y dolorosa del alma por el bien; en el olvido de los beneficios, y en el desprecio de ellos y del mismo bienhechor.

Apenas es creíble que este odioso y desgarrador vicio se albergue en corazones cristianos, y sin embargo, es un hecho tristísimo por cierto. Es además una semilla fecunda que en todas partes germina y fructifica. No hay cosa que tanto duela como la Ingratitud, la cual es una finísima y delicada espada que con el más pequeño contacto hiere al alma.

La Ingratitud para Conmigo, como crece a medida de los beneficios recibidos, es en el hombre casi infinita; porque Yo soy quien ha muerto por el hombre y le ha conquistado el cielo que perdió por el pecado. La Redención es el precio que se dio por la Ingratitud humana. Sólo un Dios podía satisfacer por la Ingratitud, y la bebió a grandes sorbos.

La Ingratitud en las almas, después de mi Sacrificio continúa aun hoy todavía con más culpabilidad que entonces. Mis Leyes se desprecian, mi Sangre se pisotea, mi Doctrina causa rubor, los Respetos humanos llenan el mundo, aún espiritual, la Falsa piedad reina, la Sensualidad llena el mundo de polo a polo, se abandonan los altares, se persigue a mi Iglesia y sus Ministros, las Religiones se hunden por el *Sensibilismo* y la Disipación, y finalmente busco almas en donde posar mis plantas y no las encuentro. Yo les dí la vida y ellas cada vez que cometen una Ingratitud me dan la muerte. Yo me abajo a buscarlas como Buen Pastor, y ellas huyen de mis paternales brazos. Yo les brindo con la Pureza, y ellas me desprecian revolcándose en el fango e inmundo lodazal de sus pasiones. Yo les doy mis gracias, y ellas con su infidelidad las desprecian. ¡Ay, y cuán grande es la Ingratitud del hombre!

Mas *tiempo vendrá en que cesará el de la Misericordia, y entonces haré sentir mi Presencia; levantaré el estandarte de mi Cruz y la humanidad entera temblará y caerá de rodillas adorándola. Ahora en estos tiempos viene el último esfuerzo de la Gracia a salvar al mundo: arderán los corazones con el fuego de mi Cruz, triunfando de la negra Ingratitud de los corazones. Las virtudes vienen a matar a la Ingratitud juntamente con los vicios. Un gran empuje celestial viene hoy a manifestar al hombre mi Bondad y su Ingratitud, muchos pechos quedarán heridos por mis gracias, muchas rodillas caerán al suelo adorándome y llorando las almas sus pecados y sus ingratitudes.*

La Cruz con mi Corazón clavado en ella, expió la Ingratitud en el Calvario; y la Cruz con mi Corazón, vuelve hoy a presentarse ante un mundo infame y a recordarle su Ingratitud. Viene hoy a abrirse camino entre las almas, y a hacer que cesen las ingratitudes y los vicios, y reinen todas las virtudes.

El remedio contra la Ingratitud es la Cruz con mi Corazón divino clavado en ella.

Mi Corazón divino despertará a las almas muertas y adormecidas por los vicios y hará que se arrepientan, lloren sus infidelidades y se sacrifiquen en mi honor. La Cruz con mi Corazón hará prodigios, atraerá y arrastrará a millones de corazones bajo su bendita sombra; ella curará a las almas tibias, y hará que renazca el fervor en los espíritus.

Abajo Satanás con su negra Ingratitud y Perfidia. Reine la Cruz con el hermoso séquito de las virtudes que la acompañan. Con las virtudes se despertarán almas intrépidas que se ofrecerán en sacrificio para reparar las Ingratitudes humanas, y renacerá el fervor en los corazones, se caerá el velo que cubre a Satanás con sus horribles y detestables vicios, y los espíritus se santificarán, y el Espíritu Santo tendrá entonces almas puras en donde descansar.

El remedio, pues, para la Ingratitud, es el Amor divino por medio de la Cruz. El que me ama no puede ser ingrato; mas no se me ama sólo con palabras, sino en las obras, porque **el amor sin obras no es amor**. Mas, ¿cuáles son las obras del amor? La propia crucifixión y el sacrificio en la práctica purísima y constante de las virtudes. El alma que no derroca a los vicios no me ama, la que no se abraza y se clava en la práctica sólida de las virtudes, no me ama. El que ama se identifica con el Amado, lo estudia y lo copia en sí mismo. Mas como Yo soy Pureza, Santidad y Dolor, lo mismo debe ser el corazón dichoso que se entregue a amarme; y como en el amor hay solamente una voluntad, la Mía debe ser la que en toda ocasión domine y siempre prevalezca en las almas puras y amantes que se me consagren.

La Fidelidad, la Constancia y la Correspondencia, las cuales llevan consigo al Sacrificio, son las panaceas que curan a la Ingratitud, pues por su medio se alcanza el Amor purísimo y divino del Espíritu Santo. Estas virtudes son irresistibles para el Espíritu Santo, es decir, que cuando las encuentra en un alma pura, se complace en derramarse abundantemente en ella, encendiéndola en el fuego inextinguible de la Caridad. Con esta Caridad unida a la Cruz, o sea al Sacrificio, se expían las ingratitudes, se ama, y se da gloria a mi Eterno Padre. ¡Felices y mil veces dichosas son estas almas! Yo mismo seré su recompensa.

4. Sordera

La Sordera procede de la Disipación y trae en sus venas la sangre de la Infidelidad, Inconstancia e Ingratitud. Estos elementos no sólo la producen, sino también la conservan y hacen crecer.

La Sordera espiritual es ciertamente un gran mal y de funestas consecuencias para el alma que la lleva consigo. Este es el mayor obstáculo que impide la Perfección; porque el alma sorda, no escucha ni puede escuchar la suavísima y delicada voz del Espíritu Santo; no puede percibir sus gemidos, sus arrullos, y ni siquiera sus purísimos toques. Este Espíritu tiene sus comunicaciones divinas en el silencio y en la quietud del alma pura, y es tan delicado el contacto del Espíritu Santo, que el alma sorda ni se apercibe de Él, ni de sus santas comunicaciones.

La Sordera espiritual es el poderoso dique que detiene la suavísima corriente de los divinos favores. El alma sorda no se puede empapar en estas cristalinas aguas de la Gracia que purifican, refrescan y fortalecen. La Sordera espiritual es un defecto adquirido por los vicios que he explicado y una consecuencia de los mismos.

La Disipación la produce en las almas, a las cuales aturde el ruido mundanal y el ruido de las pasiones sin freno, y viven estas infelices dentro de un estrepitoso torbellino que las ensordece.

Satanás sostiene este ruido formidable y atronador con la Inconstancia, Infidelidad e Ingratitud, con lo cual encallece los sentidos del alma, y los hace insensibles a todo bien sobrenatural.

Lo mismo es para las almas sordas el ofenderme que el verme ofendido. Ellas no sienten ni daño, ni aun el suyo propio; porque ni me conocen, ni pueden conocerme, pues que siempre acompaña a esta Sordera Espiritual la Ceguera.

¡Pobres almas escogidas por Satanás! Ellas impulsadas por la Frivolidad y el Placer, la

Fragilidad y el Amor propio, caminan sin rumbo fijo, cayendo y levantando hasta hundirse en el espantoso precipicio de su eterna ruina.

Las almas sordas son sensuales, y casi siempre llevan consigo al maldito vicio de la impureza. A las almas sordas acompañan generalmente los siete vicios capitales, pues como son naves sin gobernante, caminan al viento que les sopla, sin escuchar el "¡alerta!", que les da su conciencia, y sin ver los escollos a que van a hundirse. ¡Oh sordera y ceguera de espíritu! Tú eres la eterna ruina de miles y miles de corazones enfermos.

Los oídos dispuestos son los que solamente escuchan las inspiraciones divinas; mas los sordos muy lejos están de esta santa disposición, la cual es indispensable para que vibre la voz del Espíritu Santo en los corazones limpios. Y, ¡ay del alma que no pueda percibir las santas inspiraciones!, mejor le fuera no haber nacido porque sin duda concluirá por perderse.

No sé cómo los hombres no hacen caso de este punto tan capital de la vida del espíritu. No sé cómo las almas se deslizan tranquilas en medio del ruido mundanal sin pensar en la vida de la gracia. Hay almas que pasan por el mundo y mueren ignorando que existe una vida sobrenatural y divina que está a su alcance, y por lo cual alcanzarían la Perfección y la Santidad.

Existen oídos que están encallecidos por el constante estruendo del pecado. Estos oídos no escuchan, aunque oigan, los avisos que la Iglesia les da para su remedio. Hay almas que jamás entienden lo que es el espíritu, porque tienen los oídos muertos por el pecado, y están encallecidos por los vicios. La Sordera espiritual es uno de los efectos que el pecado produce en las almas. Satanás mucho la codicia por los grandes frutos que le reporta.

La Infidelidad pone el colmo de esta sordera espiritual. En las almas comunes la produce y la acrecienta el pecado, mas en las almas espirituales la produce y la acrecienta la Inconstancia y la Ingratitud.

El mundo está lleno de sordos o de almas sordas. Ellas oyen, mas no escuchan; ellas sienten que caen las palabras, mas no penetran el sentido de las mismas. Ya pueden los Directores aconsejar y hablar a estas almas hasta que se cansen: ellas no entenderán el sentido ni llegarán al fondo del mismo, se quedarán siempre en la superficie y en la corteza por la sordera espiritual que llevan consigo.

De esta Sordera proviene en gran parte la falsa Piedad y otros muchos males que hay en las almas, los cuales, quien los estudie, encontrará como lo digo.

En las mismas Religiones existen muchas almas sordas. Este es el motivo por el cual no medran en la vida espiritual. Si curaran la Sordera, volarían luego por los caminos de Dios, puesto que la Sordera corta las alas del espíritu y le impide llegar a su Dios y Señor.

La Sordera espiritual es la Cadena predilecta con que Satanás ata las almas. Él las coloca muy cerca de la tierra y no las deja con el ruido que con las pasiones les produce, escuchar la voz del cielo del Santo y purísimo Espíritu de Verdad. ¡Bienaventurados los oídos dispuestos que perciben luego los movimientos más finos del Espíritu y de la Gracia! El Espíritu Santo se derrama en estos oídos para el bien propio y el ajeno: a éstos escoge para grandes cosas, y llegan a ser instrumentos de su Amor y de su Justicia. Dios envía al mundo estupendas gracias por medio de estas almas que perciben su voz y la comprenden. Una de las mayores gracias que el Espíritu Santo concede a las almas puras, es el distinguir su voz y la de Satanás; el de conocer a ambos espíritus, el bueno y el malo, y el de entender los movimientos más insignificantes del espíritu y de la Gracia.

¡Los oídos dispuestos!, esta es la gran palanca de la vida del espíritu. Por ellos se alcanza, para sí y para otros un sinnúmero de gracias y favores. Feliz el alma que los lleva consigo, pues posee un tesoro inapreciable que la conducirá a la vida eterna. Mas el Espíritu Santo solamente da esta gracia inestimable a las almas puras y sacrificadas, las cuales le son fieles y le aman, huyen de la Disipación y de todos los vicios, y viven la vida de la Oración y de la

Gracia. Estas almas que tengan los oídos dispuestos, aunque son raras, igualmente pueden existir en el mundo, que en el centro de un Claustro, mas en cualquier parte siempre viven en el Silencio y en la Obscuridad, en la Soledad y en la Pureza interna, y muy lejos del ruido tumultuoso de las pasiones y de los vicios.

En las Religiones existe también mucha Sordera espiritual, la cual es aún más culpable que la de los mundanos. Existe también en las Religiones, la Disipación, Inconstancia, Infidelidad e Ingratitud. ¡Cuántas cosas existen ahí que producen la Sordera espiritual, la cual mientras es más fina, puede ser más incurable!

La Sordera llega al punto elevadísimo de Sordera espiritual perfecta. Esta va amasada con la más refinada soberbia y con las más engañosas ilusiones. El alma escucha a Satanás que está envuelto muy finamente, el alma se escucha a sí misma y cree que escucha al Espíritu Santo, el cual se halla muy lejos de ella. Mas como la Sordera espiritual lleva consigo al más refinado Amor propio, el alma que la tiene ni cree que la lleva consigo, y a lo menos se encoleriza interiormente contra aquel que se atreve a descubrírsela.

Este vicio de la Sordera espiritual es muy hondo y muy grave para el alma. Es un mal digno de toda atención para todo el mundo y especialmente para las almas consagradas a Mí. Que se destierre del Oasis la Sordera espiritual que existe y que no se deje entrar este daño que es tan monstruoso, puesto que es la Casa del Espíritu Santo.

Mas, ¿sabes en dónde se encuentra el remedio para la Sordera espiritual que tanto esteriliza el campo de las virtudes? En el Espíritu Santo. Y, ¿cuál es? La Gracia por medio de una firmísima Correspondencia pura, amorosa y constante.

Las pobres almas que ya no escuchan, oirán y entenderán mis inspiraciones por la práctica de las virtudes. Si esto hacen ellas se curarán; los oídos muertos resucitarán por el Sacrificio, la Generosidad y la Constancia y los encallecidos volverán a percibir mi voz. Mas para alcanzar esto es indispensable que las almas busquen la Soledad interna y la Oración, y se habitúen a las mismas, porque estas dos puertas son las que más directamente conducen y acercan al Espíritu Santo. Además, es claro que los que estén más unidos con el Espíritu Santo podrán con más facilidad escuchar su voz, aún más podrán escuchar sus gemidos, sus cánticos y sus arrullos. Todo está en fidelísima Correspondencia a la Gracia. Esta nunca faltará a los corazones que se renuncien, tornen su Cruz y me sigan.

Los que tal hagan serán eternamente benditos de mi Padre; mas serán malditos los que teniendo oídos no escucharon, y teniendo ojos no vieron. No basta oír y ver, pues esto se queda para la materia, sino que se necesita que el espíritu escuche y vea con atención. Felices las almas que viven la vida interior de la Gracia Santificante. Ellas serán aquí y en la eternidad las muy amadas de mi Corazón.

5. Indiferencia

La Indiferencia procede también de la Disipación. La Soberbia, la Frialdad y la Tibieza forman su atmósfera. La Indiferencia llega a helar hasta tal grado el corazón, que nada es capaz de volverlo a la vida de la Gracia. Este horrible vicio hace que la Infidelidad y la Inconstancia suban de punto. El sello de la Indiferencia es la Ingratitud.

Un alma pecadora tiene remedio, un alma indiferente no lo tiene. La Indiferencia es la reina de los vicios, es la que lleva al alma a la Impenitencia final y de ésta al infierno. Las almas pecadoras y aun las almas obstinadas llegan con un golpe de la divina gracia a convertirse, mas los indiferentes llevan a su ser la Sordera total, esa fatal insensibilidad para todo lo divino que les cierra por completo las fuentes del arrepentimiento y de la gracia.

Las almas llegan a esta total indiferencia, cúspide que corona a todos los vicios, por la misma escalera que los vicios le proporcionan. Satanás va conduciendo de la mano a estas desgraciadas almas hasta hacerles tocar la cumbre maldita de la Indiferencia, a la cual por la Soberbia e Impureza llegan con más prontitud que por otros vicios, porque estos de un modo

especial hielan a las almas y las sumergen en esta emponzoñada fuente de la glacial Indiferencia.

La Indiferencia mata los sentimientos santos en el alma, le quita la vida de la gracia y la hunde en una atmósfera tan especial como venenosa, de la cual jamás la deja salir.

La indiferencia santa, la cual hace que el alma pura se entregue totalmente a la Voluntad divina, no es por cierto esta Indiferencia de que hablamos, porque ésta es maligna, nacida en un corazón infame, y que tiene como injertados todos los vicios. El pecado produce esta Indiferencia; el pecado la alimenta, la hace crecer y desarrollarse para dar con ella muerte eterna a la infeliz alma que la lleva consigo.

Nada de la vida espiritual conmueve a las almas indiferentes, porque ven los Santos Sacramentos y todo lo divino por los anteojos ahumados de la Indiferencia. Ni se atemorizan con las verdades eternas, si se conmueven y derriten con mis ternuras, ni con los sacrificios que he hecho por ellas mismas. La Soberbia las ha penetrado hasta tal punto, que se han sentado en su trono de tal manera que si Dios viniere a sus pies, el mismo Dios no las movería de su sitio. ¡Ah, cuán gran desorden existe dentro de esta glacial Indiferencia a la cual nada es capaz de derretir! ¡Con qué empeño debieran las almas librarse de ella!

La Indiferencia no toma, no, de un golpe posesión del alma, sino que va minándola poco a poco por los vicios que se llaman pequeños y no lo son. Va minándola por los Respetos humanos, por la Comodidad, Molicie y Delicadeza, por la Debilidad y Fragilidad; por la Inconstancia y la Cobardía, por la Vanidad y la Pretensión; por la Murmuración y Ocultamiento, por la Ociosidad y el Fastidio; por la Excusa y la Mentira, por el Cansancio y Susceptibilidad, por el Fingimiento, Hipocresía y Disipación, y por fin, por el completo Sensualismo y todos los demás vicios crecidos en malicia e intensidad.

Esta es la maldita escalera por la cual la desgraciada alma sube a la Indiferencia. ¡Y cuánta, cuánta existe en el mundo! La Indiferencia conduce a innumerables crímenes. El infierno se goza al ver cómo cunde en las almas el Indiferentismo religioso.

La Indiferencia no tiene remedio sino es por una total reforma interior de las almas. Cosa por cierto bien difícil, si un torrente de especiales gracias del cielo no viene a conmoverla. Mas, ¡alégrate humanidad!, que las almas entonen cánticos de alegría. Mi grande Misericordia se ha conmovido y del cielo ha llovido el precioso rocío que cura todas las llagas del corazón. Mi gran Misericordia ha enviado al mundo quien le presente una Cruz salvadora con un Corazón divino clavado en ella, a fin de atraer a las almas con el amor en que se abraza este Corazón, al Dolor, es decir, para hacer que las almas lleguen a mi Corazón por medio del Sacrificio amoroso. Ha llegado el tiempo feliz de recordar a los hombres el Amor que me deben y el Dolor que debe acompañar al Amor, a fin de que en unión del mío, sea acepto.

Regocíjense los corazones, porque por medio de Santa María, mi amada Madre, o debido a su intercesión poderosa, he enviado al mundo un tesoro de gracias por medio del conocimiento práctico de las Virtudes y de los Vicios, descubriendo a todos los ojos y muy al vivo, el camino que conduce al cielo y el que lleva al infierno y desenmascarando a Satanás con todas sus maquinaciones y traidoras astucias.

Que me den gracias, porque es muy grande el tesoro con que obsequia mi Bondad a las almas. Que las almas y los cuerpos se sacrifiquen en mi honor, y prorrumpa el mundo en alabanzas a mi gran Bondad y Misericordia.

Las almas que participen en tales gracias, me darán mucha gloria; mas, ¡ay de aquellas almas que las desperdician y no las aprovechan para su perfección! La cuenta que les pediré será rigurosísima.

Para mis Oasis y el Apostolado de la Cruz se han derramado especialmente estas gracias del cielo.

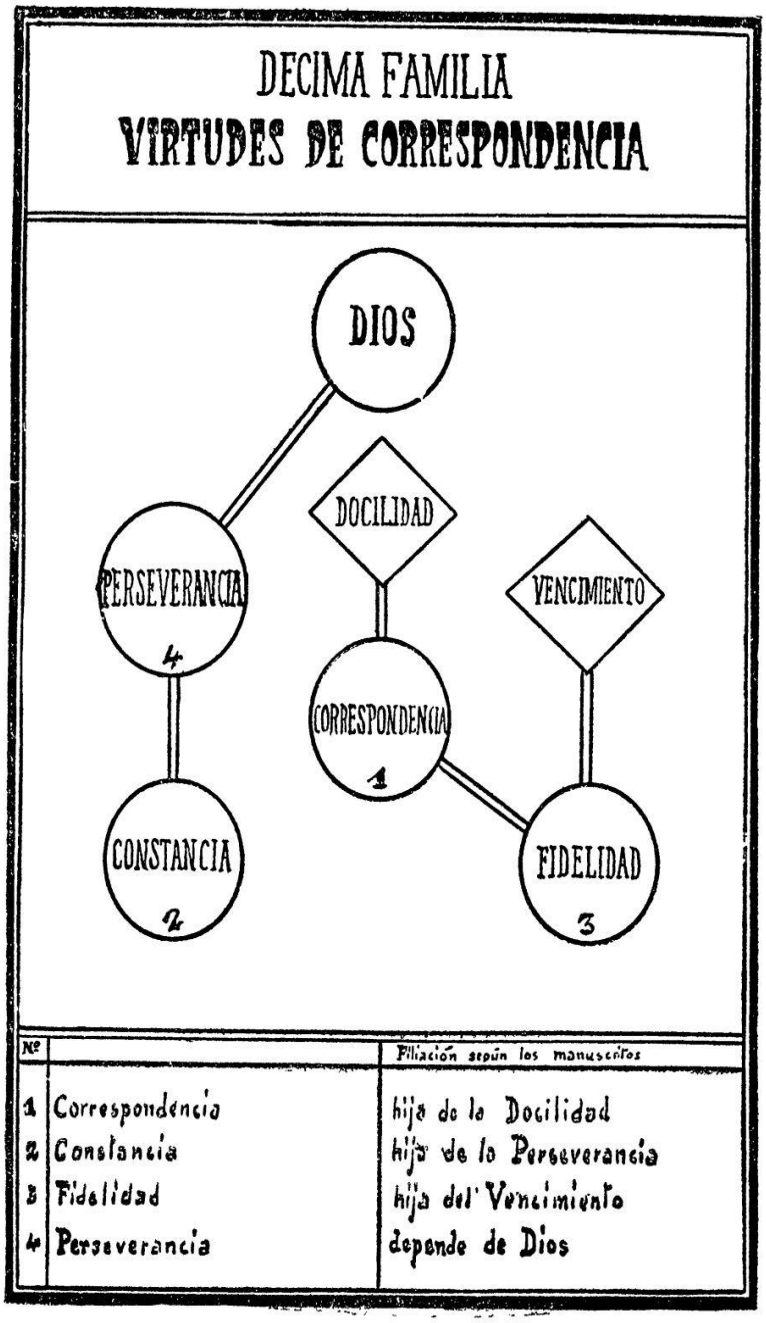
¡Ay, repito, de las almas que no saquen de ellas el fruto de la vida eterna para sí y para otros!

El mundo entero debe por este poderoso medio arder. La Cruz debe plantarse, destruidos los vicios en los corazones, en los cuales se han sembrado y fecundizado las virtudes; porque para que la Cruz eche raíces en el corazón, necesita una tierra limpia de vicios y el riego santo de las virtudes.

Si de esta manera no se planta la Cruz en los corazones, durará ésta más o menos tiempo plantada; mas el menor viento de las pasiones la echará abajo. Así pues, para que la Cruz esté firme y estable en las almas, necesita el profundo cimiento de las virtudes morales. El alma bajo su fecunda sombra crecerá y se robustecerá en la vida interior del espíritu, recibirá grandes favores, y más tarde el premio eterno de sus trabajos.

Las almas no saben lo que es la Cruz, lo que vale su benéfica influencia, y los grandes tesoros espirituales que encierra. Huyen de ella porque esconde su hermosura y no se deja conocer hasta que las almas la tienen con amor en sus brazos. Entonces la Cruz descubre su hermosura, sus riquezas, su dulzura, y suavidad divina. Nadie puede decir que conoce a la Cruz sino el alma feliz que amante y cariñosa la acaricia y la lleva consigo. No, no es conocido el Dolor, es decir, no son conocidas las grandezas del Dolor amoroso en la vida espiritual. En mi esplendidez para con el hombre he dispuesto hoy que el Dolor venga a deleitar a las almas y a destruir a la Sensualidad derrocándola de su trono. Va a reinar el Dolor. ¡Tiembla, infierno! Va a descubrirse ante el mundo superficial y vano el sólido campo del Sacrificio amoroso por medio de las Virtudes prácticas y de la destrucción de los Vicios.

¡Felices las almas a quienes con su sombra cobije la Cruz, y desgraciadas las que desprecien tan estupendas gracias!



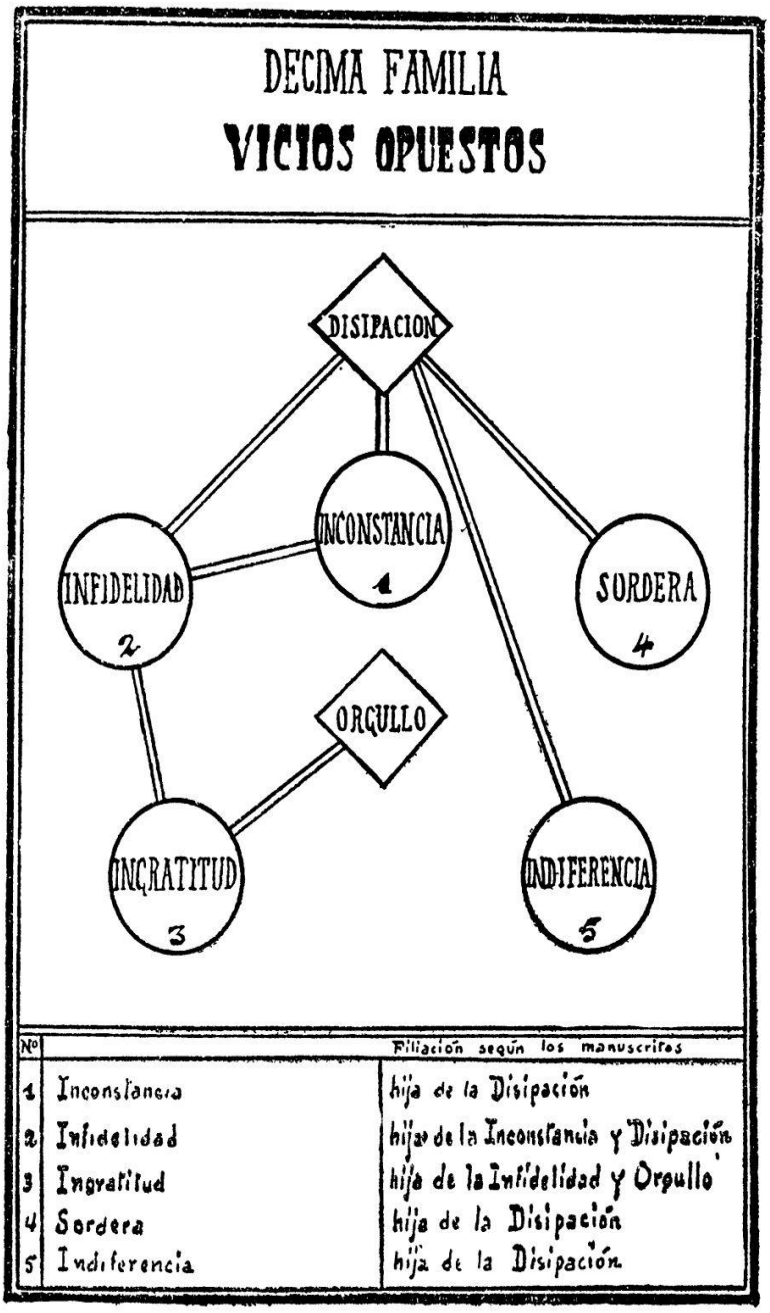


figura 10 –
DÉCIMA FAMILIA – Esquema de **Virtudes de Correspondencia** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

UNDÉCIMA FAMILIA

VIRTUDES DE ORDEN

1. Rectitud

Los inocentes y los hombres rectos se han unido conmigo. Sal. 24, 21.

La ciencia de los santos es la prudencia. Pr. 9, 10.

La Rectitud es hija del Orden y de la Justicia; es una de las más grandes gracias que puede tener un alma, porque ella la conduce directamente al cielo. Esta virtud es una brújula divina, la cual constantemente va a un punto, que es Dios. Esta preciosa virtud es un tender vigoroso y constante del alma a todo lo bueno y aun a lo perfecto, sin inclinarse a ningún extremo, porque su apoyo es la Prudencia. Su influencia se extiende a todo cuanto toca, haciendo muchos bienes y evitando muchos males. Su fruto es la tranquilidad de conciencia. El alma recta posee la Paz del Espíritu Santo y es feliz.

La Rectitud es una roca inamovible que no la conmueven las tempestades del corazón, aunque generalmente éstas son el crisol en donde se prueba la firmeza. El demonio mucho trabaja contra ella y no descansa haciéndole guerra para derrocarla; emplea un escuadrón de enemigos, entre los cuales los principales son: la Turbación, los Escrúpulos, los Engaños e imaginaciones que la atormentan. Sus únicas armas son: la Humildad y la Pureza de intención; su escollo está en la Debilidad y en la Condescendencia culpable. La Rectitud finalmente, es un signo de predestinación en el alma que la posee.

Quiero que todas estas virtudes se practiquen en el Oasis. Son también para muchas almas.

2. Pureza de Intención

La Pureza de intención es otra virtud de suma importancia en la vida del espíritu, sin la cual se anulan la mayor parte de las obras que se practican. Nace esta Pureza de intención del Amor de Dios, y crece y se desarrolla en el Silencio y Recogimiento interno de un alma limpia. La Sencillez es su compañera, sin embargo, la Pureza de intención la supera, porque se eleva a otra esfera más alta que la de las virtudes simples.

La Pureza de intención va a dar hasta el trono mismo de Dios, llevando consigo las acciones del hombre, y no solamente las que por su grandeza merecen ser mencionadas y elevadas, sino aun las más bajas y sencillas: a todas diviniza con su contacto sobrenatural.

La Pureza de intención es como un oro líquido en el cual se sumergen los actos de la criatura, aun los más pequeños y ordinarios, saliendo de ahí con un valor más o menos grande que antes no tenían. Es la Pureza de intención un obsequio divino y regalado al hombre para dar mérito a sus actos y ayudarle a escalar el cielo; nace, repito, del Amor de Dios, de la Bondad infinita, de la Caridad inagotable, de la Santidad por esencia.

Es la Pureza de intención una moneda de infinito precio puesta al alcance de todo hombre que la quiere tomar para comprar el cielo. La Pureza de intención consiste en sobrenaturalizar un acto cualquiera, con el solo fin de agradar a Dios y de complacerle a El sólo; esto basta para que Yo lo reciba y lo valorice y lo agradezca. Pero necesita esta Pureza de intención una dualidad para que a Mí me sea grata, y es que salga de un corazón puro o purificado, porque de un alma pecadora o manchada no tiene para Mí este valor. El alma pura o purificada es la

que en este comercio divino atesora riquezas infinitas que ni el hollín ni los gusanos pueden destruir. Nadie comprende la infinita Liberalidad Mía concediendo a la pureza de intención gracia tan singular. La mayor parte de las almas no la conocen; y las otras, relativamente hablando, que la conocen, no la practican, despreciando así un tesoro infinito, y generalmente no la agradecen como debieran. Si con los ojos naturales pudieran ver las arcas divinas en las cuales se recogen estos tesoros adquiridos con la Pureza de intención, se pasmarían, y no harían después otra cosa sino negociar con semejante valor. Esta Pureza de intención tiene también sus grados.

La Pureza de intención verdaderamente perfecta, hace que la criatura se olvide de sí misma, en el sentido de lucrar con ella y atesorar, aunque justamente, para recibir más tarde el premio. Esta Pureza perfecta, digo, pasa más allá, puesto que no se ve la criatura a sí, ni atiende al provecho espiritual que de ella saca, sino que se abandona a mi Voluntad divina, en su purísimo amor, lo mismo le da que Yo la recompense, como que no le dé nada; ella busca solamente, y siempre, y a cada paso, el recordarme en todas sus obras, intenciones y aspiraciones; su único fin es agradarme y complacerme, y todo lo demás para ella es secundario. Esta, ésta es la Pureza de intención perfecta y la que Yo más amo. y también a la que más copiosamente recompenso.

Esta Pureza de intención espiritual perfecta anda siempre acompañada de la Presencia de Dios y de un hermoso escuadrón de sólidas virtudes.

Los enemigos con los cuales lucha son un gran número de pasiones y vicios que tratan de empañar su brillo, de cortar sus alas para que no suba tan alto ni tan limpia al Trono de Dios. La detiene el Egoísmo, la Avaricia, el Fastidio, el Cansancio y otros muchos enemigos, pero como su vuelo viene de muy alto, en la Oración recupera sus fuerzas, sirviéndole además de escudo la Humildad, y de apoyo la Constancia.

El alma que vive en esta Pureza de intención y dentro de ella, en poco tiempo se santifica y aún sube presto a la cumbre de la Perfección, y algunas veces hasta a una muy alta Unión.

3. Oportunidad

La Oportunidad es una cualidad muy rara que puede llegar a ser virtud. Es hija de la Prudencia, y muy necesaria en la vida del hombre, sobre todo en aquellos que tienen algún mando, cargo o superioridad.

La Oportunidad hace mucho bien en el círculo que debe recorrer; su apoyo es la Oración, su ser, la Sencillez, su fuerza la Sinceridad, y sus enemigos capitales la Ligereza y la Precipitación.

4. Prudencia

La Prudencia es la sal de todas las virtudes; es el sol que debe calentarlas y el Regulador que las debe medir. Es también esta virtud hija del Orden, y como su primogénita y la primera en hermosura. Ella debe acompañar todos los actos, así los interiores como los exteriores, de la criatura.

Es muy grande esta virtud, y el alma que la tiene posee un tesoro inapreciable, pero es rara en la tierra el alma que la posee. Esta virtud es muy escondida, y, ¡cuántas veces el hombre cree que obra bajo la sombra de esta virtud, y no obra sino por pasiones!, y sólo Yo lo veo.

Muchos de los escollos de la vida espiritual provienen de la falta de esta virtud. El salvavidas de la Prudencia es la Obediencia, es decir, la Obediencia suple lo que debiera hacer la Prudencia. Para todos los Directores y Superiores de todas clases es indispensable esta virtud. Se alcanza primero por la Oración, y después por la experiencia.

5. Justicia

La Justicia es una virtud que casi no existe en el mundo, y por esto los males y el pecado inundan la tierra y también los espíritus. La Justicia no existe en donde no existe la Humildad con las más inseparables virtudes que la acompañan. No existe la Justicia en donde no estoy Yo: porque Yo soy Justicia. El alma que me posee lleva consigo a la Justicia, aunque está oculta bajo la capa de la Humildad.

La virtud de la Justicia es la más difícil para el hombre y la que con frecuencia quebranta. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque estos tienen hambre y sed de Mí mismo; y Yo sólo seré su recompensa.

La virtud de la Justicia es muy grande; es también un atributo divino, pero el mundo no la entiende, ni la conoce en la práctica. El que anhela la Justicia, el que tiene hambre de Mí es porque está purificado, porque es puro, porque el Espíritu Santo está en él. Vean pues con esto si es grande y preciosa esta virtud divina.

La Justicia es amable y llena de Paz, es muy espiritual y santa, siempre llena a las almas puras. Tiene muchos grados y muchos visos, pero en todos ellos es hermosa y resplandeciente e ilumina con los rayos de mi divina Luz. Si la vieran, se enamorarían de ella.

6. Discreción

La Discreción es una virtud muy hermosa e indispensable en la vida espiritual, es hija de la Prudencia, y la poseen muy pocas almas. Es inseparable de su madre, y se llega a adquirir en el trato con Dios y en la práctica de las virtudes. Su viso más hermoso resplandece en la oscuridad de la Humildad en un tacto finísimo con el cual toca a los espíritus sin que éstos lo sientan ni lo conozcan, tal es su suavidad.

Refleja en su seno al Espíritu Santo, con el cual constantemente se comunica, recibiendo de Él la luz y la gracia, tanto para el alma que la posee como para otras muchas. Esta preciosa virtud es una joya muy escondida.

7. Mansedumbre

La Mansedumbre es hija de la Rectitud y don del Espíritu Santo. Esta virtud es muy indispensable en la vida del hombre sobre la tierra. Es muy rica en frutos para el alma.

8. Liberalidad

La Liberalidad es un Fruto que da el Espíritu Santo a las almas humildes, pero la Liberalidad de la cual hablo es bien ordenada y totalmente ligada con la virtud de la Prudencia, de quien es inseparable, por existir entre ellas una singular unión.

9. Previsión

La Previsión es una virtud muy hermosa nacida de la Prudencia.

Consiste en prevenir anticipadamente las cosas, quitando suavemente todo tropiezo para su ejecución.

Un alma previsora es una joya de mucho valor. Mas debe ser un alma previsora con la Previsión que desciende de la Prudencia y lleva consigo a la Rectitud, porque hay otra clase de Previsión que es mala (véase en los Vicios, "Imprevisión" y "Previsión infame").

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES DEL ORDEN

1. Desorden

Mas la lengua del imprudente viene a ser su ruina. Si 5, 15.

(Os instamos) que os apartéis de cualquiera de vuestros hermanos que proceda desordenadamente. 2 Ts 3, 6.

Así como Yo soy el mismo Orden del cual se derivan desde toda la eternidad todos los bienes, así Satanás, criatura criada y culpable, desde su funesta caída, lleva consigo a todo Desorden, comunicándolo y esparciéndolo a todo cuanto toca. Satanás desde que la Soberbia llenó su corazón es el mismo Desorden. Todo desorden procede, como causa indispensable, de él.

No se puede ponderar el gran desorden que existe en el mundo y en las almas y en la vida del espíritu. Este maldito vicio que quita la Paz y la aleja, todo lo inficiona y a todo alcanza, porque la Paz, o sea el Espíritu Santo que la produce, no puede acercarse ni morar en donde hay Desorden.

Existe Desorden en la memoria, en el entendimiento y en la voluntad del hombre; existe en todos sus sentidos y potencias; en sus actos interiores y exteriores, ¿y saben qué produce o quién es el padre del pecado? El Desorden. Este Desorden, en más o menos grados, produce todos los pecados, en mayor o menor extensión. ¡Miren si es horrible y peligroso el Desorden!

Una alma ordenada no peca, y si cae en alguna flaqueza, luego se levanta y ordena, porque la Oración la sostiene; mas una alma desordenada irá de precipicio en precipicio, hasta estrellarse y hundirse en el profundo abismo de su perdición eterna.

Todos los vicios nacen del Desorden y son sus inseparables compañeros.

Existen desórdenes en el comer, beber, vestir, dormir, recrearse y en todos los actos del cuerpo y también del alma. En el Desorden de las pasiones está el pecado.

La vida espiritual está, en gran parte, en Desorden, debiendo ser la del purísimo Orden. Mucho hay que lamentar en las Religiones y en los que se llaman míos, tan grande mal. El día que el alma se ordena, se santifica; y mientras no se ordena, no puede decir que sea Mía, porque Yo no acepto lo que es enemigo de mi Divinidad. Por lo mismo, en donde habita el Desorden, o sea el pecado, la Soberbia, Envidia, Celos y además pasiones viles y rastreras, no son más que un Desorden, es decir, el completo desequilibrio de mis Santas Leyes.

¡Cuánto Desorden existe! ¡Cuánto tengo que lamentar en el mundo y en las almas que se llaman mías!

Las pasiones son las que en mil ocasiones mueven a las almas, existen algunas que pecan toda su vida en un continuo Desorden.

Los únicos remedios contra el Desorden son: la Rectitud, el Trabajo, la Correspondencia y la Fidelidad, unidas a una suma Docilidad que deben tener con un Director Santo.

2. Imprecaución

La Imprecaución es hija de la Imprudencia y se anida en las almas frívolas, vanas y ligeras. La Imprecaución es compañera de la Improvisación y hacen una pareja digna de contemplarse por los daños y males que a su paso van esparciendo.

La Imprecaución lleva consigo mil disgustos, contrariedades y serios enojos de consecuencias que va dejando a su paso, sembrando así las discordias en muchos corazones. La Imprecaución en muchos casos altera la paz. De ella se vale el demonio para atizar a la Ira, a la Cólera y a otros vicios. Mas cuando no puede conseguir esto, se conforma a lo menos con entretener a las almas y hacerlas perder el Recogimiento y la Serenidad.

La Imprecaución es una red que no sólo envuelve con una traza muy fina de Satanás al alma que la lleva consigo, sino también a otras muchas. Satanás con su astucia, hace a veces que de una al parecer pequeña falta, se originen grandes tragedias y se despierten avasalladoras pasiones. No hay vicio que se pueda llamar pequeño; porque los que parecen, no lo son. Por esto en el mundo espiritual existen tantos engaños. Los vicios son como las virtudes, es decir, llevan entre sí una atracción y encadenamiento tal, que el alma desgraciada que se entregue a uno, lleva consigo en más o menos escala a muchos otros que lo acompañan.

La traducción de los vicios está concretada en una sola palabra: Desorden. El Desorden lleva en su seno un caos insondable del cual apenas tiene el hombre una pequeña idea. En el Desorden están resumidos todos los vicios.

Mas las virtudes son el reflejo del Orden mismo que soy Yo. Por esto llevan entre sí tal armonía y consonancia, que nadie se las puede quitar.

El remedio contra la Imprecaución es la Previsión recta y ordenada. El Reposo y la Madurez son también unos poderosísimos auxiliares contra la Imprecaución.

El Orden, el Orden es el capital destructor de todos los vicios.

3. Imprevisión

La Imprevisión es un defecto que muchas veces conduce al pecado y es hija de la Imprudencia y de la Ligereza. Este defecto parece pequeño y no lo es, sino grande y de multiplicadas consecuencias. La Imprevisión lleva consigo sus defectos, ella deja sobrevenir los males y daños propios y del prójimo sin ocuparse de alejarlos, detenerlos o destruirlos.

¡Cuántas veces se ven envueltas las almas en grandes males por la Imprevisión! En el mismo mundo pasan muchos casos de funestas consecuencias ocasionados por esta hija de la Ligereza e Imprudencia.

4. Previsión infame.

Un alma previsora es una joya de mucho valor. Mas debe ser un alma previsora con la Previsión que desciende de la Prudencia y lleva consigo a la Rectitud, porque hay otra clase de Previsión la cual es hija de la Malicia y de la Astucia. Esta clase de Previsión tiende sus redes en el vastísimo campo del mal y del pecado. La Soberbia, la Avaricia, la Gula, la Envidia, la Ira y la Pereza tienen su Previsión infame con la cual forjan anticipadamente sus más inicuas combinaciones.

La Previsión tiene dos caras: una para el bien y otra para el mal. Desgraciado del que anticipadamente premedite el mal, porque con esta Premeditación y Previsión el pecado crece de una manera que solo Yo conozco y soy capaz de medir.

5. Precipitación

La Precipitación es hija de la Imaginación desordenada y de la Ligereza. Este es un defecto que llega a ser vicio, y vicio de grandes consecuencias. En ningún caso la Precipitación es buena; a veces es indispensable el apresurarse, pero esto es distinto. La Precipitación espiritual siempre acarrea daños para el alma.

La Precipitación es un desorden y el antagonista del Reposo. El alma precipitada nunca es

ordenada, y la Precipitación se encuentra muy lejos de la Prudencia. El alma precipitada en sus operaciones huye del Espíritu Santo que es Espíritu de Paz y de Quietud. El Espíritu Santo no desciende ni acostumbra comunicarse con estas almas precipitadas que todo lo atropellan, cuando menos por salir del paso. Satanás es muy amigo de la Precipitación, porque no ignora que ésta todo lo desvirtúa y desdora. La precipitación es el enemigo capital de la Oración, puesto que ésta se funda en la santa quietud de un alma pura y tranquila para derramar sus Frutos. Por lo mismo, las almas precipitadas no pueden orar, se derrumban por los peñascales de la Imaginación, siguiendo los torbellinos que ésta les levanta, y nada hacen ni podrán hacer en la vida del espíritu.

El defecto o vicio de la Precipitación interna se trasluce también al exterior de la persona y muy contraria a los modales de la Modestia y del Recogimiento. En una Religiosa, la Precipitación externa, y más aún, la interna es insoportable. Estas almas que llevan consigo este defecto capital en las Religiones, introducen el Desorden en las Comunidades y turban el reposo y la madurez que deben existir en los actos de ella.

La Precipitación es un gran defecto en la Oración vocal. Impide que la idea de la oración vocal empape el espíritu. Por lo cual, no tomando parte el espíritu, resulta que en muchas ocasiones son nulos los rezos y alabanzas con que se me invoca y honra.

La Precipitación jamás debe tocar las puertas de una Religión, porque si la Precipitación llega a pasar el dintel, se introducirá juntamente con ella el Desorden, y con éste la ruina de la Comunidad. Este vicio parece a primera vista pequeño, y sin embargo es muy grande y produce multiplicados daños para sí y para el prójimo.

La Precipitación espiritual ayuda mucho a la Murmuración. El alma sin empacho se lanza a juzgar ligeramente los hechos y los dichos del prójimo, y por su causa se cometen mil pecados. Es tan fácil deslizarse en la pendiente de la Precipitación, que por ella se dan grandes caídas y de gravísimas consecuencias, teniendo después las almas que arrepentirse. Un alma que con tino y prudencia dirige todos sus actos, va caminando derecho para la santidad; mas el alma que se deja arrastrar por la corriente de la Precipitación se estrellará en los escollos que consigo lleva su hermana la Imprudencia, acarreándose un sinnúmero de males.

El remedio con que se cura la Precipitación consiste en la práctica de las virtudes de la Prudencia, del Silencio, del Reposo, de la Tranquilidad y de la Madurez en los actos exteriores, quitando, sin embargo, todo extremo y afectación. Esta madurez y reposo de los actos exteriores mucho ayuda para ordenar el interior del corazón y evitar el odioso vicio de la Precipitación.

Feliz el alma que tal consiga, porque así ordenada en su interior y en su exterior, gozará de la suavísima Paz del Espíritu Santo. Sin embargo, mucho trabajo implica el derrocar el vicio de la Precipitación, porque hasta tal grado llega a tomar posesión de las personas que quieren o intentan conseguir derrocarla, que la encontrarán en todos sus pensamientos, palabras y obras. Por lo mismo para conseguir esto, se necesita gran Paciencia y Constancia.

6. Imprudencia

La Imprudencia es hija de la Precipitación y de la Ligereza. Este defecto de la Imprudencia que raya en vicio, recorre en la vida ordinaria y en la espiritual un campo muy extenso. Un alma que lleva consigo a la Rectitud y al Reposo en sus actos y en sus pensamientos, no es imprudente. El alma recta y reposada mide sus palabras y sus actos, y nunca tiene de qué arrepentirse.

La Imprudencia es un traspasamiento de los límites del Orden, en cualquier sentido que sea. La Imprudencia es a veces fruto del fervor creciente, pero aun ésta es reprochable porque se aparta de los límites de la Rectitud y de la Razón.

Existen muchas clases de Imprudencias en la vida del hombre, en lo material y en lo espiritual.

El campo que este vicio recorre es vastísimo, llevando tras de sí a otros muchos. Hay

imprudencias en lo bueno y en lo malo. Todo exceso en cualquier orden que exista, es imprudente.

Existen imprudencias de todas clases y colores, y sus daños son de grandísima extensión. Hay imprudencia en el uso de todos los sentidos y aun potencias, en el hablar y en el callar fuera de tiempo, en el trabajo y en la quietud, y en todo lo que constituye abuso. Todo cuanto se aparta del justo medio es Imprudencia. Todo cuanto no es oportuno es imprudente. El justo medio, pues, y la Oportunidad forman la Prudencia y alejan a la Imprudencia. ¡Feliz el alma que con el fiel de la balanza pesa y mide todas sus obras! Ella alcanzará en la tierra una gran perfección y en el cielo el premio de sus trabajos.

Pocas son en el mundo las almas prudentes, las cuales no hayan tenido alguna vez de qué arrepentirse. Ellas serán felices en el tiempo y en la eternidad.

¡Cuánta Imprudencia hay en el mundo, el cual está lleno de este defecto capital que tiene el hombre! Imprudencia es todo desorden interno del corazón, o exteriorizado por los actos, es decir, manifestado por las obras después de haberlo consentido en el fondo del alma.

La Imaginación tiene una gran parte en el vastísimo campo de la Imprudencia. La Imaginación tiende con mucha finura sus redes al alma para hacerla caer, aún más: abultando y exagerando las cosas, procura precipitar al alma en grandes escollos. La Imaginación es el agente de la Imprudencia.

Satanás es íntimo amigo de la Imprudencia. Al lado de la Imprudencia pone en juego a la mayor parte de los vicios, los cuales le sirven como los pajes sirven a una gran reina. Satanás viste con los colores de las virtudes a garrafales errores que se registran en la vida espiritual. Satanás sugiere estos errores en las almas con el fin de hacerlas caer en grandes imprudencias y enormes daños. En la vida del espíritu, ¡cuánto se desperdicia por la Imprudencia a muchas de las obras que debieran ser santas y aún más, les da el ser de pecaminosas!

Las almas imprudentes son generalmente soberbias, o tontas, o ambas cosas a la vez, pues la Soberbia es hermana de la Imprudencia y casi nunca se le separa. Las imprudencias proceden con frecuencia del juicio propio que no se doblega ante la Obediencia, o ante la Voluntad divina. El alma imprudente comete frecuentemente estas dos grandes faltas, que a veces llegan a ser pecados.

En materias espirituales estos dos escollos del Juicio propio y de la Desobediencia son desgraciadamente muy comunes. En las comunidades son muy frecuentes. En las penitencias y oraciones a veces hay mucho de Juicio propio y Desobediencia, y por lo mismo hay imprudencias.

El remedio para la imprudencia en muchos casos es la Docilidad, en otros la Sujeción, en otros la Oportunidad, en algunos la Discreción, el Silencio, el Dominio propio, el Vencimiento, la Humildad.

En todos los casos el remedio es la Rectitud. Mas para discernir entre las necesidades o circunstancias especiales de cada caso se necesita la Luz de la Oración unida al Sacrificio y a una gran Pureza de intención. Sin embargo, el alma no posee este caudal de virtudes sin trabajo y sin muchas conquistas sobre sí misma. Por lo mismo, rara es el alma que varonilmente combate contra la Imprudencia, y por tanto rara es la que lleva consigo a la sublime y capital virtud de la Prudencia.

Mas, ¿quién hará que se conozcan las virtudes y se practiquen? La Cruz, el reinado del Dolor con toda la hermosa corte que lo acompaña.

7. Indiscreción

La Indiscreción procede de la Imprudencia y es un vicio muy odioso en el hombre. El que lleva

consigo a la Indiscreción da pruebas de un espíritu de Ligereza y de Frivolidad.

Existe una Indiscreción ordinaria y común la cual encierra grandes males que muchas veces son de funestas consecuencias. El alma indiscreta se hace aborrecible a las personas que la rodean.

La Indiscreción es la antagonista de la Prudencia y del Silencio. Por lo mismo, el Desorden la acompaña en su carrera.

Existe otra clase de Indiscreción y es la Indiscreción espiritual la cual hace horribles estragos en la vida del espíritu. Esta Indiscreción consiste en la imprudencia y desordenada comunicación de los favores recibidos echa a quien no está el alma solamente sujeta, sino que derramándose el alma aquí y allá va esparciendo su aroma, el cual se queda por fin evaporado. Este es el fin desgraciado de la Indiscreción espiritual, es decir, que el alma se queda al fin vacía por andar descubriendo sus tesoros. Tan delicado es el Espíritu Santo en este punto capital del Ocultamiento de sus divinas gracias, que **el alma infeliz que las pregona las pierde** y le queda además un hondo remordimiento.

La Indiscreción, pues, es otro dique ante el cual se detienen las divinas comunicaciones y se estrellan y se desbaratan las gracias recibidas. Este punto da la vida espiritual es de mucha importancia; lo es más, mucho más de lo que los Directores y los dirigidos se figuran. El Espíritu Santo es Dios de Paz y se comunica en la profunda obscuridad y ocultamiento de un alma pura.

Las gracias del Espíritu Santo llevan consigo una esencia tan fina, que con el viento exterior luego se evapora. Así pues, para conservar los santos perfumes del Divino Espíritu hay que esconderlos, encerrarlos, guardarlos y ocultarlos hasta del mismo Satanás que vela en continuo acecho para robarlos. Satanás tiene sus planes muy astutos y traidores para robar al alma estos tesoros divinos, y aún más, por medio de esos mismos tesoros divinos trabaja, ¡miserable!, para hacer caer al alma en el pecado. Porque acomete generalmente con las solapadas tentaciones de pedir consejo y de santos desahogos, etc., y por este camino conduce al alma a la Vanidad y a la Soberbia. ¡Cuántas almas que comenzaron bien y que en sus principios eran receptáculos de los divinos favores, dando oídos a la tentación, concluyeron por perderse, haciéndose esclavos de Satanás y de sus engañosas ilusiones! ¡Cuántas almas que debieran ser mías han sido arrastradas por la adulación y han sido puestas en altísimos tronos mundanales desde donde las ha derribado la Soberbia! En la vida Espiritual se lamentan todos los días estos hechos desgraciados. En las mujeres, sobre todo, este es el lado más vulnerable que tienen, es decir, el comunicarse y el descubrir las gracias con que se ven favorecidas, y a veces con el santo pretexto (que es una tentación de Satanás) de hacer bien a los demás. Por aquí se infiltra la luz del mundo que disipa la santa obscuridad, en la cual el Espíritu Santo tiene su Nido.

Este Santo Espíritu es tan delicado, que sus ojos no pueden percibir la luz mundanal, ni sus oídos pueden escuchar su ruido. Por lo mismo, cuando esta luz exterior y este ruido penetran, en el fondo secreto del alma en la cual se halla, vuela y abandona al alma dejando solamente las divinas huellas en donde se posaba. ¡A cuántas almas no les quedan sino las huellas del Espíritu Santo en donde habitaba y ya no habita!

El alma pues, que quiera conservar las gracias recibidas y aumentar su caudal, debe cuidar mucho a la Divina Palomita que es tan delicada y pura, y alejar toda luz y todo ruido exterior formando una valla cerrada con siete llaves en donde no pueda con completa libertad penetrar sino el Director espiritual.

El Director espiritual sí debe conocer hasta el fondo más profundo del alma y sus pliegues más ocultos. Debe también penetrar, aunque con profundo respeto y grande pureza a la morada interna en donde habita este Santo Espíritu de Verdad. El Director debe, con mucha finura tocar estas santas regiones, dando gracias alabando a Dios que así se digna abajarse tanto con la pobre criatura. Debe el Director recoger y guardar hasta las migajas que hay en estos santos lugares del alma pura. Debe santificarse para cumplir la santa misión que se le

encomienda. Yo en estos casos me pongo también en cierta manera bajo su obediencia como en el Sacrificio de la Misa, en cierto modo aquí también dependo de los Directores, aún más, les doy la preferencia, agradándome de que el alma primero obedezca a ellos que a Mí mismo, y me sujeto a las leyes establecidas por los hombres e inspiradas por Mí.

Mas, ¡cuánta santidad debe reinar en los corazones de los Directores! Ellos deben ser vivos reflejos del Espíritu Santo, ellos deben ser perfectos como mi Padre celestial es perfecto. ¡Ah!, esto es lo que debieran ser los Directores espirituales y no lo son. Gran cuenta les pediré por tan distinguido cargo, que no supieron desempeñar debidamente.

El remedio para la Indiscreción común es la Prudencia y el Silencio. Mas el remedio para la Indiscreción espiritual es el Ocultamiento santo y completo de toda mirada humana, a no ser en casos muy raros y determinados, y aun en estos casos, deben ser con persona muy escogida, recta, prudente, discreta y espiritual. Estos son los únicos remedios contra la Indiscreción, y las almas que no quieran ponerse en inminente peligro de perder las gracias recibidas, deben ponerlos al pie de la letra en práctica. ¡Desgraciada del alma indiscreta! ¡Ella no sabe ni puede valorizar los riquísimos tesoros que pierde! Feliz y mil veces dichosa es el alma que recogida, silenciosa y oculta pasa por el mundo sin que este pase por ella, con su sello en los labios y otro en su corazón, el cual sólo se rompe en la feliz eternidad que le espera.

8. Exageración

La Exageración es hija de la Mentira y lleva todo el parecido de su madre. Además lleva siempre consigo a la misma Mentira. Es un defecto que llega a vicio, y a vicio que forma en el hombre una segunda naturaleza. En la Exageración muy fácilmente se resbala, y se declina en Murmuración, manchándose el alma con grandes faltas y hasta grandes pecados.

Es la Exageración un prurito interno de agrandar con colores más vivos la verdad de las cosas y de los hechos. Es, pues, un vicio contra la Verdad, queriendo disfrazarla, siendo la Verdad lo más puro y santo que pueda existir.

La Verdad es siempre limpia, clara, sencilla, pura y llena de resplandeciente luz. La Exageración tiene por misión el querer abultar la Verdad y aun el mancharla, porque la Mentira siempre toca a las puertas de la Exageración y de ella nace y con ella siempre vive. El alma exagerada peca por querer adulterar la Verdad pura y sin mancha. El alma exagerada es siempre débil, falsa, ligera e imaginativa. Lo que forja en su entendimiento lo da por hecho, aceptándolo sin demora la voluntad, exteriorizándolo luego. Las almas exageradas son casi siempre locuaces, curiosas e impetuosas, no conocen a las hermosas virtudes del Reposo, Serenidad, Circunspección, y Tranquilidad; son inquietas y volubles, inestables y veleidosas.

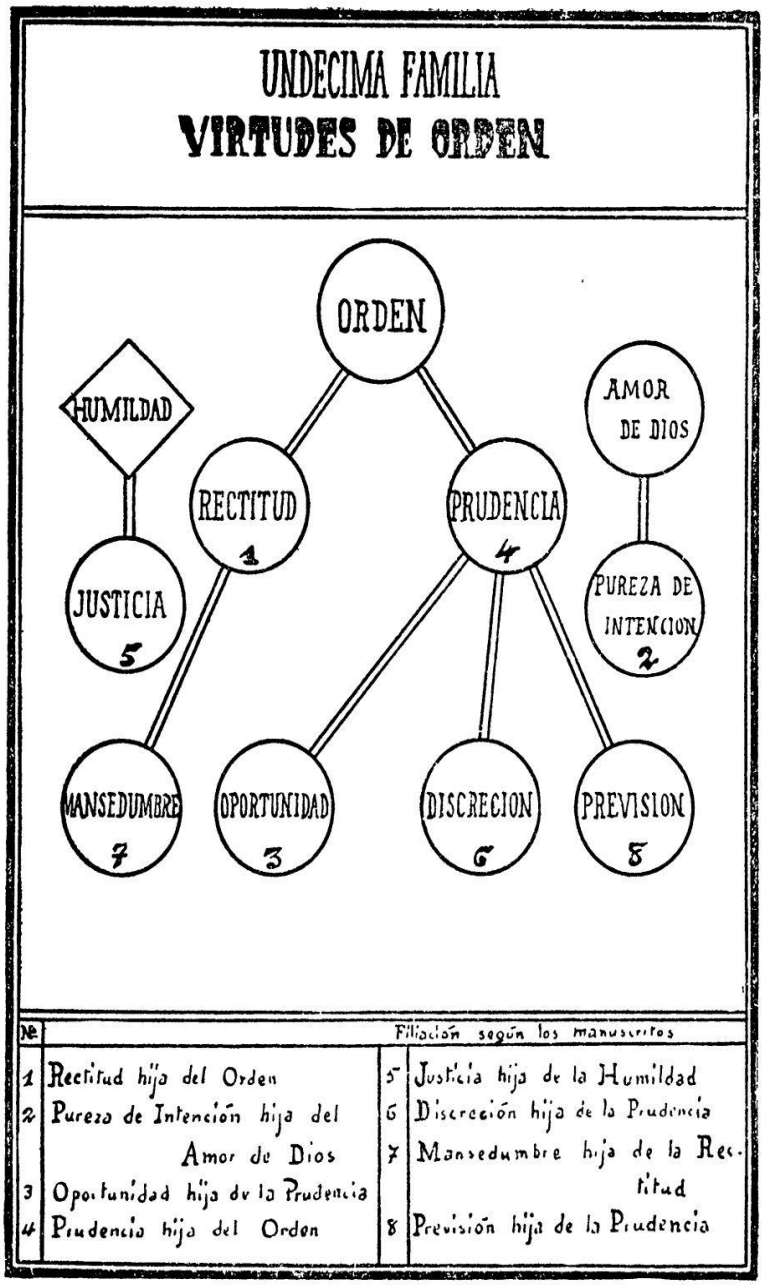
Grande Virtud encierra el alma que en ningún sentido, ni en las palabras ni en la imaginación, exagera; mas, ¿en dónde se encontrará esta alma? Rara por cierto es esta joya, porque la inclinación natural del hombre tiende a la exageración y a la mentira; siendo refractario a la Verdad limpia y clara, e inclinándose en su memoria y entendimiento a lo que no es.

La Imaginación es el gran centro en donde la Exageración se da gusto, la cual concluye por pasión lo que consintió como pasatiempo. La Exageración es un arma muy traidora de Satanás, la cual esgrime con sin igual destreza, haciendo que el hombre tome como cosa cierta aquello que su astucia abultó, para envanecerlo o para desesperarlo.

Satanás da a la Exageración exterior o interna muchos visos o colores. Como él es el padre de la Mentira, y la Mentira es su hija muy amada, toma a la Exageración que procede de la Mentira y le da diestramente mil formas, introduciéndola hasta dentro del seno de las mismas virtudes y de la Santidad. La Exageración abulta hipócritamente así a la Vanidad y a la Complacencia propia.

Satanás siempre echa el lazo para poder así coger de muchas maneras a la pobre alma, y con un vicio pesca a otros muchos, envolviendo en ellos a la incauta alma que se deja coger y no conoce sus trampas y su traición.

El remedio para la Exageración es la Verdad, la exactitud matemática en las palabras y la profunda humillación y desprecio propio en los pensamientos. El humillarse desdiciéndose y el confesar su falta es también muy saludable para cortar este vicio. La Oración, el examen y el propio castigo llegan a dominarlo, mas para esto se necesita una voluntad firme, enérgica y deseosa de perfección, y con estas disposiciones la gracia descenderá, y el alma triunfará.



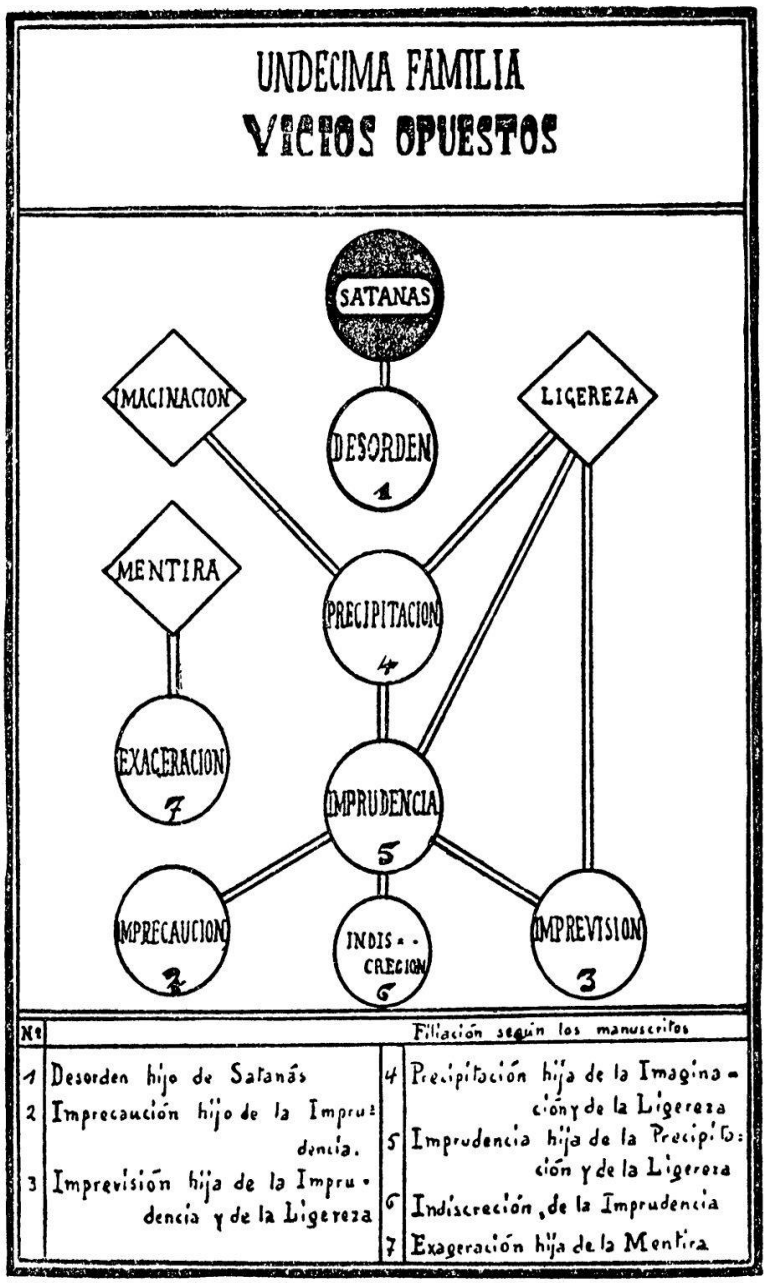


figura 11
UNDÉCIMA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes de Orden** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

DUODÉCIMA FAMILIA

VIRTUDES PERFECTAS

1. Fe

Por la fe nos acercamos a la gracia. Rm. 5, 2.
Por la esperanza hemos sido salvos. Rm. 8, 24.
Nos encarece Dios su caridad. Rm. 5, 8.

La Fe es una virtud teologal que sólo Yo que la produzco, sé medir su hermosura y apreciar su valor.

Es una luz obscura que arrastra al hombre hacia su Dios por medio de la humildad.

Se desarrolla en el alma por medio de la virtud de la Humildad y es indispensable para la salvación.

La Fe es la prueba que exige Dios al entendimiento humano, a la orgullosa inteligencia del hombre, el cual así correspondiendo a la fe, compra el cielo.

La Fe es el escollo en donde la soberbia cae; la Fe rinde a los pies del Omnipotente el juicio del hombre y hace meritorios sus actos; la fe es el farol luminoso que alumbra el camino obscuro del espíritu; la fe es un caos en donde el soberbio se hunde; la Fe es una roca inquebrantable donde el orgullo se estrella.

La Fe es Luz para los humildes y tinieblas para los soberbios; la Fe es el precio del cielo; la Fe desata las manos del Omnipotente; La Fe aplaca la justicia divina; la Fe arranca gracias al Eterno; la Fe santifica y salva; la Fe da valor a los actos más sencillos y los lleva, sobrenaturalizados a Dios; la Fe es madre de la confianza; la Fe es un lazo de luz que une el cielo con la tierra, es un lazo de unión que pone en comunicación al alma con Dios.

La Misión de esta virtud sublime es la de sobrenaturalizar los actos del hombre, esto es, al pasar los actos de la pobre criatura por sus manos imprime la Fe en ellos un carácter divino, transformándolos y embelleciéndolos.

Con esta comparación gráfica se entenderá: los actos que son de barro, la Fe los platea, los de plata los dora; los dorados los cerca de brillantes; y los de brillantes los enriquece de tal manera, que si los actos pudieran volver al hombre no los conocería.

La Fe es el fundamento de la Perfección; es una luz especial del cielo con que el alma ve a Dios en este mundo; es un rayo de luz que ilumina el rostro de Dios, haciéndolo visible al alma; es la vida, la fortaleza del espíritu, es el sol que lo calienta, lo ilumina haciéndolo crecer siempre en perfección y santidad.

Ama Dios tanto esta virtud que el alma que la posee dispone, por decirlo así, de la voluntad de Dios, inclinándolo a conceder lo que desea; es una virtud a la cual Dios no puede resistir, a la que tiene dado su poder pero, se entiende, la fe del alma humilde.

La Fe es una antorcha que ilumina con su luz las obscuridades del espíritu. Solamente con esta luz camina el alma firme en medio de las espinas de la vida de perfección. De manera que la fe espiritual perfecta es indispensable, y un punto capital del alma que se entrega a la vida

interior.

Consiste esta fe espiritual perfecta en traspasar todo lo creado, todo lo natural, fijando su mirada en un solo punto: DIOS y jamás separándose de Él en ninguna circunstancia de la vida ni en la muerte.

Dios regala esta virtud a las almas, y es de tal fuerza la virtud de la fe, que el hombre en cierto modo no puede jamás arrancarla de su corazón; muchas almas la enlodan, la obscurecen, la pisan, pero en el fondo ella vive sin morir jamás, para tormento de los malos.

Ella les repite siempre que hay un Dios justo, y nunca pueden callar esta voz, dulce para los buenos y terrible para los pecadores obstinados.

Y si esta Fe derrama en otras almas su Luz e influencia divina, en las almas espirituales como que la afirma más y lleva todos sus actos y movimientos más allá de la tierra, a esas regiones del cielo donde ella se sustenta, haciéndolas adquirir grandes méritos.

La Fe, aunque es luz, vive en la obscuridad, se envuelve con sus sombras, se percibe dentro del alma haciéndola conocer o vislumbrar los escollos y las riquezas del espíritu, pero muy pocas veces se exterioriza.

Esta vida de oscuridad que purifica y da luz a las almas, es la que les hace adquirir el hermoso título de mártires de la fe.

La vida del espíritu es vida de martirio, es decir, vida de Cruz, aun en el ejercicio de las virtudes.

La Fe rasga el velo de los Misterios, y el alma que posee esta virtud, siente y a veces como que ve mi presencia real en la Eucaristía.

Este es Misterio de fe por excelencia, y Misterio de Amor. El alma pura se ve arrastrada por este misterio de fe, y si no contempla en él a Dios cara a cara, su esplendor, a lo menos, la deslumbra, su mismo ardor la consume y con la viveza de la Fe se anonada ante la grandeza de la Eucaristía, comprendiendo con luz sobrenatural, algo del amor de Dios.

2. Esperanza

La virtud de la esperanza es una virtud sobrenatural y divina, una virtud del cielo.

No se puede separar de la Fe y de la Caridad, porque son estas tres virtudes teologales una imagen de la Santísima Trinidad; son virtudes divinas que proceden del mismo Dios, y son inseparables.

El alma que tiene fe, que va unida con la gracia, tiene también la esperanza y la Caridad.

La Esperanza no es la que desea y pide bienes de la tierra, ni nombre, ni riquezas, ni honores; tiende su vuelo más alto y espera la posesión del mismo Dios, no por los méritos propios del alma sino por los Míos copiosísimos.

El alma que posee esta esperanza, se goza en ella, pero no por el bien propio que le resultará eternamente, sino que traspasado su bienestar justo y permitido, pasa más allá y se regocija no en su gloria, sino en la gloria que por su medio recibirá el mismo Dios.

La virtud de la esperanza espiritual perfecta consiste en suspirar constantemente por la posesión del Amado no por el bien propio, sino por la gloria de Dios, trabajando el alma prácticamente por alcanzarla siguiendo el camino de la Cruz.

Yo, Jesús, soy su Esperanza y también su Camino. El que me sigue no anda en tinieblas; pero el camino que yo represento es la Cruz, y el que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí

mismo, tome su cruz y sígame poniendo su pie en mis huellas ensangrentadas.

La Esperanza que es Jesús, es una estrella que desde toda la eternidad existe, la cual se anunció al mundo y pasó por él iluminándolo, y ha dejado en él su purísimo Evangelio, y nos espera en la misma eternidad.

Esta Esperanza existe en los Altares, y en cada momento ahí nos espera, porque es la misma Fidelidad y no nos puede abandonar.

Si Jesús es la Esperanza, el Padre la Verdad y la Luz, y el Espíritu Santo la Caridad, la vida y el Amor, con razón María es la Madre de la Santa Esperanza, Hija de la Verdad y de la Luz, y Esposa de la Caridad, de la Vida y del Amor.

3. Caridad

La Caridad, virtud de las virtudes, se puede considerar en el Espíritu Santo como en su asiento eterno.

Por el Espíritu Santo se obra la santificación, perfección y unión de las almas con su Creador.

El Espíritu Santo se comunica por esta inefable virtud.

La Caridad es como el centro de todas las virtudes y de toda Santidad y perfección; da vida, luz y calor a todas las virtudes.

La Caridad sobrenaturaliza todas las virtudes y les da brillo para el cielo, poniendo en ellas el sello sobrenatural con que las diviniza y las hace merecer.

La Caridad, con ser tan grande, se abaja como la madre que da la mano al más pequeño de sus hijos.

Todas las virtudes forman un campo de hermosas flores y cada virtud es bella y delicada y tiene colores hermosísimos y brillantes, mas este campo es como si fuera de noche, que aunque está ahí la hermosura de todas las virtudes, nada se ve hasta que viene la luz de la Caridad, la cual ilumina tanta belleza y da valor y crecimiento y vida a las virtudes.

La Caridad es el riego del cielo que fecundiza este campo y por ella trabaja el Espíritu Santo con su asombrosa fecundidad para hacer santos a los espíritus.

El Espíritu Santo derrama en nosotros la Caridad, de suerte que ella es el grado más alto de las virtudes; es, además, esta virtud tan extensa que abarca todo acto vital del alma, sobrenaturalizándolo.

Cualquier acto de virtud, aun el más heroico, si no va envuelto en esta virtud, si no lleva su sello, de nada sirve para la vida eterna; nada tiene valor sino lo que lleva en sí la marca de la Caridad, pues es la dispensadora de los merecimientos del hombre; es la que da actividad al alma para obrar en la práctica de las virtudes; es el pulso de la vida espiritual; y no se crea que la caridad es fuego de amor quieto, que sólo consuela y satisface, no, la Caridad obra, trabaja, lucha, se comunica y no descansa en el alma que las posee, porque la Caridad es fuego activo que arde sin consumirse.

El centro de la Caridad, acá en la tierra, está en el Dolor; por lo mismo el DOLOR es el trono de la Caridad.

El trono del Verbo hecho Hombre es la Cruz; El Trono de la Caridad es el Dolor.

El Dolor, o la Cruz, divinizado por el Hijo, es el único escalón para subir al Amor-Caridad. Por esto los más crucificados son los que más aman, porque el Dolor trae hacia sí al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

En la virtud de la Caridad está el centro de toda perfección y si en todo hombre es necesaria, en un religioso es indispensable. Un religioso sin caridad me da en rostro.

La Caridad fraterna encierra muchas virtudes, porque para practicarla se ponen en juego la humildad, la mortificación, la paciencia, la abnegación, el olvido propio y otras virtudes.

Esta Caridad me trajo al mundo a vivir sacrificado, y a morir en una Cruz.

Esta Caridad me tiene aquí, en la tierra, oculto en la Eucaristía, y ésta es la que quiero ver reinar en mis Oasis.

Sin Caridad no hay unión. En estos lugares de mi recreo y descanso, quiero que se practique esta virtud hasta la perfección.

Si se practicara en los Institutos Religiosos la Caridad, ¡cuántas lágrimas se evitarían y cuánta gloria recibiría Yo, gloria que por falta de Caridad, ahora se me quita!

En los Oasis no debe ser así; en ellos debe cuidarse mucho este punto capital, y no permitir que entre la lepra de las faltas de Caridad que emponzoñan los Claustros, de tal manera que si apareciese este mal, se cure con energía, y se corte y se arranque sin compasión todo lo dañado.

La Virtud principal de mi Corazón es la Caridad para con mi Padre y para con la pobre humanidad.

En la Cruz llega a su punto más alto la Caridad, y glorifica a Dios y alcanza gracias para el prójimo.

La Cruz del Apostolado representa en todas sus partes esta Divina Caridad. ¡Cuánto ama Dios esta virtud divina!, mas, ¡cuán pocas almas en el mundo la poseen y practican!

Los que tienen mayor obligación como son los religiosos y Sacerdotes abren en mi Pecho honda herida, me causan una pena grande cada vez que faltan a esta virtud de la Caridad y en vez de consolarme llenan de amargura mi Corazón.

¡Cuánto sufre mi Iglesia por estas faltas! No hay celo en el mundo, o hay muy poco, porque no hay Caridad, porque muy pocos me aman en verdad. Si me amaran tendrían caridad fraterna y celo por la salvación de las almas, porque el celo es hijo de la Caridad y siempre andan juntos.

Por lo mismo el alma que tiene caridad no puede dejar de amar a sus hermanos y desear y procurar su salvación, y desvivirse por alcanzarla, para darme gloria.

Es muy grande y hermosa la virtud de la Caridad, y Yo amo al alma que la posee.

Quiero a mis religiosos llenos de esta virtud; pero no sólo exijo en ellos la Caridad exterior sino la interior de las almas, ya entre sí, ya con su Madre la Religión, en un solo pensamiento, en una sola voluntad, con idénticos pensamientos.

La perfección de esta virtud en cuanto es posible en la tierra, está en la crucifixión. Esto es lo que vine a enseñar a la tierra y esto hacen las almas que de veras la poseen: Dios se da y estas almas se dan; Dios hombre se crucificó por los hombres y ellas, a mi ejemplo, también por el mismo fin se crucifican. Esta Caridad espiritual es la que une el cielo con la tierra.

Un Religioso verdadero debe vivir de esta savia celestial y estar saturado de ella.

La Caridad es el aceite que suaviza todos los goznes en donde giran las ruedas de la máquina de la Religión, y todos los religiosos deben ser aceiteras bien surtidas.

La esencia de la Caridad es el amor comunicativo.

En este amor comunicativo se gozan eternamente las Tres Divinas Personas, aquí se encierra la felicidad de Dios.

Dios es amor; el Padre tuvo tan grande amor al hombre que dio a su propio Hijo para la Redención; el Hijo tuvo tan grande amor, para con el Padre y para con el hombre, que se dio a sí mismo al Dolor para salvar al hombre y dar gloria al Padre; el Espíritu Santo manifestó su amor tomando parte en el misterio de la Encarnación, atestiguando durante la vida de Jesús su Divinidad, sellando la Obra de la Redención, y amparando a la Iglesia, su Esposa Inmaculada.

El Padre es Amor y Poder, el Hijo Amor y Vida, el Espíritu Santo es Amor y Gracia.

La sustancia de las Tres Personas de la Trinidad es la Caridad, es decir el Amor de comunicación. Este amor comunicado al hombre es el Amor-Caridad.

El dolor, divinizado por el Hijo de Dios, es el que conquista al Amor. Por esto los que más se crucifican son los que más aman; porque el Dolor atrae al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y en el alma que así ama habitan las Tres divinas Personas, real y verdaderamente, y el Espíritu Santo, en los corazones más crucificados, forma su nido.

Santa María fue el trono de la Caridad porque su purísimo Corazón fue Dolor.

Santa María es la única criatura confirmada en gracia desde el primer instante de su ser, y siempre fue llena de gracia: la poseyó en un grado altísimo e incomprensible a toda inteligencia creada, tuvo con la plenitud de esta gracia la plenitud de todas las virtudes.

Mas sólo una cosa faltaba a la corona de Santa María y esta también se le dio, y en grado plenísimo: EL DOLOR.

Santa María no tuvo enemigos, puesto que a todos los tenía bajo sus plantas; no tuvo vicios que combatir, ni pasiones contra quienes luchar.

Nació perfectísima, santísima y tuvo altísima unión con Dios desde el primer instante de su ser. Santa María fue vaso purísimo que contuvo todas las virtudes.

El Dolor también engrandeció a Santa María. Porque el único crisol de Santa María fue el Dolor, pero un Dolor sobre todo dolor, porque su Corazón estuvo lleno siempre de un amor sobre todo amor.

La Voluntad de Santa María estuvo identificada con la voluntad del Padre, y la Voluntad divina que me destinó al Dolor fue el Martirio de Santa María y la espada con que siempre tuvo traspasada el alma; así la Voluntad divina fue instrumento de la virtud de Santa María, y Ella, fidelísima como ninguna criatura, se abrazó a ella en mi Pasión y en mi muerte.

El Dolor fue alimento y vida de Santa María; su gozo fue el recuerdo de mi Pasión y de mi muerte, recuerdo que le traía el Martirio, y Martirio que le traía el recuerdo.

Fue éste el mayor crisol que haya existido para un alma y para un alma tan pura como la de Santa María, pues en Ella no hubo ni pudo haber purificación, ya que en su alma habitó la plenitud de la gracia.

El crisol de Santa María fue totalmente para acrecentar más y más los grados de gracia y sus merecimientos, grados que rayaran casi en lo infinito.

Santa María tuvo vida de amor activo en el dolor más cruel; con ese amor activo unido al Dolor ejercitó las virtudes en un grado heroico al cual no ha llegado ninguna criatura, siempre unió sus penas a las mías para expiación de los pecados de los hombres, pues sobre su Corazón también pesó el enorme fardo de los pecados del mundo, y ardió siempre en el celo santo de la gloria de Dios.

Santa María sacrificó constantemente los sentimientos de su Corazón de Madre a la divina Voluntad; unida al Espíritu Santo, no hizo otra cosa sino ofrecer su sacrificio en unión de mi Sacrificio, en conformidad total con la Divina Voluntad.

Es así como el Amor y el Dolor constituyeron la vida de Santa María.

4. Gracia

La Gracia es la madre de todas las virtudes. La Gracia divina es producida por el Espíritu Santo. Dios es Caridad. Sin la Gracia no hay Humildad, ni ninguna otra virtud. La Gracia da vida a todas las virtudes y las santifica. Sin la gracia santificante, los actos del hombre, aunque en sí sean meritorios, no merecen.

Muchos grados existen en la Gracia y ella sola encierra un campo infinito que Yo sólo sé y puedo medir y valorar. El hombre conoce solamente parte de la Gracia, pero sólo Yo la abarco, porque sólo Yo la poseo infinitamente.

La Gracia es la esencia de Dios; ¿y quién puede comprender esto sino sólo Dios?

A la Santísima Virgen le sirvió la Redención y mis dolores no en cuanto a la expiación del pecado, porque mi Madre no tuvo ni sombra de pecado: era y es Purísima; pero sí en cuanto a la Gracia que le compré con mis dolores, Santa María recibió más gracia que ninguna alma, y más que ninguna alma Ella me costó eternamente.

5. Santidad

¡Cuán poca verdadera Santidad que a Mí me satisfaga hay en el mundo! La hermosísima virtud de la Santidad o el foco de todas las virtudes, las cuales lleva en su seno, es la hija predilecta de Dios, y una participación del mismo Dios.

La Santidad forma el descanso de Dios; ella atrae las miradas del Eterno Padre, ella es el nido del Espíritu Santo.

Dios es la Santidad por esencia. La Santidad participada puede estar en un alma en grado altísimo y sobrenatural que sólo Dios puede medir. Ella encierra en sí y en más o menos escala a todas las virtudes.

La Santidad se alcanza, se desarrolla y crece con el propio Vencimiento a toda mala inclinación, con el Vencimiento a toda comodidad y propio querer, y con la total entrega de la criatura a la Voluntad Divina, a la cual muere para resucitar divinizada.

El cuño de la Santidad es la humildad perfecta; su sello, la Obediencia ciega, y su crisol la Santa Pureza.

Sus enemigos son todos los vicios, pero especialmente el mundo, el demonio y la carne, la soberbia y la hipocresía.

El alma que llega de veras a poseer la Santidad, es mía, y el alma que en verdad es mía, me imita y sufre, y se sacrifica, y vive en la Cruz crucificada por mi amor.

El Dolor es la vida del alma santa.

Hay muchos grados de Santidad, y no pido de todas las almas la misma Santidad.

6. Unión

La Unión es la madre de la Perfección, y nace de la Caridad, es decir, de Dios, porque Dios es Caridad.

Nunca llega a la Unión sino el alma purificada, crucificada y ejercitada en las virtudes.

A la Unión no llega sino el alma humilde y obediente.

A la Unión no llega sino el alma muerta a todo propio querer. El lazo que estrecha al alma a la Unión es la Voluntad divina. La Unión es la antesala del cielo. Todavía existe más allá de la Unión otra cosa más alta, como grado de la misma.

La Unión se efectúa en la obscuridad y silencio de un alma pura. La Unión ya no tiene enemigos que la perturben. La Unión sube a un punto en donde ni las pasiones, ni los vicios ni el demonio alcanzan a penetrar.

El Espíritu Santo entra en la posesión de esta dichosa alma y en cierto modo la transforma en Sí mismo, en sus íntimas comunicaciones con ella; la cubre de sus gracias y de sus dones, la confirma en la Pureza, la llama su Esposa, y en ella forma su Nido, y sus delicias.

Las virtudes brotan de Mí y a Mí vuelven, aprisionando a las almas en mis divinas redes.

Las virtudes son hermosas, bellas, encantadoras, emanadas de mi misma virtud y perfección.

La Unión, la Santidad y la Perfección propiamente no son virtudes sino grados de Gracia, muy eminentes, por medio de los cuales el alma se eleva hasta perderse en su Dios, como principio y fin de ella; son grados de Gracia que contienen a todas las virtudes en una escala sobrenatural, atrayendo hacia sí al mismo Dios, foco en donde están todas las perfecciones en grado infinito.

Con la luz de la Unión, Santidad y Perfección se ve a Dios como crecido en hermosura, belleza, omnipotencia, bondad, ternura, sabiduría, y amor para con sus pobres criaturas.

7. Presencia

La Presencia de Dios nace del Silencio interno y de la Modestia espiritual perfecta en sus dos grados. La Presencia de Dios sólo habita en las almas puras o purificadas, pues esta divina Presencia es tan limpia y delicada, que no admite cerca de sí la menor mancha en el alma.

Existen diversos grados de Presencia de Dios, los cuales da el Espíritu Santo cómo y a quien le place.

La Presencia de Dios es a veces tan intensa que raya en Oración altísima y elevada que casi llega a Unión.

Otras veces es menos vehemente, diré, y sólo experimenta el alma el indecible bienestar que le produce.

Esta Presencia divina, en cualquier grado que sea, es una gracia y un favor que con nada se puede pagar ni tampoco agradecer.

Esta Presencia divina es un aliciente extraordinario con el cual vuela el alma a la Perfección, es un constante impulso divino que siempre la lleva al bien, alejándola siempre del mal, porque claro está, Dios es enemigo de todo mal y de todo desorden, y Dios el que produce y es, todo Bien y toda Perfección.

Es, pues, la Presencia de Dios antídoto eficacísimo contra todos los vicios y el apoyo de todas las virtudes; es la sombra santa debajo de la cual el alma descansa.

Esta divina Presencia ahuyenta a los demonios y forma alrededor del alma un cerco invulnerable para Satanás.

Mas esta Presencie divina presupone muchas y diferentes virtudes prácticas, es una gracia que

no se da sino con estas condiciones.

El alma pura es la más dispuesta para recibirla, el alma purificada también la recibe, aunque en menos grados, el alma manchada o pecadora no la conoce.

En estas almas el Demonio la imita, pero como todo lo falso es ruin e inestable, a poco andar se le conoce por la Soberbia e Hipocresía que encierra. La Presencia divina que procede directamente de Dios, lleva en sí estas condiciones infalibles e infalsificables: un fondo de Humildad profundísima, una Modestia suma y verdadera, una Sencillez interior y exterior sin afectación, un grande Recogimiento interno que se trasluce al exterior por la serenidad y el reposo de que he hablado.

La Paz es inseparable de esta divina Presencia, porque Dios es Paz.

El Silencio de que ya hablé, y el Sacrificio, atrae al alma que lo posee a esta Presencia de Dios, y a medida que estas virtudes se encumbran, es más perceptible para el espíritu la divina Presencia.

Al Pudor del alma pura siempre acompaña esta Presencia divina, la cual es el centro, y la vida y la envoltura, diré, del Pudor del alma pura, porque en el Pudor todo es divino, y la naturaleza ahí no penetra.

El alma con su Dios, y Dios con el alma escogida, sin testigos, penetran dentro de aquellas regias cámaras en donde vive el Esposo aguardando al alma feliz que llamará suya.

Este santo Pudor del alma ruborizó a Santa María en la Anunciación. La Vergüenza de verse tan pura y descubierta a los ojos del Altísimo la turbó, y tuvo unos momentos de vacilación en que la vergüenza de lo divino campeaba.

Ella era llena de gracia, pero al escuchar los oídos de su alma más que los de su cuerpo purísimo, el saludo del Ángel, sufre al sentirse descubierta, ante su Dios y Señor.

Este Pudor santo sonrojó a Santa María más que a ninguna otra criatura porque su profundísima Humildad y Modestia, y sus virtudes, eran inmensamente mayores que las de cualquier otra criatura. Mas Yo, precisamente, buscaba este Pudor virginal para gozarme en él y formar ahí mi descanso.

Y, ¿qué respondió Santa María cuando se vio descubierta con la luz divina? Luego que María se vio descubierta en sus excelentes virtudes, se rindió al peso de las Bondades divinas, y hundida más y más en el vergonzoso Pudor de su Humildad incomparable, sólo superaba en Ella una cosa (porque sólo esta debe superar al santo Pudor del alma) superaba, digo, la Voluntad divina, que era para Ella, y debe ser para cualquier alma que ame, su Todo, y así confundida, respondió: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra".

En el Pudor, más que en ninguna otra virtud, la Presencia de Dios está en uno de sus grados más sublimes. Con este santo Pudor del alma, al verse el alma descubierta, sufre y Yo me gozo en la pena que experimenta el alma y que Yo voy provocando.

Yo me gozo y, ¡cuán pocas veces!, en la vergüenza de las almas puras. Yo me deleito en sus luchas y congojas, y las sigue y persigue mi purísima mirada hasta los ocultos senos en donde se esconden. ¡Si supieran cuánto amo Yo esos suplicios de las virtudes, esos despojamientos sublimes de lo Mío, esa Pobreza espiritual perfecta de estas almas que llegan al avergonzamiento pudoroso de mis gracias y de mis Dones!

La Presencia de Dios, la atención amorosa a Dios es el campo de los divinos amores; en ella está constituida, en gran parte, la comunicación íntima de las almas con su Dios y Señor, en ella crecen y se avivan los afectos purísimos del alma, para volar, sin impedimento ni dificultad, hasta el Amado.

Esta Presencia santa es la que guarda los secretos purísimos del Amado y de la amada.

Esta divina Presencia es para el alma una atmósfera celestial que la aparta de la tierra y de lo terreno.

Dentro de la Presencia divina se diviniza el alma pura; se eleva a una altura desde la cual comprende las vanidades y el oropel del engañado mundo, ve con claridad su propia pequeñez, y vileza, y miseria, y también comprende con luz divina algo de lo que Yo soy, y tengo y puedo.

Feliz el alma que vive y muere dentro de esta Presencia divina: ella ha alcanzado a disfrutar en la tierra de las riquezas del cielo.

Los enemigos de la Presencia divina son numerosísimos: el Mundo, el Demonio y la Carne la destruyen, muchos otros la debilitan.

La Soberbia es su total antagonista, mas en el corazón humilde hace su morada, vive y se desarrolla.

En la vida espiritual es de mucho provecho; en la vida extraordinaria es innata e inseparable.

8. Voluntad de Dios

La Voluntad divina es el broche de oro que encierra y lleva en su seno a todas las virtudes ordinarias y a las espirituales perfectas. Ellas las diviniza y hace que brillen con más esplendor ante la Presencia de Dios.

Ella hace aumentar el valor de cada una en las balanzas eternas. Ella baña las acciones del alma pura con un tinte en el cual se complace el Espíritu Santo.

La Sujeción total y perfecta a la Voluntad Santísima de su Dios y Señor es la más grande de las virtudes que un alma puede llevar consigo.

Esta sublime virtud supone la práctica completa de todas las otras virtudes.

Aquí concluye la escala de todas las virtudes morales, y al tocar este punto culminante de la vida espiritual, el alma llega a la Perfección.

Desde el primer instante de mi Encarnación no fue otra mi comida y bebida espiritual, sino esta Voluntad divina, por la cual y dentro de la cual ardía mi Corazón anhelando a todas horas su más perfecto cumplimiento.

Por ella vine al mundo, por ella subí a la Cruz, hasta concluir mi vida en el martirio más cruel.

Ella endulzaba mi agonía y fue el único consuelo de mi vida.

Mil muertes hubiera padecido por cumplirla.

El Amor activo y divino que en mi pecho ardía me impulsaba a cumplir con la Voluntad divina en favor del hombre.

La Redención no fue otra cosa sino el fiel cumplimiento de la Voluntad divina.

Su eco constantemente repercutía en el fondo de mi amantísimo Corazón, haciéndolo vibrar en favor de las almas y en la glorificación de mi Padre.

Hay en esta Voluntad divina un grado más alto, y consiste en el abandono completo dentro de esta misma voluntad de Dios.

Este abandono total llega a la cumbre más elevada de la perfección, él es el peldaño más alto de toda virtud.

El alma que llega a este feliz abandono dentro de la Voluntad divina ha alcanzado el cielo en la tierra.

Este abandono santo en los brazos de Dios lleva consigo una multitud de virtudes.

La Confianza tiene ahí su nido; la Caridad su asiento; la Unión su trono.

Este santo abandono exige la perfección práctica de todas las virtudes morales, la muerte de sí mismo sin volver a resucitar en la tierra de las propias pasiones y vicios.

Exige la muerte de la naturaleza corrompida y el reinado completo del espíritu, teniendo a la naturaleza a sus pies en un completo dominio.

Este Abandono santo exige una Pureza inmaculada, una Humildad y propio conocimiento profundísimo, una Pobreza espiritual perfecta en sumo grado, un renunciamiento a todo propio querer, sin límites ni medida.

La Obediencia, la Abnegación y el Sacrificio deben formar la atmósfera en donde el alma respire.

Sólo el Amor más puro y divino puede subir a semejantes alturas.

La Cruz y el Dolor son el camino más corto que conduce al Abandono de la Divina Voluntad.

¡Oh feliz abandono que diviniza a la criatura mortal, uniendo su memoria, entendimiento y voluntad a aquella Voluntad divina de infinitos bienes y perfecciones!

Cuando el alma dichosa toca esta cumbre de la Voluntad divina en su total abandono a la misma, entonces las pasiones se estrellan y el mundo se aleja, los vicios se adormecen, y reina la Paz del Espíritu Santo en la plenitud que puede existir en la tierra; entonces el alma comienza a ser verdaderamente feliz, porque nada le perturba ni la puede perturbar.

Toda ella con cuanto tiene y la rodea, y puede tener y rodear, está abandonada, viviendo en mi Corazón, en el eterno Abandono a la Voluntad divina.

Nada le preocupa porque descansa en el eterno Bien.

Si el Dolor en cualquier forma llega a su puerta, el alma lo recibe sonriendo, por ser ésta la Voluntad del Amado; si la felicidad la rodea, bendice a Dios; si el martirio hace de ella su presa, también bendice a Dios.

El Dominio propio ejerce su imperio en favor Mío, sofocando todo levantamiento natural del corazón e inclinándolo hacia mi Voluntad soberana y bendita.

Para el alma abandonada en mi Señor, igual o lo mismo es el frío que el calor, lo espiritual que lo temporal, la salud que la enfermedad, la vida que la muerte.

Su voluntad está fundida con la Mía y camina tranquila llevada por el soplo divino a feliz puerto.

Muy grande es la Voluntad divina puesta en práctica por el alma pura. Todavía es más grande el total Abandono a mi Voluntad divina, y la virtud más encumbrada en la tierra y en el mismo cielo.

Mis Ángeles y mis Santos no hacen otra cosa en el cielo, sino conformarse y gozarse

perfectísimamente en la sublime Perfección de la Voluntad de Dios.

La Perfección de esta virtud divina en la tierra consiste no sólo en abrazarse con la Voluntad divina, no sólo en abandonarse simplemente a la voluntad divina, sino que imitando a los Bienaventurados, sube a gozarse en esta misma santísima, y adorabilísima, Voluntad divina.

9. Perfección

La Perfección es la madre de la Santidad y nace corno ella del mismo Dios.

La Perfección alcanza más grados y más alturas que la Santidad.

La Perfección es una virtud que encierra a todas las virtudes en sí, y en grado heroico hasta donde puede una criatura alcanzar; por lo mismo es la virtud que se acerca más a Dios.

La Perfección es hija de la Caridad, su aliento es Dios, su vida el Sacrificio.

La Perfección pasa por la tierra siempre oculta, porque la luz del mundo lastima su pureza, y estando escondida, hace el bien como si no lo hiciera. Su viso más hermoso consiste en la obscuridad y en el ocultamiento.

Por este medio sube a un grado sublime, esto es, a la Unión con Dios, porque Dios solamente se comunica en el fondo obscuro de un alma pura, es decir, en la Humildad profundísima de un Corazón Todo de El.

La Perfección es como una reina hermosa, y deslumbradora, adornada con las joyas de todas las virtudes. Hay en el alma dos clases de Perfección: la Perfección de la vida cristiana común y ordinaria, y la Perfección de la vida interna extraordinaria, la cual es la que en la tierra llega a lo más subido y encumbrado, que consiste en la Unión con Dios.

Esta Perfección extraordinaria abarca otro inmenso campo de virtudes ocultas, las cuales pasan desapercibidas para la mayor parte de las almas.

Estas virtudes secretas tienen también su campo de batalla: los enemigos son más numerosos, y las luchas más crueles, encarnizadas y también secretas, las cuales pasan ordinariamente en el fondo del alma permitiendo el Señor que el enemigo se interne ahí para despedazar a tan dichosa alma.

La Perfección común tiene en contra los mismos enemigos, y vicios y pasiones que la Bondad y la Santidad.

La Perfección extraordinaria además de tener estos enemigos y vicios y pasiones que la Bondad y la Santidad, lucha con el mismo Satanás, y por decirlo así, en otro sentido, con el mismo Dios.

Se purifica en el terrible crisol de las desolaciones, desamparos, arideces, sequedades, crueles amarguras..., y a veces la purificación pasa a tal grado, que llega el alma a experimentar dentro de sí como al mismo infierno, por la intensidad del sufrimiento desgarrador que la penetra, oprime y rodea.

El mismo demonio es a veces el instrumento de que Dios se vale para la purgación del alma.

La única arma para estas espantosas luchas, para este crisol de fuego en el que el alma se purifica y limpia, es la Paciencia; su único apoyo, la Voluntad divina, que da a comunicar al alma la Fortaleza que la sostiene.

Las luchas en este paso de la Perfección llegan al grado casi de locura y desesperación de tal manera que si el Señor no ayudara a aquella pobre alma, sucumbiría.

Esa alma está ciega por la tenebrosa obscuridad que tiene en su entendimiento; se asfixia, se ahoga con el recuerdo o memoria confusa de sus miserias y de las gracias recibidas, viéndolo todo al revés de lo que es, figurándose abultadamente todo lo que no es, y todo lo que puede martirizarla.

La voluntad se oprime, y acongoja y desfallece, y sufre un horrible infierno con el peso enorme del abandono que la sumerge en una peligrosísima pena casi desesperante.

El cuerpo se enferma, la vida cansa, lo espiritual fastidia, y llega a ser el blanco a donde van a parar los tiros de las potencias y sentidos y sentimientos exaltados del corazón.

Cruelísimo sobre toda ponderación es este paso de la Perfección, pero admirable en sus frutos, dejando al alma pura y limpia para la Unión.

Aquí tienen el campo de las virtudes que ofrecí abrir ante sus ojos, con sus colores verdaderos y reales. Que el mundo las practique, y todas las almas por su influencia divina se salven y me den gloria.

Estas virtudes son muy especialmente para los Oasis y para las Obras de la Cruz.

VICIOS OPUESTOS A LAS VIRTUDES PERFECTAS

1. Injusticia

La ira de Dios cae sobre los que desconfían. Ef. 5, 6.
Avergonzarnos del compañero y del enemigo injustos. Si. 41, 23.
No vayáis a tener perdición en vuestras obras. Sb. 1, 12.

La Injusticia procede de la Dureza de corazón, de la Soberbia y del Juicio propio.
Constituye un pecado de los mayores, sobre todo si se ejecuta en la persona del pobre y del desvalido; hiere directamente la Caridad, Y Yo la castigo muy especialmente con terribles penas.

Es la Injusticia uno de los pecados que más aborrece mi Corazón y que, sin embargo, en el mundo corre como el agua haciendo innumerables víctimas que sólo Yo conozco.

Ya se cebó la Injusticia del hombre en Mí mismo, a mi paso por la tierra, y se cebará hasta el fin de los siglos en los que se llaman y de veras son Míos.

El mundo tiene que ir siempre en contraposición del Espíritu Santo, y a todo aquel que trate de pertenecerme lo perseguirá, pero: ¡bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos!

¡Feliz el que recibe con gozo y en silencio por mi puro y solo amor las injusticias de los hombres! ¡Dichosos los corazones que sonriendo se abrazan de esa rica Cruz de tan abundantes frutos para el cielo, sólo por obsequiarme! ¡Yo les reservo un gran premio para la eternidad, y gracias muy especiales les prodigará mi Bondad en el tiempo!

Extenso campo recorre la Injusticia en el mundo, al grado de que casi no se encuentra la Justicia en él; mas para esto me he reservado un día grande en el que haré brillar mi Poder, hundiendo al injusto, al extorsionador del pobre, y premiando al inocente que en el mundo apuró el amargo cáliz de las injusticias humanas. Ese día será el día de mis triunfos y de mi Justicia, en el cual daré a cada uno lo que haya merecido. ¡Más le valiera entonces al injusto no haber nacido!

El hombre nace ya con la Injusticia en el corazón, originada por el pecado, pero la gracia y las virtudes son bastante poderosas para destruirla: ellas enderezan lo torcido, y ponen a la Equidad y a la Justicia, suplantando al Desorden y a la Injusticia.

La Envidia, la Soberbia, la Avaricia, y la Ira son los principales vicios en los cuales campea la Injusticia. ¡Cuántos y cuántos pecados de ella se cometen a cada instante en el mundo!

Existen injusticias internas en el juzgar ligera y maliciosamente de los hechos y dichos (tal vez inocentes) del prójimo, y en esto hay un torrente de pecados, y a veces graves, que matan en el alma la vida de la Gracia.

La Injusticias exteriores, se extienden en muchas direcciones y son de muchos modos, de palabra y de obra: la Murmuración les da asiento y pábulo, y la Venganza, el Rencor, la Perfidia y la Traición, muchas veces se ceban en el inocente.

El mundo entero está lleno de Injusticias, Mentira, Falsedad y Egoísmo, y, ¡en qué pocos corazones se encuentra la hermosa virtud de la Justicia!

Contadas son las almas que pesan en las balanzas de la rectitud y del deber las obras de sus hermanos; un sinnúmero de pecados de Injusticia se cometen en todas las clases de la

sociedad, en todas las familias, y en todos los países. Pecados internos de Injusticia se encuentran por millares, y las conciencias y las almas se manchan y obscurecen a cada instante, arrogándose el derecho de juzgar que sólo a Mí me pertenece. ¡Oh, y cuántas infamias se cometen con el pensamiento, con el corazón, con la lengua y con las obras en este mar sin riberas de la Injusticia!

¡Mi Corazón se ve lastimado, herido y despedazado por este terrible vicio, y a cada instante!

El remedio para la Injusticia se encuentra en la Rectitud y en la Caridad; el alma que sigue mis divinas leyes, que cumple mis Mandamientos, es justa, y la que me ame y esté abrasada con el divino fuego de mi Caridad, será justísima y tiene que serlo, porque la Caridad es comunicativa, y lo mismo abarca lo grande que lo pequeño, lo alto que lo bajo, lo dulce que lo amargo. Felices las almas, repito, que la llevan consigo, ellas medirán con la vara de mi Justicia con la cual ellas serán medidas.

2. Dureza de Juicio

La Dureza de Juicio es hija del Orgullo y de la Soberbia; el que la lleva consigo da muestras de un espíritu contumaz del cual poco se puede esperar para la vida espiritual.

Es la Dureza de Juicio la antagonista de la Docilidad, ella se opone totalmente a la santa virtud de la Obediencia, y más aún a la perfección de esta virtud, o sea a la Obediencia ciega; y como sin la Obediencia no hay vida espiritual posible, la Dureza de juicio impide al alma entrar en ella.

En la Dureza de juicio se estrella la vida espiritual, porque la Docilidad, enemiga de aquella forma su esencia. Sin Docilidad tampoco podría existir vida espiritual, pues el juicio propio la destruye.

Ningún progreso hará, en la vida espiritual, el que llevando adelante su capricho, no se abaja a pedir consejo de otro y no se sujeta en todas sus partes a la santa virtud de la Obediencia. En grandes peligros se pone el duro de juicio, hasta el grado de perder su alma.

En el campo intrincado del espíritu, Satanás triunfa con la Dureza de juicio en los engaños e ilusiones: grandes escollos existen en punto tan delicado y trascendental por este vicio de almas ruines y testarudas. Ya pueden los Directores trabajar hasta el cansancio con tales almas, nunca harán nada, ni para su bien, ni para mi gloria.

La Dureza de juicio hace a los corazones empedernidos y secos; golpea en vano la gracia en ellos, hasta concluir por alejarse a veces para siempre.

El Espíritu Santo es refractario a este vicio capital del alma, pues El siempre busca el corazón humilde para comunicarse.

¡Ah!, y qué desgraciado es el espíritu que quiere gobernarse y se gobierna por su propio juicio y razón, si no muchas veces en lo exterior, sí interiormente. En hondos precipicios se hunde y a muy graves peligros se expone.

La Dureza de juicio no es otra cosa sino el refinado Orgullo nacido de la Soberbia de saber más y de discernir mejor que ningún otro.

A estas almas les da Dios grandes humillaciones, permitiendo que se derrumben desde las alturas de su amor propio.

El remedio de tan terrible mal, más grande de lo que a primera vista aparece, es la hermosa virtud de la Docilidad y de la santa condescendencia, unida al Renunciamiento propio.

En la muerte de todo propio querer se encuentra la Dulzura, la Suavidad, y el Desprendimiento abnegado de la voluntad. ¡Feliz el alma que lo practique!

3. Desobediencia

La Desobediencia es hija de la Soberbia y de la Libertad falsa y humana, la cual hace reinar el Propio juicio sin querer sujetarlo a otro.

Muy dañosa es para el alma la Desobediencia, y en la vida espiritual hace caer almas muy elevadas.

Es la Desobediencia la ruina completa de la Religión, por lo mismo que la Obediencia contribuye al cimiento de ella.

La Desobediencia viene a echar a pique la vida espiritual, pues un alma sin Obediencia es una nave sin piloto que concluye por estrellarse en algún arrecife, o ser despedazada por los vientos.

Estimo tanto la Obediencia, que fue la primera virtud que practiqué aún antes de venir al mundo, diré y la sigo practicando místicamente en los altares.

Pospongo mi Poder en la Dirección de las almas, prefiriendo que se obedezca a los Directores primero que a Mí.

A los Superiores, los elevo a la sublime dignidad de representantes míos, y quiero que como tales los consideren los súbditos, tocante a la virtud santísima de la Obediencia.

Hago constar todo esto para que comprendan la significativa preferencia que doy a esta gran virtud en comparación de otras, y midan en sus entendimientos lo que rechazaré a la Desobediencia en todas sus partes.

Un alma desobediente, no lleva mi Espíritu por más que lo parezca; es una piedra de toque la Obediencia en la que se prueba lo verdadero de lo falso, y la Desobediencia da a conocer luego su calidad.

Aborrezco el vicio de la Desobediencia porque procede de la Soberbia y se mueve a impulsos de ella; el alma humilde nunca desobedece, abnega su propio juicio al del Superior, y hace propia su voluntad sobrenaturalizándola.

El Soberbio resiste a la Obediencia, y el humilde se abraza a ella.

La Obediencia es martirio del soberbio, y no puede vislumbrar su sombra sin conmoverse; si no desobedece abiertamente con las obras, o murmura de ella con las palabras, siempre desobedece con el corazón en su interior, y Me basta con esto, para ver quebrantada tan santa virtud.

No por cierto me alaga ni satisface la Obediencia practicada a más no poder, diré ésta no es para Mí Obediencia. Lleva en su seno todos los caracteres de una voluntad floja, de un juicio no recto y de una total desaprobación interna que basta para causar la Desobediencia en el corazón.

Satanás tiene un campo predilecto en el cual cultiva la Desobediencia y se goza en recoger sus flores y sus frutos muy sazonados, el del espíritu; ¡y qué rara es el alma verdaderamente obediente, que no presta al demonio su corazón para tales cosechas!

Es la Desobediencia una falta que lleva tras de sí a otras muchas. A veces una sola desobediencia que a la vista parece pequeña, es origen de un sinnúmero de pecados de graves consecuencias y hasta de perder las vocaciones.

Toda alma que intente pertenecerme y andar por los caminos rectos del espíritu, debe huir hasta de la más leve sombra del vicio de la Desobediencia.

Jamás el alma desobediente medra en la vida espiritual, sino que muy lejos de eso se expone a caer, y cae en grandes males.

Los engaños satánicos casi siempre entran por la amplia puerta de la Desobediencia interna, que es la más dañosa y aborrecible, ¿qué vale la exterior, aunque muy dañosa y digna de castigo, comparada con la espiritual e interna, que destroza la santa Sujeción y Rectitud del alma?

No puede existir, repito, la vida espiritual sin la Obediencia; elemento indispensable sin el cual no es posible que el Espíritu Santo descienda a un alma que no renuncia a su propio juicio y no se mueve por voluntad ajena.

El principio, medio y fin de la vida espiritual estriba en la Obediencia, por tanto el alma desobediente no la puede tener, y muy dudosa serán en ella mis favores y las virtudes.

Nunca el alma feliz que anda en brazos de la Obediencia se pierde, y toda la que torciere este camino rodará por muchos precipicios.

Por la Desobediencia entró el pecado al mundo, y con él todos los males que llora el hombre y que llorará hasta su fin.

Existe una Desobediencia común y ordinaria, que se deja ver en las cosas exteriores y lleva consigo muchos males; pero hay otra espiritual más dañosa aún, la cual se extiende en el campo de las direcciones de almas y lleva en sí también a mil dificultades, que concluyen generalmente por hundir a los espíritus, abandonándolos la Gracia.

En ésta entra también la Desobediencia interna que ya expliqué y es la que murmura sin palabras, y ejecuta forzadamente lo ordenado, no prescindiendo de su propio juicio.

Pero existe otra más fina aún y maligna que se llama desobediencia perfecta, la cual además de llevar todos los defectos de la anterior, consiste en una contradicción, diré o rechazamiento interno y muy refinado a las inspiraciones divinas, entendiéndolas y culpablemente desechándolas, y dándoles diversos rasgos, rechazando además mi Voluntad en pro de sus caprichos y gustos.

Campos extensísimos recorre este vicio capital perfecto, y mucho gusto le da a Satanás.

¡Oh almas desobedientes, que si supieran el mal tan grande que se hacen, cómo huirían de su propia voluntad sujetándose a la de otro sin reserva! Mas esa falsa Libertad, anhelo incesante de los corazones, hija de la Soberbia, es la que les impide la dicha y la paz que he vinculado a su Sujeción voluntaria y a la Obediencia ciega.

El alma desobediente se sujeta a Satanás, padre de la Desobediencia y Autor de la Soberbia, y se aleja del Espíritu Santo.

La Obediencia es el conducto de las gracias del cielo y la virtud celestial que eleva al hombre, anega su propio juicio, triunfando de sí mismo y muriendo a su propio criterio y voluntad.

Grandes virtudes se necesitan para llegar a este punto, el cual alcanza por medio del Trabajo y Vencimiento, ayudada el alma con la divina Gracia.

El desobediente jamás llegará a vislumbrar tan grande bien, ni a experimentar los frutos de la paz que proporciona.

El remedio general, para el grave vicio de la Desobediencia común, está en el Renunciamiento propio y en la total Sujeción.

El remedio de la Desobediencia espiritual se encuentra en la muerte de todo propio querer, abandonándose en brazos del Director sin juzgar ni dar vuelta con la imaginación a sus

consejos y prescripciones, en abnegar su propio juicio sin escudriñar e indagar interiormente y ni siquiera consentir que el pensamiento se detenga ni un punto sobre el Dominio propio.

Y se cura la Desobediencia espiritual perfecta por la constante Fidelidad y Correspondencia, Rectitud y Pureza de intención, con la prontitud, además, en el cumplimiento de las inspiraciones divinas, sin comentarlas ni desvirtuarlas con la Voluntad propia, Respeto humano o Doblez.

Abajo toda falsedad en este punto tan delicado.

La Obediencia ciega para con el Director, y la Correspondencia inmediata para con el Espíritu Santo, curan totalmente esta Desobediencia.

4. Libertad

La libertad es la más grande aspiración del hombre, pero si se cambia en desorden, lo conduce al despeñadero, al plano inclinado de todos los vicios.

La Libertad bien entendida consiste en no tenerla, es decir, en la Sujeción y en la Obediencia. La Libertad en su origen divino, es muy buena si se lleva por el camino de la Rectitud, pero como el hombre inclinado al mal, abusa de ella, la convierte en veneno para su alma. La Libertad mal entendida lo inclina a todos los vicios.

El hombre verdaderamente sabio, está sujeto a las leyes divinas, a las humanas y sociales rectas, y la moral es la norma de su conducta. El hombre espiritual que aspira a la perfección piensa más allá y busca las dulces cadenas de la Sujeción y de la Obediencia, y atándose con ellas es feliz, porque encuentra entonces el único tesoro que produce la felicidad, es decir la Paz.

Enajena lo que tiene de más grande que es la Libertad de acción y la Libertad de entendimiento, y con estas ataduras se desata, y al perder voluntariamente la Libertad, la alcanza.

¡Desgraciado del hombre libre que se mueve al viento de sus caprichos y pasiones, dando rienda suelta a todos sus vicios, sin encontrar en su camino el menor obstáculo que lo detenga! ¡Feliz el que, sujeto a la razón, a la Fe y a la santa Obediencia, pisa todo vano deseo y busca en todo la Voluntad divina para ponerla en práctica!

La Libertad humana que se olvida de Dios nace de la Soberbia, y tiende a la Impureza por los apetitos sensuales del hombre.

La Libertad divina nace de la Sujeción y de la Obediencia, y tiende a la Pureza por medio de la Limpieza de corazón y de la vida interna y espiritual.

La primera tiende al mundo y a la Disipación, y la segunda al Silencio y Recogimiento; la primera lleva al alma al campo de Satanás, la segunda al del Espíritu Santo. La humana encadena y esclaviza, la divina desata y da al alma la verdadera Libertad para volar al cielo.

Satanás tiende sus redes con estrategia admirable en este campo de la Libertad humana, y engaña traidoramente a miles de almas halagadas con su falso brillo. No, no es cierto que el hombre libre alcanza la felicidad, muy lejos se encuentra de ella el que es esclavo de sus vicios y pasiones.

La saciedad, el vacío y el remordimiento, siempre lo acompaña, aún en medio de sus mayores placeres.

El hombre delira por la Libertad; pues bien, la Libertad está en el Dominio y propio Vencimiento.

El hombre que llega a sujetar el espíritu a la razón y a la fe, que vive una vida divina y sobrenatural, que pasa tocando la tierra sin que ésta lo toque, que ni vive, ni piensa, ni se mueve, sino por la voluntad ajena, esa alma es la verdaderamente libre, la que ha roto sus grillos, la que sin impedimento vuela al cielo, la que ha alcanzado por estos medios la "Libertad de espíritu", la cual es la verdadera libertad de los santos.

¡Oh, qué hermosa es la Libertad de espíritu! Es la escalera instantánea que une el alma en cualquier lugar, en cualquier tiempo y a cualquier hora con su Dios y Señor.

Pero, esta Libertad de infinito precio, ¿en dónde creen que está? ¿Cuáles son los medios para adquirirla? En la Sujeción y la Obediencia, y no tan sólo para con el hombre, sino especialmente para con Dios por él representado.

La Sujeción a la Voluntad divina, trae la Paz al alma, y rompe las cadenas de la esclavitud.

Feliz el alma que llega a comprender y a distinguir estas dos clases de Libertad, la una que conduce al precipicio y a la desesperación y la otra que trae la Paz y la Unión con el Espíritu Santo.

5. Sensibilismo

El Sensibilismo o (sensibilidad), es hijo del Amor propio, y crece y se desarrolla dentro de la Sensualidad.

El mundo actual se compone de estos dos vicios: Sensibilismo y Sensualidad, y vive de la Soberbia y de los sentidos.

El Sensibilismo abarca un gran campo en el orden de la Piedad, y ayuda también mucho a falsificarla.

Ha llegado a arraigar la creencia de que la Religión está fundada en el Sensibilismo. ¡Error craso! Todo lo contrario, la Religión ni siquiera lo tolera.

Porque la Religión es la Verdad y el Sensibilismo es la Mentira; La Religión va a lo sólido y el Sensibilismo a lo ficticio; la Religión va al fondo de las virtudes y el Sensibilismo se contenta con la superficie de ellas; la Religión es la hermosa realidad que lleva consigo la Luz divina que la ilumina, y el Sensualismo es la Soberbia unida con el Fingimiento y la Delicadeza. De suerte que el Sensibilismo es el enemigo de la Religión Católica.

En la vida espiritual se halla también el Sensibilismo. Las almas se mueven al compás de la Sensibilidad, y no caminan por la Fe que debiera ilustrarlas, y por la Razón que debiera sostenerlas.

Estas almas buscan el apoyo de la Sensibilidad, mas cuando ésta desaparece, desaparece también la ficticia virtud que poseían.

El Sensibilismo es el falso oropel que cubre la piedad. Echar abajo este oropel es destruir la piedad falsa y el fin que trae la Cruz es destruir, mas para volver a edificar.

El reinado del Dolor viene a echar abajo al Sensibilismo, a plantar en los corazones las sólidas y verdaderas virtudes, las cuales no se mueven a cualquier viento que sople, sirio que enraizadas en la Cruz, jamás se bambolean en las muchas tempestades de la vida humana.

La Cruz viene a derrocar el reinado de la Falsedad y de la Mentira, es decir, el reinado del Sensibilismo que todo lo inunda, y a hacer que brille la Verdad purísima, la cual es el único y verdadero camino para el cielo.

El mundo espiritual anda muy errado en esta materia. Las almas se mueven al compás de la Sensibilidad, de tal manera, que cuando ésta se acaba, también se acaban las virtudes.

No, no; las sólidas virtudes nada tienen que ver con el Sensibilismo; ellas subsisten en los altos y bajos del corazón, en la penas y en las alegrías, en las tormentas del alma y en la serena calma de un día sin nubes.

Como la Cruz es el centro de todas ellas, mientras más el Dolor las cobija con su sombra fecunda, más crecen, se desarrollan y hermosean.

La virtud que se funda en el Sensibilismo es mala, vana y de ningún valor: hoy es y mañana desaparece como el humo. La Imaginación es el apoyo de las virtudes sensibles, mas este apoyo es tan voluble, que cambia de dirección al menor viento que sopla.

El Sensibilismo es un gran escollo en la vida espiritual, millones de corazones están presos dentro de esta red, de los cuales Satanás saca grandes cosechas. El hombre vive de los sentidos abandonando la hermosísima virtud de la Fe.

El Sensibilismo pugna totalmente con la Rectitud y solidez de la Religión Cristiana.

El Sensibilismo es la Soberbia enmascarada. Por lo mismo el Espíritu Santo la rechaza. Satanás se transforma en el Sensibilismo, dando a la Piedad un tinte falso, una atracción hipócrita con la cual envuelve a las almas, para hacerlas después su presa.

Del Sensibilismo nace el Amor interesado para Conmigo, que mi Corazón rechaza. Satanás saca mucho partido del Sensibilismo con el cual engaña un número extraordinario de almas. Muy bien sabe enmendar a las almas transformándose en ángel de luz.

El Sensibilismo es el campo abierto de las ilusiones espirituales. En él reina Satanás a sus anchas; pero la Cruz viene a destruirlo.

El remedio contra el Sensibilismo es la Cruz. Las almas crucificadas cuya voluntad se funda en la Rectitud y en el Deber, en la Fe y en el Amor sólido de Sacrificio, muy lejos se hallan del Sensibilismo, siendo además tierra dispuesta para sembrar las virtudes.

Hay almas que han procurado amalgamar el Espíritu con la Sensibilidad y el Sensibilismo, cosa imposible.

Mas de esto resulta que el Espíritu se aleja y los sentidos reinan solapadamente bajo capas de aparentes virtudes.

El Sensibilismo quiere ser el rey de las Religiones y el todo de las mismas porque donde el espíritu no las sostiene, sin remedio se derrumbarán.

El espíritu debe ser el alimento v la vida de toda Comunidad Religiosa, su atmósfera, su centro y su corazón.

En la Religión, pues, en la cual no se hace gran caso del espíritu, y no se le toma como punto de partida, se introducirá insensiblemente el Sensibilismo, echando abajo a todas las Comunidades. ¡Y es tan fácil perder el espíritu, aun en el mismo fondo de las Religiones! ¡Es el espíritu tan delicado, el hombre tan débil y Satanás tan astuto!

La Religión que no se entrega al constante trabajo de su perfección crucificando sus pasiones, sentidos y potencias, y esto siempre y a cada paso con heroicidad, firmeza, generosidad y energía, muy expuesta está a caer en la tibieza y a perder, o a lo menos disminuir el espíritu.

Mas hablando del espíritu, digo que uno es el espíritu de cada Religión y otro es el de cada RELIGIOSO EN PARTICULAR.

Y sin embargo, cada religioso debe absorber dentro de su alma el espíritu de la Religión a que pertenece, amoldándose perfectamente a él e identificándose con él.

De este desequilibrio es de donde provienen las luchas que existen en las Religiones, lo cual es a veces tan grave, que hace perder la paz a una Comunidad entera. Mucho se debe vigilar sobre el particular en las Religiones.

UN MISMO ESPÍRITU, UN MISMO ANHELO Y UN MISMO FIN muevan interiormente a las almas que están dentro de la Religión. De lo contrario vendrán muchas disensiones, se formarán partidos, se frustrará la voluntad de Dios sobre ella. Muy delicado es, repito, y de grandes consecuencias este punto capital que estoy diciendo, el cual quiero que se fije INDELEBLEMENTE en mi Oasis. Quiero que todos vivan en el Oasis una misma vida recta y crucificada, llena de sólidas virtudes, que todos vivan de un mismo espíritu y que sus corazones latan al mismo compás; que todos formen una misma Cruz en el lugar que mi divina Voluntad les haya señalado por la santa Obediencia.

Mi Oasis debe ser espiritualmente una Cruz. Yo seré el centro de esa Cruz; y mientras las almas más se perfeccionen se hallarán más cerca de Mí. Pero tan Cruz es estar abajo como arriba, en un brazo como en el otro. Todos voluntariamente se prestarán a formar esta Cruz sin detenerse a pensar en dónde se encuentran, si en lo alto o en lo bajo. Yo quiero reservarme esto y ellos lo sabrán en la eternidad. Es de mi parte una gran distinción el haberlos llamado a que formen parte de mi Cruz, aunque sea el último lugar de ella, o sea la última astilla de mi Cruz pues toda la Cruz es mi Cruz, y la llevo en mis brazos y más aún en mi Corazón.

¡Felices los Religiosos que se presten a formar mi Cruz!

Mas para formar mi Cruz no basta estar en el cuerpo de la Religión, sino en el alma de la misma, es decir, no es suficiente vivir materialmente en la Religión, sino que es preciso que a los pechos de su madre y madre tan perfecta, se nutran de su mismo espíritu, y tomen su dulcísimo jugo y todos vengan a formar una misma Cruz, a ser de la misma madera, siendo un solo cuerpo, un solo corazón y una sola alma es decir, no teniendo juicio propio, sino queriendo internamente lo que la Religión quiere a través de la voluntad de los Superiores.

Muy necesaria es esta perfecta Unión en el Oasis y en todas las Religiones que quieran prosperar si no quieren destruirse y torcer el espíritu especial que Yo les haya dado. De esta manera medrarán las Religiones y se me dará la gloria que de ellas exijo.

Mas para llevar a cabo todo esto, se presentarán en la práctica mil y mil dificultades, y Satanás levantará ejércitos formidables y tempestades muy terribles, y aún más las levantará en la Religión de la Cruz que tanto lo martiriza.

Mas, ¿saben con qué armas se triunfará? Con las piadosas armas de las virtudes que he explicado. Con ellas se le derrocará y hundirá y encadenará.

Las Virtudes deben ser también las astillas de mi Cruz, las cuales deben impregnar a todos y cada uno de los Religiosos, porque mi Cruz se ha de formar de Religiosos, pero de Religiosos identificados con las virtudes y que sean una misma cosa en ellas.

Las virtudes deben ser también las preseas o joyas de los Religiosos de la Cruz.

Mi Cruz se formará destruyendo el reinado de los vicios y plantando en su lugar el reinado de las virtudes. Estos obsequios del cielo son muy principalmente para las almas del Oasis. Hasta hoy las astillas de esta Cruz han estado espiritualmente esparcidas, pero tiempo es ya de unirlas para que formen mi Cruz espiritual del Oasis, en la cual Yo pueda clavarme y vivir, porque, ¿saben qué cosa formará mi descanso, mi solaz y mi recreo? SOLO LA CRUZ. Que los hijos y las hijas del Oasis comprendan esto y lo practiquen, con paciencia, cuidado y santa vigilancia.

Buen campo tienen ya en que trabajar, pues esta gracia del cielo, este favor mío tan grande, alcanzado por Santa María, es después del Oasis, para las Obras de la Cruz y para todo el mundo.

Doy armas con las cuales deben conquistarme el inundo. Yo les ayudaré si las empuñan, comenzando por pelear consigo mismos, derrocando vicios y plantando virtudes, para que de esta manera formen todos el Cuerpo y el Alma de mi Cruz.

Estas "Virtudes y Vicios" vienen a destruir prácticamente el reinado del Sensibilismo y a prestar una gran ayuda a mi Oasis y a mi Iglesia. ¡Felices las almas que no desperdicien semejantes riquezas!, ellas serán dichosas crucificándose aquí, y triunfando victoriosas en la eternidad.

6. Impenitencia Final

La Impenitencia final procede de la falta de Fe, o sea de la incredulidad o indiferentismo ocasionados por los vicios.

La Impureza, con todo el séquito que la acompaña, y la Soberbia, ocasionan generalmente, y en todos los casos, el terrible y decisivo fin de la Impenitencia final.

El tiro de Satanás en todos los vicios, ahí va dirigido; entibia a las almas, las engaña con mil engaños producidos por la Soberbia y Amor propio, concluyendo por arrastrarlas al pecado, y de ahí materializándolas, les arranca la Fe, precipitándolas en la desgracia de las desgracias que es la Impenitencia final.

Estos son los pasos de Satanás y sus traidores planes para perder eternamente a las almas.

Para cada alma tiene y forma Satanás su especial estratagema, estudia sus lados vulnerables, y ataca; generalmente, cuando está seguro de la victoria.

A los pecadores los trata de una manera y a los justos de otra; para los del mundo emplea diversos sistemas que para los que caminan por los estrechos senderos de la vida espiritual.

Con unas almas no descansa hasta conseguir sumergirlas en el pecado mortal, y con otras, a no poder más, se conforma con quitarles el tiempo, entreteniéndolas y empolvándolas con turbaciones, escrúpulos, o imaginaciones cuando menos.

Muy ingeniosos son los sistemas que Satanás emplea en perjuicio de las almas, pero siempre astutos y traidores, falsos y engañadores.

No se presenta el Demonio generalmente en las almas tal cual es, y solamente a las que ya son suyas, y las tiene poseídas, se les descubre desde luego sin embozo; pero con las demás, nunca va recto a su malvado fin, sino que dando mil vueltas ataca, desorientando toda sospecha, transformándose hasta en Mí mismo para venir siempre a su depravado intento más o menos tarde, pues Satanás no descansa.

En las almas buenas, entra como espíritu puro, imitando sus efectos en cuanto puede, acomodándose a las cualidades y temperamentos de cada alma, atrayéndolas hipócritamente hasta el bien, pero es tan sólo para ganar la plaza, porque no está tomada; echa muy finamente sus cadenas, hundiendo a los incautos corazones en el profundo abismo de los demás infames y desordenados vicios.

Su fin generalmente es la Impureza, y ahí van encaminados sus tiros; pero los escalones para hacer a las almas llegar a ella son distintos, según los tiempos, las personas y las circunstancias, pero todos llevan, como elemento indispensable el sello de la soberbia en más o menos escala.

De éstos vicios capitales de la soberbia y de la Impureza (los cuales se producen entre sí el uno al otro) se derivan sus hermanos también de la Avaricia, Envidia, Gula, Ira y Pereza..., y de éstos todos los otros que invaden el mundo aún el espiritual; pero los jefes, o cabezas principales de donde todos descienden, son la Impureza y la Soberbia a quienes con todo mi Poder odio, abomino y aborrezco.

De estos vicios capitales se derivan también, repito, todos los vicios espirituales y vicios espirituales perfectos, que tanto y tan graves daños causan en las almas que se llaman Mías, y que viven envueltas en las ilusiones y en los engaños más finamente unidos.

Mas todo el trabajo que emplea Satanás durante la vida del hombre, va dirigido a un fin, al más codiciado, el de conseguir, por cuantos medios pueda, la Impenitencia final, es decir, la muerte en desgracia Mía y la ansía tanto, porque ella lleva consigo a los tres caracteres que forman sus ensueños, y sus más halagadoras esperanzas, es decir:

1- El arrebatar la gloria a que soy acreedor y me corresponde, de toda alma creada.

2- El de perder eternamente a las almas a quienes aborrece con odio infernal porque ve en ellas reflejada mi imagen y semejanza.

3- Por satisfacer su gran Soberbia, su propio triunfo.

Todo esto consigue el miserable con la horrible y desgraciada Impenitencia final.

Infelices almas, y mil veces desdichadas las que llegan a este extremo, consecuencia natural de los vicios, sin reconciliarse con Dios por medio del arrepentimiento verdadero, de la sincera humillación de su entendimiento y voluntad y de una buena confesión.

Pero Satanás las tiene tan cogidas, tan duros y empedernidos son ya sus sentimientos, que la gracia ordinaria no obra ya en ellos; y como la extraordinaria, (única que podía salvar) no la merecen, se condenan sin remedio.

Les falta la luz de la Fe a esas desgraciadas almas presas de Satanás, la cual él ha apagado por medio de los vicios y de mil crasos errores sostenidos por la Soberbia, la cual ha conseguido materializarlas por completo.

En los supremos instantes de la muerte, bien sabe Satanás que no se curan tan grandes llagas, sino solamente, repito, con un golpe de gracia extraordinaria la cual no estoy dispuesto a dar, ni siempre, ni a todas las almas por mis altos juicios y secretos fines.

Terribles penas, sin embargo, les producen las dudas a la hora de pasar del tiempo a la eternidad, a esas almas incrédulas y materializadas. Sienten que la vil materia va a extinguirse, desaparecer; sienten crecer en su interior algo sobrenatural que no muere, que es inmortal e infinito por más que quieran negarlo.

Nadie muere, sin un instante de lucha decisiva, en la cual triunfan o la gracia o Satanás.

Yo soy justo y misericordioso y a nadie niego este último instante para que se convierta a Mí por más grande pecador que sea.

Sólo Yo conozco este triunfo..., pero ¡ah!, es muy dudoso el de la gracia para el alma soberbia, obstinada, impura, indiferente e incrédula. Y no es, no por cierto que mi gracia no sea eficaz y poderosa para derrotar a todo el infierno junto, y una sola gota de mi Sangre capaz de lavar a todos los pecadores, y mi grande Misericordia para perdonar todos los crímenes, sería una blasfemia sólo el pensarlo.

Lo que pasa es que con la vara de mi Justicia obro, no faltando sin embargo mi Bondad para con el pecador hasta el último instante de su existencia.

El es el que decide su fin; pero, ¿será, bastante fuerte para resistir en su última hora los múltiples y formidables ataques de Satanás, el alma débil atada por el pecado y consumida por los vicios, que fueron TODO durante la vida? ¿Podrá llamarse e invocarme quien se avergonzaba de tomar mi Nombre en sus labios?

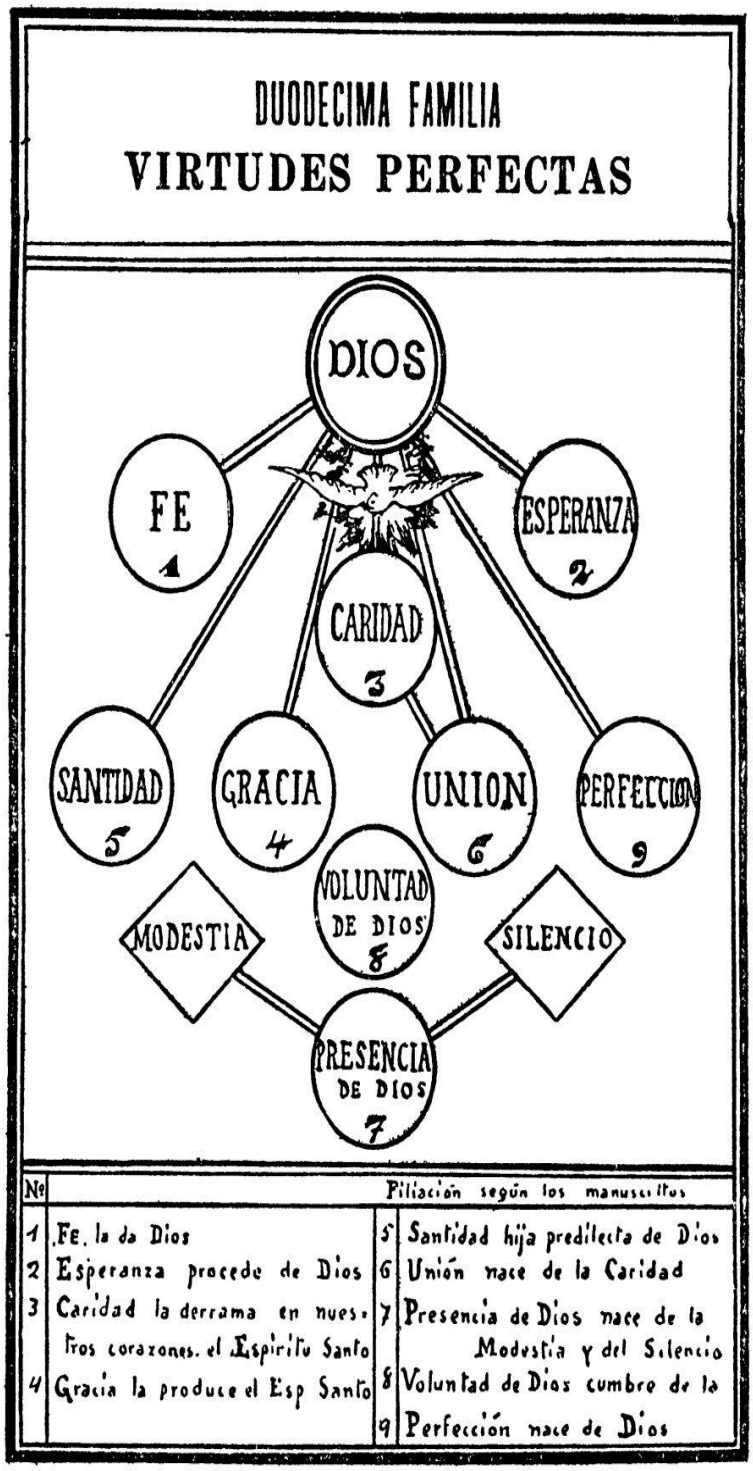
Muy difícil, aunque no imposible, es la conversión del alma en el último y supremo instante de

su existencia en el cual nada hay en su favor, más que los crueles remordimientos, en que luchan la humillación y la Desesperación.

A este punto capital y terrible es al que Satanás tiende a arrastrar con todas sus fuerzas a las desgraciadas almas que siguen sus perversas enseñanzas, a las que se apartan de la Verdad única que soy Yo y a las ilusionadas y engañadas. Envuelve Satanás en la dañina atmósfera de la fingida paz, e hipócritas y falsas virtudes.

Aquí tienen los miserables y pérfidos planes de Satanás, y las nefandas maquinaciones que emplea y dirige contra Mí, contra las almas, y en favor suyo.

He querido levantar por mis altos fines el velo para descubrirlo, para que las almas lo conozcan, lo aborrezcan y huyan de sus traidores lazos.



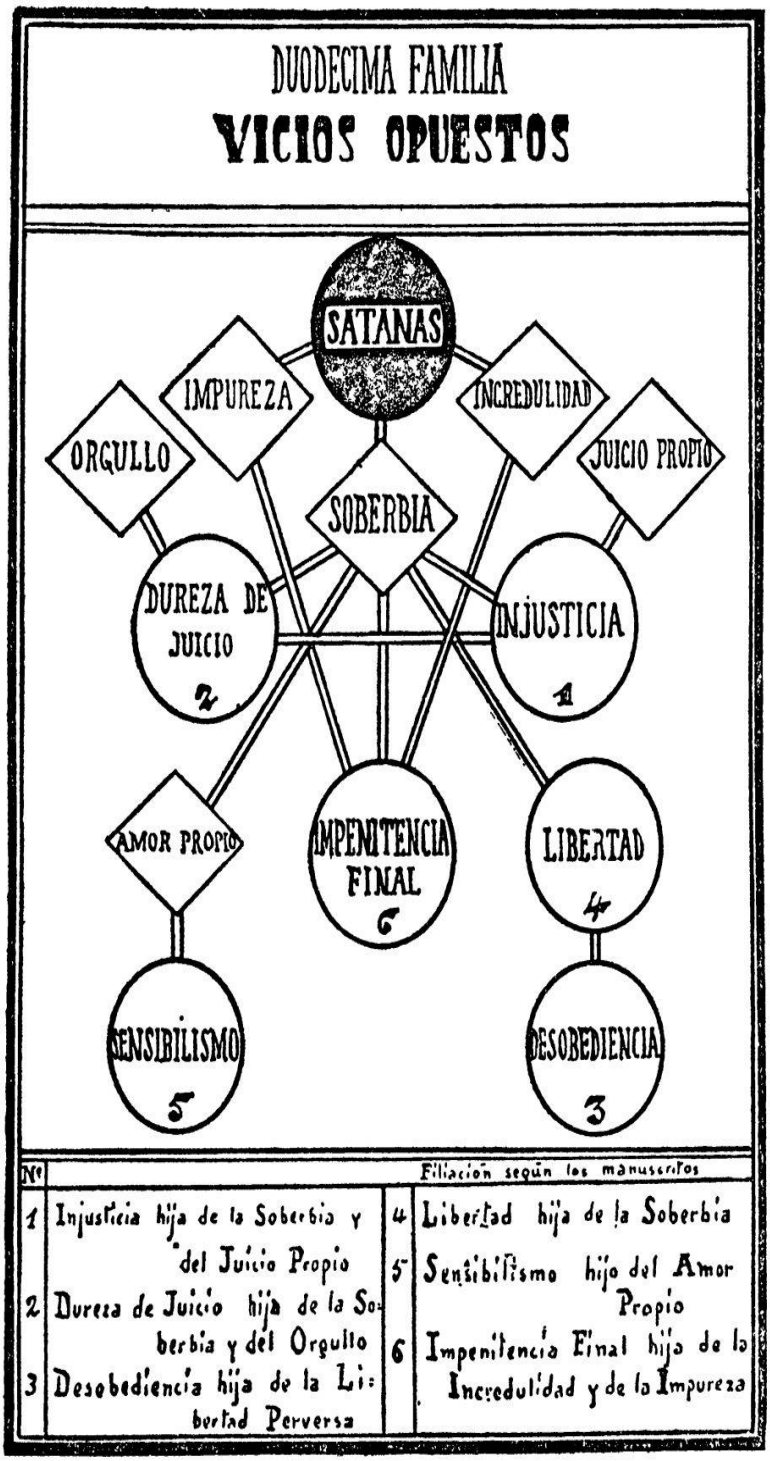


Figura 12
DUODÉCIMA FAMILIA – Esquema de las **Virtudes Perfectas** (izq.) y **vicios opuestos** (der.)

CONCLUSIÓN

He cumplido lo que había ofrecido. Que las almas agradezcan este gran beneficio de mi Bondad y se aprovechen de él para su perfección espiritual, y para darme gloria. Mucha recibirá mi Corazón por este medio, y la Cruz triunfará y el Dolor reinará por la extirpación de los Vicios y el triunfo de las virtudes verdaderas y sólidas.

Un gran impulso recibirá la vida espiritual e interna por medio del conocimiento de esta gran gracia y de mi eterna e infinita Misericordia.

A Santa María se le debe, por su poderosa intercesión, el cielo se ha inclinado, y mis favores han descendido al mundo para su bien y espiritual provecho.

Denle gracias: que el universo entero se incline ante su planta virginal, que a Ella acudan las almas, que poderosa es para sostenerlas y ayudarlas en sus trabajos de arrancar vicios y plantar virtudes.

Alábenme y sacrifíquense en acción de gracias, Alégrense, que mis promesas serán cumplidas; la Cruz triunfará y el Dolor reinará salvando a las almas y dándome gloria. La Cruz salvará al mundo corrompido, y hará brillar la luz en el camino espiritual, tan tristemente relajado y torcido.

La Cruz hará enfervorizar a las almas tibias, y despertará a los pecadores que duermen en el funesto sueño de sus errores y extravíos.

La Cruz, renovará las Religiones, fortalecerá a los corazones débiles y formará el intrépido escuadrón de los soldados Míos... Mas ¿por qué medio?, por el que acabo de decir, por las "Virtudes y los Vicios" derrocando éstos y practicando aquellas.

Mis Obras, cuando los instrumentos de que me valgo para ellas se prestan, abandonándose en mis divinas manos, no quedarán truncadas, sino que mi Bondad pondrá los medios para la realización de mis eternos planes.

¡Muy grande es la Obra de la Cruz! Ella viene a poner fuego a la tierra por medio del Espíritu Santo; viene, en fin, a hacer brillar la luz, destruyendo la Sensualidad e implantando el Dolor, para que reine la paz en los hombres de buena voluntad.

El Dolor es la felicidad de la tierra, desconocida aún por las almas. Tiempo es ya de que se conozca este precioso tesoro tanto tiempo escondido y que teme tanto Satanás.

El escuadrón de la Cruz será el escuadrón del Dolor, es decir, de la dicha real, de la verdadera y única felicidad.

Que se rompa el velo y cese tan lamentable engaño. Que se renueve toda la tierra ya que la felicidad, la dicha y la paz que tanto el hombre anhela están escondidas en la Cruz, y que sólo ahí pueden encontrarse.

Por la Cruz se sube a mi Corazón, centro de toda paz, dicha y felicidad. Mas para andar este camino estrecho y espinoso, se necesita de las virtudes, de su luz y de su compañía.

Que tiemble el infierno y triunfe la Cruz por medio de las Virtudes, y que huya Satanás al ver atacado y destruido en las almas el imperio de los Vicios y de las pasiones.

Aquí tienen las almas los dos caminos forzosos que tienen que recorrer: el de las Virtudes o el

de los Vicios; el primero los conducirá a la Cruz dulce y luego a mi Corazón que es el cielo; el segundo a la Cruz amarga que conduce al pecado y a los remordimientos, después lleva a la Impenitencia final, y de ahí a una desgraciada y terrible eternidad.

Que abran los ojos las almas, que se detengan a considerar lo que hacen, el camino que toman y el fin al cual se inclinan, que miren la Cruz y que se abracen de ella.

Quiero dolor y Pureza, de lo que mi Corazón está sediento para aplacar a la divina Justicia. Digan que mi Corazón quiere que se salven, que las ama, y con tal ternura, que le duele, ¡y cuánto!, que se pierdan. Que volvería Yo de buena voluntad al Calvario por su bien, (*dice esto el Señor muy conmovido y lleno de amor por la humanidad culpable*). Quiero al mundo convertido, y a los que se llaman Míos, puros o purificados.

Tengo hambre de amor y sacrificio, quiero que impere en las almas el Espíritu Santo de quien tan poco caso se hace, siendo el eterno Foco de toda Luz y de todo Bien. Anhelo almas puras y amantes de la Cruz.

+ + +

Edición virtual revisada a cargo del **Oratorio Carmelitano**
noviembre de 2018

Actualización
junio de 2019 '***Mes del Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo***'

+

Ad maiorem gloria Dei et Beatissime Virginis Mariae honorem

Oremos por las ánimas del purgatorio

ORATORIO CARMELITANO

www.OratorioCarmelitano.com

OratorioCarmelitano.com ···· OratorioCarmelitano.blogspot.com